PRESENTACIÓN

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v64i222-223.57>

La publicación de la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* ha puesto de relieve el cuidado pastoral que requiere el don de la vocación presbiteral, desde la primera toma de conciencia de la llamada de Dios, durante la formación inicial en el Seminario y a lo largo del período de la formación permanente.

La Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, institución dedicada al cuidado de las vocaciones sacerdotales, ha preparado la presente edición comentada del texto de la Congregación para el Clero, para ofrecer una ayuda fraterna a todos aquellos que se interesan en su comprensión y aplicación, en dos ámbitos fundamentales: las Conferencias Episcopales y las Iglesias particulares.

En las Conferencias Episcopales existe la necesidad de dialogar y reflexionar continuamente sobre el modo de realizar la formación sacerdotal según las condiciones, con frecuencia cambiantes, de las diversas naciones. Un fruto destacado de esta reflexión es la elaboración y revisión de la *Ratio nationalis*, pero, sobre todo, interesa el clima de acuerdo y comunión que unifique las fuerzas, propiciando la estabilidad y la calidad evangelizadora de la vida y el ministerio presbiteral. El comentario también puede ser de utilidad para el cuidado de la vida presbiteral en las congregaciones religiosas clericales, las asociaciones sacerdotales, las sociedades de vida apostólica y prelaturas personales que tienen el deber de elaborar sus propias normas de formación.

Es en las Iglesias particulares donde efectivamente se realiza la formación y el ministerio de los presbíteros a través de diversas instituciones: destacan los centros de pastoral vocacional, los Seminarios diocesanos y las comisiones para la formación permanente del clero. En cada una de ellas se elaboran proyectos formativos. En las diócesis también son relevantes las Casas de formación y las comunidades apostólicas de otras instituciones clericales.

La presente edición comentada ha sido preparada por un grupo de cerca de treinta sacerdotes operarios diocesanos. Todos ellos trabajan actualmente en la formación sacerdotal en distintos Seminarios dioce-

sanos en diversos países. Consecuentemente, el comentario refleja la riqueza de una realidad amplia y diversa.

Se ha dispuesto el texto en tal modo que en la parte superior se pueda leer el documento y en la parte inferior se pueda localizar fácilmente el comentario, siempre con la finalidad de ayudar a su comprensión y aplicación.

Sea esta publicación un gesto de gratitud y de sintonía pastoral con el Santo Padre y con la Congregación para el Clero, que por medio de este documento han suscitado una renovación de la vida y el ministerio presbiteral.

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO

EL DON DE LA VOCACIÓN PRESBITERAL
Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis

INTRODUCCIÓN

1. NECESIDAD DE UNA NUEVA «RATIO FUNDAMENTALIS
INSTITUTIONIS SACERDOTALIS»

El don de la vocación al presbiterado, sembrado por Dios en el corazón de algunos hombres, exige a la Iglesia proponer un serio camino de formación, como ha recordado el Papa Francisco, con ocasión del discurso en la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Clero (3 de octubre de 2014): «Se trata de custodiar y cultivar las vocaciones, para que den frutos maduros. Ellas son un ‘diamante en bruto’, que hay que trabajar con cuidado, paciencia y respeto a la conciencia de las personas, para que brillen en medio del pueblo de Dios»¹.

Han pasado ya treinta años desde que, el 19 de marzo de 1985, la Congregación para la Educación Católica, entonces competente en esta materia, actualizó la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, promulgada el 6 de enero de 1970², enriqueciéndola con numerosas notas, a la luz del Código de Derecho Canónico, promulgado el 25 de enero de 1983.

A partir de entonces, han sido numerosas las aportaciones al tema de la formación de los futuros presbíteros, tanto de parte de la Iglesia Universal, como de las Conferencias Episcopales y de las Iglesias particulares.

Ante todo, conviene tener en cuenta el Magisterio de los Pontífices que durante este período de tiempo han guiado a la Iglesia: San Juan Pablo II, a quien se le debe la Exhortación apostólica post-sinodal *Pastores dabo vobis* (25 de marzo de 1992), Benedicto XVI, autor de la Carta

1. Francisco, *Discurso a la Plenaria de la Congregación para el Clero* (3 de octubre de 2014): L'Osservatore Romano, 226 (4 de octubre de 2014), 8.

2. Cf. Congregación para la Educación Católica, *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* (6 de enero de 1970): AAS 62 (1970), 321-384.

apostólica en forma de *motu proprio Ministrorum institutio* (16 de enero de 2013), y Francisco, que ha hecho posible este documento con su impulso e indicaciones.

De modo particular, la Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* ofrece de manera explícita una visión integral de la formación de los futuros clérigos, que tiene en cuenta simultánea y equilibradamente las cuatro dimensiones presentes en la persona del seminarista: humana, intelectual, espiritual y pastoral. El *motu proprio Ministrorum institutio* ha puesto en evidencia que la formación de los seminaristas prosigue, naturalmente, en la formación permanente de los sacerdotes, constituyendo ambas una sola realidad; por esta razón, con este documento, el Papa Benedicto XVI confió a la Congregación para el Clero, ya competente para la formación permanente, la responsabilidad de la formación inicial en el Seminario, reformando los artículos correspondientes de la Constitución apostólica *Pastor bonus*, del 28 de junio de 1988, dedicados a esta materia y transfiriendo la competencia de los Seminarios a la Congregación para el Clero. A lo largo de su pontificado, el Santo Padre Francisco ha ofrecido un rico Magisterio y un constante ejemplo personal en relación con el ministerio y la vida de los sacerdotes, animando y acompañando los trabajos de preparación del presente documento.

Durante estos años no han faltado documentos de los Dicasterios de la Curia Romana referentes a diversos aspectos de la formación de los futuros sacerdotes: en particular de las Congregaciones para la Educación Católica, para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos y para el Clero, además de las diversas *Ratio nationalis*, muchas de las cuales han sido consultadas durante la elaboración de este documento³.

2. TRABAJOS PREVIOS

Un primer borrador de la presente *Ratio fundamentalis* fue elaborado por la Congregación para el Clero, ya en la primavera del 2014, enviado a algunos expertos y, sobre todo, a los miembros del Dicasterio, con vistas a la Asamblea Plenaria, celebrada los días 1 al 3 de octubre de 2014. En aquella ocasión, el texto fue comentado y discutido por los Eminentísimos y Excelentísimos miembros y también por los expertos invitados, que ofrecieron a la Congregación propuestas y sugerencias para la continuación de los trabajos.

3. Estos documentos serán mencionados en detalle y de modo específico a lo largo del texto.

Este material sirvió para elaborar un texto ampliado y enriquecido con aportaciones de algunos Dicasterios de la Curia Romana, relacionados con el tema por competencia (Congregaciones para la Evangelización de los Pueblos, para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica y para las Iglesias Orientales), o en virtud de la experiencia acumulada (Congregación para la Educación Católica).

En el año 2015 el texto fue enviado a numerosas Conferencias Episcopales y Nunciaturas Apostólicas, solicitando su opinión, con el fin de extender el ámbito de la consulta y de la reflexión a países en los cuales la *Ratio fundamentalis* deberá ser aplicada, siempre en el espíritu sinodal reclamado con tanta frecuencia por el Papa Francisco.

Los días 19 y 20 de noviembre de 2015, la Congregación para el Clero promovió un Congreso Internacional, con motivo del 50 aniversario de los decretos conciliares *Optatam totius* y *Presbyterorum ordinis*, donde Cardenales, Obispos, profesores, formadores y expertos pudieron ofrecer una valiosa contribución a la reflexión sobre la formación de los candidatos a las sagradas órdenes.

La Congregación para el Clero, consideradas debidamente las aportaciones recibidas, redactó un borrador definitivo, examinado, en primer lugar, por algunos consultores y, después, presentado a algunos dicasterios de la Curia romana (Secretaría de Estado, Congregaciones para la Doctrina de la Fe, para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, para los Obispos, para la Evangelización de los Pueblos, para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, para la Educación Católica, para las Causas de los Santos y para las Iglesias Orientales; además del Pontificio Consejo para los Textos Legislativos), según el espíritu de corresponsabilidad y cooperación al que se refiere el artículo 17 de la *Pastor bonus*.

Al finalizar estas consultas y a la luz de las sugerencias recibidas, fue elaborado el texto definitivo, que se presentó al Santo Padre Francisco para su aprobación, conforme al artículo 18 de la *Pastor bonus*.

3. NOTAS CARACTERÍSTICAS Y CONTENIDOS FUNDAMENTALES

La presente *Ratio fundamentalis* describe el proceso formativo de los sacerdotes, desde los años del Seminario, a partir de cuatro notas características de la formación, que es presentada como única, integral, comunitaria y misionera.

La formación de los sacerdotes es la continuación de un único «camino discipular», que comienza con el bautismo, se perfecciona con los

otros sacramentos de la iniciación cristiana, es reconocido como centro de la vida, en el momento del ingreso al Seminario, y continúa durante toda la vida.

La formación, inicial y permanente, debe ser comprendida en una visión integral, que tenga en cuenta las cuatro dimensiones propuestas por *Pastores dabo vobis*, las que en conjunto componen y estructuran la identidad del seminarista y del presbítero y, además, lo capacitan para el «don de sí mismo a la Iglesia», contenido esencial de la caridad pastoral. El entero proceso formativo no se puede reducir a un solo aspecto, en detrimento de los otros, sino que se realiza siempre como un camino integral del discípulo llamado al presbiterado.

Esta formación tiene un carácter eminentemente comunitario desde su mismo origen. La vocación al presbiterado, de hecho, es un don de Dios a la Iglesia y al mundo, es una vía para santificarse y santificar a los demás, que no se recorre de manera individual, sino teniendo siempre como referencia una porción concreta del Pueblo de Dios. Tal vocación es descubierta y acogida en el seno de una comunidad, se forma en el Seminario, en el contexto de una comunidad educativa que incluye a los diversos componentes del Pueblo de Dios, para que el seminarista, mediante la ordenación, llegue a formar parte de la «familia» del presbiterio, al servicio de una comunidad concreta. También, respecto a los sacerdotes formadores, la presente *Ratio fundamentalis* pretende subrayar que, para asegurar la eficacia en el ejercicio de sus funciones, deben considerarse y actuar como una verdadera comunidad formativa, la que comparten una única responsabilidad, respetando las competencias y el encargo encomendado a cada uno.

Dado que el discípulo sacerdote proviene de la comunidad cristiana y a ella regresa, para servirla y guiarla en calidad de pastor, la formación se caracteriza naturalmente por el sentido misionero, pues tiene como finalidad la participación en la única misión confiada por Cristo a su Iglesia: la evangelización en todas sus formas.

Se trata de que los Seminarios puedan formar discípulos y misioneros «enamorado» del Maestro, pastores «con olor a oveja», que vivan en medio del rebaño para servirlo y llevarle la misericordia de Dios. Para ello es necesario que cada sacerdote se sienta siempre un discípulo en camino, necesitado constantemente de una formación integral, entendida como una continua configuración con Cristo.

Dentro de esta única formación, integral y progresiva, se distinguen la fase inicial y la permanente. A su vez, en la presente *Ratio fundamentalis*, la formación inicial se articula en cuatro etapas: propedéutica, de los

estudios filosóficos o discipular, de los estudios teológicos o configuradora, pastoral o de síntesis vocacional.

Descrito en estos términos, el proceso formativo presenta algunos avances respecto a la *Ratio fundamentalis* de 1970. Así, después de la fase experimental, iniciada con el Sínodo de los Obispos de 1990 (VIII Asamblea General), la «etapa propedéutica», con una identidad y una propuesta formativa específicas, es presentada como necesaria y obligatoria.

Respecto a las etapas «discipular» y «configurativa», estas denominaciones acompañan a aquellas más conocidas como «etapa de estudios filosóficos» y «etapa de estudios teológicos», que se extienden en conjunto a un sexenio⁴. Además, se quiere resaltar que el ámbito intelectual, que prevé el estudio de la Filosofía y la Teología, no es el único criterio que se debe tener en cuenta a la hora de evaluar el proceso realizado por el seminarista y los progresos conseguidos en cada etapa formativa. De esta manera, el discernimiento, realizado por los formadores, considerando todos los ámbitos de la formación, permitirá el paso a la etapa siguiente sólo a aquellos seminaristas que, además de haber superado satisfactoriamente los exámenes previstos, hayan alcanzado el grado de madurez humana y vocacional que se requiere para cada etapa.

Finalmente, la «etapa pastoral», o «de síntesis vocacional», da una peculiar importancia al tiempo que transcurre entre la conclusión de la formación en el Seminario y la ordenación presbiteral, a fin de favorecer en el candidato una adecuada preparación previa a dicha ordenación.

El discipulado y la configuración con Cristo se desarrollan, obviamente, durante toda la vida. Sin embargo, con las denominaciones «etapa discipular» y «etapa configuradora» se desea transmitir la importancia de subrayar, en un primer momento de la formación inicial, la vivencia de ser discípulo y, en los últimos años, la necesidad de entender la vocación al ministerio y la vida sacerdotal como una continua configuración con la persona de Cristo.

Por su parte, la formación permanente, por su propia naturaleza, no puede ser esquematizada en «etapas» preconcebidas; por ello solamente se han indicado algunos momentos, situaciones e instrumentos, que puedan ayudar a los sacerdotes y a los encargados de la formación permanente a vivir y a proponer iniciativas concretas.

4. Cf. CIC, can. 250.

Como parte integral de esta *Ratio fundamentalis*, al igual que en la de 1970, se encuentra también el *Ordo studiorum*, que comprende un elenco indicativo de las materias que deben formar parte del programa de estudios de los seminaristas en las diversas etapas, dentro de una visión más amplia de la formación intelectual. El *Ordo studiorum* deberá ser aplicado íntegramente en los Seminarios y casas de formación que organizan por ellas mismas el programa de estudios previsto para el sexenio filosófico-teológico, incluyendo el programa de estudios de la etapa propedéutica y las asignaturas relativas al ejercicio del ministerio presbiteral.

El texto de la presente *Ratio fundamentalis* incluye orientaciones de diversa índole –teológicas, espirituales, pedagógicas, canónicas– y normas propiamente dichas, que retoman las del Código de Derecho Canónico y determinan con mayor precisión el modo en que deben ser observadas y aplicadas⁵. En el documento, las orientaciones y las normas no están rígidamente separadas y se ha explicitado su valor preceptivo u orientativo en cada caso. Se han integrado las diversas aportaciones con la finalidad de ofrecer un texto enriquecido.

5. Cf. *Ibid.*, can. 31, § 1.

I

NORMAS GENERALES*

a) *Ámbito de aplicación*

1. La presente *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*¹ se aplica íntegramente en los países de competencia de la Congregación para el Clero. Teniendo en cuenta el Decreto conciliar *Ad gentes*, n. 16 y el art. 88, § 2 de la Constitución apostólica *Pastor bonus*, se aplica parcialmente en los territorios de competencia de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos; de hecho, este Dicasterio tiene la responsabilidad de «formar el clero secular», según las propias orientaciones y normas, sin embargo, la presente *Ratio* es normativa en lo concerniente al «Plan general de los estudios», para los territorios sujetos a la competencia de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. Deberán conformarse

1. El documento es un decreto general ejecutivo, ex can. 31, § 1, CIC, que aplica las normas canónicas relativas a la formación, que sustituye la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* del 6 de enero de 1970, revisada en la nueva edición del 19 de marzo de 1985; cf. Concilio Ecuménico Vaticano II, Decreto sobre la formación sacerdotal *Optatam totius* (28 de octubre de 1965), n. 1: AAS 58 (1966), 713.

1. El primer capítulo de la *Ratio* lleva por título 'Normas generales', y dedica un primer apartado (nn. 1-2) a su 'Ámbito de aplicación'. Aquí podemos observar que, al mencionarse en la primera frase el título, *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, aparece una nota a pie de página en la que se declara la índole del documento. Se trata de un 'decreto general ejecutivo', que en este caso 'aplica las normas canónicas relativas a la formación'. La presente *Ratio*, prosigue la nota, 'sustituye la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* del 6 de enero de 1970, revisada en la nueva edición del 19 de marzo de 1985'. En efecto, los decretos generales ejecutivos «no son leyes, aunque son normas jurídicas, pero

no autónomas, sino ejecutorias, es decir, concretizadoras de modos de aplicación de leyes que les han precedido, o urgidoras de nuevo de las mismas» (Profesores de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad Pontificia de Salamanca, *Código de Derecho Canónico. Edición bilingüe comentada*, BAC, Madrid 1983, 40, comentario al canon 31). Esta es justamente la razón de ser de la *Ratio*. En el número primero de su introducción se justifica su necesidad haciendo alusión detallada a los importantes documentos relativos a la formación de los futuros presbíteros por parte del Magisterio de los Pontífices y de los diversos Dicasterios de la Curia Romana publicados posteriormente a la *Ratio fundamentalis* de 1970, a los

a las normas de la *Ratio fundamentalis*, con las debidas adaptaciones, las *Ratio* de los Institutos de vida consagrada y de las Sociedades de vida apostólica², dependientes de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica y de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, además de la Pontificia Comisión *Ecclesia Dei* en lo que concierne a aquellos «miembros que se preparan para recibir las sagradas órdenes»³, y las *Ratio* de las Asociaciones clericales a las cuales se ha concedido el derecho de incardinar clérigos, como las propias de las Prelaturas personales, los Ordinariatos Militares y los Ordinariatos personales⁴. Por ello, cuando se hace referencia a las

2. Cf. Juan Pablo II, Constitución apostólica *Pastor bonus* (28 de junio de 1988), arts. 88, § 2 y 108, § 2: AAS 80 (1988), 882 y 887.

3. CIC, can. 659, § 3.

4. Cf. Benedicto XVI, Constitución apostólica *Anglicanorum coetibus* (4 de noviembre de 2009): AAS 101 (2009), 985-990.

que se añaden las aportaciones de las Conferencias episcopales y de las Iglesias particulares. A esta altura por tanto se hacía necesario recoger toda esa riqueza en una nueva normativa. De ahí la nueva *Ratio* como «decreto general ejecutivo».

Ámbito de aplicación de la *Ratio*. En el conjunto del texto del n.1 puede observarse que, para delimitar el ámbito de aplicación de la *Ratio*, se hace uso de las expresiones «íntegramente», «parcialmente» y «con las debidas adaptaciones». Se señalan también ámbitos de no aplicación.

Se aplica íntegramente «en los países de competencia de la Congregación para el Clero». ¿Cuáles son? La delimitación resulta compleja. Podemos intentar enumerar países y demarcaciones diversas que no son de la competencia de dicha Congregación. Así, excepto Filipinas y Australia, Asia y África pertenecen a la Congregación de la Evangelización de los Pueblos. También pertenecen a esta

Congregación las prelaturas territoriales y la mayoría de los vicariatos apostólicos, prefecturas apostólicas y administraciones apostólicas. A la Congregación para las Iglesias orientales pertenecen prácticamente todas las Iglesias que tienen ritos antiguos.

En el último párrafo, el texto destaca de manera relevante que la *Ratio* «se aplica íntegramente en las casas de formación de los movimientos y de las nuevas comunidades eclesiales, juntamente con la *Ratio nationalis* elaborada por la Conferencia episcopal de la nación donde tal instituto se encuentre, bajo la autoridad del Obispo diocesano». Aquí el término «íntegramente» parece tener un peso especial. Nótese que el párrafo comienza con la expresión «conviene precisar», como dando a entender que habría que poner freno a cualquier tendencia contraria. Además, no se hace ninguna mención a posibles «adaptaciones» según la índole propia del movimiento, cosa que sí se hace en el

competencias del Ordinario, se incluyen también los Superiores mayores de los Institutos de vida consagrada y de las Sociedades de vida apostólica clericales de derecho pontificio, excepto cuando se deduzca, por el contexto, que se refiere solo al Obispo diocesano.

En base a los art. 56 y 58, § 2 de la Const. Apost. *Pastor bonus*, la presente *Ratio fundamentalis* no se aplica a las Iglesias orientales católicas que están sujetas a la competencia de la Congregación para las Iglesias Orientales y que en esta materia deben preparar sus propias normas, a partir del propio patrimonio litúrgico, teológico, espiritual y disciplinar.

caso de los Institutos de vida consagrada e instituciones similares.

Se aplica parcialmente «en los territorios de competencia de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos», la cual es responsable de formar el clero secular según sus propias normas, como indica la Constitución apostólica *Pastor bonus*, art. 88, 2. El n. 16 del Decreto conciliar *Ad gentes* ahí mencionado hace amplia referencia a las orientaciones para la formación de los candidatos al ministerio diaconal y presbiteral «en los pueblos recientemente convertidos a Cristo». Sin embargo se destaca que el «Plan general de estudios» propuesto por la *Ratio* también es normativo para los territorios sujetos a dicha Congregación.

Habrán situaciones en que algunas Iglesias particulares o instituciones religiosas no cuenten con recursos humanos o materiales necesarios para erigir o sostener un Seminario y deberán proveer la formación mediante fórmulas diferentes, aunque sin rebajar en lo posible el nivel y las exigencias que indican las normas. En estos casos juega un papel importante la valoración que haga el Ordinario, siguiendo la norma del canon 237 § 1.

Con las correspondientes adaptaciones, han de conformarse a las normas de la *Ratio* todas las instituciones enumeradas en la segunda parte del primer párrafo. Nótese que en estos no se habla casos de «aplicaciones parciales», sino de adaptaciones. Esto quiere decir que las Congregaciones correspondientes ahí referidas deberán emitir un decreto en el que determinen el modo de aplicación de la *Ratio* teniendo en cuenta sus criterios tradicionales. Por ejemplo, las etapas formativas de la vida religiosa clerical deben combinar los criterios que presenta la *Ratio* con sus criterios habituales de postulante, noviciado, etc. La formación teológica de cada congregación religiosa tiene matices diferentes e incluso exigencias académicas distintas. De cualquier modo, habría que destacar aquí el término «debidas». Parece indicar que la *Ratio* debe ser la referencia fundamental para buscar la adaptación de las tradiciones propias, y no viceversa.

Los institutos de vida consagrada clerical, las sociedades de vida apostólica, las asociaciones sacerdotales, las prelaturas personales, los ordinariatos militares y los ordinariatos per-

Conviene precisar que esta *Ratio fundamentalis* se aplica íntegramente en las casas de formación de los movimientos y de las nuevas comunidades eclesiales, juntamente con la *Ratio nationalis* elaborada por la Conferencia Episcopal de la nación donde tal instituto se encuentre, bajo la autoridad del Obispo diocesano. En lo que se refiere a los estudios académicos de filosofía y de teología, que se pueden definir como tales en base a la legislación canónica, eclesiástica y/o civil y, también, a las facultades eclesiásticas, es competente la Congregación para la Educación Católica⁵, la cual es responsable, además, de los acuerdos con las autoridades civiles competentes.

5. Las respectivas competencias de los dos Dicasterios fueron establecidas por Benedicto XVI, Carta apostólica *Ministorum institutio* (16 de enero de 2013), art. 6: AAS 105 (2013), 134: «La Congregación para la Educación Católica es competente para el ordenamiento de los estudios académicos de filosofía y teología, oída la Congregación para el Clero, para lo que respecta a su competencia».

sonales deberán elaborar la propia *Ratio*, teniendo siempre como referencias la *Ratio fundamentalis* y la *Ratio nationalis*, en el caso de estar circunscritos a una nación determinada. Más adelante, en este mismo capítulo, se darán orientaciones para la elaboración de la *Ratio nationalis*, que también son útiles para cada una de estas instituciones, haciendo las debidas adaptaciones. El punto central está en que la formación sacerdotal se realice, tanto en las diversas naciones como en cualquier otra institución, según una normativa, estableciendo un común denominador, según las precisas indicaciones de *Optatam totius* n. 1.

La *Ratio fundamentalis* no se aplica a las Iglesias orientales católicas. Pero al añadir que «en esta materia deben preparar sus propias normas» parece indicarse que, con ocasión de la publicación de la *Ratio*, los Organismos correspondientes de la Santa Sede tendrán que actualizar lo que se

refiere a la formación de los presbíteros de esas Iglesias teniendo a la misma como referencia.

Competencias de la Congregación para el Clero y la Congregación para la Educación Católica. En la segunda parte del último párrafo de este n. 1, sin solución de continuidad, la *Ratio* hace referencia al ordenamiento de los estudios académicos y de filosofía y teología, que, según la carta apostólica *Ministorum institutio*, compete a la Congregación para la Educación Católica, oída la Congregación para el Clero, como se puede ver en la nota. Este dato deja claro que la formación de los futuros presbíteros no es de competencia exclusiva de la Congregación para el Clero. Ambas Congregaciones deberán trabajar de forma conjunta al respecto. Así, por ejemplo, el gran principio de «formación integral» propuesto reiteradamente por la *Ratio* debe lógicamente incluir la «dimensión intelectual», en armo-

2*. La Congregación para el Clero, de la cual forma parte la Obra Pontificia para las Vocaciones Sacerdotales⁶, «expresa y realiza la solicitud de la Sede Apostólica sobre la formación de aquellos que son llamados a las órdenes sagradas», y tiene la responsabilidad institucional de asistir «a los Obispos para que en sus Iglesias se cultiven con el máximo empeño las vocaciones a los ministerios sagrados y en los Seminarios» se ofrezca «una sólida formación, ya sea humana y espiritual, ya sea doctrinal y pastoral»⁷.

La Congregación para el Clero, por tanto, promueve la pastoral vocacional, especialmente las vocaciones a las sagradas órdenes, y ofrece a los Obispos y a las Conferencias Episcopales principios y normas para la formación inicial y permanente de los sacerdotes.

6. Cf. Pío XII, Motu proprio *Cum nobis* (4 de noviembre de 1941), n. 13: AAS 33 (1941), 479; *Ministorum institutio*, art. 7: AAS 105 (2013), 134.

7. *Ministorum institutio*, arts. 4-5: AAS 105 (2013), 133-134, que modificó los arts. 93, § 2 y 94 de la Const. apost. *Pastor bonus*.

nía con las otras «dimensiones de la formación» (capítulo V de la *Ratio*). Pero, dado que los estudios académicos de filosofía y teología, así como todo lo relativo a las facultades eclesiásticas, son de la competencia de la Congregación para la Educación Católica, el planteamiento de la pretendida «formación integral» de los futuros pastores puede encontrar dificultades, a la hora de la organización de las actividades educativas y de la dinámica de los Seminarios, que incluyen, como es natural, las actividades académicas. Esta es una cuestión de enorme transcendencia para el futuro de la formación, que deberá ser estudiada a la luz del conjunto de la *Ratio fundamentalis* y especialmente a partir de los capítulos V y VIII. Las Conferencias episcopales en sus *Ratio nationalis* tendrán que posicionarse sobre este punto, garantizando ante todo la formación integral.

2. Este segundo artículo de la *Ratio* se refiere explícitamente a la competencia de la Congregación para el Clero en el ámbito de la Pastoral Vocacional. Es propiamente un enunciado de los principios que se ampliarán en el capítulo II, dedicado a las vocaciones sacerdotales. Al pasar la competencia de los Seminarios a la Congregación para el Clero también pasó la Pontificia Obra de las Vocaciones Sacerdotales, promovida por el Papa Pío XII en 1941. A partir de 1964 esta Obra está unida a la celebración de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones.

Ya desde este momento el texto establece una relación armónica entre la pastoral de todas las vocaciones y el cuidado específico y la selección de las vocaciones sacerdotales. Entre ambas realidades no hay oposición, sino complementariedad.

El artículo concluye con una afirmación importante que se ampliará

b) *Elaboración de la Ratio nationalis*

3*. Sobre la base de esta *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, cada Conferencia Episcopal deberá elaborar su propia *Ratio nationalis* que, a tenor del n. 1 del Decreto conciliar *Optatam totius* y del can. 242, § 1 del Código de Derecho Canónico, ha de ser aprobada por esta Congregación, escuchado oportunamente el parecer de la Congregación para la Educación Católica en lo que es de su competencia; con el fin de garantizar la necesaria armonía y coordinación del Plan de estudios y su coherencia con el Ordenamiento de los estudios de las diversas naciones.

de diversas maneras a lo largo del documento: La actividad y la competencia de la Congregación para el Clero incluye las vocaciones sacerdotales, la formación inicial y la formación permanente, fases del único proceso de la vida y ministerio de los presbíteros. Desde este contexto se comprende que la *Ratio* haga continuas referencias a este conjunto (cf. Introducción, párrafo e; 53; 54-56; 79; 152b), interpretando cada uno de sus tres momentos en relación dinámica con los otros y procurando la continuidad entre los mismos. Las Conferencias episcopales, las diócesis y otras instituciones clericales deberán proceder de manera similar, realizando de un modo equilibrado la pastoral de las vocaciones, la pastoral de la formación inicial y la pastoral presbiteral.

3a. Cada Conferencia Episcopal elabora su propia *Ratio nationalis*, que debe ser aprobada por la Congregación para el Clero, escuchando el parecer de la Congregación para la Educación Católica en lo que se refiere al *Ordo studiorum* en el caso de las facultades eclesiásticas. El texto cita el primer número del de-

creto *Optatam totius*, que establece el principio fundamental: «No pudiéndose dar más que leyes generales para tanta diversidad de gentes y de regiones, en cada nación o rito establézcanse unas normas peculiares de formación sacerdotal que han de ser promulgadas por las Conferencias episcopales, y revisadas en tiempos determinados, y aprobadas por la Sede Apostólica; en virtud de dichas normas, se acomodarán las leyes universales a las circunstancias especiales de lugar y de tiempo, de manera que la formación sacerdotal responda siempre a las necesidades pastorales de las regiones en que ha de ejercitarse el ministerio». El texto conciliar expresa la necesidad de que existan normativas diversas adaptadas a la situación de cada lugar, establece los cauces para la revisión y aprobación de estas normas particulares y deja claro el fin, que es siempre la orientación pastoral de toda la formación sacerdotal. Esta orientación pastoral, característica de la doctrina del Concilio Vaticano II sobre los Seminarios, será aplicada por el Código de Derecho Canónico en el canon 242.

*Si se presentase la necesidad de hacer alguna modificación a la *Ratio nationalis* ya aprobada, a causa de la aparición de situaciones nuevas o inesperadas, se podrá enmendar el texto, solicitando una ulterior aprobación a la Congregación para el Clero. Considerando la experiencia acumulada, o en vista de la caducidad del término prefijado, la *Ratio nationalis* deberá ser revisada por el organismo competente de la Conferencia Episcopal, para después ser nuevamente sometida a la aprobación de este Dicasterio. Ulteriores revisiones, con las debidas aprobaciones, podrán y deberán ser periódicamente efectuadas y solicitadas, cuando la Conferencia Episcopal lo considere necesario o cuando, por causa justa, la Congregación para el Clero lo considere oportuno⁸.

4*. Compete a las Conferencias Episcopales, no a cada Obispo en particular, el derecho y el deber de revisar la *Ratio nationalis institutionis sacerdotalis*; así como cuando se considerase útil y oportuno, aprobar experiencias particulares en el territorio de la Conferencia Episcopal o en la Región⁹.

8. Cf. CIC, can. 242, § 1.

9. Cf. *ibid.*

3b. Tanto para las revisiones periódicas de la *Ratio nationalis* como para la introducción de enmiendas al texto, se requiere la aprobación de la Congregación para el Clero. Tales revisiones deben realizarse periódicamente o cuando la Conferencia Episcopal o la Congregación para el Clero lo consideren necesario u oportuno. Se promueve de esta manera que la *Ratio nationalis* sea un documento vivo, que entre en continuo diálogo con las diversas realidades pastorales de la nación. Por otro lado, se establece un canal de comunicación y colaboración entre la Santa Sede y las Conferencias episcopales.

4a. Es la Conferencia Episcopal y no cada obispo particular quien tiene el derecho y el deber de revisar la *Ratio nationalis* y de aprobar otras

experiencias particulares. Se está reconociendo la autoridad de la Conferencia Episcopal y se está dando toda su importancia a la colegialidad entre los Obispos. El Obispo diocesano deberá tener razones muy poderosas para actuar de un modo diverso a lo dispuesto por la *Ratio nationalis* o a los acuerdos establecidos sobre la formación sacerdotal en la Conferencia episcopal.

Llegados a este punto parece oportuno hacer una breve digresión comentando el canon 237 § 1. Allí se indica que en cada diócesis «cuando sea posible y conveniente» ha de haber un Seminario mayor. En caso contrario se dan dos opciones: enviar a los seminaristas a otro Seminario o establecer un Seminario interdiocesano. El juicio del Obispo sobre la posibilidad y conveniencia de erigir o

*Las normas de esta *Ratio* deberán ser observadas en todos los Seminarios diocesanos e interdiocesanos de la nación¹⁰. Sus particulares aplicaciones deberán formar parte del Estatuto, Reglamento y Proyecto formativo propio de cada institución¹¹.

10. Cf. *ibid.*, can. 242, § 2.

11. Cf. *ibid.*, can. 243.

mantener un Seminario mayor revisite una gravedad singular, tanto en las diócesis que, teniendo una larga tradición formativa cuentan con pocos seminaristas, como en aquellas que, teniendo un número suficiente de vocaciones, carecen de los medios materiales y humanos para atender su formación. La erección de un Seminario interdiocesano requiere el acuerdo entre los Obispos interesados y la aprobación de la Santa Sede (cf. CIC, 237 § 2).

Según este espíritu de comunión y colaboración, en el discernimiento del Obispo diocesano sobre este punto sería siempre recomendable una consulta a los Obispos de la provincia eclesiástica e incluso, según el caso, a la Conferencia episcopal. El decreto conciliar *Christus Dominus* afirma que «en los tiempos actuales, sobre todo, no es raro que los Obispos no puedan cumplir su cometido oportuna y fructuosamente, sin si no estrechan cada día más su cooperación con otros Obispos» (CD, 37). De modo que la decisión de erigir o mantener un Seminario no dependa de la postura ideológica del Obispo o de otros factores subjetivos, sino se busque siempre el bien pastoral que en casi todos los casos rebasa los intereses de la Iglesia particular. El Papa Francisco, dirigiéndose a los nuevos Obis-

pos, ha dicho: «En el diálogo sereno, el Obispo no tiene miedo de compartir, e incluso a veces de modificar, su discernimiento con los demás: con los hermanos en el episcopado a los que está unido sacramentalmente, y entonces el discernimiento se vuelve colegial» (Papa Francisco, *Discurso a los nuevos Obispos*, 14 de septiembre de 2017).

4b. Las normas de la *Ratio nationalis* son obligatorias para todos los Seminarios del país. Deben ser aplicadas y adaptadas en cada uno de ellos a través de su Estatuto, Reglamento y Proyecto formativo. En aras de la simplificación, dado que el proyecto formativo es el instrumento central de la formación (solo a él se hace referencia en el n. 10), el estatuto se entiende como marco institucional y el reglamento como normativa para la vida cotidiana del Seminario. La validez del Proyecto formativo correspondería a la de la *Ratio nationalis*. El reglamento, en cambio, podría modificarse con más frecuencia, según las necesidades de la comunidad educativa.

Aunque no se menciona en la *Ratio fundamentalis*, sería muy conveniente realizar al inicio de cada curso la planificación anual o Anuario, que incluiría el proyecto comunitario del

5*. Para favorecer un diálogo constante entre la Santa Sede y las Iglesias particulares, como signo de cercanía y para recibir consejo y apoyo, los Seminarios interdiocesanos, según lo establecido en su propio Estatuto, enviarán periódicamente un informe a la Congregación para el Clero sobre la actividad formativa desarrollada.

c) *Responsabilidad de las Conferencias Episcopales*

6*. Salvada la autoridad del Obispo diocesano, la *Ratio nationalis* tiende a unificar la formación presbiteral en la nación, facilitando el diálogo entre los Obispos y los formadores, en beneficio de los seminaristas y de los mismos Seminarios¹².

12. Cf. *ibid.*, can. 242, § 2.

año, el listado de seminaristas y formadores, el calendario, los horarios y la distribución de los servicios comunitarios.

5. Los Seminarios interdiocesanos deben enviar un informe a la Congregación para el Clero sobre la actividad formativa desarrollada, con la periodicidad prevista en sus propios estatutos. El texto interpreta esta obligación de reportar en un sentido preciso: «para favorecer un diálogo constante entre la Santa Sede y las Iglesias particulares [...] como signo de cercanía y para recibir consejo y apoyo». No se trata así de un mero trámite burocrático ni de una inspección autoritaria, sino de la cercana colaboración que requiere una institución delicada y de gran trascendencia como es un Seminario nacional o interdiocesano.

6. Una parte constitutiva del ser humano y de las sociedades son sus «circunstancias». La *Ratio*, teniendo

en cuenta estas peculiaridades, ha integrado las aportaciones y experiencias de las distintas Conferencias episcopales (cf. RFIS, Int. 2). Corresponde a las Conferencias episcopales realizar un procedimiento similar en su relación con los Seminarios de las distintas Iglesias particulares de su competencia. Se trata de permanecer atentos a las experiencias positivas y probadas de formación y de proponerlas, si conviene, a nivel nacional.

Son, pues, varios los niveles en la confección de la normativa para la formación sacerdotal: La Congregación para el Clero ofrece el texto base en el que se recogen elementos que se consideran de validez universal. Las Conferencias episcopales de cada nación, con la aprobación de la Congregación para el Clero, confeccionan un documento que tiene en cuenta la realidad pastoral y la tradición formativa de un país. Cada Obispo, con la ayuda de su equipo formador, establece un proyecto formativo para su Seminario, que garan-

7*. La *Ratio nationalis* deberá hacer referencia a las dimensiones formativas previstas por este documento para los candidatos al sacerdocio, de tal modo que puedan formarse integralmente y ser debidamente preparados para afrontar los retos de nuestro tiempo. Cada *Ratio nationalis* deberá definir las etapas de la formación y el plan de estudios, sus objetivos y su duración, respetando las normas del derecho universal. En su propuesta educativa de cara al sacerdocio la *Ratio nationalis*, deberá garantizar la necesaria unidad dentro de la propia nación, teniendo en cuenta al mismo tiempo la diversidad cultural existente.

Cada *Ratio nationalis* deberá reflejar y actualizar en su contexto lo previsto por la *Ratio fundamentalis*, incluyendo los siguientes elementos:

- a) una descripción, al menos sumaria, del contexto social, cultural y eclesial concreto en el cual los futuros presbíteros ejercerán su ministerio;
- b) una síntesis sobre los eventuales acuerdos alcanzados por la Conferencia Episcopal sobre la organización de los Seminarios de la nación;
- c) algunos rasgos de la pastoral vocacional y sus instrumentos;
- d) una exposición de las etapas de la formación, contextualizada en la realidad de la nación;
- e) una descripción de los medios necesarios para atender cada una de las dimensiones formativas (humana, espiritual, intelectual y pastoral);
- f) el plan de estudios propedéuticos, filosóficos y teológicos, incluyendo la presentación de las materias, con algunas indicaciones sobre los objetivos y los contenidos a tratar en cada una de ellas, junto con el número de créditos formativos necesarios para cada disciplina.

tice una formación sólida y situada en la realidad local. Todo ello con el fin de conseguir una orientación pastoral de toda la formación.

7. La riqueza aportada por las iglesias locales ha de respetar la *Ratio fundamentalis*, puesto que las líneas fundamentales son comunes para todos los Seminarios, tanto diocesanos como religiosos. El texto hace hincapié en las cuatro dimensiones que conforman la personalidad de cualquier seminarista (integralidad), en las etapas formativas (gradualidad), así como en la importancia de

definir con claridad otros aspectos del plan formativo (unidad nacional). En definitiva, se pretende que exista un equilibrio entre lo particular y lo universal.

La segunda parte de este artículo enumera seis puntos para describir el contenido de la *Ratio nationalis*. Reconoce la importancia del análisis de la realidad nacional y de los acuerdos que ya se han establecido en la Conferencia Episcopal (a-b), incluye algunas normas sobre la pastoral de las vocaciones sacerdotales (c), insiste en los dos criterios fundamentales de gradualidad e integralidad de la

8*. En la elaboración de la *Ratio nationalis* es necesario que cada Conferencia Episcopal tenga en cuenta las características y exigencias específicas del propio ambiente socio-educativo. Además, se deberá promover la colaboración entre las diversas circunscripciones eclesiales presentes en el territorio, poniendo atención a las realidades locales, a fin de garantizar la mejor oferta formativa posible, tanto en los Seminarios numéricamente relevantes, como en los más pequeños.

formación (d-e) y pide que se incluya el plan de estudios o *Ratio studiorum* (f). En este listado se refieren los elementos fundamentales, pero no se trata de un esquema cerrado. Otros puntos de interés o que se deriven de la tradición formativa del país, o de la institución religiosa que elabora su *Ratio*, pueden ser añadidos.

8. Las circunstancias forman parte de la vida y del entorno en el que se desarrolla la formación. La Norma universal tiene carácter unificador y unitario. Es una referencia que identifica al conjunto de la formación sacerdotal y a la variedad de sus componentes. Por eso la *Ratio fundamentalis* deja un margen de participación y enriquecimiento a las Conferencias episcopales. En concreto se pide un análisis de la realidad socio-cultural y eclesial de la nación y que se tome en consideración la diversidad existente entre las Iglesias particulares, de modo que la *Ratio nationalis* no imponga un modelo de Seminario, sino que sea adaptable tanto a los Seminarios grandes como a los pequeños, a los de larga trayectoria histórica y a los que apenas están comenzando a crear una tradición formativa. La elaboración de la *Ratio nationalis* exige conocimiento de la realidad de

los Seminarios y discernimiento de las experiencias que se han probado suficientemente y pueden resultar válidas para todos. La Congregación para el Clero pide a las Conferencias nacionales una explicación que justifique y avale las peculiaridades de la formación sacerdotal en sus contextos específicos.

El segundo párrafo, procurando una aplicación práctica del espíritu expresado en el párrafo precedente, propone un *iter* para la elaboración de la *Ratio nationalis*.

Primero se requiere una consulta amplia, que no excluya ninguna realidad de la formación sacerdotal en el país. Para ello la Organización de Seminarios, en los lugares donde existe, es un instrumento eficaz, porque allí están presentes los Rectores y en general los formadores de todos los Seminarios. Esta consulta y la mera existencia de dicha organización tienden a establecer un clima de comunión y participación que es absolutamente necesario.

El segundo paso es la elaboración de un texto básico. Se trata solo de un primer borrador, que corresponde a la Comisión para los Seminarios de la Conferencia episcopal. Habitualmente este primer escrito será elaborado por un grupo de Rectores. En

Según el prudente juicio de cada Conferencia Episcopal, el *iter* para la elaboración de la *Ratio nationalis* y de sus sucesivas actualizaciones, podría prever los siguientes pasos: primero, la Conferencia Episcopal, a través de los delegados correspondientes, podría consultar directamente a los Seminarios y, donde ya exista, también a la organización nacional de los Seminarios; luego, podría confiar a la Comisión Episcopal para el Clero y los Seminarios la elaboración de un texto básico; finalmente, bajo el signo de la colegialidad y con espíritu de colaboración, la misma Conferencia Episcopal debe proceder a la redacción final del texto.

d) *Organizaciones nacionales y continentales de los Seminarios*

9*. Donde lo permitan las circunstancias o donde tales experiencias ya se realicen, se alienta la institución de organizaciones supradiocesanas de Seminarios. Estos organismos pueden representar una gran ayuda, como instrumentos de consulta para la comunicación y la colaboración entre los formadores de los diversos Institutos, favoreciendo

algunos países, antes de presentar el texto a los Obispos, se promueve una revisión por parte de todos los formadores del país. En este caso se puede pensar en un proceso de uno o dos años, de modo que se pueda conseguir un texto enriquecido en el que se vean reflejadas las distintas realidades de la nación.

El tercer paso es la presentación del texto a la Conferencia episcopal, donde los Obispos discuten y enriquecen los contenidos, de modo que se pueda llegar a un consenso y a la aprobación por parte de la Conferencia. Finalmente el texto se presenta a la Congregación para el Clero, como ya se había indicado.

Cabe destacar que se está pidiendo a las Conferencias episcopales que entren en la misma dinámica de cercanía, acompañamiento y colegialidad que quiere poner en práctica la Congregación para el Clero.

9a. «Se alienta la institución de organizaciones supradiocesanas de Seminarios», esto es, organizaciones que incluyen actividades tanto para los formadores como para los seminaristas, sea a nivel nacional o por regiones. Se alientan estas organizaciones porque constituyen un medio habitual para la comunión y la colaboración entre los formadores de los Seminarios de todo el país, con cierta autonomía respecto a la Conferencia episcopal. Para un Rector supone un gran alivio conocer a los otros Rectores y, en caso necesario, poder hacer una llamada telefónica para resolver situaciones concretas. Esto que sucede con los rectores, puede promoverse también entre los administradores o ecónomos, los directores espirituales, los responsables de las diversas dimensiones formativas o de las etapas de formación. Todo ello facilita la comunión y la participación.

el análisis de las experiencias educativas y didácticas y su desarrollo más homogéneo en el ámbito regional, o un mayor intercambio en el internacional.

*Como miembros de tales organismos serán convocados los formadores de los diversos Institutos. Es importante que estas organizaciones actúen bajo la guía de la Comisión de la Conferencia Episcopal para el Clero y los Seminarios. En cada caso, en espíritu de comunión eclesial, corresponde a la Congregación para el Clero erigir eventuales organizaciones a nivel universal, mientras a las Conferencias Episcopales o a las diversas organizaciones de las mismas (por ejemplo, el Consejo Episcopal Latinoamericano [CELAM], el Consilium Conferentiarum Episcoporum Europae [CCEE], la Federation of Asian Bishops' Conferences [FABC], etc.), les corresponde, después de haber consultado a este Dicasterio, la erección de las organizaciones continentales y de aquellas que operan dentro de su territorio, aprobando sus estatutos y respetando la competencia de los Obispos diocesanos y de las Conferencias Episcopales.

*Como ya sucede en algunas regiones, podrá ser de gran utilidad que dichas organizaciones promuevan cursos para los formadores y actividades de estudio y reflexión sobre temas relacionados con la vocación y a la formación presbiteral en el territorio de su competencia, ofreciendo los resultados a las Conferencias Episcopales interesadas¹³.

13. Cf. *Optatam totius*, n. 5: AAS 58 (1966), 716-717.

Asimismo existen organizaciones de Seminarios a nivel internacional o continental. Piénsese, por ejemplo, en los Seminarios de América Central, en los Seminarios de lengua alemana o en la OSLAM (Organización de Seminarios de América Latina).

9b. La Organización nacional de Seminarios debe realizar sus actividades en armonía y en evidente comunión con la Comisión correspondiente de la Conferencia episcopal. Esto viene exigido por la misma naturaleza de la formación, que es responsabilidad de los Obispos. Sin embargo, el hecho de que los formadores se organicen entre sí y funcionen con cierta autono-

mía da gran agilidad y eficacia a dicha comisión episcopal. Según las dimensiones de cada nación se proveerá de modo diverso y habrá mayores o menores posibilidades. La elaboración de la *Ratio nationalis*, tal como se ha explicado, es un buen ejemplo de esta colaboración armónica.

9c. Este tercer párrafo pone el acento en la formación permanente de los formadores. Cada vez más se ofrecen cursos y se organizan reuniones periódicas que convocan a los coordinadores de la pastoral vocacional, rectores, directores espirituales y equipos de formadores. Los temas son muy variados, pero siempre en

e) *Proyecto formativo de cada Seminario*

10*. El Obispo diocesano (o los Obispos interesados, en el caso de un Seminario interdiocesano), ayudado por el equipo de formadores del Seminario, tiene el deber de elaborar un proyecto de «formación integral», llamado también itinerario formativo, y de promover su aplicación práctica¹⁴, respetando las diversas etapas y el proceso pedagógico correspondientes. Teniendo como referencia la *Ratio fundamentalis*, este proyecto tiene como meta aplicar la normativa de la *Ratio nationalis* y la visión pedagógica que la inspira, de acuerdo con la realidad y las exigencias de la Iglesia particular, teniendo en cuenta el origen cultural de los seminaristas, la pastoral de la Diócesis y la propia «tradición formativa».

14. Cf. Congregación para los Obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos *Apostolorum successores* (22 de febrero de 2004), n. 90: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2006), 1768-1769.

función del servicio vocacional que se realiza en cada diócesis.

Durante los tiempos vacacionales de cada país, se suele aprovechar para hacer una propuesta más intensa de formación, y en algunas facultades de teología ya se ofrecen estudios de licenciatura enfocados a la formación, acompañamiento vocacional, dirección espiritual, pastoral vocacional-juvenil, formación sacerdotal, acompañamiento psicoafectivo, etc. Además en cada país se deben estudiar las normas educativas exigidas para los estudios de nivel universitario para el Seminario mayor o la exigencia de las leyes educativas a nivel secundario (Bachillerato) para el menor. El documento alienta a promover esta formación constante y que con los medios de comunicación existentes se pueden ofrecer a más de un país si es necesario en especial para aquellos sacerdotes que comienzan este servicio tan delicado y tan necesario.

10. El Proyecto o Itinerario es la propuesta formativa de la diócesis y del equipo formador. Es eminentemente pedagógico y maneja principios teológicos, antropológicos y psicológicos que son fundamentales para la maduración de las vocaciones sacerdotales. Debe ser interdisciplinar. Este proyecto o itinerario formativo es el instrumento central de la formación. Por ello en este artículo de la *Ratio fundamentalis* se enfatiza que el Obispo tiene el deber de promover su elaboración y aplicación práctica.

El proyecto formativo no repite lo ya dicho la *Ratio nationalis* o lo establecido en los estatutos y el reglamento del Seminario. Tampoco señala las etapas formativas, sus objetivos y duración. Todo esto lo dan ya otros documentos. Su cometido es más bien dar una respuesta pedagógica al *cómo* de la formación, especificando los pasos metodológicos para conseguir el objetivo de cada una de las etapas de la formación. En consecuencia, se

II

LAS VOCACIONES SACERDOTALES

a) *Principios generales**

11*. Las vocaciones eclesiales son una manifestación de la incommensurable riqueza de Cristo (cf. Ef 3, 8) y, por tanto, deben ser valoradas y cultivadas con toda solicitud pastoral, para que puedan florecer y madurar. Entre las diversas vocaciones, suscitadas incesantemente por el Espíritu Santo en el Pueblo de Dios, la llamada al sacerdocio ministerial convoca «a participar en el sacerdocio jerárquico de Cristo»¹ y a unirse a Él para «ser los pastores de la Iglesia con la palabra y la gracia de Dios»². Esta vocación se manifiesta en diversas circunstancias, en relación con las distintas fases de la vida humana: la adolescencia, la edad adulta y, como se aprecia en la larga experiencia de la Iglesia, también en la infancia.

1. *Optatam totius*, n. 2: AAS 58 (1966), 714-715.

2. Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* (21 de noviembre de 1964), n. 11: AAS 57 (1965), 15.

dirige a toda la comunidad educativa, particularmente a los seminaristas, que son sujetos activos y responsables de su propia formación.

Mediante el proyecto o itinerario formativo y su aplicación a distintas generaciones, a base de continuas evaluaciones y correcciones, el equipo formador va construyendo una tradición formativa, esto es, el modo específico como en este Seminario se consiguen los objetivos de cada una de las etapas de formación. El proyecto formativo matiza también los medios que se ponen para este fin: ejercicios espirituales, elementos de carácter psicológico y moral, acompañamiento, etc. Tiende a implicar todas las dimensiones de la formación porque es integral, incluida la dimensión intelectual.

11-15. Esta sección sintetiza la doctrina sobre la pastoral vocacional que surge de los documentos del Concilio Vaticano II y ha sido desarrollada a lo largo del tiempo, particularmente por la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, los mensajes pontificios para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y las conclusiones de diversos congresos vocacionales. El hecho de que un texto normativo como la *Ratio fundamentalis* ofrezca esta síntesis significa que se está rescatando y avalando oficialmente este conjunto de doctrina, dando una orientación precisa a la pastoral de las vocaciones.

11. El primer artículo de este segundo capítulo integra ágilmente la pastoral de las vocaciones en general

12*. La vocación al sacerdocio ministerial se inserta en el ámbito más amplio de la vocación cristiana bautismal, mediante la cual el Pueblo de Dios, constituido por Cristo a través de «una comunión de vida, de amor y de unidad, es asumido también como instrumento de redención universal y enviado a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5, 13-16)»³.

13*. La misión de la Iglesia consiste en «cuidar el nacimiento, el discernimiento y el acompañamiento de las vocaciones, en especial de las vocaciones al sacerdocio»⁴. Ella, escuchando la voz de Cristo, que invita a todos a rogar al Dueño de los campos que mande operarios a su mies (Mt 9, 38; Lc 10, 2), dedica una particular atención a las vocaciones a la vida consagrada y al sacerdocio. Para este fin, es necesario que se establezcan en cada Diócesis, región y nación, centros para las Vocaciones⁵,

3. *Ibid.*, n. 9: AAS 57 (1965), 13.

4. Juan Pablo II, Exhortación apostólica post-sinodal *Pastores dabo vobis*, n. 34: AAS 84 (1992), 713.

5. Cf. Congregación para la Educación Católica - Obra Pontificia de las Vocaciones Sacerdotales, *Orientaciones pastorales para la promoción de las vocaciones al ministerio sacerdotal* (25 de marzo de 2012), n. 13.

y el cuidado específico de las vocaciones sacerdotales. Para ello utiliza una terminología que conlleva un profundo bagaje eclesiológico. El término «vocaciones eclesiales» se refiere al conjunto de todas las vocaciones, a las que se debe un solícito cuidado porque son manifestación de la riqueza de Cristo. La expresión «llamada al sacerdocio ministerial» se refiere específicamente a la vocación sacerdotal, clarificando desde el inicio que esta se puede manifestar en todos los momentos de la vida, desde la infancia hasta la edad adulta.

Así se deja zanjado desde el inicio que no existe contradicción ni oposición entre el cuidado de todas las vocaciones y la atención específica a cada una de ellas, sino que ambos procesos se deben realizar armónicamente, siendo continuación el uno del

otro. Esto, que parece una afirmación elemental, tiene una gran importancia a la hora de poner en práctica la pastoral vocacional en las Iglesias particulares. Se da por sentada y absolutamente válida esta doctrina.

12. Este segundo artículo reafirma las ideas expresadas en el primero, pero ahora fundándose en la distinción entre vocación bautismal y vocación sacerdotal. Existe una vocación común a todos los creyentes que después se concreta en la diversidad de vocaciones específicas, todas ellas caracterizadas por la dignidad bautismal.

13. De aquí en adelante el texto se centra en las vocaciones sacerdotales. Pone atención a la responsabilidad de todos los miembros de la

los cuales, en colaboración con la Obra Pontificia para las Vocaciones Sacerdotales, están llamados a promover y orientar toda la pastoral vocacional⁶, poniendo los medios necesarios⁷. Los Obispos, como primeros responsables de las vocaciones al sacerdocio, favorezcan una eficaz colaboración entre sacerdotes, personas consagradas y laicos (principalmente los padres de familia y los educadores) y también con grupos, movimientos y asociaciones de fieles laicos, en el marco de un plan orgánico de pastoral de conjunto⁸.

6. Cf. Obra Pontificia para las Vocaciones Sacerdotales, *Desarrollo de la pastoral de las vocaciones en las iglesias particulares* (6 de enero de 1992); *Orientaciones pastorales para la promoción de las vocaciones al ministerio sacerdotal*.

7. Cf. *Optatam totius*, n. 2: AAS 58 (1966), 714-715; Concilio Ecuménico Vaticano II, Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros *Presbyterorum ordinis* (7 de diciembre de 1965), n. 11: AAS 58 (1966), 1008-1009; Decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa *Perfectae caritatis* (28 de octubre de 1965), n. 24: AAS 58 (1966), 711-712; Decreto sobre la misión pastoral de los Obispos en la Iglesia *Christus Dominus* (28 de octubre de 1965), n. 15: AAS 58 (1966), 679-680; Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia *Ad gentes* (7 de diciembre de 1965), nn. 16 y 39: AAS 58 (1966), 966-967 y 986-987.

8. Cf. CIC can. 233, § 1; *Optatam totius*, n. 2: AAS 58 (1966), 714-715; *Presbyterorum ordinis*, n. 11: AAS 58 (1966), 1008-1009; *Lumen gentium*, n. 11: AAS 57 (1965), 15-16; *Christus Dominus*, n. 15: AAS 58 (1966), 679-680; *Ad gentes*, n. 39: AAS 58 (1966), 986-987; *Perfectae caritatis*, n. 24: AAS 58 (1966), 711-712; Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo *Gaudium et spes* (7 diciembre 1965), n. 52: AAS 58 (1966), 1073-1074; Decreto sobre el apostolado de los laicos *Apostolicam actuositatem* (18 de noviembre de 1965), n. 11: AAS 58 (1966), 847-849; Pío XII, Exhortación al clero del mundo católico sobre la santidad de la vida sacerdotal *Menti nostrae* (23 de septiembre de 1950), cap. III: AAS 42 (1950), 683.

comunidad cristiana en el fomento de las vocaciones sacerdotales, según el mandato del Señor que encarga a todos que rueguen al dueño de la mies que envíe trabajadores a sus campos. Para el cuidado y el acompañamiento de las vocaciones a la vida consagrada y al sacerdocio se establecen los centros de pastoral vocacional, a nivel diocesano, regional y nacional. Estos centros se definen como el lugar natural de confluencia de los agentes vocacionales (II Congreso Internacional de Pastoral Vocacional, *Desarrollos de la Pastoral Vocacional en las Iglesias Particulares*, 50) y tienen

como finalidad promover y orientar toda la pastoral vocacional.

En las Iglesias particulares, representadas en los Obispos, se debe favorecer la colaboración de todos para este fin. El texto incluye como agentes de pastoral vocacional a los sacerdotes, las personas consagradas y los laicos, o sea, a todas las vocaciones, poniendo un especial énfasis en los padres de familia y educadores, así como en los grupos, movimientos y asociaciones de fieles laicos. Se trata así de una acción coral, que debe estar bien integrada en la pastoral de conjunto de cada Iglesia particular.

14*. Es necesario sostener las iniciativas que permiten acoger el don divino de nuevas vocaciones: sobre todo la oración personal y comunitaria. Algunos momentos del año litúrgico favorecen este fin. A la Autoridad eclesiástica compete establecer la fecha de algunas celebraciones particularmente significativas. El Sumo Pontífice ha establecido desde hace tiempo la celebración anual de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones en el IV Domingo de Pascua, llamado del Buen Pastor. Además es conveniente promover actividades que susciten un clima espiritual, que predisponga al discernimiento y a la acogida de la vocación sacerdotal⁹.

En este sentido, la pastoral vocacional tiene como destinatarios a hombres de diversas edades, si bien en la actualidad, visto el número creciente de candidatos de edad adulta, que han tenido una o más experiencias de trabajo¹⁰, se advierte la necesidad de dedicar una particular atención a esta franja de edad.

9. Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), n. 107: AAS 105 (2013), 1064-1065: «Donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas. Aun en parroquias donde los sacerdotes son poco entregados y alegres, es la vida fraterna y fervorosa de la comunidad la que despierta el deseo de consagrarse enteramente a Dios y a la evangelización, sobre todo si esa comunidad viva ora insistentemente por las vocaciones y se atreve a proponer a sus jóvenes un camino de especial consagración».

10. Cf. CIC, cán. 233, § 2; 385; *Menti nostrae*, cap. III: AAS 42 (1950), 684; *Apostolorum successores*, n. 87: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2006), 1773; S. Congregación para la Educación Católica, Carta circular *Vocationes adultorum*, a los Presidentes de las Conferencias Episcopales acerca del cuidado y formación de las vocaciones adultas (14 de julio de 1976): *Enchiridion Vaticanum* 5 (2000), 2097-2108.

14. El don de las nuevas vocaciones debe ser acogido por toda la comunidad cristiana, sobre todo a través de la oración personal y comunitaria. Se alude al tema de la maternidad eclesial, que por medio de la unión con Dios adquiere la fecundidad que genera nueva vida. Se propone como matriz de la acción vocacional la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, invitando a cada Iglesia particular a planificar actividades para este fin. Se presenta a las Diócesis como canteras en las que urge trabajar pastoralmente. Todo se juega en el clima espiritual que reina en las comu-

nidades cristianas y las dispone para identificar y discernir las vocaciones.

El segundo párrafo llama la atención sobre el fenómeno actual de las vocaciones en edad adulta e insiste en la importancia de discernirlas con cuidado. Se ataja la tendencia a ser menos exigentes con tales vocaciones dando por supuesto que tienen una mejor preparación. Pero precisamente por ser adultos requieren un discernimiento inicial más cuidadoso, que ayude a una correcta interpretación de las experiencias pasadas y disponga al candidato a emprender como adulto el proceso formativo.

15*. Con generosidad y espíritu eclesial, se promuevan no sólo las vocaciones para el servicio de la propia Diócesis o de la propia nación, sino también a favor de otras Iglesias particulares, según las necesidades de la Iglesia universal, secundando la acción de Dios, que llama libremente a algunos al sacerdocio ministerial en una Iglesia particular, a otros a ejercer el ministerio en un Instituto de vida consagrada o en una Sociedad de vida apostólica, y a otros en la *missio ad gentes*. Por ello, es muy recomendable que, en cada Diócesis, exista un único Centro para la pastoral vocacional, expresión de la unidad y de la cooperación entre el clero diocesano y el clero perteneciente a otras realidades eclesiales canónicamente reconocidas¹¹.

*b) Los Seminarios Menores y otras formas de acompañamiento de los adolescentes**

16*. La pastoral de las vocaciones tiene como finalidad reconocer y acompañar la respuesta a la llamada interior del Señor. Este proceso debe favorecer el desarrollo humano y espiritual de la persona y verifi-

11. Cf. *Optatam totius*, n. 2: AAS 58 (1966), 714-715; *Presbyterorum ordinis*, nn. 10-11: AAS 58 (1966), 1007-1010; *Apostolorum successores*, n. 91: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2006), 1787-1789.

15. Hablando específicamente de las vocaciones sacerdotales, se invita a todos a proceder con generosidad y espíritu eclesial, respetando el don de Dios destinado siempre a la evangelización, sea en la vida diocesana, en la ayuda a otras diócesis más necesitadas y a la Iglesia universal, en los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica o en la misión *ad gentes*. Es digna de subrayar la coherencia del documento, que teniendo aplicación en todos los Seminarios y casas de formación, presenta un amplio abanico de posibilidades en las que se puede realizar la vocación presbiteral, proponiendo un modelo de acción pastoral para las Iglesias particulares. En la actividad pastoral a favor de las vocacio-

nes rige siempre la comunión, el respeto a la acción de Dios que llama y el adecuado discernimiento que ayude a los jóvenes a responder a este don de la mejor manera posible.

El único centro diocesano para las vocaciones es interpretado por el texto como un ámbito de comunión y de participación del clero diocesano y de cualquier otra forma de vida sacerdotal.

16-23. Esta sección se consagra al tema de la atención a las vocaciones de los adolescentes, incluyendo el Seminario menor y otras instituciones similares. El hecho de incluir el Seminario menor en el conjunto de la pastoral vocacional podría parecer una novedad, sin embargo es un

car la autenticidad de sus motivaciones. Por esta razón, en cada Iglesia particular, teniendo en cuenta las circunstancias, los propios medios y la experiencia adquirida, es conveniente promover instituciones que sostengan y ayuden a discernir las vocaciones al sacerdocio ministerial, considerando siempre la edad y las condiciones particulares de quienes en ellas se deben formar.

17*. El Seminario Menor¹². El Código de Derecho Canónico prescribe: «Consérvense donde existen y foméntense los seminarios menores y otras instituciones semejantes en los que, con el fin de promover vocaciones, se dé una peculiar formación religiosa, junto con la enseñanza humanística y científica; e incluso es conveniente que el Obispo diocesano, donde lo considere oportuno, provea a la erección de un seminario menor o de una institución semejante»¹³.

12. Cf. *Optatam totius*, n. 3: AAS 58 (1966), 715-716; *Pastores dabo vobis*, n. 63: AAS 84 (1992), 768-769.

13. CIC, can. 234, § 1; cf. también *Apostolorum successores*, n. 86: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2006), 1770-1772.

movimiento que ya había realizado el decreto conciliar *Optatam totius*, incluyendo en el capítulo II, dedicado a las vocaciones, el n. 3 sobre los Seminarios menores.

16. Este texto enmarca el Seminario menor en el contexto de la pastoral vocacional. El Seminario menor es una institución entre otras, destinada a sostener las vocaciones al sacerdocio ministerial desde la adolescencia, ofrecerles los medios para su desarrollo humano y espiritual y para un adecuado discernimiento vocacional. Evidentemente el texto se coloca en una perspectiva universal y tiene en cuenta que en algunos países no existen los Seminarios menores. Así, aunque mantiene la validez y oportunidad de los Seminarios menores, con la larga tradición de la

Iglesia, al mismo tiempo abre la posibilidad a otro tipo de instituciones formativas adecuadas para la edad y condición de los destinatarios. Con ello también se está abriendo la puerta a una nueva interpretación del Seminario menor.

17. Este párrafo se limita a citar el canon 234 § 1, que pide que se mantengan los Seminarios menores o se erijan otros nuevos, aclarando la finalidad específica de estas instituciones, a saber, ofrecer una adecuada formación religiosa, unida a la preparación científica, con el fin de promover las vocaciones sacerdotales. La fórmula utilizada es doble: «los Seminarios menores y otras instituciones similares», abriendo la posibilidad de modos diversos de realización de esta institución.

18*. La finalidad del Seminario Menor es ayudar a la maduración humana y cristiana de los adolescentes¹⁴ que muestran algunos signos de vocación al sacerdocio ministerial, con el fin de desarrollar, conforme a su edad, la libertad interior que les haga capaces de corresponder al designio de Dios sobre su vida.

Donde no exista el Seminario Menor en su forma institucional, cada Iglesia local asuma la importante responsabilidad de garantizar el acompañamiento de los adolescentes, buscando nuevas estrategias y experimentando formas pastorales creativas, que fomenten y orienten el desarrollo humano y espiritual. Se pueden mencionar, entre otras posibilidades, los *grupos vocacionales* para adolescentes, las *comunidades de acogida vocacional*, los *colegios católicos* y otras organizaciones juveniles¹⁵.

14. Cf. *Apostolorum successores*, n. 86.

15. Cf. *Pastores dabó vobis*, n. 64: AAS 84 (1992), 769-770.

18. Se describe la finalidad del Seminario menor y se afronta la situación de las diócesis en las que no existe esta estructura formativa.

La finalidad de los Seminarios menores no es formar sacerdotes, sino ofrecer los elementos que ayuden a la maduración humana y cristiana de los adolescentes para que en su día puedan corresponder con libertad al don de la vocación sacerdotal. Es una institución destinada a adolescentes que muestran signos de vocación al sacerdocio. La Iglesia valora el don de la vocación particularmente cuando se manifiesta a temprana edad. Esta descripción parte de la valoración del don de la vocación sacerdotal y el respeto a la acción de Dios que llama, de modo que la perspectiva de gracia es esencial. Como contraparte, el texto insiste en el respeto a la libertad personal de los jóvenes y en la capacidad que pueden conseguir para acoger el don de Dios con plena responsabi-

dad. Los elementos mencionados se refieren a los rasgos del Seminario menor, una institución peculiar que fácilmente puede desdibujarse.

El texto aborda la situación de algunas diócesis e incluso naciones donde se han suprimido los Seminarios menores, advirtiendo que el acompañamiento a los adolescentes con signos de vocación es una importante responsabilidad educativa de la Iglesia particular. Por un lado, como signo de respeto al llamado de Dios y, por otro, como cauce para el cuidado vocacional de las nuevas generaciones. Si falta el Seminario menor, hay que buscar con afán pastoral y creatividad la mejor manera de cumplir los mismos fines. Se proponen algunos ejemplos, que serán distintos según la tradición educativa y las circunstancias de cada nación. Tanto las Conferencias episcopales como cada Iglesia particular necesitan asumir una posición respecto de esta materia.

19*. Para la admisión a los Seminarios Menores conviene considerar algunas cualidades del adolescente, los «indicios de la vocación» específicos y algunas experiencias anteriores a la entrada en el Seminario, que fundamentan y cualifican la vida de fe de los jóvenes: por ejemplo, el vínculo espiritual con un sacerdote, una intensa vida sacramental, una práctica inicial de la oración, la experiencia eclesial en una parroquia o en grupos, asociaciones o movimientos, la participación en el programa vocacional promovido por la Diócesis, el desempeño de un servicio en la comunidad eclesial de referencia. Conviene considerar también algunas cualidades humanas que, debidamente desarrolladas, pueden ayudar a los jóvenes en su maduración vocacional. Se espera, por tanto, que los formadores evalúen la idoneidad integral (espiritual, física, psíquica, moral e intelectual) de los posibles candidatos.

20*. A lo largo del camino vocacional en el Seminario Menor, deberá tenerse en consideración el dinamismo del desarrollo de la persona, según la edad de los seminaristas y poniendo particular atención a algunos aspectos: la sinceridad y lealtad consigo mismos y con los otros, el progresivo desarrollo afectivo, la predisposición a vivir en comunidad, la capacidad para cultivar amistades fraternas, cierto nivel de responsabili-

19. Al proponer las condiciones para la admisión de los seminaristas menores, queda aún más claro que esta institución está destinada a adolescentes que se definen como creyentes, han hecho un camino en su fe, tienen sentido de pertenencia a la Iglesia, cuentan con ciertas cualidades humanas y han hecho un proceso de maduración vocacional. El texto exige que los formadores hagan una valoración integral de los candidatos antes de su admisión. De este modo la imagen del Seminario menor se aleja definitivamente de la de un internado o un mero colegio. Al contrario, se trata de una institución vocacional con objetivos específicos. Ser parte de ella debe considerarse un privilegio e implica una gran oportunidad para los seminaristas.

20. Si el artículo 19 se refería a la evaluación previa a la admisión, el artículo 20 propone una evaluación continua, particularmente la que se hace en momentos determinados del curso escolar. Ante todo se debe constatar un crecimiento objetivo del adolescente. Además, se enumeran, a modo de indicadores, algunas actitudes suyas que recomiendan su permanencia en el Seminario menor. El texto se refiere a la disponibilidad para la formación integral y al aprovechamiento de los medios con que cuenta el seminarista gracias al sostenimiento de la comunidad cristiana. El hecho de proponer una evaluación continua sitúa al Seminario menor en un interesante nivel de exigencia y seriedad.

dad en lo que respecta a los deberes personales y a las tareas que se les confían, la creatividad y el espíritu de iniciativa, el justo uso de la libertad, la disponibilidad a un camino de oración y de encuentro con Cristo.

21*. Haciendo experiencia de amistad con Jesús, los adolescentes aprendan a vivir y a desarrollar la fidelidad al Señor, sostenidos por la oración y por la fuerza del Espíritu Santo, de modo que crezcan en actitudes de humilde servicio, entendido como disponibilidad hacia los demás y como atención al bien común; obediencia, comprendida como confiada escucha; castidad juvenil, como signo de la pureza en las relaciones y en el don de sí mismos; y pobreza, como educación para la sobriedad en el uso de los bienes y para la sencillez de vida.

Un factor particularmente necesario de esta formación espiritual es sobre todo la vida litúrgica y sacramental, mediante la cual los adolescentes deberán participar cada vez con mayor conciencia, según la madurez de su edad, junto a la devoción mariana y a otros ejercicios de piedad cotidianos o periódicos, que se deben establecer, al igual que otros aspectos, en el reglamento de cada Seminario.

22*. Reciban los adolescentes la preparación escolar requerida en la propia nación para acceder a los estudios universitarios¹⁶. Consigan el título civil correspondiente, de modo que gocen de la libertad suficiente

16. Cf. CIC, can. 234, § 2.

21. Ahora se destaca la dimensión espiritual, que es central en el Seminario menor. Se ha invitado a los adolescentes sobre todo a hacer un camino espiritual y por ello la propuesta espiritual debe ser clara. La amistad personal con Jesús es el núcleo de la espiritualidad de los seminaristas menores. De ella se desprenden rasgos de comportamiento o actitudes que reflejan tal experiencia, especialmente en la vida comunitaria. Se está dibujando un camino de santidad juvenil, en el que, de acuerdo a la edad y al proceso de maduración de los adolescentes, se realiza una peculiar vivencia de los consejos evangélicos.

La vida litúrgica y sacramental es una realidad viva y dinámica en los

Seminarios menores, en la que los adolescentes suelen participar con mucha creatividad. Se subraya así el gran valor de la experiencia espiritual que se expresa en la participación sacramental, la oración y los pequeños actos religiosos de cada día.

22. Son cuatro las referencias para la formación intelectual de los seminaristas menores: situarse con toda claridad en el nivel preuniversitario, de manera que los estudios en el Seminario mayor no sean considerados de menor categoría, exigir a los seminaristas que consigan los títulos académicos correspondientes, ofrecer una formación complementaria y prestar atención a la elección del

para que puedan elegir otro estado de vida, en el caso de que no sea reconocida en ellos la llamada al sacerdocio. Es conveniente que el Seminario ofrezca una formación complementaria, reconociendo el valor, por ejemplo, de aspectos culturales, artísticos, deportivos, etc. Donde fuera posible, los estudios se podrán realizar en un instituto propio del Seminario, en una escuela católica externa o en otras escuelas.

23*. Dada la importancia y la exigencia de los retos educativos durante la adolescencia, en la cual inicia la maduración de la identidad de los jóvenes, es necesario que éstos sean acompañados por formadores que comprendan la condición de su edad, que sean buenos educadores y testigos del Evangelio. Es deseable que los formadores cuenten con la colaboración de los padres de familia, los cuales, sobre todo en esta etapa, ejercen una función fundamental en el proceso de desarrollo de sus propios hijos, y con el apoyo y cercanía de la comunidad parroquial de origen. Además, los formadores cuiden que los seminaristas mantengan la conveniente y necesaria relación con sus propias familias y con sus coetáneos, ya que esta vinculación es necesaria para un sano desarrollo psicológico, especialmente en lo que se refiere a la vida afectiva*.

centro de estudios, para que no entre en contradicción con los objetivos educativos propuestos. Vale la pena poner de relieve la interpretación que hace el texto del Seminario menor como una institución responsablemente abierta a la posibilidad de que no sea reconocida en los seminaristas la llamada al sacerdocio. Consecuentemente se desea que todo esté preparado para que puedan elegir otro camino de vida y puedan iniciar estudios universitarios.

23. El último párrafo que hace referencia al Seminario menor se dedica a los agentes de la formación. Insiste en la selección de los formadores, que deben ser ante todo testigos del

evangelio y de entrega sacerdotal, y en su preparación específica para acompañar el proceso de maduración de los adolescentes. El texto da toda la importancia a la colaboración de los padres de familia en la educación humana, cristiana y vocacional de sus hijos y a la referencia a la parroquia de origen. Por último, postula con toda claridad la importancia de la inserción cultural, social, familiar y afectiva de los seminaristas en su entorno natural. Por contraposición, se excluye la imagen del Seminario menor como una institución aislada que pudiese alejar a los seminaristas de su realidad o de su origen socio económico.

c) *Las vocaciones de adultos*

24*. Quienes descubren la llamada al sacerdocio ministerial en edad más avanzada llegan al Seminario con una personalidad más estructurada y después de un recorrido vital caracterizado por experiencias diversas. La acogida inicial de estas personas en el Seminario exige un recorrido espiritual y eclesial previo, durante el cual se pueda realizar un serio discernimiento de sus motivaciones vocacionales.

Es necesario evaluar con cuidado el tiempo transcurrido entre el Bautismo, o la conversión cristiana, y el ingreso al Seminario¹⁷, evitando la posible confusión entre el seguimiento de Cristo y la llamada al ministerio presbiteral.

De la misma manera que se hace con los otros seminaristas, se cuide el acompañamiento de estos candidatos a través de un proceso serio y completo, que prevea, en el ámbito de la vida comunitaria, una sólida formación espiritual y teológica¹⁸, mediante un oportuno método pedagógico y didáctico, que tenga en cuenta el propio perfil personal. Será competencia de las Conferencias Episcopales dar normas específicas

17. Cf. *Ibid.*, can. 1042, n. 3.

18. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 64: AAS 84 (1992), 769-770; *Vocationes adultorum*, n. 12: *Enchiridion Vaticanum* 5 (2000), 2102.

24-27. Habiendo tratado lo referente al Seminario menor y a otras instituciones similares, el documento enfoca tres situaciones en las que con alguna frecuencia se encuentran las vocaciones sacerdotales. Se trata de temas relativamente nuevos para los cuales es importante dar una orientación e incluso normas precisas. El hecho de colocar títulos para cada una de ellas ya nos está insinuando que son realidades que requieren atención y un cuidadoso discernimiento.

24. El primer dato es que los adultos que piden el ingreso al Seminario tienen ya una experiencia de vida que es necesario examinar con detenimiento. Tal como se ha dicho res-

pecto a los adolescentes, se requiere un camino eclesial hecho. Esto implica que el candidato sea conocido en su parroquia y sea recomendado por la comunidad cristiana. El texto subraya la necesidad de un serio discernimiento que tenga en cuenta las motivaciones vocacionales.

Se advierte de modo particular sobre la posible confusión entre una experiencia de primera conversión y la llamada al sacerdocio ministerial. En la situación de muchas diócesis que experimentan carencia de vocaciones, admitir al Seminario personas aún deslumbradas por una experiencia de conversión representa un riesgo real.

A los candidatos adultos se pide lo mismo que a todos los demás: un

acordes a la situación de la nación, evaluando la conveniencia de establecer un límite de edad para la admisión de dichas vocaciones y considerando la posibilidad de erigir un Seminario para este fin¹⁹.

d) *Las vocaciones indígenas*

25*. «Una atención particular se debe dar a las vocaciones nacidas entre los indígenas; conviene proporcionar una formación inculturada en sus ambientes. Estos candidatos al sacerdocio, mientras reciben la adecuada formación teológica y espiritual para su futuro ministerio, no deben perder las raíces de su propia cultura»²⁰. La sola presencia de estas vocaciones es un elemento importante para la inculturación del Evangelio en algunas regiones, donde la riqueza de la cultura originaria

19. Cf. *Apostolorum Sucesores*, n. 87.

20. Juan Pablo II, Exhortación apostólica post-sinodal *Ecclesia in America* (22 de enero de 1999), n. 40: AAS 91 (1999), 776.

proceso completo y serio de acompañamiento vocacional. El fenómeno de la adolescencia retardada y de la falta de toma de decisiones en torno al estado de vida complica objetivamente la admisión de las vocaciones adultas. En este punto hay notables diferencias de un país a otro, por ello se pide a las Conferencias episcopales que establezcan un límite de edad y las condiciones que crean oportunas. Según la mente de la *Ratio fundamentalis* no se deben hacer excepciones por el solo hecho de ser adultos. Al contrario, se deben mantener todas las exigencias para una adecuada selección vocacional.

Al final el texto alude a los Seminarios de vocaciones adultas como una posibilidad. El documento no los recomienda, sino que deja el juicio al respecto en manos de la Conferencia episcopal. El Seminario de vocaciones adultas plantea algunas dificultades,

sobre todo cuando se tiende a ser menos exigente en las condiciones para el ingreso y cuando se baja el nivel de los estudios.

25. El artículo comienza citando *Ecclesia in America*, por ser un texto en el que aparece explícitamente la expresión «vocaciones indígenas». Se hace una valoración explícita de las vocaciones indígenas como un signo de la evangelización de las culturas originarias y un medio precioso para ello. La *Ratio* sitúa la formación inculturada a la que se refiere *Ecclesia in America* durante las primeras etapas y particularmente en el proceso vocacional previo al ingreso en el Seminario. Así, se debe conjugar la adecuada integración con los demás candidatos en el Seminario con la capacidad para valorar y mantener las raíces de la propia cultura y de la propia lengua.

debe ser valorada adecuadamente. Siempre que fuese necesario, se puede ofrecer un servicio vocacional en la propia lengua, en el contexto de la peculiar cultura local.

e) *Las vocaciones y la migración**

26*. Se ha multiplicado de modo creciente el fenómeno de la migración de los pueblos, por diversas razones de naturaleza social, económica, política y religiosa²¹. Es importante que la comunidad cristiana ofrezca una constante atención pastoral a las familias que emigran, viven y trabajan en otro país, las cuales representan una importante riqueza. De entre ellas pueden nacer vocaciones al ministerio presbiteral, que exigen un acompañamiento adecuado a su progresiva integración cultural²².

27*. Algunos jóvenes, que se sienten llamados por el Señor, dejan la propia nación para recibir la formación para el presbiterado en otro lugar. Es importante considerar su historia personal, teniendo en cuenta

21. Cf. Francisco, Exhortación apostólica post-sinodal *Amoris laetitia* (19 de marzo de 2016), n. 46, Libreria Editrice Vaticana 2016.

22. Cf. Pontificio Consejo para la Pastoral de los Migrantes y de los Itinerantes, Instrucción *Erga migrantes caritas Christi* (3 de mayo de 2004), n. 45: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2006), 2480-2481.

26-27. El tema de las vocaciones sacerdotales relacionadas con la migración resulta delicado. La *Ratio* distingue con claridad dos situaciones, dedicando un artículo a cada una de ellas: la del candidato que emigró con su familia y, ya en el nuevo contexto, experimentó la inquietud vocacional, y la del candidato que emigra solamente para recibir la formación sacerdotal en otro contexto cultural, permaneciendo su familia en el lugar de origen.

26. Para el primer caso, el texto enmarca la pastoral de las vocaciones sacerdotales en el conjunto de la acción pastoral a favor de los emigrantes. Hace una valoración posi-

va de estas familias que sin duda enriquecen a la sociedad que los recibe y también a la comunidad cristiana. Se pone de relieve la preocupación por la adecuada integración cultural de estas vocaciones, de modo que después puedan realizar una armoniosa colaboración en el presbiterio y en su relación con los fieles.

27. Otro caso muy distinto es el de los jóvenes que emigran por motivos vocacionales, alejándose de su propia familia y de su cultura. El texto advierte que es necesario, primeramente, *verificar atentamente las motivaciones de su opción vocacional* y después, *hacer todo lo posible para entrar en diálogo con la Iglesia lo-*

el contexto del que provienen, y verificar atentamente las motivaciones de su opción vocacional, haciendo todo lo posible para entrar en diálogo con la Iglesia local de origen. En todo caso, durante el proceso formativo, es necesario encontrar los métodos e instrumentos adecuados para una correcta integración, sin minusvalorar el reto de la diversidad cultural que, en ocasiones, puede hacer más complejo el discernimiento vocacional.

cal de origen. Al proponer el cuidado pastoral de estas vocaciones en tales términos, se está descalificando la acción contraria, es decir, la que no examina las motivaciones y consiente una ruptura con la Iglesia particular de origen. Con mucha delicadeza se alude al problema frecuente de algunas diócesis con carencia de vocaciones, que acogen candidatos de otros países faltando la necesaria información y el debido discernimiento.

Evidentemente el discernimiento de estas vocaciones se torna más complejo y no se recomienda que esta sea una práctica habitual. La ayuda solidaria entre las Iglesias particulares y la mejor distribución del clero se debe promover de otras maneras, sobre todo contando con la disponibilidad de los que ya han recibido la ordenación presbiteral y pueden servir por un tiempo en otras diócesis más necesitadas.

III

LOS FUNDAMENTOS DE LA FORMACIÓN*

a) *El sujeto de la formación*

28*. Durante el itinerario formativo hacia el sacerdocio ministerial, el seminarista permanece como un «misterio para sí mismo», en el cual interactúan y coexisten dos aspectos de su humanidad, que deben integrarse recíprocamente: por un lado, un conjunto de cualidades y riquezas, que son dones de la gracia; por otro lado, dicha humanidad está marcada por límites y fragilidades. El trabajo formativo consiste en ayudar a la persona a integrar ambos aspectos, con el auxilio del Espíritu Santo, en un camino de fe y de progresiva y armónica maduración de todos los componentes, evitando la fragmentación, las polarizaciones, los excesos, la superficialidad o la parcialidad. El tiempo de formación hacia el sacerdocio ministerial es un tiempo de prueba, de maduración y de discernimiento por parte del seminarista y de la institución formativa.

Cap. III. Este capítulo es la piedra basilar que da unidad a la *Ratio*. Se pone el énfasis en la persona del candidato que, mediante un cuidadoso acompañamiento personal y comunitario, discierne si en efecto Dios lo llama al ministerio. El candidato es el principal protagonista de su formación ayudado, lógicamente, por formadores bien seleccionados. El proceso formativo debe ser presentado como un camino discipular y misionero de configuración con Cristo, desde la formación de la interioridad y con un gran sentido de comunión.

En esta línea, cobra sentido la norma de no admitir al Seminario mayor a quien no posea unas dotes humanas y morales, espirituales e intelectuales y una salud física y psíquica suficientes en las que asentar el proceso formativo (CIC, 241 §1; RFIS, 189). La etapa propedéutica es un tiempo

oportuno para realizar una primera selección y un sereno discernimiento (RFIS, 59) que evite el acceso al Seminario a quienes no reúnen unas condiciones mínimas. Recordemos la máxima conciliar que en lo referente a la selección de candidatos recomienda proceder «con firmeza de ánimo, aunque haya que lamentarse por la escasez de vocaciones» (OT, 6).

28. Aunque el documento hablará después más concretamente de la dimensión humana de la formación (n. 93-100), aquí ya se colocan los elementos que deben tenerse en cuenta para favorecer y garantizar en los candidatos una integración ajustada de su persona que les permita ejercer adecuadamente en el futuro la función pastoral. En los relatos bíblicos de vocación no se oculta la debilidad del vocacionado, lo que hace resaltar

29*. El seminarista está llamado a «salir de sí mismo»¹, para orientar sus pasos, en Cristo, hacia el Padre y hacia los demás, abrazando la vocación al presbiterado, esforzándose por colaborar con el Espíritu Santo, realizando una síntesis interior, serena y creativa, entre fortaleza y debilidad. El proyecto educativo ayuda a los seminaristas a reconducir a Cristo todos los aspectos de su personalidad, de tal modo que lleguen a ser conscientemente libres para Dios y para los demás². Solo en

1. Cf. Francisco, *Discurso a los seminaristas, a los novicios y novicias venidos de varias partes del mundo con ocasión del Año de la Fe* (6 de julio de 2013): *Enseñanzas* I/2 (2013), 13.

2. Cf. Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones educativas para la formación para el celibato sacerdotal* (11 de abril de 1974), n. 38: *Enchiridion Vaticanum* 5 (2000), 275-276; Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones para la utilización de las competencias de la psicología en la admisión y en la formación de los candidatos al sacerdocio* (29 de junio de 2008), n. 9: *Enchiridion Vaticanum* 25 (2011), 1268-1269.

más la conciencia de que la vocación es un don gratuito de Dios que exige una continua correspondencia. La formación debe ayudar a los seminaristas a aceptar sus limitaciones personales y a trabajar sobre ellas para responder adecuadamente a la llamada de Dios. El proceso formativo ha de buscar la transformación de los candidatos por medio de un constante crecimiento humano que los introduzca en la experiencia del Misterio y los disponga para aplicar esta dinámica durante toda su vida en la formación permanente. La integración de estos dos polos que conforman la humanidad del candidato no se da sin un camino de fe, porque, como dice santo Tomás, «la gracia no destruye ni sustituye la naturaleza, sino que la eleva» (STh I, 1, 8 ad 2), posibilitando una armónica conciliación entre los valores humanos y sobrenaturales.

Sobre el tiempo que dura la formación, este artículo indica que habrá de ser el que requiera dicha experiencia «de prueba, de maduración y de discernimiento».

Así, cada dimensión de la personalidad (corporeidad, temperamento, carácter, pulsiones, predisposiciones, aptitudes, capacidades, intereses, valores, actitudes, conciencia moral y fe religiosa) está implicada en la dinámica del proceso de maduración personal, desde el reconocimiento de la soberanía de Dios que llama a una plenitud personal en la fe y en la gracia que, trascendiendo los propios intereses y afrontando las propias limitaciones, se desarrolla en el tiempo, asumiendo el pasado —en particular lo que supone una dificultad— e integrándolo; mirando al futuro como meta que dinamiza y orienta el presente; viviendo en plenitud el aquí y ahora en el quehacer cotidiano.

29. La llamada al ministerio presbiteral conlleva realizar una opción ego-trascendente en que el seminarista, más allá de la gratificación personal, se decide a amar a los demás con un corazón indiviso. La persona llamada experimenta una novedad en su vida que supone la negación de

Cristo crucificado y resucitado tiene sentido este proceso de integración y llega a su plenitud; en Él se recapitulan todas las cosas (cf. Ef 1, 10), para que «Dios sea todo en todos» (1 Cor 15, 28).

sí mismo para establecer una nueva orientación hacia Dios y hacia el prójimo. La realización personal se comprende ahora como consecuencia de esta opción. La formación debe ayudar al seminarista a desligarse de la búsqueda de su autorrealización para abrirse a la llamada de Dios de un modo vital, profundo, desde lo que es y aprende a ser en la relación con Dios y con los hermanos. Es un proceso de gradual desapropiación, al estilo de Jesús, que significa entregar la propia vida por el Reino. Es un proceso que implica a la persona en su integridad y ocupa toda la vida.

Por eso la *Ratio* no busca formar presbíteros cortados por el mismo patrón, con respuestas de manual, con una obediencia meramente exterior y formal, sino que comprende al candidato como un sujeto autónomo y libre que ha de ser capaz de actuar con libertad interior. Así se revela la gran importancia del cuidado de los procesos y del acompañamiento personal y comunitario que lleven al seminarista a «interrogarse críticamente sobre el camino recorrido, su condición actual, sus propias opciones y su futuro» (RFIS, 96).

La libertad del seminarista no se orienta primariamente a la elección de un objeto, sino de un modelo de vida, a cuya realización se subordina la elección de los objetos. Es libre quien se posee a sí mismo y puede entregarse en una dirección determi-

nada. Esta autoposesión, signo de un yo personal libre, no puede medirse directamente, de ahí la dificultad a la hora del discernimiento; pero sí podemos hacerlo a través de unos indicadores indirectos que la expresan: la autoimagen, el autoconcepto y la autoestima. Su observación nos aproximará al conocimiento del grado de libertad interna del candidato.

Por ello, la educación en la libertad y para la libertad es fundamental en la formación de los seminaristas. Desde este punto de vista, la opción por el sacerdocio debe ser personal, bien motivada y libre de intenciones inadecuadas. No se les hará verdaderos hombres si no se asume el contexto de libertad en el que han crecido y si el Seminario no ofrece los cauces para ejercitarla. Un ambiente de educación en la libertad y en la responsabilidad y una vida sobria y ordenada, que se programa y revisa con transparencia, son el caldo de cultivo necesario para que se produzca el crecimiento.

Es llamativo que en el centro de este artículo, que describe el dinamismo propio de la formación sacerdotal, aparezca el proyecto formativo como instrumento idóneo para conseguir este fin. El proyecto formativo es la mediación pedagógica necesaria que ayuda a la confluencia de la acción gratuita del Espíritu Santo y la respuesta agradecida de parte del seminarista.

b) *La base y la finalidad de la formación: la identidad presbiteral**

30*. Para profundizar en la formación integral del candidato, antes se debe reflexionar acerca de la identidad del presbítero³. Una primera consideración es de naturaleza *teológica*, en cuanto que la vocación al presbiterado arraiga y encuentra su razón de ser en Dios, en su designio amoroso. Jesús realiza la nueva alianza a través del don de sí mismo y de su sangre, y así engendra el pueblo mesiánico, que «es para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación»⁴. Como recuerda el Concilio Vaticano II, la naturaleza y la misión de los presbíteros solo se comprende dentro de la Iglesia, Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo⁵, a cuyo servicio consagran su vida.

3. Cf. Congregación para el Clero, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (11 de febrero de 2013), cap. I.

4. *Lumen gentium*, n. 9: AAS 57 (1965), 13.

5. Cf. *ibid.*, n. 17: AAS 57 (1965), 21.

30-34. La vocación presbiteral no es un derecho que la persona pueda reclamar, sino un don que recibe inmerecidamente; tampoco responde a un diseño personal que se realiza según los propios criterios o intereses; ni es un privilegio. La formación sacerdotal exige una clara concepción de lo que es el ministerio presbiteral desde el punto de vista teológico y eclesiológico para que no sea desvirtuado o ideologizado. Es preciso que los seminaristas conozcan claramente en qué consiste el ministerio presbiteral y las obligaciones que le son inherentes (CIC, 247 §2), de modo que vayan identificando y apropiándose gradualmente de los valores sacerdotales, evitando los riesgos del clericalismo y de una configuración meramente externa del ministerio, centrada en apariencias o en modos de presentarse.

30. La reflexión de la *Ratio* sobre la identidad presbiteral comienza poniendo las coordenadas teológicas y eclesiológicas de este ministerio, haciendo ver que es absolutamente necesario que sea interpretado desde estas claves y no desde otros puntos de vista. Todo en él debe ser comprendido como designio amoroso del Padre, don de Cristo en la cruz y efusión del Espíritu Santo.

Después se afirma la referencia eclesial del ministerio sacerdotal. «La vida y el ministerio del sacerdote son continuación de la vida y de la acción del mismo Cristo. Esta es nuestra identidad, nuestra verdadera dignidad, la fuente de nuestra alegría, la certeza de nuestra vida» (PDV 18). La vinculación del ministerio presbiteral con la Iglesia, y a través de ella con el misterio mismo de la Trinidad, conlleva unas exigencias espiritua-

31*. Toda la comunidad creyente, mediante la unción del Espíritu, está constituida como sacramento visible para la salvación del mundo; todos los miembros del Pueblo de Dios, de hecho, participan en la obra redentora de Cristo⁶, ofreciendo un «sacrificio vivo, santo y agradable a Dios» (Rm 12, 1) como pueblo sacerdotal⁷. La unidad y la dignidad de la vocación bautismal preceden cualquier diferencia ministerial. El Concilio Vaticano II afirma que «el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no sólo de grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo»⁸. El ministerio presbiteral, por consiguiente, es interpretado, en su naturaleza específica y en sus fundamentos bíblicos y teológicos, como servicio a la gloria de Dios y al sacerdocio bautismal de los hermanos⁹.

6. Cf. *ibid.*, n. 10: AAS 57 (1965), 14-15; CIC, can. 204, § 1.

7. Cf. 1 Pe 2, 4-9.

8. *Lumen gentium*, n. 10: AAS 57 (1965), 14.

9. Cf. *ibid.*, nn. 10 y 18: AAS 57 (1965), 14-15 y 21-22; *Presbyterorum ordinis*, n. 2: AAS 58 (1966), 991-993; *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1547 y 1592.

les y pastorales de suma importancia que deben ser cultivadas desde la formación inicial y especifican la identidad presbiteral: a) el sentido de pertenencia a la Iglesia para no vivir el ministerio como un oficio del que el sacerdote se cree dueño, sino sintiéndose siempre y en cada momento llamado por la Iglesia y para el servicio del pueblo de Dios. b) la sintonía con el Magisterio, pues el presbítero ejerce un ministerio eclesial en nombre de Cristo y para el Cuerpo de Cristo. c) la defensa de la Iglesia, no en actitud beligerante y apologética, sino asumiendo la actitud de *parresía* en un contexto de secularismo, como una voz profética, denunciando los pecados estructurales de la sociedad y proclamando los signos y gestos de salvación de la Iglesia (PDV, 15-16).

31. El presbítero no puede olvidar su pertenencia al Pueblo del que ha sido elegido para servirlo. La formación debe ayudarle a descubrir la unión que existe, a nivel vocacional, entre «origen», «elección» y «misión», para que tome conciencia de que el sacerdocio no es para sí mismo, sino para los otros: «Los presbíteros, tomados de entre los hombres y constituidos en favor de los hombres conviven, como hermanos, con los otros hombres... son en realidad segregados, en cierto modo, en el seno del Pueblo de Dios; pero no para estar separados ni del pueblo mismo, ni de hombre alguno» (PO, 3). Este ministerio en favor de la comunidad exige la disponibilidad como estilo de vida, como actitud básica y previa para el servicio.

La *Ratio* ha plasmado de una manera precisa la relación íntima entre

32*. Todo creyente ha sido ungido por el Espíritu Santo y participa, activamente y según los carismas que le son propios, en la misión de la Iglesia, pero también es verdad que «el mismo Señor, para que los fieles se fundieran en un solo cuerpo, en el cual 'no todos los miembros tienen la misma función' (Rm 12, 4), de entre ellos constituyó a algunos ministros que, ostentando la potestad sagrada en la sociedad de los fieles, tuvieran el poder sagrado del Orden, para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados, y desempeñar públicamente, en nombre de Cristo, la función sacerdotal»¹⁰. Esto significa que los presbíteros, en comunión con el orden episcopal, forman parte inseparable de la comunidad eclesial y, al mismo tiempo, son constituidos pastores y guías, por voluntad de Cristo y en continuidad con la obra de los Apóstoles. Por tanto, «el sacerdote se sitúa no sólo en la Iglesia, sino también al frente de la Iglesia»¹¹.

10. *Presbyterorum ordinis*, n. 2: AAS 58 (1966), 992.

11. *Pastores dabo vobis*, n. 16: AAS 84 (1992), 681.

el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial, reconociendo la necesidad de afirmar la identidad discipular y misionera como fundamento de la identidad presbiteral y determinando desde esta óptica las etapas de la formación inicial. El presbítero siempre continúa creciendo en la vida discipular, atento a la Palabra del Señor, y ha recibido la misión de alimentar con ella al Pueblo de Dios.

La enseñanza del Papa Francisco sobre «el gozo de ser pueblo» pone coordenadas importantes para la interpretación de todo ministerio, incluido el sacerdotal: «Jesús espera... que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un

pueblo... Es lindo ser pueblo fiel de Dios. ¡Y alcanzamos plenitud cuando rompemos las paredes y el corazón se nos llena de rostros y de nombres!» (EG, 270-274).

32. El presbítero es signo-sacramento personal de Cristo Pastor, representa y personifica a Cristo Cabeza, Pastor, Siervo de la grey y Esposo de la Iglesia (RFIS, 35). Esta «capitalidad» significa presidencia de la comunidad, que en nada supone privilegio o supremacía de poder humano. La caridad pastoral es entonces el valor central y unificador de su ser y hacer que se manifiesta en la donación total de sí mismo en el servicio desinteresado al Pueblo de Dios, en la animación y la guía de la comunidad eclesial bajo la autoridad del Obispo y junto con el resto del presbiterio, con los religiosos y los laicos, coordinando los dones y carismas de la comunidad, creando

33*. El presbítero, miembro del Pueblo santo de Dios, está llamado a cultivar su dinamismo misionero, ejercitando con humildad el deber pastoral de guía autorizado, maestro de la Palabra y ministro de los sacramentos¹², viviendo una fecunda paternidad espiritual.

Por tanto, los futuros presbíteros deben ser educados de modo que no caigan en el «clericalismo», ni cedan a la tentación de orientar la propia vida hacia la búsqueda del aplauso popular, considerando a la Iglesia como una simple institución humana. Esta actitud les haría ineficaces en el ejercicio del ministerio de conducir a la comunidad.

12. Cf. Congregación para el Clero, *El presbítero maestro de la Palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad, ante el tercer milenio cristiano* (19 de marzo de 1999): *Enchiridion Vaticanum* 18 (2002), 289-376.

comunión (PDV, 26; CIC, 245). El sacerdote es miembro de la Iglesia y al mismo tiempo pastor de la comunidad eclesial. Esto exige un cambio de mentalidad, en particular por lo que respecta a los laicos, pasando de considerarlos colaboradores del clero a reconocerlos realmente como corresponsables en la misión de la Iglesia (ChL, 23).

33. El Decreto *Presbyterorum Ordinis* desarrolla la misión de los presbíteros en favor del Pueblo de Dios sobre la base de los *tria munera* (PO, 4-6): ministros de la Palabra de Dios (*munus docendi*), ministros de la santificación por medio de los sacramentos (*munus santificandi*), y guías del Pueblo de Dios (*munus regendi*). Estas tres dimensiones han de formarse adecuadamente durante el tiempo del Seminario, no solo a nivel intelectual, como base teórica para el futuro encargo ministerial, sino desde una práctica pastoral, necesario complemento de la formación (CIC, 256), que provoque la síntesis necesaria de to-

dos los elementos adquiridos durante la formación (RFIS, 74-76).

En una entrevista a L'Osservatore Romano, el Cardenal Stella dibujaba el perfil del presbítero hoy: «No es el hombre del 'hacer', un líder, un gestor de lo religioso o un funcionario de lo sagrado; es un discípulo enamorado del Señor, cuya vida y ministerio se fundan en la íntima relación con Dios y en la configuración con Cristo Buen Pastor».

El segundo párrafo advierte de dos peligros: el clericalismo y la búsqueda del aplauso popular, indicando además por qué estos modos de comprender y vivir el ministerio sacerdotal son ilegítimos: porque implican una consideración de la Iglesia como institución meramente humana, es decir, hacen una interpretación del sacerdocio distanciada del misterio. Con esto se reafirma el principio mencionado: el ministerio sacerdotal se fundamenta en la vida de fe y en la autenticidad del discipulado. Prescindir de este fundamento sería construir en el vacío.

34*. Por otro lado, la ordenación presbiteral que le ha constituido guía del Pueblo, con la efusión del Espíritu Santo, mediante la imposición de las manos del Obispo, no debe conducir al presbítero a «dominar a los que les han sido encomendados» (1Pe 5, 3): «toda autoridad ha de ejercitarse con espíritu de servicio, como ‘*amoris officium*’ y dedicación desinteresada al bien del rebaño»¹³.

En conclusión, la vocación sacerdotal tiene su origen en un don de la gracia divina, que se hace concreto después en la ordenación sacramental. Este don se expresa a lo largo del tiempo por mediación de la Iglesia, que llama y envía en nombre de Dios. Correlativamente, la respuesta personal se desarrolla en un proceso, que inicia con la toma de conciencia del don recibido y madura gradualmente, con la ayuda de la espiritualidad sacerdotal, hasta configurarse como una forma estable de vida, con un conjunto de deberes y derechos, y una misión específica asumida por el ordenado.

13. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 25; cf. también Mt 20, 25-28 y Mc 10, 42-45; Francisco, *Audiencia General* (26 de marzo de 2014): *L'Osservatore Romano* 70 (27 de marzo de 2014), 8.

34. En el ministerio presbiteral la motivación de fondo (movidos por el amor) y el estilo con que se ejerce (dedicación desinteresada al bien del rebaño) tienen una importancia singular, pues ambos elementos condicionan y expresan la identidad presbiteral. Esto implica cultivar en la formación la capacidad para el diálogo y para las relaciones personales, sin arrogancias ni polémicas, sino como personas afables, hospitalarias y sinceras, con sensibilidad humana y ternura de corazón (PDV, 43), que buscan a Cristo en los hombres, en especial en los más pequeños y vulnerables, siendo así signos de la solicitud de la Iglesia que es madre y maestra; hombres de la caridad, educadores del amor fraterno, del amor preferencial por los pobres y del amor misericordioso por los pecadores (PDV, 46 y 49).

Es necesario que los formadores tengan tal motivación y pongan en práctica su ministerio con el mismo estilo, utilizando la autoridad no como elemento coactivo, rígido, exterior, sino como un servicio a los seminaristas a quienes mostrarán su cercanía, preocupación e interés (OT, 11). La labor pedagógica no se debe ejercer de una manera arbitraria y autoritaria, sino que hay que conseguir del seminarista, ante todo, su confrontación personal con la realidad que le rodea, para que sepa dar respuesta consciente y responsable a las exigencias que se derivan de aquella confrontación. Una disciplina bien entendida es difícil, pero no imposible, y llevará a los propios seminaristas hacia la corresponsabilidad, ayudándolos a comprender el sentido de la obediencia cristiana desde el ministerio al que

c) *El camino de la formación como configuración con Cristo*

35*. Los presbíteros, configurados en su ser con Cristo Cabeza, Pastor, Siervo y Esposo¹⁴, participan de su único sacerdocio y de su misión salvífica, como colaboradores de los Obispos. Así, son en la Iglesia y en el mundo un signo visible del amor misericordioso del Padre. Estas

14. Cf. *Presbyterorum ordinis*, n. 2: AAS 58 (1966), 991-993; *Pastores dabo vobis*, n. 3: AAS 84 (1992), 660-662; *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 6.

han sido llamados, de manera que lleguen a ser verdaderos pastores del Pueblo de Dios.

La aceptación del estilo de vida de Jesús plantea exigencias a nivel humano que no pueden pasar desapercibidas en la tarea formativa. Por ejemplo, la importancia de la formación para el celibato, que ha de conducir a los candidatos a tomar conciencia plena de los deberes y responsabilidades que asumen, así como de las dificultades que se pueden presentar. Otro ejemplo es la formación para la obediencia, cuyo fundamento es vincularse más estrechamente a la misión de la Iglesia. Un tercer ejemplo, el deber de formar para el espíritu de pobreza, necesaria para poner en práctica la sencillez de vida propia del presbítero (RFIS, 109-111; PDV, 29-30; CIC, 245 §2; 247; 282).

El segundo párrafo reitera el sentido unitario de todo el proceso formativo. La ordenación sacerdotal produce ciertamente un cambio ontológico, pero esto se prepara asidua y delicadamente a lo largo de un proceso formativo y se prolonga en el tiempo por una acogida responsable del don recibido. El documento entiende que el don de la vocación sacerdotal exige a su vez una respuesta humana

y comunitaria que se desarrolla en múltiples facetas: la preparación, la acogida y la perseverancia.

35. El camino espiritual para la formación sacerdotal y para todo el ministerio presbiteral es la configuración con Cristo. Tal configuración es una experiencia mística, que implica la atenta contemplación de la persona de Jesús y la transformación de las propias actitudes según el modelo del Señor. Es un camino espiritual que transitan todos los cristianos, llamados a imitar los ejemplos de Jesús y que en el caso de los ministros ordenados tiene unos rasgos específicos. Este es el camino recorrido por los apóstoles en el seguimiento del Señor. La afirmación de que la vida sacerdotal es un proceso de configuración es importante, porque la coloca en un alto nivel espiritual. Así, la vida presbiteral no consiste principalmente en un oficio, ni se limita a realizar una función, mucho menos consiste en hacer actividades, sino que implica un modo de ser, un hombre interior transformado por el don de la gracia en este proceso de desarrollo místico.

Los rasgos específicos de esta configuración tienen importancia porque hacen una interpretación del mi-

características de la persona de Cristo ayudan a comprender mejor el sacerdocio ministerial en la Iglesia, inspirando y orientando, bajo la acción del Espíritu, la formación de los seminaristas, para que, insertos en el misterio trinitario, alcancen la propia configuración con Cristo¹⁵.

36*. La Carta a los Hebreos presenta el sacerdocio de Cristo como expresión de su misión entre los hombres¹⁶. El primer rasgo que caracteriza a Cristo como verdadero Sumo Sacerdote es su singular proximidad, que

15. Cf. *Presbyterorum ordinis*, n. 2: AAS 58 (1966), 991-993.

16. Cf. Benedicto XVI, *Encuentro con el Clero de Roma* (18 de febrero de 2010): *Enseñanzas VI/1* (2010), 243.

nisterio sacerdotal desde su fundamento cristológico. Aparecen cuatro figuras cristológicas con raigambre bíblica: Siervo, Pastor, Cabeza y Esposo. Para formar en la configuración conviene situar bien la interpretación que hace la Escritura de estas figuras, identificando el modo en que Jesús las asumió en su ministerio. La imagen de la Cabeza es más difícil de interpretar, pues conlleva un vínculo con la precedencia y el poder; basta mirar cómo ejerció el Señor esta precedencia y cómo convirtió todo poder en servicio para entender lo que significa ser cabeza en la comunidad cristiana. Las otras tres figuras equilibran la anterior. La imagen del Pastor contiene el sentido profundo del cuidado de las ovejas, el pastor que se duele de la oveja perdida y sale a buscarla, experimentando al encontrarla su mayor alegría; el pastor que a ejemplo de Cristo da la vida por las ovejas. La imagen del Siervo tiene una particular importancia, porque rescata la doctrina de los cantos del siervo del profeta Isaías que los primeros cristianos usaron para entender la pasión de Jesús. La imagen del Esposo subraya la vinculación definitiva con la Iglesia,

rasgo significativo en la espiritualidad del sacerdote diocesano. Durante la formación inicial y a lo largo de toda la vida sacerdotal debe darse una creciente profundización en este camino místico de unión con el Señor, que es alma del ministerio presbiteral.

Por último, el texto alude al camino personal que cada seminarista debe hacer para alcanzar la configuración con Cristo. En este sentido espiritual, el seminarista es insustituible protagonista de su proceso formativo. Nadie puede provocar desde fuera este proceso: ni los formadores, ni las normas disciplinares, ni las prácticas de piedad. Estamos hablando de un camino espiritual que exige abrir el corazón, permitiendo que sea iluminado y moldeado por el Espíritu Santo.

36. Los dos párrafos de este artículo hacen una apretada síntesis del sentido sacrificial y eucarístico del ministerio presbiteral. El texto de Hebreos 5, 1-10 que nos propone la *Ratio* está elaborado con un gran esmero. En primer lugar señala las características del sumo sacerdote del Antiguo Testamento y luego las aplica a Cristo, aclarando que él es el único

lo hace cercano, tanto a Dios como a los hombres¹⁷. Cristo, lleno de misericordia, es el Sacerdote «santo, inocente, sin mancha» (Hb 7, 26) que, habiéndose ofrecido a sí mismo «con fuertes gritos y lágrimas» (5, 7), «puede mostrarse indulgente» (5, 2) con nuestra debilidad y llega a ser «causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (5, 9).

Verdadero Dios y verdadero hombre, en el amor, Cristo ha llevado a cumplimiento las realidades precedentes: el sacerdocio (cf. Hb 7, 1-28), la alianza (cf. 8, 1-9, 28) y el sacrificio (cf. 10, 1-18). En forma particular, el sacrificio ofrecido por Cristo Sacerdote es nuevo: Él no ha ofrecido sangre de machos cabríos y de toros, sino su propia sangre, para hacer la voluntad del Padre. Las palabras de Jesús en el Cenáculo, «Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía, [...] este es el cáliz es la nueva alianza en mi Sangre, que se derrama por vosotros» (Lc 22, 19-20), expresan la «reciprocidad específica entre la Eucaristía y el Sacerdocio [...]: se trata de dos Sacramentos nacidos juntos y que están indisolublemente unidos hasta el fin del mundo»¹⁸. De esta manera, el ministerio y la vida del presbítero están esencialmente enraizados en la Eucaristía.

37*. Aquél que da la propia vida en sacrificio se presenta como el Buen Pastor¹⁹*, que ha venido a reunir a las ovejas dispersas de la casa

17. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 13: AAS 84 (1992), 677-678.

18. Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo* (28 de marzo de 2004): *Enseñanzas* XXVII/1 (2004), 390.

19. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 22: AAS 84 (1992), 690-691.

y sumo sacerdote. Es el Hijo, depositario de un sacerdocio que dura para siempre, misericordioso con los hombres hasta el punto de ofrecerse a sí mismo en la cruz en obediencia al Padre y quedándose para siempre entre los hombres en el sacramento de la Eucaristía. El sacerdote es la persona que ha de «hacer esto en memoria mía».

Establecer y mantener el vínculo entre la Eucaristía y el sacerdocio debe ser objetivo específico de la formación inicial y permanente del presbítero, clave de la configuración con Cristo.

37-39. Estos tres párrafos desarrollan las figuras del Buen Pastor, el Siervo y el Esposo, ofreciendo matices para el proceso formativo de los seminaristas. Es importante que estas referencias bíblico teológicas y evidentemente espirituales se expongan antes de hablar propiamente de la dimensión espiritual, porque en ellas están implicadas todas las dimensiones formativas; efectivamente, la configuración con Cristo es integral.

37. La imagen del Pastor bueno es la del sacerdote que reúne a sus fieles, los acompaña y guía; cuida y

de Israel y a conducir las al redil del Reino de Dios (cf. Mt 9, 36 y 15, 24; Jn 10, 14-16). Con esta imagen, ampliamente presente en la historia de la salvación, Cristo revela que Dios es quien reúne, acompaña, atiende y cuida el propio rebaño. Aparece así la imagen de un Dios-Pastor, que comparte nuestra vida, hasta tomar sobre sí nuestro sufrimiento y nuestra muerte²⁰.

38*. Jesús, el Hijo de Dios, ha asumido la condición de siervo hasta la muerte (cf. Fil 2, 6-8). Antes de morir sobre la cruz, ha lavado los pies de los discípulos, pidiéndoles que hicieran lo mismo entre ellos (cf. Jn 13, 1-17). Parece particularmente sugestivo, en referencia al llamado cuarto canto del siervo sufriente del profeta Isaías (cf. Is 52, 13 - 53, 12), el vínculo entre ministerio presbiteral y misión de Cristo. La vida del siervo sufriente es una prefiguración de lo que Él realizará a favor de la humanidad, compartiendo compasivamente el dolor y la muerte, hasta el don de la propia vida en la cruz (cf. Is 53, 4-8).

20. Cf. Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe Salvi* (30 de noviembre de 2007), n. 6: AAS 99 (2007), 990-991.

visita a los enfermos; indica el camino más allá de la muerte. El sacerdote es maestro de vida primeramente con su experiencia personal de apertura al pastoreo supremo de Dios y después con esta sucesión de acciones y actitudes a favor de las ovejas. El texto teje la imagen bíblica del Buen Pastor con el sentido sacrificial, citando al Papa Benedicto XVI en un texto que hace una lectura paralela del pastoreo de Cristo y el ministerio sacerdotal: «El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte; Aquel que incluso por el camino de la última soledad, en el que nadie me puede acompañar, va conmigo guiándome para atravesarlo: Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte, la ha vencido, y ha vuelto para acompañarnos ahora

y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto. Saber que existe Aquel que me acompaña incluso en la muerte y que con su 'vara y su cayado me sosiega', de modo que 'nada temo' (cf. Sal 23 [22], 4), era la nueva 'esperanza' que brotaba en la vida de los creyentes» (*Spe Salvi*, 6). El seminarista debe prepararse para ser imagen del Buen Pastor que da seguridad a quienes caminan por cañadas oscuras y les rodean el miedo y las dudas (Sal 22, 1-4). Es el presbítero quien abre y acompaña por senderos luminosos de esperanza incluso en la enfermedad, la pobreza y la muerte.

38. El futuro pastor debe llegar a comprender y aceptar mediante su proceso formativo que existe un vínculo inseparable entre el ministerio sa-

39*. La ordenación presbiteral exige y posibilita, a quien la recibe, una entrega total de sí, para el servicio al Pueblo de Dios, a imagen de Cristo Esposo: «la entrega de Cristo a la Iglesia, fruto de su amor, se caracteriza por la entrega originaria que es propia del esposo hacia su esposa»²¹. El presbítero es llamado a reproducir los sentimientos y las actitudes de Cristo en relación con la Iglesia, tiernamente amada mediante el ejercicio del ministerio; por tanto, se le pide «ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de sí mismo, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con una especie de ‘celo’ divino, con una ternura que incluso asume los matices del cariño materno»²².

40*. El presbítero, por tanto, debe ser formado de modo que su corazón y su vida sean conformes al Señor Jesús, llegando a ser un signo del amor de Dios para cada hombre. Íntimamente unido a Cristo, podrá anunciar el Evangelio y llegar a ser instrumento de la misericordia de Dios; conducir y corregir; interceder y cuidar la vida espiritual de los fieles

21. *Pastores dabó vobis*, n. 22: AAS 84 (1992), 691.

22. *Ibid.*

cerdotal y la misión de Cristo como siervo sufriente. Los cantos del siervo del profeta Isaías fueron un referente en la comprensión que Jesús hizo de su propio ministerio y en la lectura del misterio de Cristo que hacen los autores del Nuevo Testamento. Aquí está el origen de las exigencias más profundas de la vida cristiana y del ministerio pastoral. Desde esa fuente se superan esquemas, expectativas y valoraciones de triunfo o de fracaso en el ministerio pastoral. Jesús pide a sus discípulos expresamente adoptar este camino de humilde servicio a los hermanos, clave de comprensión y de vivencia del ministerio sacerdotal en medio del pueblo de Dios.

39. En conformidad con lo señalado por PDV 22 y con la enseñanza del Papa Francisco, la *Ratio fundamen-*

talis destaca la exigencia de una entrega total y esponsal del presbítero a la Iglesia en el ejercicio de su ministerio. La figura de Cristo Esposo ayuda a los sacerdotes a configurarse con el Señor a través de la reproducción de sus sentimientos y actitudes hacia el pueblo de Dios. Se ponen de relieve los rasgos de ternura y dedicación definitiva a la edificación de la Iglesia.

40. Este párrafo es una conclusión que cierra el tema de la configuración, que debe interpretar la totalidad del hombre consagrado por el Sacramento del Orden. Por ello, en las etapas formativas, sus dimensiones, como se ve más adelante en el texto del documento, han de desarrollarse armónicamente. Su acción pastoral dependerá totalmente de su íntima unión con el Señor.

a él confiados; escuchar y acoger, respondiendo también a las exigencias y a los interrogantes profundos de nuestro tiempo²³.

d) *Para una formación de la interioridad y de la comunión**

41*. El cuidado pastoral de los fieles exige que el presbítero posea una sólida formación y una madurez interior, ya que no puede limitarse a mostrar una «simple apariencia de hábitos virtuosos», una obediencia meramente exterior y formal a principios abstractos, sino que es llamado a actuar con una gran libertad interior. Se espera de él que interiorice, día tras día, el espíritu evangélico, por medio de una continua y personal relación de amistad con Cristo, hasta llegar a compartir sus sentimientos e imitar su comportamiento.

*Creciendo en la caridad, el futuro presbítero tratará de desarrollar una equilibrada y madura capacidad para relacionarse con el prójimo.

23. Francisco, *Diálogo con los Rectores y con los estudiantes de los Colegios Pontificios y Residencias sacerdotales de Roma* (12 de mayo de 2014): *L'Osservatore Romano* 108 (14 de mayo de 2014), 5: «Algunas veces, el pastor debe ir delante, para indicar el camino; otras veces, en medio, para conocer qué sucede; muchas veces, detrás, para ayudar a los últimos y también para seguir el olfato de las ovejas que saben dónde está la hierba buena»; cf. también *Id.*, *Audiencia general*, (26 de marzo de 2014): *L'Osservatore Romano* 70 (27 de marzo de 2014), 8; *Discurso a los sacerdotes de la diócesis de Roma* (6 de marzo de 2014): *L'Osservatore Romano* 54 (7 marzo 2014), 8.

41-43. La sección desarrolla dos valores centrales en la formación sacerdotal: la interioridad y la comunión, poniendo el acento en un auténtico cultivo de la vida espiritual que desarrolla la capacidad de discernimiento. Se trata de un camino, con su punto de partida y su meta. Esta nunca se alcanza del todo, aunque tiene objetivos concretos que se han de conseguir en cada momento del camino.

41a. Se establece como un principio fundamental la formación del hombre interior, que crece sin cesar en la relación personal, íntima, prolongada y diaria con el Señor a la luz de las Escrituras para asimilar el espíritu evangélico. La insistencia en la formación

de la interioridad excluye otros estilos formativos centrados en la exterioridad. Se ponen dos ejemplos: la mera apariencia de hábitos virtuosos, que ofrece a la persona una seguridad afectiva en torno a aspectos externos en la que falta la libertad interior, y la obediencia a principios abstractos, no asumidos de modo profundo por la persona. Está hablando la voz de la experiencia. Una formación que no toca el corazón, que no transforma la interioridad, se revelará tarde o temprano ineficaz, aunque de momento se cubran las apariencias.

41b. El segundo párrafo nos indica otra realidad esencial en la que debe crecer el seminarista: hombre de co-

Ante todo, está llamado a vivir la serenidad de fondo, humana y espiritual²⁴, que le permita, superada toda forma de protagonismo o dependencia afectiva, ser hombre de comunión, de misión y de diálogo²⁵, capaz de entregarse con generosidad y sacrificio a favor del Pueblo de Dios, contemplando al Señor, que ofrece su vida por los demás.

42*. Para formarse en el espíritu del Evangelio, el hombre interior necesita un atento y fiel cultivo de la vida espiritual, centrado prioritariamente en la comunión con Cristo, a través de los misterios celebrados

24. Cf. *Id.*, *Discurso a los participantes en un Congreso organizado por la Congregación para el Clero, con ocasión del 50° aniversario de los Decretos conciliares «Optatam totius» y «Presbyterorum ordinis»* (20 de noviembre de 2015): *L'Osservatore Romano* 267 (21 de noviembre de 2015), 8.

25. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 18: AAS 84 (1992), 684-686.

munión, de misión y de diálogo, que evangeliza a través de relaciones serenas y constructivas con los demás, cosa que no se improvisa, sino que brota de una interioridad profunda. La formación para la comunión se opone al individualismo. Nuevamente se indican dos ejemplos de actitudes contrarias a este espíritu de comunión necesaria para la misión, a los que se podrían añadir muchos otros: el protagonismo y la dependencia afectiva. En ambos casos se está poniendo en el centro el mismo individuo y sus necesidades, no la misión.

Actuando así en la formación evitaremos que el seminarista viva de apariencias, pretendiendo agradar al otro, en particular al superior, en una obediencia externa, servil, no en obediencia de corazón y por amor. En definitiva, se busca hacer del candidato al sacerdocio una persona «libre de», para que pueda donarse con libertad a Dios y al prójimo.

42. El hombre interior se edifica mediante el cultivo de la vida espiritual, esto es, vivir según el Espíritu de

Jesucristo y en comunión con Él. La meta que se pretende es la docilidad al Espíritu Santo que forma el interior del hombre, configurándolo con Cristo de un modo irrepetible. A ello se ordenan la vida litúrgica, la práctica sacramental y la cuidadosa meditación de la Palabra de Dios. El texto pone de relieve tres medios para conseguir este fin: la relación íntima con el Señor, la comunión fraterna y el acompañamiento de los formadores. Estos tres medios se complementan armónicamente entre sí, de modo que naturalmente conducen uno al otro. Una auténtica relación con Dios abre al seminarista a las relaciones fraternas y lo torna dócil a la ayuda de los formadores.

Se indica un fin para conseguir y una serie de obstáculos para evitar. El fin es la caridad pastoral, que espontáneamente se expresa en la simplicidad y austeridad de vida y en la transparencia en el diálogo. Por otro lado, el texto invita a permanecer atentos para evitar la mundanidad espiritual, es decir un estilo sacerdotal mundano en el cual la espiritua-

a lo largo del año litúrgico y alimentado en la oración personal y en la meditación de la Palabra inspirada. Por medio de la oración silenciosa, que le dispone a una relación auténtica con Cristo, el seminarista aprende a ser dócil a la acción del Espíritu, que progresivamente lo configura a imagen del Maestro. En esta relación íntima con el Señor y en la comunión fraterna, los seminaristas serán acompañados para identificar y corregir la «mundanidad espiritual»: la obsesión por la apariencia, una presuntuosa seguridad doctrinal o disciplinar, el narcisismo y el autoritarismo, la pretensión de imponerse, el cultivo meramente exterior y ostentoso de la acción litúrgica, la vanagloria, el individualismo, la incapacidad de escucha de los demás y todo tipo de carrerismo²⁶. Al contrario, sean educados para la simplicidad, la sobriedad, el diálogo sereno, la autenticidad y, como discípulos a la escuela del Maestro, aprendan a vivir y a actuar desde la caridad pastoral que corresponde, al ser «siervos de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (1 Cor 4, 1).

26. Cf. *Evangelii gaudium*, nn. 93-97: AAS 105 (2013), 1059-1061.

lidad se reduce a un barniz, a una mera apariencia, pero no compromete el corazón.

El texto sigue *Evangelii gaudium* 93-97 para presentar una lista de síntomas de esta mundanidad espiritual: La obsesión por la apariencia, sobre todo cuando el seminarista o el sacerdote pretende encontrar la propia identidad en apariencias externas y no en su vida interior: una presuntuosa seguridad doctrinal o disciplinar, que lleva al presbítero a imponer normas y a convertirse en guardián de su cumplimiento, descuidando cosas tan importantes como la misericordia; el narcisismo y el autoritarismo que llevan al presbítero a colocarse en el centro de la comunidad y a hacer depender todo de su criterio personal, en vez de establecer un fecundo dinamismo de escucha y diálogo;

la pretensión de imponerse, tanto en el ambiente eclesial como en el civil, perdiendo la perspectiva del humilde siervo que hemos identificado como fundamento del ministerio; el cultivo meramente exterior y ostentoso de la acción litúrgica, que hace de ella una ceremonia y no una expresión de la fe, cuando se deja de lado el principio de la austera belleza, tan profundamente plasmado en la Constitución sobre la Liturgia del Concilio Vaticano II; la incapacidad de escucha de los demás, que aísla al presbítero, llevándole a considerar solamente sus propios pensamientos; por último, todo tipo de carrerismo, que conviene eliminar desde los primeros años de la formación inicial. La lista es larga y pone en evidencia el estado de la vida sacerdotal, en ocasiones lamentable.

43*. La formación sacerdotal es un camino de transformación, que renueva el corazón y la mente de la persona, para que pueda «discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto» (Rm 12, 2). El gradual crecimiento interior en el proceso formativo debe tender principalmente a hacer del futuro presbítero el «hombre del discernimiento», capaz de interpretar la realidad de la vida humana a la luz del Espíritu, y así escoger, decidir y actuar conforme a la voluntad divina.

*El primer ámbito del discernimiento es la vida personal y consiste en integrar la propia historia y la propia realidad en la vida espiritual, de tal modo que la vocación al sacerdocio no permanezca encapsulada en la abstracción de un ideal, ni corra el peligro de reducirse a una mera actividad práctico-organizativa, ajena a la conciencia de la persona. Discernir evangélicamente la propia vida significa cultivar diariamente un profundo estilo espiritual, que permita acogerla e interpretarla con plena responsabilidad y creciente confianza en Dios, orientando el corazón cada día hacia Él²⁷.

*Se trata de un humilde y constante trabajo sobre sí mismo –que va más allá de la introspección–, por medio del cual el sacerdote se abre con honestidad a la verdad de la vida y a las exigencias reales del minis-

27. Es decir «la pregunta fundamental de nuestra vida sacerdotal: ¿Adónde se orienta mi corazón? Pregunta que nosotros sacerdotes tenemos que hacernos muchas veces, cada día, cada semana: ¿Adónde se orienta mi corazón?», Francisco, *Homilía para el Jubileo de los sacerdotes y los seminaristas* (3 junio 2016): *L'Osservatore Romano* (4 de junio de 2016), 8.

43. En este artículo, más extenso, se pide atender un aspecto muy importante y no suficientemente cuidado en la formación del futuro pastor, al menos de manera explícita: el discernimiento.

43a. El primer párrafo hace el enlace de la prioridad de la formación del hombre interior con el discernimiento. Quien ha pasado por una transformación interior y vive en sintonía con la voluntad de Dios, después podrá ayudar a los demás a interpretar la realidad desde esta óptica y a tomar decisiones a la luz del Espíritu Santo. El discernimiento es la expresión de

la madurez de la fe y por ello es algo fundamental para el ejercicio del ministerio presbiteral.

43b. El primer campo que el seminarista, y después el sacerdote, debe atender para aprender a discernir es su vida personal. Dar la prioridad al Espíritu, conducirse bajo la guía de los principios evangélicos, orientar hacia la unión con Dios todos los aspectos de la propia personalidad, integrándolo todo en torno a Jesucristo.

43c. Este párrafo ofrece una hermosa descripción del discernimiento como actitud cotidiana en la vida pres-

terio, aprendiendo a juzgar los movimientos de la conciencia y los impulsos interiores que motivan las acciones. Así, el presbítero aprende a gobernarse a sí mismo, contando con los recursos espirituales y mentales, del alma y del cuerpo; aprende a distinguir aquello que se puede hacer de lo que no conviene o no se debería hacer; comienza a administrar las propias energías, planes y esfuerzos, con una equilibrada disciplina y un honesto conocimiento de los propios límites y posibilidades. Este trabajo no puede desarrollarse satisfactoriamente confiando solo en las propias fuerzas humanas; al contrario, consiste primariamente en acoger el don de la gracia divina, que nos hace capaces de ir más allá de las propias necesidades y condicionamientos externos, para vivir en la libertad de los hijos de Dios. Es un «mirar hacia dentro» y una percepción espiritual de conjunto, que impregna la vida y el ministerio en su totalidad, de este modo, se aprende a actuar con prudencia y a medir las consecuencias de las propias acciones, más allá de las circunstancias que dificultan un juicio objetivo.

*Este camino de autenticidad consigo mismo exige una cuidadosa atención de la propia interioridad, mediante la oración personal, la dirección espiritual, el contacto cotidiano con la Palabra de Dios, la lectura creyente de la vida sacerdotal, en unión con los otros presbíteros y con el Obispo, y los instrumentos que sirven para crecer en las virtudes de la prudencia y del juicio. En este camino permanente de discernimiento, el sacerdote sabrá identificar y comprender las mociones, los dones, las

biteral. La capacidad para discernir es fruto de un humilde y constante trabajo sobre sí mismo que le enseña a gobernarse a sí mismo y a distinguir lo que puede hacer, lo que conviene hacer y lo que debería hacer. Para esto es imprescindible la disciplina, pero el verdadero núcleo del discernimiento consiste en acoger la gracia divina que le permitirá alcanzar la verdadera libertad de los hijos de Dios.

43d. Nos señala el cuarto párrafo unos medios concretísimos en este camino de autenticidad consigo mismo y de crecimiento en la verdadera vida interior: oración personal, direc-

ción espiritual, contacto cotidiano con la Palabra de Dios, lectura creyente de la vida y los instrumentos necesarios para crecer en prudencia y buen juicio. Termina el párrafo recordando a san Ignacio de Loyola y citando el primer número del libro de Ejercicios Espirituales: «quitar todas la afecciones desordenadas y una vez quitadas, buscar y hallar la voluntad de Dios». El hecho sin precedentes de citar en un documento oficial de la Iglesia el texto ignaciano significa dar un valor central y un papel necesario al discernimiento espiritual, fundamento para el ejercicio del discernimiento pastoral, que más adelante se tratará.

necesidades y las fragilidades, para «quitar de sí todas las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima»²⁸.

e) *Medios de formación**

e.1. El acompañamiento personal²⁹

44*. Los seminaristas, en las diversas etapas de su camino, necesitan ser acompañados personalmente por quienes han sido encargados de la formación, cada uno según su competencia y el encargo que le corresponde. La finalidad del acompañamiento personal es realizar el discernimiento vocacional y formar al discípulo misionero.

45*. Durante el proceso formativo es necesario que el seminarista se conozca y se deje conocer, relacionándose de modo sincero y transpa-

28. Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, 1.

29. Cf. *Evangelii gaudium*, nn. 169-173: AAS 105 (2013), 1091-1092.

44-52. Los varios artículos que dedica la *Ratio fundamentalis* al acompañamiento del seminarista ya nos indican la importancia y necesidad de esta mediación durante los años del Seminario y, más tarde, como sacerdote. Se está indicando que el acompañamiento personal y comunitario es el medio fundamental para la formación sacerdotal. Es importante que esto se señale con claridad, pues sabemos que no pocas veces hay una carencia profunda de acompañamiento. Con ello se está presentando un modelo de formación sacerdotal: formación del hombre interior y de la comunión, mediante un acompañamiento sistemático y cuidadoso.

44. Con claridad rotunda, se afirma en este artículo la necesidad de que los seminaristas sean acompañados por todos los formadores según le corresponda a cada uno. Por tanto, no

se deben confiar los candidatos a un solo formador, ni los formadores deben renunciar a acompañar desde la misión que a cada uno se le ha encargado en el Seminario, considerando, por ejemplo, que eso ya lo hace el director espiritual. El acompañamiento es necesario en la vida discipular y misionera, es decir, en la vida cristiana, porque la fe se transmite de persona a persona. Pero además su finalidad es el discernimiento de la vocación sacerdotal. De esta manera en el medio fundamental de la formación confluyen la vocación bautismal y la sacerdotal.

45. Nota esencial, sin la cual no puede haber acompañamiento, es la transparencia. Es necesaria para conocerse, para dejarse conocer y para crecer en el camino del discipulado misionero. Y junto a la transparencia, la *docibilitas*, que supone humildad y

rente con los formadores³⁰. Teniendo como fin la *docibilitas* al Espíritu Santo, el acompañamiento personal representa un instrumento indispensable de la formación.

46*. Es necesario que las entrevistas con los formadores sean regulares y frecuentes; de este modo, dócil a la acción del Espíritu, el seminarista podrá configurarse gradualmente con Cristo. El acompañamiento debe integrar todos los aspectos de la persona humana, educando en la escucha y el diálogo, para descubrir el verdadero significado de la obediencia y la libertad interior. Corresponde a cada formador, actuando en el ámbito que le compete, ayudar al seminarista para que sea consciente de su propia condición, de los talentos recibidos y también de las propias fragilidades, manteniéndose cada vez más disponible a la acción de la gracia.

30. Cf. Francisco, *Discurso a los seminaristas, a los novicios y a las novicias provenientes de varias partes del mundo con ocasión del Año de la Fe*, (6 de julio de 2013): *Enseñanzas* n. 1/2 (2013), 9.

una apertura permanente a dejarse moldear por el Espíritu Santo a través de las mediaciones: los formadores, los compañeros, las circunstancias de la vida, las condiciones reales del Seminario. El texto insiste en la necesidad del acompañamiento, afirmada en el número anterior, calificándola de indispensable.

46. El texto centra la atención en la entrevista como medio principal para el acompañamiento personal, señalando sus características: entrevistas periódicas, frecuentes, que integren todos los aspectos de la persona, sistemáticas y progresivas. Se reitera que cada uno de los formadores, desde su propia competencia, debe realizar las entrevistas. A través de la entrevista se ayuda al seminarista a tomar conciencia de sí mismo, tanto en sus fortalezas como en sus

fragilidades, para que todo ello sea redimensionado desde la experiencia espiritual.

Es importante que esto no se encargue solo al director espiritual. La tendencia es más bien la contraria: implicar a todos los formadores en el proceso de maduración de la única persona del seminarista. Habrá sus matizaciones de contenido e incluso de método, pero nunca se puede pretender dividir a la persona en compartimentos estancos. Por ello el contenido de las entrevistas es siempre integral. La coordinación entre los formadores es una condición necesaria para el crecimiento y no basta una coordinación formal, efectiva; es necesaria la afectiva también. Esto ayuda al seminarista a abrir todo lo que es y lo que posee a la acción de la gracia de Dios y a ponerse al servicio de la Iglesia.

47*. La confianza recíproca es un elemento necesario en el proceso del acompañamiento³¹. En el proyecto formativo se deben prever los medios concretos para que dicha confianza pueda ser salvaguardada y promovida. Conviene sobre todo garantizar las condiciones que puedan ayudar a crear un clima sereno de confianza: cercanía fraterna, empatía, comprensión, capacidad de escucha y de sincera apertura y, especialmente, coherente testimonio de vida.

48*. El acompañamiento debe estar presente desde el inicio del proceso formativo y debe continuar durante toda la vida, aunque tenga diversas modalidades después de la ordenación. Un serio discernimiento de la situación vocacional del candidato desde el inicio impedirá que se postergue inútilmente el juicio sobre su idoneidad para el ministerio

31. Cf. *Orientaciones para la utilización de las competencias de la psicología en la admisión y formación de los candidatos al sacerdocio*, 12: Enchiridion Vaticanum 25 (2011) 1273-1277.

47. Condición indispensable para la entrevista es la confianza. Crear un clima familiar entre formadores y seminaristas es garantía de crecimiento en el camino de la configuración con Cristo, Buen Pastor. Sin un clima de confianza entre los formadores y entre estos y los seminaristas, todo esfuerzo será inútil. El proyecto formativo debe salvaguardar y promover esta relación confiada y profunda, a través de un estilo formativo marcado por el reconocimiento de la responsabilidad de los seminaristas y por el diálogo y la colaboración fraterna. El texto describe algunos medios para lograr la confianza: cercanía fraterna, se refiere al formador que está presente más como hermano en la fe que como superior, manteniendo su puerta abierta y siendo accesible para los seminaristas. Esto vale para el Rector y el resto de formadores; empatía y comprensión, es la disponibilidad para ponerse en el punto de vista del seminarista, percibiendo

la coherencia interna de su comportamiento, con respeto; capacidad de escucha, en especial de parte de los formadores, que deben estar bien entrenados para ello; correlativa a la empatía y a la escucha es la sincera apertura del seminarista; que tenga la certeza de que se ha dejado acompañar afrontando las situaciones reales de su persona, yendo más allá de un mero cumplimento; por último, el texto subraya el testimonio sacerdotal de los formadores y en su coherencia de vida, capaz de crear el clima adecuado para el acompañamiento.

48. El acompañamiento dura toda la vida. Su objetivo consiste en crecer en santidad, identificándose con el Señor, que es el fin de todo hijo de Dios, y no solo llegar al sacerdocio. La experiencia enseña que un buen acompañamiento en el Seminario pone las bases para el acompañamiento a lo largo de la vida sacerdotal; quien tiene experiencia positiva de haber

presbiteral, evitando conducir a un seminarista a los umbrales de la ordenación, sin que tenga las condiciones imprescindibles requeridas³².

49*. El formador debe guardar en secreto cuanto conoce de la vida de los seminaristas. Un recto acompañamiento, equilibrado y respetuoso de la libertad y de la conciencia de los demás, que les ayude en su desarrollo humano y espiritual, exige que cada formador sea competente y esté dotado de los recursos humanos³³, espirituales³⁴, pastorales y profesionales necesarios. Por tanto, se espera de aquellos que son destinados a la formación una preparación específica y una generosa

32. Cf. *ibid.*, nn. 8 y 11: *Enchiridion Vaticanum* 25 (2011), 1262-1267.

33. Cf. *ibid.*, nn. 3-4.

34. Cf. Congregación para la Educación Católica, Carta circular *Sobre algunos aspectos más urgentes de la formación espiritual en los seminarios* (6 de enero de 1980): *Enchiridion Vaticanum* 7 (2001), 45-90.

sido bien acompañado como seminarista, lo buscará para sí y lo ofrecerá a los demás siendo sacerdote. Se alude a las diversas modalidades del acompañamiento durante la formación permanente. En unas ocasiones será más riguroso y sistemático; en otras, más esporádico y espontáneo. Se vive de un modo diverso en las distintas etapas del ministerio sacerdotal y se realiza de acuerdo a las características de cada persona. El punto central es que se cree desde el Seminario un clima de apertura tal, que prepare al futuro sacerdote para saber confiar en un acompañante siempre que lo necesite.

La siguiente afirmación es muy importante: no hay que dilatar innecesariamente el tiempo del discernimiento vocacional, indicando al seminarista que no tenga las condiciones requeridas que esta no es su vocación y por ello debe abandonar el Seminario. No basta no tener nada en contra, son necesarios signos positivos a favor. La advertencia fraterna es una parte

necesaria del acompañamiento. Informar al seminarista de su situación es un acto de caridad pastoral que los formadores deben realizar con toda diligencia. En el discernimiento vocacional no solo importa el bien de la Iglesia, sino también el de la persona acompañada. Tristemente existen candidatos que llegan a la ordenación sin las condiciones mínimas o que son despedidos en el último momento. Tales extremos deben evitarse.

49. Este artículo aborda la preparación de los formadores para la entrevista y el sigilo que el acompañamiento personal de los seminaristas exige. Se habla de una preparación compleja, humana, espiritual, pastoral y profesional, que implica elementos teóricos, un entrenamiento práctico y el sentido moral de quien se entrega a la misión encomendada. La confiada manifestación de sí mismo de parte de los seminaristas exige a los formadores dos actitudes que deben asumir con seriedad: La primera consiste

dedicación a tan importante responsabilidad³⁵. Se necesitan formadores que sepan garantizar una presencia a tiempo completo y sean testigos de cómo se ama y se sirve al Pueblo de Dios, desgastándose sin reservas por la Iglesia³⁶.

e.2. El acompañamiento comunitario*

50*. Una sana pedagogía formativa debe prestar atención a la experiencia y a las dinámicas de grupo, en las cuales el seminarista participa. La vida comunitaria, durante los años de la formación inicial debe incidir en cada individuo, purificando sus intenciones y transformando su conducta en una gradual conformación con Cristo. En la vida diaria, la formación se realiza mediante las relaciones interpersonales, los momentos para compartir y de interpelación, que contribuyen al desarrollo del «*humus humano*», sobre el cual, concretamente, madura una vocación.

35. Cf. Id., *Directrices sobre la preparación de los educadores en los Seminarios* (4 de noviembre de 1993): *Enchiridion Vaticanum* 13 (1996), 3151-3284; cf. también *Pastores dabo vobis*, n. 66: AAS 84 (1992), 772-774.

36. Cf. *Directrices sobre la preparación de los educadores en los Seminarios*, nn. 4.19.29-32.66: *Enchiridion Vaticanum* 13 (1996), 3155; 3184; 3200-3207; 3260-3262; *Apostolorum successores*, n. 89: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2006), 1777-1780.

en ser muy prudentes y guardar en secreto cuanto conocen por confidencia de los seminaristas. El Rector y los formadores no necesitan recurrir a estos datos para elaborar sus informes, pues basta con la observación de las conductas de los seminaristas. Los directores espirituales y los confesores están especialmente obligados al sigilo. El texto no entra en el tema de los fueros, pero jamás debe olvidarse que por encima de ello está el amor a la verdad, la honestidad, sin la cual no puede hacerse un proceso formativo, y el respeto a la intimidad de las personas.

La segunda exigencia está en la línea de la generosa dedicación de los formadores a esta tarea tan importante para el futuro de la Iglesia. Se habla de formadores «a tiempo completo» y

«testigos de cómo se ama y se sirve al Pueblo de Dios, desgastándose sin reservas por la Iglesia». Aquí rezuma la experiencia y probablemente el conocimiento de casos en los que ha faltado esta dedicación. El formador permanece en el camino de la formación permanente. Encarnar en su vida la *docibilitas* es la mejor manera de inculcarla a los seminaristas.

50-52. Después de tratar el tema del acompañamiento personal, la *Ratio fundamentalis* pasa a proponer el tema del acompañamiento comunitario. Lo hace dentro de los fundamentos de la formación. El tema posee una raigambre bíblica importante. Jesús después de las llamadas personales a Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Felipe, Leví (Jn 1, 3-50; Mt 4,

51*. El ámbito comunitario favorecerá la relación con el Obispo, con los hermanos del presbiterio y con los fieles. La experiencia de la vida comunitaria es un elemento precioso e ineludible en la formación de quienes deberán, en el futuro, ejercitar una verdadera paternidad espiritual³⁷ en medio de las comunidades a ellos confiadas. Cada candidato que se prepara para el ministerio es invitado a experimentar con creciente profundidad el anhelo de la comunión³⁸.

37. Cf. Francisco, *Discurso a los seminaristas, novicios y novicias venidos de varias partes del mundo con ocasión del Año de la Fe* (6 de julio de 2013): *Enseñanzas* I/2 (2013), 8.

38. Cf. *Pastores dabo vobis*, nn. 17; 22-23; 43.59: AAS 84 (1992), 682-684; 690-694; 731-733; 761-762.

18-20 y 9, 9-13), con mayor solemnidad «designó a doce, a los que llamó apóstoles para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar...» (Mc 3, 13-19; Mt 10, 1-4; Lc 6, 12-16). Los llama para formar un grupo. Los textos bíblicos consignan la experiencia de un aprendizaje comunitario que encuentra su punto de partida en un estilo de presencia del Señor entre los apóstoles, la continua observación de su comportamiento, la enseñanza dirigida a ellos en privado, la búsqueda de momentos de descanso en común y el encuentro fraterno con el Resucitado marcado por un profundo perdón. La comunidad educativa del Seminario pretende propiciar una experiencia similar que la *Ratio* considera absolutamente necesaria. El texto juega con varias categorías tomadas del ámbito familiar que interactúan dinámicamente entre sí: filiación, fraternidad, paternidad, vida de familia.

50. El primer punto que destaca el texto es la pedagogía formativa que parte de la observación de las dinámicas que existen en los grupos. No basta con el acompañamiento perso-

nal. Los formadores necesitan percibir lo que ocurre en el grupo de seminaristas, porque en él se prepara la fraternidad presbiteral, medio fundamental para la formación permanente. Si el formador no percibe las dinámicas grupales corre el riesgo de hacer discursos que no incidan en la vida real de los seminaristas. Por ello es necesaria también la confrontación grupal, tal como la hace Jesús con sus discípulos, en la que se definen con claridad las actitudes que deben reinar en el grupo discipular: «entre ustedes que sea así».

Hay una serie de contenidos directamente ligados a los valores de la vocación sacerdotal que se aprenden en el grupo y se reafirman en la experiencia comunitaria. De un grupo de creyentes llamados al ministerio presbiteral se esperan una serie de comportamientos objetivos, coherentes con los valores de la fe y del sacerdocio. El grupo es un medio fundamental para la configuración espiritual con el Buen Pastor. A eso se refiere el texto cuando afirma que la vida comunitaria incide en cada individuo. Se está hablando de una

El espíritu de comunión se funda en el hecho de que la Iglesia, en cuanto pueblo convocado por Cristo, está llamada a vivir, como lo ha hecho desde sus orígenes, una fuerte experiencia de vida comunitaria³⁹. Conviene considerar que, recibido el orden del presbiterado, los sacerdotes «están unidos todos entre sí por la íntima fraternidad sacramental» y «forman un presbiterio especial en la diócesis a cuyo servicio se consagran bajo el obispo propio»⁴⁰. En virtud de la propia ordenación, el presbítero forma parte de una familia, en la cual el Obispo es el padre⁴¹.

39. Cf. Hch 2, 42.

40. *Presbyterorum ordinis*, n. 8: AAS 58 (1966), 1003.

41. Cf. *Christus Dominus*, nn. 16 y 28: AAS 58 (1966), 680-681 y 687; *Apostolorum successores*, nn. 76 y 107: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2006), 1740-1742 y 1827-1828.

experiencia profunda, capaz de purificar las intenciones o motivaciones y de transformar la conducta.

Nos encontramos ante el hecho de que el sacerdote es un hombre en relación, que no es ni actúa aisladamente sino formando parte de un presbiterio. Consecuentemente el Seminario, a través de la vida diaria, ofrece a los candidatos un cauce privilegiado de acompañamiento comunitario que a ningún aspirante al presbiterado se le debe dispensar. El seminarista necesita reconocer y valorar la importancia de las relaciones interpersonales en distintos planos: con los formadores, con los propios compañeros y sus familias, con los destinatarios de la misión. Además, en el Seminario se crean verdaderas amistades y se ponen las bases de la vida fraterna en el presbiterio.

El texto se refiere a la interpelación o al cuestionamiento personal que ocurre en el grupo de seminaristas. Tal confrontación surge espontáneamente, pero también debe realizarla el formador de un modo sistemático y público. Consiste en mostrar las ac-

titudes que se esperan en el grupo y hacen de él un ambiente, un *humus*, dice el texto, adecuado para la maduración en los valores del ministerio sacerdotal.

51. Ahora se desplaza la atención hacia los frutos de una experiencia comunitaria bien acompañada. El primero son las relaciones filiales, fraternas y paternas con las que la vida del presbítero está entretejida, según PO 7-9: con el Obispo, con los demás presbíteros y con los fieles. A través de ellas el seminarista, y después el presbítero, madura en el sentido de comunión. Un segundo fruto es la preparación para ejercer la paternidad espiritual en medio de una comunidad cristiana. ¿Cómo llegará a ser padre quien no se ha experimentado hijo amado con predilección y hermano querido? Esto en la relación espiritual con el Señor, en la interpretación de la propia experiencia familiar y en las relaciones al interior de la comunidad educativa del Seminario. El tercer fruto del acompañamiento comunitario consiste en despertar en el

52*. En la Iglesia, que es «la casa y la escuela de la comunión»⁴² y que «recibe su unidad de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»⁴³, el presbítero debe ser «el hombre de la comunión»⁴⁴. Por ello, los vínculos que se establecen entre formadores y seminaristas deben tener la impronta de la paternidad, y las relaciones entre los mismos seminaristas, deben ser fraternas⁴⁵. En realidad, la fraternidad se construye mediante un desarrollo espiritual, que exige un esfuerzo constante para superar las diversas formas de individualismo. Una relación fraterna «no puede ser sólo algo dejado al azar, a las circunstancias favorables»⁴⁶, sino una elección deliberada y un reto permanente.

42. Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001), n. 43: AAS 93 (2001), 297.

43. Cipriano, *De dominica oratione* 23: CSEL III A, p. 285.

44. *Pastores dabo vobis*, n. 18: AAS 84 (1992), 684.

45. Cf. *ibid.*, n. 60: AAS 84 (1992), 764-772; Francisco, *Discurso a los seminaristas, a los novicios y novicias procedentes de varias partes del mundo con ocasión del Año de la Fe* (6 de julio de 2013): *Enseñanzas* I/2 (2013), 11.

46. Francisco, *Encuentro con los sacerdotes diocesanos en la Catedral*, Cassano all'Jonio (21 de junio de 2014): *L'Osservatore Romano* 140 (22 de junio de 2014), 7.

seminarista un anhelo de comunión. Efectivamente, quien ha tenido en la comunidad del Seminario una experiencia positiva de comunión en las diferencias, tiende a reproducir esta misma experiencia en las relaciones que marcan el ministerio presbiteral.

Por último, se dedica un párrafo aparte al resultado que se espera alcanzar de la fuerte experiencia comunitaria que se suscita en el Seminario: la íntima fraternidad sacramental en el presbiterio y la percepción del mismo como una verdadera familia. El lenguaje utilizado pone de relieve la gran importancia de la vida comunitaria en la formación sacerdotal y cómo no se puede prescindir de ella como medio formativo fundamental.

52. El texto aborda la comunidad educativa del Seminario. Si la Iglesia se define como casa y escuela de comunión y el presbítero es el hom-

bre de la comunión, la comunidad del Seminario deberá garantizar una experiencia positiva y una formación propositiva para construir las comunidades cristianas. La maduración espiritual que promueve el Seminario ha de traducirse de modo palpable en la serena y confiada vivencia de las relaciones de los seminaristas con sus formadores y entre sí, de modo que la fraternidad llegue a ser una elección deliberada del seminarista y se convierta en un reto permanente en el ministerio presbiteral. Se hace evidente que una adecuada formación conduce finalmente a la toma de decisiones.

Por último, el texto recuerda que de esta atención a las dinámicas grupales y de esta experiencia fraterna en la comunidad formativa depende en buena medida la capacidad de los futuros sacerdotes de realizar la pastoral familiar, elemento central de la evangelización.

La comunidad del Seminario es una familia, caracterizada por un clima grupal que favorece la amistad y la fraternidad. Tal experiencia ayudará en el futuro al seminarista a comprender mejor las exigencias, las dinámicas y también los problemas de las familias que serán confiadas a su atención pastoral⁴⁷. Desde esta perspectiva será beneficioso para la comunidad del Seminario abrirse para acoger diversas realidades, como las familias, las personas consagradas, los jóvenes, los estudiantes y los pobres, compartiendo con ellas.

f) *Unidad de la formación*

53*. En virtud de una constante experiencia discipular, la formación es un proceso unitario e integral, que inicia en el Seminario y continúa a lo largo de la vida sacerdotal, como formación permanente. Exige atención y cuidado en cada paso. Aunque una «gran parte de la eficacia formativa depende de la personalidad madura y recia de los formadores»⁴⁸, se tenga presente que el seminarista en un primer momento –y el sacerdote después– es el «protagonista necesario e insustituible de su formación»⁴⁹.

47. Cf. Congregación para la Educación Católica, *Directrices sobre la formación de los seminaristas acerca de los problemas relativos al matrimonio y a la familia* (19 de marzo de 1995), n. 33.

48. *Pastores dabó vobis*, n. 66: AAS 84 (1992), 772-774.

49. *Ibid.*, n. 69: AAS 84 (1992), 778.

53. Este párrafo constituye el colofón a todo el capítulo sobre los fundamentos de la formación. El itinerario discipular tiene como objetivo aprender a «ir detrás de Jesús», y es un proceso unitario e integral que comienza en el Seminario y continúa toda la vida porque no se deja de ser discípulo. En el proceso formativo hay dos grupos fundamentales: los formadores y los seminaristas. Ambos deben poner lo que les corresponde con

toda diligencia. De los formadores se espera sobre todo un coherente testimonio de vida sostenido por una personalidad madura y recia. Del seminarista se espera un vivo compromiso que haga de él protagonista necesario e insustituible de la formación. Estas responsabilidades que en este momento se expresan claramente, se explicitarán con detalle en el capítulo VI, al tratar el tema de los agentes de la formación.

IV

FORMACIÓN INICIAL Y PERMANENTE

54*. Realizado el primer discernimiento vocacional, la formación, entendida como un único camino discipular y misionero¹, se puede dividir en dos grandes momentos: la formación inicial en el Seminario y la formación permanente en la vida sacerdotal.

55*. La formación *inicial* se realiza durante el tiempo precedente a la ordenación sacerdotal, comenzando con el período propedéutico, que forma parte integrante de la misma. Por tanto, debe caracterizarse por contenidos formativos que preparan al seminarista para la vida presbiteral. Este objetivo requiere un paciente y riguroso trabajo sobre la persona, abierta a la acción del Espíritu Santo, con la finalidad de formar un corazón sacerdotal.

1. Francisco, *Carta a los participantes en la Asamblea General Extraordinaria de la Conferencia Episcopal Italiana* (8 de noviembre de 2014): *L'Osservatore Romano* 258 (12 de noviembre de 2014), 7: «La formación de la que hablamos es una experiencia de discipulado permanente, que acerca a Cristo y permite identificarse cada vez más a Él. Por ello la formación no tiene un final, porque los sacerdotes nunca dejan de ser discípulos de Jesús, de seguirlo. Así, pues, la formación en cuanto discipulado acompaña toda la vida del ministro ordenado y se refiere integralmente a su persona y a su ministerio. La formación inicial y la permanente son dos momentos de una sola realidad: el camino del discípulo presbítero, enamorado de su Señor y constantemente en su seguimiento».

54. Vínculo entre pastoral vocacional, formación inicial y formación permanente. El inicio de la formación propiamente sacerdotal se da después del período de acompañamiento para el discernimiento de la vocación. Desde el comienzo han de orientarse los elementos de la formación de modo que propicien su continuidad en la vida ministerial. Por lo tanto, diseñar el proyecto formativo implica contemplar la vida sacerdotal y desde allí poner los medios formativos para la etapa del Seminario, de tal manera que se vea la formación sacerdotal como un «único camino discipular y misionero».

55. Concepto de formación inicial. El texto subraya que la formación inicial comienza con el período propedéutico. El Seminario menor se ha incluido en el capítulo de la pastoral de las vocaciones. De este modo se distingue claramente entre las etapas previas (Seminario menor, otras instituciones similares, acompañamiento de las vocaciones adultas, indígenas y ligadas al fenómeno de la migración) y la formación inicial (Seminario mayor, incluida la etapa propedéutica). La formación inicial orienta la vida del seminarista hacia el futuro ministerio, de tal manera que los contenidos formativos se ajusten a tal objetivo: for-

56*. La formación *permanente* representa una necesidad imprescindible en la vida y en el ejercicio del ministerio de cada presbítero; en efecto, la actitud interior del sacerdote debe caracterizarse por una disponibilidad permanente a la voluntad de Dios, siguiendo el ejemplo de Cristo. Tal disponibilidad implica una continua conversión del corazón, la capacidad de leer la vida y los acontecimientos a la luz de la fe y, sobre todo, la caridad pastoral, para la entrega total de sí a la Iglesia según el designio de Dios.

En este sentido, sería reductivo y erróneo considerar la formación permanente como una simple actualización, de carácter cultural o pastoral, respecto a la formación inicial en el Seminario; por ello, «desde el seminario mayor es preciso preparar la futura formación permanente y fomentar el ánimo y el deseo de los futuros presbíteros en relación con ella, demostrando su necesidad, ventajas y espíritu, y asegurando las condiciones para su realización»².

2. *Pastores dabó vobis*, n. 71: AAS 84 (1992), 783.

mar un corazón sacerdotal. A este trabajo interior se han de dirigir todos los esfuerzos formativos, por lo que a la hora de establecer los medios ha de tenerse en cuenta que se trata, ante todo, de una labor «sobre la persona». Durante las distintas etapas de la formación inicial, que más adelante se describen, los formadores deberán realizar un trabajo que se califica como «paciente y riguroso». Como se puede observar ya se está proponiendo un estilo formativo.

56. Concepto de formación permanente. La formación durante la etapa posterior a la ordenación sacerdotal es presentada como «imprescindible». Su finalidad es el cuidado amplio de la vida y el ministerio presbiteral, de modo que el presbítero pueda mantenerse abierto a la voluntad de Dios, desde la actitud permanente

de la conversión pastoral, en cada momento de su vida. Esto supone, por una parte, la realización de un plan que atienda a las necesidades propias de cada momento vital en el ejercicio del ministerio (por ejemplo, no es lo mismo ser sacerdote con 30 años que llevar 30 años de vida sacerdotal) y, por otra, saber vincular la formación inicial (Seminario) con la posterior formación permanente, imprimiendo en la mente y el corazón del seminarista la necesidad y el provecho de una actitud formativa mantenida durante toda la vida.

El texto se distancia de otras visiones de la formación permanente que considera reductivas y erróneas, particularmente aquellas de tipo reduccionista, sobre todo cuando se la limita a una especie de actualización o simple preparación para la actividad pastoral.

a) *La formación inicial y sus etapas**

57*. La formación inicial puede ser subdividida en cuatro grandes etapas: «etapa propedéutica», «etapa de los estudios filosóficos» o «discipular», «etapa de los estudios teológicos» o «configuradora», y «etapa pastoral» o «de síntesis vocacional», cuyas características serán deta-

57-79. Estos 23 artículos desarrollan con amplitud el tema de las etapas durante la formación inicial. Hay que advertir que se trata de un tema espinoso, pues se tiene en consideración la realidad diversa de tantas regiones en las que, por variadas razones históricas, no se aplica esta estructura o se ha ido reduciendo gradualmente. La *Ratio* hace una opción muy clara por una formación consistente y por dedicar a ella el tiempo que sea necesario, al margen de la duración de los estudios. En este sentido marca una valiente novedad, sobre todo para el caso en que los seminaristas acuden a las facultades eclesásticas, afirmando con toda nitidez el valor de la formación integral.

57. La propuesta de la *Ratio* consiste en desarrollar la formación inicial en un proceso de cuatro etapas que desembocará en la ordenación sacerdotal. A este respecto es importante señalar que se trata de una propuesta que deberá ser considerada por las Conferencias episcopales y no de una imposición. Cada una de las cuatro etapas tiene objetivos específicos y, por lo tanto, la atención a los distintos elementos va oscilando a medida que el seminarista pasa de unas a otras. El carácter pedagógico de la formación inicial se manifiesta

en las distintas etapas, para que el acompañamiento al seminarista se vaya realizando según un plan seriamente trazado. Teniendo cada etapa su propia especificidad, se ha de procurar que los objetivos se vayan alcanzando paulatinamente, considerando que nunca se abandona el trabajo sobre los logros alcanzados. Las urgencias pastorales no pueden prevalecer sobre la tarea seria y paciente de formar un corazón sacerdotal. El documento, al hablar de cuatro etapas, cada una con una finalidad concreta, está indicando la necesidad de dedicar a cada paso un tiempo apropiado, unos medios oportunos y un acompañamiento decidido, de tal manera que se asegure un proceso verdaderamente gradual.

El texto distingue dos polos fundamentales en el proceso de la formación inicial, el del discipulado y el de la configuración. Toda la vida aprendemos a ser discípulos del Señor y la configuración con Cristo Pastor se continúa haciendo a lo largo del ministerio, pero queda claro que en el Seminario se deben cuidar con mucha atención estos dos polos que definen al seminarista como discípulo y misionero llamado a ser pastor. Estamos hablando de objetivos formativos acumulativos y progresivos. Son acumulativos porque siempre esta-

lladas a continuación. A lo largo de la vida se es siempre «discípulo», con el constante anhelo de «configurarse» con Cristo, para ejercer el ministerio pastoral. Se trata realmente de dimensiones constantemente presentes en el camino de cada seminarista. Sobre cada una de las cuales se pone una mayor atención, en un momento del proceso de formación, aunque sin descuidar nunca las otras.

mos en camino discipular-misionero y en proceso de configuración espiritual. Son progresivos porque es imposible emprender la configuración si el seminarista no se sitúa claramente en la perspectiva discipular.

Desde esta visión de la formación, la *Ratio* propone una nueva nomenclatura para designar las etapas:

La etapa «propedéutica» marca el umbral del Seminario mayor y tiene un carácter eminentemente introductorio a todo el proceso formativo. El término «propedéutico», según el diccionario, designa la enseñanza preparatoria para el estudio de una disciplina. Toda vez que la formación sacerdotal se ha definido como integral, se trata de una enseñanza que dispone a todo el proceso formativo. Esto se hará de modo positivo pero también se deben tener en cuenta las carencias formativas de los destinatarios. Es muy claro que la etapa propedéutica no se confunde con el Seminario menor, cuyo tratamiento se ha hecho en el capítulo II. Después se clarificará que tampoco equivale a los estudios filosóficos.

Durante la etapa «discipular» se pone especial atención en el primer polo del proceso: la identidad discipular y misionera. Esto implica una revisión de la vida cristiana del seminarista en orden a lograr una funda-

mentación que sea suficientemente sólida para emprender el trabajo específico de la formación del pastor. También exige un proceso de maduración personal que es al mismo tiempo resultado y fundamento de la vida discipular.

La etapa «configurativa» tiene como eje fundamental el proceso de configuración con Cristo Pastor. Consiste en un trabajo formativo más específico sobre los valores y las actitudes que se esperan del pastor y que deben ser consonantes con la imagen de Jesús que contemplamos en los evangelios. Se trata, por consiguiente, de un proceso formativo delicado y exigente, que baja a los detalles educando al futuro presbítero también en los aspectos prácticos del ministerio pastoral.

La etapa «de síntesis vocacional» es la que precede a la ordenación sacerdotal. El título que se ha elegido alude a la necesidad de retomar todo el proceso formativo para afrontar el momento decisivo y sacramental de la ordenación sacerdotal. Al colocarla como una etapa diversa, queda claro que no se confunde con las etapas anteriores, sino que tiene su propia especificidad, aunque en muchas diócesis no se ponga en práctica suficientemente.

58*. Al término de cada etapa es importante verificar que los fines propios de un determinado período educativo hayan sido conseguidos, a través de las evaluaciones periódicas, preferiblemente semestrales, o al menos, anuales, que los formadores consignarán por escrito. El logro de los objetivos formativos no depende necesariamente del tiempo transcurrido en el Seminario ni de los estudios realizados. Por tanto, no se debe llegar al sacerdocio sólo en razón de haber concluido las etapas propuestas previamente en una sucesión cronológica, casi «automáticamente», sin considerar los progresos efectivamente conseguidos en una maduración integral. La ordenación, en realidad, representa la meta de un camino espiritual verdaderamente cumplido, que, de modo gradual, habrá ayudado al seminarista a adquirir conciencia de la llamada recibida y de las características propias de la identidad presbiteral, permitiéndole alcanzar la necesaria madurez humana, cristiana y sacerdotal.

58. La formación ha de causar un verdadero cambio en la vida del seminarista, de tal manera que los pasos dados en el camino hacia el sacerdocio puedan ser verificados tanto por los formadores como por el propio sujeto. A este fin se orientan las evaluaciones periódicas que han de ser semestrales o al menos anuales. Estas evaluaciones se consignarán por escrito y formarán parte del expediente del seminarista, de tal manera que pueda comprobarse su avance en la consecución de los objetivos de cada etapa. Se está exigiendo al equipo formador una disciplina de evaluación periódica y de elaboración de informes de cada seminarista que es expresión de la calidad de la formación.

Esto lleva necesariamente a la elaboración de un perfil que el candidato debe alcanzar al concluir la etapa correspondiente. Tal perfil ha de ser congruente con los objetivos propios de cada momento formativo (propedéutico, discipular, etc.) y con

las particularidades de cada seminarista, teniendo presente la distinta valoración que ha de otorgarse a uno u otro elemento en cada etapa.

Las cuatro dimensiones de la formación han de tomarse como indicadores de las metas a alcanzar y que deben ser sistemáticamente evaluadas con un mismo criterio a lo largo de toda la formación inicial. Es evidente que se pretende, en cada una de las etapas, una maduración integral. Los formadores, mediante un acompañamiento permanente a los candidatos, han de estar atentos a la evolución que se debe producir en el seminarista, haciéndole saber cómo se encuentra en cada uno de los aspectos que son objeto de análisis y disponiendo también los medios más oportunos para que pueda, gradualmente, alcanzar las metas propuestas.

El seminarista, por su parte, ha de esforzarse por vivir una auténtica transparencia, de modo que, conociéndose cada vez más, pueda poner atención a sus limitaciones y ser

Al equipo formador se le exige coherencia y objetividad en la periódica evaluación integral de los seminaristas, teniendo en cuenta las cuatro dimensiones de la formación, de las cuales se tratará en el capítulo V. Del seminarista se espera docilidad, una revisión constante de la propia vida y la disponibilidad para la corrección fraterna, correspondiendo cada vez mejor a los impulsos de la gracia.

a.1. Etapa propedéutica*

59*. A la luz de la experiencia acumulada de los últimos decenios³, se reconoce la necesidad de dedicar enteramente un período de tiempo –ordinariamente no inferior a un año y no superior a dos– a una prepa-

3. La etapa propedéutica sigue a la intuición de la vocación y al primer acompañamiento vocacional fuera del Seminario, cf. *Pastores dabó vobis*, n. 62: AAS 84 (1992), 767-768. La Congregación para la Educación Católica ha propuesto con insistencia, desde 1980, esta etapa de iniciación: «Se ha agudizado la necesidad de intensificar la preparación de los aspirantes al Seminario Mayor no sólo desde un punto de vista intelectual, sino también y, sobre

consciente de sus avances. Las evaluaciones periódicas le servirán como indicador de su gradual crecimiento, a la vez que le supondrán una preciosa oportunidad para aceptar las correcciones y para exigirse cada vez más a sí mismo, respondiendo de esta manera a «los impulsos de la gracia».

El texto llama la atención sobre un peligro frecuente en la formación: el paso «automático» de una etapa a otra sin el debido discernimiento de la vocación sacerdotal. Más adelante se propondrá una evaluación aún más detallada al final de cada etapa, con el fin de vigilar atentamente este pasaje de etapa para garantizar la selección de las vocaciones.

59. Ya el n. 57 dejó claro que con la etapa propedéutica se inicia la formación en el Seminario. Tres veces se hace referencia a la obligatoriedad de esta etapa: se reconoce la necesidad de dedicarle un tiempo (59a).

Esta etapa propedéutica es indispensable (59b). Se establezca una etapa propedéutica (60c). Se especifica también que los estudios de esta etapa son netamente diversos de la filosofía (59c). Con ello se soluciona la tendencia frecuente de confundir la propedéutica con un momento final de la pastoral vocacional o con un primer año de filosofía. Si la distribución en cuatro etapas era una propuesta, el establecimiento de la etapa propedéutica es obligatorio. Cada Conferencia Episcopal y cada institución religiosa deben poner los medios para establecerla, donde no existe, y debe ser contemplada en la elaboración de las normas nacionales.

59a El texto parte de «la experiencia de los últimos decenios», siguiendo el análisis del documento de la Congregación para la Educación Católica, citado en nota. En cada nación sería conveniente repetir el mis-

ración de carácter introductorio, con el objetivo de discernir la conveniencia de continuar la formación sacerdotal o emprender un camino de vida diverso.

*Esta etapa propedéutica es indispensable y tiene su propia especificidad. El objetivo principal consiste en asentar las bases sólidas para la vida espiritual y favorecer un mejor conocimiento de sí que permita el desarrollo personal. Para la introducción a la vida espiritual y la maduración en ella será necesario, sobre todo, iniciar a los seminaristas en la oración a través de la vida sacramental, la Liturgia de las Horas, la familiaridad con la Palabra de Dios, alma y guía del camino, el silencio, la oración mental, la lectura espiritual. Finalmente, éste es un tiempo propicio para un primer y sintético conocimiento de la doctrina cristiana, mediante el estudio del *Catecismo de la Iglesia Católica*, y para desarrollar la diná-

todo, humano y espiritual», Congregación para la Educación Católica, Documento informativo *El período Propedéutico* (10 de mayo de 1998), III, n. 1. También la Congregación para la Evangelización de los Pueblos con anterioridad recomendó, en una Circular del 25 de abril de 1987, la propedéutica como «un período prolongado de discernimiento, de maduración en la vida espiritual y comunitaria y también de una eventual nivelación de la preparación cultural con vistas a la filosofía y teología», en *Enchiridion Vaticanum* 10 (1989), 1214.

mo ejercicio: recoger y observar con detenimiento las experiencias positivas que, a partir del Concilio Vaticano II, se hayan puesto en práctica, de modo que se llegue a una valoración positiva de las mismas. El decreto *Optatam totius* pidió el establecimiento de un curso introductorio (OT, 14); *Pastores dabo vobis* considera que el curso propedéutico se encuentra aún en fase de estudio y experimentación (PDV, 62), el citado documento de la Congregación para la Educación Católica hace un balance de esta experiencia y la actual *Ratio fundamentalis* lo impone como obligatorio. Al aclarar la duración de la etapa, no inferior a un año y no superior a dos, se está estableciendo como una verdadera etapa formativa. Se describe la finalidad de la etapa considerando dos polos, su carácter introductorio y la finalidad

de discernir la vocación. Es llamativo que se desea que la etapa introductoria permanezca muy abierta a que el joven continúe o no en el Seminario, salvaguardando su libertad.

59b. Se amplía la finalidad de la etapa, que debe asentar las bases sólidas para la vida espiritual, favorecer un mejor conocimiento de sí, facilitar un primer conocimiento de la doctrina cristiana y completar la formación cultural, objetivos válidos para todos los candidatos, de modo que no se dé fácilmente el paso a dispensar a algunos de ellos por motivo de su preparación profesional, edad o experiencia previa. Se está poniendo la base para la formación integral. Estos cuatro objetivos ofrecen el esquema para la confección del proyecto formativo de la etapa.

mica del don de sí en la experiencia parroquial y caritativa. Además, la etapa propedéutica podrá ser útil para completar la formación cultural si fuese conveniente.

*Los estudios de la etapa propedéutica son netamente diversos de la filosofía.

60*. La etapa propedéutica será diversa, según las culturas y las experiencias de las Iglesias locales, pero en todo caso deberá tratarse de un verdadero y propio tiempo de discernimiento vocacional, realizado en el contexto de una vida comunitaria, y de una iniciación a las etapas sucesivas de la formación inicial.

*Es importante que en la propuesta formativa se acentúe el valor de la comunión con el propio Obispo, con el presbiterio y con la Iglesia particular, más aún, considerando el hecho de que, actualmente, no po-

59c. Es llamativo que se dedique un nuevo párrafo a una sola frase, signo de que se está afrontando una dificultad frecuente. Se pretende dejar completamente claro que la etapa propedéutica no se confunde con los estudios filosóficos. Para más detalle, en los artículos 155-157 se especifica el contenido de las materias propedéuticas.

60a. Establecida la obligatoriedad de la etapa propedéutica, el texto se abre ahora a la diversidad de las culturas y las Iglesias locales, en las que ya se prevén algunas dificultades. En todos los casos hay tres condiciones mínimas que hay que cumplir. La primera es que sea una etapa consistente, a la que se dedique un tiempo «verdadero y propio». Ya antes se ha señalado una duración mínima de un año, considerado el tiempo suficiente para este primer discernimiento de la vocación. Se vincula el discernimiento vocacional al contexto de vida comunitaria. Este es un criterio importante, que se afirmará luego al

referirse a otras etapas formativas. También en la etapa propedéutica es necesario garantizar la existencia de una comunidad educativa. Si la diócesis no cuenta con un número suficiente de seminaristas o de formadores, conviene que se una a otras diócesis de la provincia eclesiástica con el fin de establecer más objetivamente tal contexto comunitario. La tercera condición es que constituya una iniciación al conjunto de la formación sacerdotal, estableciendo para ello los elementos rudimentarios que después entrarán en juego. Esta es una línea clara para la formulación del proyecto formativo de la etapa propedéutica. Por ejemplo, enseñar a los seminaristas a aprovechar el acompañamiento formativo, para que de aquí en adelante continúen abriéndose a esta relación, y así en otros aspectos.

60b. La etapa propedéutica, realizada por la diócesis o en el contexto de la provincia eclesiástica, ofrece la oportunidad de afirmar, desde el ini-

cas vocaciones provienen de diversos grupos y movimientos eclesiales, las cuales necesitan desarrollar vínculos más profundos con la realidad diocesana⁴.

*Es conveniente que la etapa propedéutica se viva en una comunidad distinta de la del Seminario Mayor y, donde sea posible, tenga una sede propia. Así pues, se establezca una etapa propedéutica, provista de formadores propios, que procuren una buena formación humana y cristiana, y realicen una seria selección de los candidatos al Seminario Mayor⁵.

4. Cf. *El período propedéutico*, III, n. 5.

5. Francisco, *Discurso a la Plenaria de la Congregación para el Clero* (3 de octubre de 2014): *L'Osservatore Romano* 226 (4 de octubre de 2014), 8: «se necesita estudiar bien el itinerario de una vocación. Examinar bien si él es del Señor, si ese hombre está sano, si ese hombre es equilibrado, si ese hombre es capaz de dar vida, de evangelizar, si ese hombre es capaz de formar una familia y renunciar a ello para seguir a Jesús».

cio del proceso formativo, la vinculación diocesana de la vocación sacerdotal. Es un punto de interés porque está relacionado con la misma identidad del sacerdote diocesano. Consecuentemente no es recomendable que se haga en un sitio geográficamente muy distante de la diócesis. El texto pone atención a las vocaciones provenientes de los grupos y movimientos eclesiales, que pueden tener una necesidad particular de profundizar el vínculo con la Iglesia particular. Es mejor que esto se consiga al inicio de la formación y no se deje para más tarde. El mismo criterio valdría para las vocaciones adultas, las vocaciones indígenas y aquellas que están relacionadas con la migración. La etapa propedéutica representa un momento de discernimiento que también puede orientar las vocaciones a otros ámbitos fuera de la diócesis con mayor seguridad.

60c. Este párrafo añade la conveniencia de que la etapa propedéutica se establezca en una sede distinta, si es posible. En todo caso habría que procurar una separación disciplinar, de modo que la comunidad de la etapa propedéutica pueda gozar de suficiente autonomía. Nótese que se está introduciendo un concepto nuevo. Ya no solo se habla de la gran comunidad educativa del Seminario, sino que se comienza a sugerir que cada etapa formativa adopte la forma de una comunidad constituida por seminaristas y formadores propios, sobre todo si se piensa en un Seminario suficientemente grande. El texto subraya la obligatoriedad de establecer la etapa propedéutica, que es un medio para garantizar desde el inicio la adecuada selección de las vocaciones sacerdotales. Al incluir el adjetivo «seria» se está aludiendo a una realidad deficiente que lógicamente tiene consecuencias negativas.

a.2. La etapa de los estudios filosóficos (o discipular)*

61*. *El concepto de discipulado*. Discípulo es aquél que ha sido llamado por el Señor a estar con Él (cf. Mc 3, 14), a seguirlo y a convertirse en misionero del Evangelio. El discípulo aprende cotidianamente a entrar en los secretos del Reino de Dios, viviendo una relación profunda con Jesús. Este «permanecer» con Cristo implica un camino pedagógico-espiritual, que transforma la existencia, para ser testimonio de su amor en el mundo.

61-67. Al dedicar siete artículos a la etapa discipular se está poniendo de relieve su importancia, de modo particular en los ámbitos en los que la mezcla de los estudios filosófico-teológicos tiende a crear una confusión, incluso llamando a este conjunto «teologado» o en el ámbito académico «facultad de teología». Puede ser que desde el punto de vista de los estudios se considere conveniente esta mezcla, pero la *Ratio* deja claro que no lo es desde el punto de vista de la formación integral. Nótese que el título de la etapa intenta hacer un puente entre la nomenclatura centrada en los estudios (etapa filosófica) y la nueva nomenclatura centrada en el objetivo formativo (discipular). En los Seminarios donde los estudios filosóficos están separados de los teológicos será más fácil identificar los años que corresponden a la etapa discipular. En donde los estudios se hallan mezclados habrá que establecer formalmente la distinción formativa.

61. Concepto de discipulado. Tras la etapa propedéutica, donde los candidatos han sido iniciados a la vida comunitaria, revisando su fe y su seguimiento del Señor, se ofrece el tiempo propiamente discipular, que

será enriquecido con los estudios filosóficos. Se debe tener en cuenta una doble idea que aparece aquí. Por una parte, la noción de «aprendizaje» que marca esta etapa. Tal aprendizaje se da en la relación profunda con el Señor. Por otra parte, el camino pedagógico espiritual por el que la propia existencia va cambiando día a día. No se debe pretender que el seminarista llegue a convertirse en un experto en la oración o en la vida evangélica y misionera, sino que vaya descubriéndolas gradualmente. Más importante que alcanzar una meta es que el seminarista se sitúe en el camino discipular por medio de actitudes formativas que serán válidas toda la vida. En consecuencia el fruto de la etapa discipular es la opción definitiva por la vida cristiana, o sea, por el seguimiento personal de Jesús. El texto subraya el verbo «permanecer» como un referente de estabilidad espiritual. Se trata de permanecer junto al Señor, atento en la contemplación de su misterio, y de conseguir las estructuras que pueden sostener esa opción en todas las dimensiones de la formación. Lo que aportan los estudios filosóficos en este proceso de maduración humana y cristiana es muy relevante.

62*. La experiencia y la dinámica del discipulado que, como ya se ha indicado, dura toda la vida y comprende toda la formación presbiteral, requiere pedagógicamente una etapa específica, durante la cual se invierten todas las energías posibles para arraigar al seminarista en el seguimiento de Cristo, escuchando su Palabra, conservándola en el corazón y poniéndola en práctica. Este tiempo específico se caracteriza por la formación del discípulo de Jesús destinado a ser pastor, con un especial cuidado de la dimensión humana, en armonía con el crecimiento espiritual, ayudando al seminarista a madurar la decisión definitiva de seguir al Señor en el sacerdocio ministerial y en la vivencia de los consejos evangélicos, según las modalidades propias de esta etapa.

62. La formación discipular. Si bien toda la vida es un único discipulado, como ya hemos dicho, se plantea para la etapa de los estudios filosóficos un tiempo concreto para trabajar de modo específico este aspecto fundamental de la formación. Cobra especial importancia la Palabra de Dios, de tal manera que su escucha atenta y su puesta en práctica será prueba de un mayor seguimiento de Cristo. Es conveniente que durante los años de filosofía se establezca un plan de lectura y meditación de la Palabra de Dios, de manera que, abarcando especialmente el Nuevo Testamento y los pasajes más significativos del Antiguo, el seminarista pueda conseguir un mayor conocimiento de la misma y se esfuerce en cumplirla.

El seminarista, que debe llegar a definirse como discípulo y misionero, está llamado a ser después pastor. Durante estos años se debe cuidar con particular atención el equilibrio entre la dimensión humana y el crecimiento espiritual. De este justo equilibrio habrá de brotar la decisión de seguir al Señor para toda la vida. Debe tenerse en cuenta entonces que en

estos años las actitudes han de ir siendo tales que finalmente el seminarista tenga capacidad suficiente para asumir una formación cada vez más exigente. La responsabilidad, el sentido de fraternidad, la fidelidad a la palabra dada, el esfuerzo en el trabajo, la seriedad con que afronta el estudio, la capacidad para asumir las correcciones, la reciedumbre, la disponibilidad para afrontar las dificultades y los fracasos, etc., son actitudes que pueden ayudar a verificar la madurez humana y espiritual al concluir la etapa discipular.

Este crecimiento humano se da en paralelo al crecimiento espiritual, de tal manera que la vida de oración y el trato asiduo con el Señor deben ser también indicativos del camino recorrido. Se espera que al concluir la etapa discipular se hayan producido cambios significativos en la integralidad de la persona. Establecer unos criterios de verificación acordes a la etapa ayudará al equipo formativo y al propio seminarista a notar los avances que se puedan ir dando y a orientar el trabajo de formación en orden a las metas propuestas.

63*. Este momento formativo, mientras prepara a la etapa de los estudios teológicos, o etapa configuradora, y orienta a la opción definitiva por la vida presbiteral, permite, con la apertura al Espíritu Santo, un trabajo sistemático sobre la personalidad de los seminaristas. Durante el proceso de la formación sacerdotal nunca se insistirá suficientemente sobre la importancia de la formación humana; la santidad de un presbítero, de hecho, se injerta en ella y depende, en gran parte, de su autenticidad y de su madurez humana. La carencia de una personalidad bien estructurada y equilibrada se constituye en un serio y objetivo impedimento para la continuidad de la formación para el sacerdocio.

63. La formación humana. En correspondencia con la importancia que la dimensión humana tiene en esta etapa, se remarca la absoluta necesidad de trabajar «sistemáticamente» sobre la personalidad de los seminaristas. La propuesta de un trabajo sistemático excluye otras aproximaciones a la dimensión humana: superficial, casual, esporádica, eventual, etc. Sobre la base a la formación humana se estructura la formación más propiamente sacerdotal y la santidad de vida de los futuros presbíteros, que repercutirá en la fecundidad de su ministerio. En el discernimiento propio de esta etapa ha de evaluarse seriamente la personalidad del candidato, dado que ella se convierte en criterio fundamental para continuar el proceso formativo. El propio seminarista ha de permanecer disponible para conocerse a sí mismo en orden a aprender a gestionar su personalidad según los criterios establecidos.

La madurez se puede verificar en tres ámbitos: físico, psicoafectivo y social. Aunque la persona es una y como tal ha de ir creciendo, los medios pueden ayudar a crecer en un ámbito determinado. Parece conveniente es-

tablecer las medidas oportunas que faciliten el crecimiento humano de los seminaristas, que sean medios concretos y bien armonizados entre sí. El proyecto formativo debería contemplar un tiempo suficiente para el aprendizaje de la actividad física, de tal manera que a través de una educación pertinente se fomente un estilo de vida saludable y se mantenga en adelante. Dependiendo de la necesidad del candidato, el Seminario podrá favorecer la ayuda psicológica necesaria para alcanzar una sólida madurez psíquica, brindando las herramientas terapéuticas que ayuden a clarificar las complejas realidades personales que ameritan mayor atención. Para esto sería conveniente que el Seminario contara con psicólogos formados en un ámbito cristiano, conocedores de los fines y medios del proceso formativo, que sepan desenvolverse más propiamente en esta ayuda específica.

Finalmente, aunque la madurez social se expresa de alguna manera en la misma comunidad del Seminario, el seminarista ha de estar preparado para mantener relaciones sociales con todo tipo de personas,

Por este motivo, los seminaristas se habituarán a educar su carácter, crecerán en la fortaleza de ánimo y, en general, aprenderán las virtudes humanas, como «la lealtad, el respeto de la justicia, la fidelidad a la palabra dada, la amabilidad en el trato, la discreción y la caridad en las conversaciones»⁶, que harán de ellos un reflejo vivo de la humanidad de Jesús y un puente que una a los hombres con Dios. Para alcanzar la sólida madurez física, psicoafectiva y social, que se exige al pastor, serán de gran ayuda el ejercicio físico y el deporte, así como la educación para un estilo de vida equilibrado. Además del esencial acompañamiento de los formadores y del director espiritual, en algunos casos podría ser útil un específico acompañamiento psicológico, con el fin de integrar los aspectos fundamentales de la personalidad.

6. *Optatam totius*, n. 11: AAS 58 (1966), 720.

maduras y adecuadas a su edad. Dentro del itinerario formativo de la etapa discipular se pueden organizar talleres y sesiones de estudio sobre este aspecto, que se verificará en la creciente soltura con que el seminarista se vaya desenvolviendo en las relaciones interpersonales a distintos niveles: formales, informales, profesionales, pastorales, académicas, etc.

Este número cierra con tres objetos de la formación humana que son claves: por una parte, la verdad acerca de sí mismo; tal verdad deberá ser asumida desde un autoconocimiento cada vez mayor, ayudada por el acompañamiento paciente de los formadores; en segundo lugar, el uso de la libertad, que tiende a unificar a la persona en la orientación de su vida hacia su fin último, que es Dios, este uso de la libertad se verificará en las distintas opciones que el seminarista vaya tomando o, por el contrario, en la falta de decisión en que se mueva, manifestando de este modo que no

se ha producido una madurez en esta dimensión, finalmente en el dominio de sí mismo, sabiendo corregir su carácter y mostrando en todo equilibrio y prudencia. Tales actitudes se hacen patentes en la vida comunitaria, donde el seminarista debe mostrar paulatinamente que es capaz de sacrificarse en beneficio de los otros, evitando la autorreferencialidad y la tentación del individualismo que le aísla de los otros.

Es importante señalar que la *Ratio* encomienda el acompañamiento de los seminaristas en esta dimensión tanto a los formadores como al director espiritual. Se trata así de una realidad que se debe abrazar siempre, porque se pretende la formación integral de la persona. Sería absurdo intentar aislar los aspectos espirituales, porque tal estrategia implicaría dividir a la persona. La ayuda psicológica se sitúa como auxiliar en este contexto formativo en el que efectivamente se trabaja de manera sistemática sobre la dimensión humana.

Este proceso formativo procura educar a la persona en la verdad del propio ser, en el uso de la libertad y en el dominio de sí, tendiendo a la superación de las diversas formas de individualismo, y al don sincero de sí que permite una generosa entrega a los demás.

64*. La madurez humana es suscitada y favorecida por la acción de la gracia, que orienta el crecimiento de la vida espiritual. Esta última dispone al seminarista a vivir en la presencia de Dios, en una actitud orante, y se funda en su relación personal con Cristo, que consolida la identidad discipular.

65*. Se trata de un camino de transformación que implica a toda la comunidad. En ella, con la ayuda específica de los formadores y en especial del director espiritual, se propone un itinerario pedagógico, que sostiene al candidato en su crecimiento, ayudándolo a tomar conciencia de la propia pobreza y, simultáneamente, de la necesidad de la gracia de Dios y de la corrección fraterna.

64. Criterios de madurez humana. La madurez humana es la base para una sólida vida espiritual. Y a la inversa, el progreso espiritual que experimenta el seminarista se manifestará naturalmente en el deseo de conseguir un crecimiento humano. Saber leer los acontecimientos desde el Evangelio, aceptar las dificultades de cada día con actitud cristiana y darle a toda la vida una orientación espiritual ayudará al seminarista a conformar su vida con el misterio de Cristo. Se impone, pues, que la dimensión espiritual tenga una repercusión concreta en la «conversión» del candidato, de manera que la relación personal con el Señor, que debe profundizarse en este tiempo hasta ocupar un puesto central, le ayude a adquirir las virtudes humanas necesarias para que el seguimiento de Cristo se realice con mayor integridad. Lejos de estar desvinculada del crecimiento humano, la dimensión espiritual se hará patente, precisamente, en la madurez perso-

nal que se irá adquiriendo. Se espera que el discípulo de Jesús, a ejemplo de su Maestro, defina rasgos específicos de madurez personal.

65. Itinerario pedagógico. En consonancia con el artículo anterior, el texto se refiere a la comunidad educativa, para que cada actor desempeñe adecuadamente su rol. Es importante definir cómo intervienen los formadores y el director espiritual, en qué consistiría concretamente el itinerario pedagógico y cómo el seminarista debe asumir un papel protagónico. La indicación es tomar conciencia de la propia limitación (antes se ha hablado del autoconocimiento), la necesaria ayuda de la gracia (aspecto espiritual) y la corrección fraterna (aspecto comunitario). El itinerario no se presenta principalmente como una exigencia para el seminarista, sino sobre todo como una ayuda en su crecimiento. Ambos factores deben conjugarse en la elaboración del proyecto.

66*. La duración de esta etapa, que no debe ser inferior a dos años, comprenderá el tiempo suficiente para conseguir los objetivos que le son propios y, al mismo tiempo, para adquirir el necesario conocimiento de la filosofía y de las ciencias humanas. Es necesario que esta etapa sea justamente valorada y comprendida en su específica finalidad y no sea considerada simplemente como un «paso obligado» para acceder a los estudios teológicos.

67*. Al finalizar la etapa de los estudios filosóficos o discipular, el seminarista, habiendo alcanzado una libertad y una madurez interior adecuadas, debería disponer de los instrumentos necesarios para iniciar,

66. Duración de la etapa. En cuanto a la duración de la etapa se establece un tiempo mínimo, dos años, pero no se señala un tiempo máximo. El mismo vendrá dado por el logro de los objetivos en las dimensiones humana y espiritual, a lo que hay que añadir los objetivos intelectuales de conocimiento de la filosofía y de las ciencias humanas. Si bien se comprende que la duración de esta etapa no puede alargarse indefinidamente, tampoco puede limitarse la superación de los estudios filosóficos, dado que los objetivos propios de la etapa implican la formación integral y particularmente los aspectos humanos y espirituales (cf. RFIS, 58 y 62). Delimitar los objetivos a alcanzar al concluir la etapa (atendiendo a las indicaciones del n. 63) facilitará el trabajo formativo tanto para establecer los medios más oportunos como para la propia orientación del seminarista entre el ideal propuesto y su situación real con respecto al mismo. Por otra parte, tener unos objetivos bien definidos y conectados con las etapas posteriores ayuda a clarificar la estructura del edificio formativo, otorgando a cada etapa su específica finalidad.

67. Fruto de la etapa y admisión como candidato. La conclusión de esta segunda etapa de la formación inicial presenta dos aspectos que deben ser logrados en el seminarista: por un lado, la libertad y la madurez interior, por otro los instrumentos para continuar su formación. Es llamativo que se describa el paso a la siguiente etapa como sereno y gozoso, lo cual se opone a la presión social o a la angustia. Este momento final de la etapa requiere un discernimiento cuidadoso y personalizado de la vocación presbiteral.

Como manifestación pública de esta situación personal se presenta la posibilidad de la admisión como candidato a las sagradas órdenes. La etapa propiamente de configuración, que sigue a la discipular, conlleva un compromiso público por parte del candidato a trabajar con mayor intensidad en su propia formación, que la Iglesia acompaña de manera específica a través de un rito litúrgico, para forjar en el seminarista la imagen de Cristo Pastor. En cada Seminario se establecerá la forma y el momento más conveniente para presentar la solicitud correspondiente, respetan-

con serenidad y gozo, el camino que lo conducirá hacia una mayor configuración con Cristo en la vocación al ministerio ordenado. De hecho, después de esta etapa será posible la admisión del seminarista entre los candidatos a las órdenes (*petitio*, o candidatura, etc.), cuando su propósito, avalado por las dotes requeridas, haya alcanzado una madurez suficiente⁷. Por su parte, la Iglesia, acogiendo el ofrecimiento del seminarista, lo escoge y lo llama, para que se prepare a recibir en el futuro la Sagrada Ordenación. Cuando se da una decisión responsable del seminarista, la admisión entre los candidatos a las órdenes representa para él una invitación a proseguir su formación, en la configuración con Cristo Pastor, mediante el reconocimiento formal por parte de la Iglesia.

a.3. La etapa de los estudios teológicos (o configuradora)*

68*. *El concepto de configuración*. Desde el primer momento vocacional, como se ha dicho, toda la vida del presbítero es una formación continua: la propia del discípulo de Jesús, dócil a la acción del Espíritu Santo, para el servicio a la Iglesia. La pedagogía de la formación inicial,

7. Cf. Pablo VI, Carta apostólica *Ad pascendum* (15 de agosto de 1972), I, a) y c): AAS 64 (1972), 538-539.

do por una parte la libertad del candidato y por otra teniendo en cuenta su ubicación específica, al inicio de la etapa configuradora.

En muchos Seminarios la admisión entre los candidatos a las sagradas órdenes se realiza más tarde, por ejemplo, en el segundo año de teología. Se debe tener especial cuidado al evaluar la madurez que ha de presentar el candidato, de manera que el rito de la admisión no sea un paso dado en grupo o por inercia, sino fruto de la libertad interior que se ha manifestado en su decisión responsable.

68-73. La *Ratio* dedica seis artículos a la etapa configuradora. Es evidente que se considera ya establecida una base humana y espiritual

y que en este momento se pasa a una labor formativa más específicamente sacerdotal. El seminarista ha realizado una opción definitiva por la vida discipular y misionera que durante la etapa configuradora tomará la forma concreta de la vocación sacerdotal. La descripción de la etapa es paralela a la de la precedente, comenzando con el concepto de configuración, definiendo posteriormente sus objetivos, duración y contenidos formativos para concluir con una referencia a la ordenación diaconal.

68. El concepto de configuración. Este artículo describe la transición de la etapa discipular a la configuradora. El seguimiento de Cristo es base y fundamento para la formación del

durante los primeros años de Seminario, procuraba inducir al candidato a entrar en la *sequele Christi*; finalizada esta etapa, llamada discipular, la formación se concentra en el proceso de configuración del seminarista con Cristo, Pastor y Siervo, para que, unido a Él, pueda hacer de la propia vida un don de sí para los demás.

Dicha configuración exige entrar con profundidad en la contemplación de la Persona de Jesucristo, Hijo predilecto del Padre, enviado como Pastor del Pueblo de Dios. La práctica de la contemplación hace que la relación con Cristo sea más íntima y personal y, al mismo tiempo, favorece el conocimiento y la aceptación de la identidad presbiteral.

69*. La etapa de los estudios teológicos, o configuradora, se ordena de modo específico a la formación espiritual propia del presbítero, donde la conformación progresiva con Cristo hace emerger en la vida del discípulo los sentimientos y las actitudes propias del Hijo de Dios; y a la vez lo introduce en el aprendizaje de una vida presbiteral, animada por el deseo y sostenida por la capacidad de ofrecerse a sí mismo en el cuidado pastoral del Pueblo de Dios. Esta etapa facilita un arraigo gradual en la personalidad del Buen Pastor, que conoce a sus ovejas, entrega la vida por ellas⁸ y va en busca de las que están fuera del redil (cf. Jn 10, 17).

8. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 8: «Se puede decir, entonces, que la configuración con Cristo, obrada por la consagración sacramental, define al sacerdote en el seno del Pueblo de Dios, haciéndolo participar, en un modo suyo propio, en la potestad santificadora, magisterial y pastoral del mismo Cristo Jesús, Cabeza y Pastor de la Iglesia. El sacerdote, al hacerse más semejante a Cristo es —gracias a Él, y no por sí solo— colaborador de la salvación de los hermanos: ya no es él quien vive y existe, sino Cristo en él (cf. Gal 2, 20)».

pastor. Los estudios teológicos se ordenan prioritariamente a este fin. Entiende la configuración como asimilación progresiva de la sensibilidad y actitudes de Cristo Siervo y Pastor. Para ello el medio fundamental es la contemplación personal y profunda del misterio de Cristo.

69. Objetivo formativo propio de la etapa teológica-configuradora. La conformación progresiva al modelo de Cristo Siervo y Pastor debe llevar al candidato a las sagradas órdenes hacia una interpretación del ministe-

rio presbiteral caracterizada por la entrega de sí mismo para la edificación del pueblo de Dios. Se trata de un proceso en el que la dimensión espiritual juega un papel importante y se manifiesta en actitudes humanas coherentes que deben marcar la personalidad del seminarista. De esta manera se reafirma la línea que ha estado presente desde la etapa propedéutica: una armónica y natural integración de los aspectos humanos y espirituales.

El texto afirma sin ambigüedades la exigencia y el fuerte compromiso

El contenido de esta etapa es exigente y fuertemente comprometedor. Se requiere una responsabilidad constante en la vivencia de las virtudes cardinales, las virtudes teologales y los consejos evangélicos⁹, siendo dócil a la acción de Dios mediante los dones del Espíritu Santo, desde una perspectiva netamente presbiteral y misionera, junto a una gradual relectura de la propia historia personal, en la que se descubra el crecimiento de un perfil coherente de caridad pastoral, que anima, forma y motiva la vida del presbítero¹⁰.

70*. El compromiso especial que caracteriza la configuración con Cristo Siervo y Pastor puede corresponder a la etapa de la teología, sin que ésta agote su contenido y su dinámica. Concretamente, debería garantizarse una fecunda y armónica interacción entre madurez humana y espiritual, y entre vida de oración y aprendizaje teológico.

9. Cf. *Pastores dabó vobis*, n. 27: AAS 84 (1992), 710.

10. Cf. *ibid*, n. 23: AAS 84 (1992), 691-694.

que conlleva esta etapa de formación. Se quiere decir que no basta con permanecer en el Seminario, acomodándose a unas normas disciplinares, sino que es necesario un proceso positivo que culmine en actitudes sacerdotales estables y verificadas. Se sugieren unos contenidos para el proyecto formativo: las virtudes cardinales, las virtudes teologales y los consejos evangélicos, todo ello matizado por los valores sacerdotales.

Esta formación, como tal, es progresiva, y está encaminada a garantizar el crecimiento de la caridad pastoral, mediante la herramienta espiritual de la continua y consciente revisión de vida. Aquí puede captarse mejor el modo concreto como la contemplación de que hablaba el número anterior se inserta en la vida espiritual del seminarista: la revisión de vida es una reflexión comparativa del propio comportamiento con el modelo de Cristo contemplado.

70. Integración de las dimensiones formativas. Así como se afirmó que la opción por el seguimiento de Cristo en la etapa discipular se manifiesta en una personalidad madura, de modo similar y paralelo la configuración mística con Cristo Siervo y Pastor se traduce en rasgos de madurez humana. El proyecto formativo deberá especificar estos rasgos, a fin de que el seminarista se haga consciente de ellos y los vaya cultivando progresivamente.

Consecuentemente se excluye un pretendido crecimiento espiritual que no se refleja en las actitudes prácticas y los criterios de comportamiento. Además se subraya la profunda vinculación de los estudios teológicos con el proceso formativo y específicamente con la vida de oración. El seminarista que crece en la ciencia teológica debe llevar armónicamente estos contenidos a la relación personal con el Señor.

71*. Desde la perspectiva del servicio a una Iglesia particular, los seminaristas deben formarse en la espiritualidad del sacerdote diocesano, marcada por la entrega desinteresada a la circunscripción eclesial a la que pertenecen o a aquella en la cual, de hecho, ejercerán el ministerio, como pastores y servidores de todos, en un contexto determinado (cf. 1Cor 9, 19). La vinculación con la Iglesia local concierne específicamente al clero secular, pero incluye indistintamente a todos los presbíteros que ejercen el ministerio en ella, a la vez que se valora el carisma propio de cada uno. Esto también significa adaptar el propio modo de sentir y de actuar, en comunión con el Obispo y los hermanos sacerdotes, por el bien de una porción del Pueblo de Dios¹¹.

Este amor imprescindible por la diócesis puede ser eficazmente enriquecido por otros carismas, suscitados por la acción del Espíritu Santo. De modo semejante, el don sacerdotal recibido con la Sagrada Ordenación implica la entrega a la Iglesia universal y, por tanto, se amplía a la misión salvífica dirigida a todos los hombres, hasta los confines de la tierra (cf. Hch 1, 8)¹².

11. Francisco, *Discurso a los sacerdotes de la Diócesis de Caserta* (26 de julio de 2014): *L'Osservatore Romano* 171 (28-29 de julio de 2014), 5: «¿Dónde está el centro de la espiritualidad del sacerdote diocesano? Diría que en la 'diocesaneidad'... Es tener la capacidad de abrirse a la diocesaneidad... significa una relación con el obispo, que se debe realizar y hacer crecer continuamente [...] En segundo lugar, la diocesaneidad comporta una relación con los demás sacerdotes, con todo el presbiterio. No hay espiritualidad del sacerdote diocesano sin estas dos relaciones: con el obispo y con el presbiterio. Y son necesarias».

12. Cf. *Presbyterorum ordinis*, n. 10: AAS 58 (1966), 1007-1008; *Pastores dabo vobis*, n. 18: AAS 84 (1992), 682-684.

71. Formación en la espiritualidad del sacerdote diocesano. Se continúa y completa la presentación del alcance de la formación configuradora de esta etapa subrayando la sensibilidad y comunión diocesana, que ha de caracterizar esta formación. El texto se refiere a la espiritualidad del sacerdote diocesano y subraya algunos de sus contenidos: primero, la entrega a una circunscripción eclesial. El sacerdote diocesano se vincula de un modo definitivo y personal a la diócesis, concretando en un lugar la identificación con Cristo, Esposo de la Iglesia. Segundo, se comprende como

pastor y servidor de todos los que forman esa porción del pueblo de Dios, sin privilegiar a algunos ni dedicarse exclusiva o preferentemente a un grupo determinado. Tercero, adoptando como propio el caminar histórico de la Iglesia particular e integrando en ella a todos los hermanos en el único presbiterio, incluidos los que no están incardinados a la diócesis. Al final, se abre la perspectiva a la misión universal: el carácter diocesano del sacerdote no se agota en la misión local, sino que se abre a la solidaridad con otras Iglesias, a la Iglesia universal y al mundo (cf. PO, 10).

72*. A lo largo de esta etapa, según la madurez de cada candidato y aprovechando las posibilidades formativas, serán conferidos a los seminaristas los ministerios del lectorado y del acolitado, de modo que puedan ejercerlos por un tiempo conveniente, disponiéndose mejor para el futuro servicio de la Palabra y del altar¹³. El lectorado propone al seminarista el «reto» de dejarse transformar por la Palabra de Dios, objeto de su oración y de su estudio. La recepción del acolitado implica una participación más profunda en el misterio de Cristo, que se entrega y está presente en la Eucaristía, en la asamblea y en el hermano.

Por tanto, ambos ministerios, junto con una conveniente preparación espiritual, facilitan una vivencia más intensa de las exigencias de la *etapa configuradora*, dentro de la cual, por cierto, es oportuno ofrecer a los lectores y acólitos ámbitos concretos para ejercer los ministerios recibidos, no solo en la liturgia, sino también en la catequesis, la evangelización y el servicio al prójimo.

Un acompañamiento adecuado podría evidenciar que la llamada que un joven pensaba haber recibido, aunque haya sido reconocida durante la primera etapa, no sea en realidad una vocación al sacerdocio ministerial, o no haya sido adecuadamente cultivada. En tal caso, por propia iniciativa o después de una intervención autorizada de los formadores, el seminarista deberá interrumpir el camino formativo hacia la ordenación presbiteral.

13. Cf. Pablo VI, Carta apostólica *Ministeria quaedam* (15 de agosto de 1972), V-VI: AAS 64 (1972), 532-533.

72. La institución en los ministerios de lector y acólito marca dos hitos en la etapa configuradora. Fundándose en el análisis de los rituales correspondientes, la *Ratio* sintetiza los rasgos esenciales del provecho espiritual que la recepción de estos ministerios debe producir en la vida cristiana y en el proceso de configuración del seminarista con Cristo Pastor.

El primero que debe saber si está caminando correctamente en la ruta de su vocación es el mismo seminarista. La aceptación a estos ministerios también es signo y expresión visible de reconocimiento, por parte de

los formadores, del progreso formativo real del seminarista. Pero este momento del discernimiento de seminaristas y formadores puede conducir también a la convicción de que el camino vocacional emprendido no era el auténtico, e implicar el abandono del Seminario (cf. RFIS, 197). Aquí se verifica el papel de hito y encrucijada que tienen estos acontecimientos de gracia dentro de la etapa. El texto mantiene una línea importante de apertura al discernimiento de la vocación que deberá permanecer, con diversas características, durante toda la formación inicial y permanente.

73*. La etapa de los estudios teológicos, o configuradora, se orienta hacia la recepción de las sagradas órdenes. Al final de la misma, o durante la etapa siguiente, si es considerado idóneo a juicio del Obispo, habiendo escuchado a los formadores, el seminarista solicitará y recibirá la ordenación diaconal, con la cual obtendrá la condición de clérigo, con los correspondientes deberes y derechos, y será incardinado «o en una Iglesia particular, o en una prelatura personal, o en un instituto de vida consagrada, o en una sociedad»¹⁴, o en una Asociación o en un Ordinariato que tengan tal facultad.

a.4. La etapa pastoral (o de síntesis vocacional)

74*. La etapa pastoral (o de síntesis vocacional) incluye el período entre el fin de la estancia en el Seminario y la ordenación presbiteral, pasando obviamente a través de la recepción del diaconado. La fina-

14. CIC, can. 265.

73. Ordenación diaconal e incardinación. El momento para la ordenación diaconal se sitúa a partir del final de la etapa configuradora o durante la etapa siguiente. Hay que notar que la norma tiende a eliminar la costumbre de ordenar diáconos antes de que concluyan los estudios teológicos. Se tiene en cuenta la diversidad que existe entre las Iglesias particulares. Algunas cuentan con una larga tradición formativa para el proceso de órdenes y otras no. Será competencia de la Conferencia Episcopal fijar un momento más preciso para ello o, en todo caso, del Obispo diocesano. Nuevamente se insiste en el juicio de idoneidad y en el discernimiento de la vocación sacerdotal que conlleva, que ya comprende también la idoneidad para el ministerio presbiteral. Este paso, por supuesto, requiere por su propia naturaleza un discernimiento más cuidadoso. Se trata de una realidad sacramental, espiritual y jurídica

completamente nueva en el itinerario vocacional. El texto subraya el valor no solo jurídico, sino también teológico y espiritual, de la incardinación.

74. Definición de esta etapa. La etapa de síntesis vocacional se realiza de modos muy diversos en las distintas Iglesias particulares. El artículo señala dos momentos reconocibles y visibles de este paso. Los extremos de la etapa están bien definidos: el final de la estancia en el Seminario, al principio de la etapa (aunque esta salida «física» es eventual, como señala a continuación el n. 75); y la ordenación presbiteral, al final. Además, el paso de la etapa configuradora a la etapa pastoral no está marcado necesariamente por la recepción del diaconado. Esto deja un importante margen de libertad en la duración real de la etapa y en el modo de desplegar su contenido concreto (cf. RFIS, 76). Las Conferencias episcopales o las

lidad de esta etapa es doble: se trata, por un lado, de insertarse en la vida pastoral, mediante una gradual asunción de responsabilidades, con espíritu de servicio; por otro lado, de esforzarse en adquirir una adecuada preparación, recibiendo un acompañamiento específico con vistas a la recepción del presbiterado. En esta etapa el candidato es invitado a declarar de modo libre, consciente y definitivo la propia voluntad de ser presbítero, después de haber recibido la ordenación diaconal¹⁵.

75*. En las Iglesias particulares existe una gran variedad de experiencias y corresponde a las Conferencias Episcopales determinar los procesos formativos para la ordenación diaconal y presbiteral. Comúnmente, esta etapa se realiza fuera del edificio del Seminario, al menos

15. Cf. *Optatam totius*, n. 12: AAS 58 (1966), 721.

Provincias Eclesiásticas pueden determinar una práctica más uniforme para su territorio.

Se señala también aquí una doble finalidad u objetivo de la etapa: la asunción gradual de responsabilidades pastorales, que habitualmente se realiza por medio de la inserción en una comunidad cristiana, y la adecuada preparación para la ordenación presbiteral. Como puede notarse este doble objetivo se mantiene unificado por la intención de «pastoralizar» la etapa, lo cual enriquece notablemente sus contenidos. Es fácil suponer que se trata de una preparación próxima al ejercicio del ministerio presbiteral, y, por eso, este acento pastoral. En este paso del discernimiento se quiere verificar la voluntad firme y definitiva del candidato de pasar del diaconado al futuro presbiterado, mediante una declaración libre y consciente. Es, por lo tanto, un momento de discernimiento delicadísimo, en el cual todos los implicados deben poner un cuidado especial.

75. Diversas modalidades para la puesta en práctica de la etapa pastoral. No se enumeran experiencias diocesanas a modo de ejemplos, ni se dan más explicaciones sobre el modo de organizar la etapa. Lo cual indica la libertad que tienen las Conferencias episcopales y cada diócesis para definir itinerarios. Como condición para su realización tan solo se menciona la conveniencia de realizarla fuera del Seminario y en el contexto de una comunidad cristiana.

No está precisado definitivamente aquí el responsable principal del acompañamiento formativo del seminarista en esta etapa, aunque se hable del párroco u otro responsable, pues el número sucesivo señala la intervención de otros. Es necesario, pues, orientar a nivel de Conferencia Episcopal y definir a nivel diocesano la articulación de todos los responsables de la etapa para que pueda proyectarse bien y hacerse efectiva. Sería importante tener en cuenta aquí y adaptar adecuadamente lo indicado para la etapa central de la formación

por un tiempo considerable. Este período, que por norma se vive en el servicio a una comunidad, puede incidir significativamente en la personalidad del candidato. Se recomienda, por ello, que el párroco, u otro responsable de la realidad pastoral que acoge al seminarista, sea consciente de la responsabilidad formativa que recibe y lo acompañe en su gradual inserción.

76*. El Ordinario, de común acuerdo con el Rector del Seminario donde el seminarista se ha formado, teniendo en cuenta la situación del presbiterio y las ofertas formativas, asigna a cada seminarista una comunidad, en la que pueda prestar su servicio pastoral¹⁶. La duración de esta etapa formativa es variable y depende de la madurez e idoneidad del candidato. No obstante, es necesario respetar al menos los tiempos canónicos establecidos entre la recepción del diaconado y del presbiterado¹⁷.

16. Cf. *ibid.*, n. 21: AAS 58 (1966), 726.

17. Cf. CIC, cán. 1031, § 1 y 1032, § 2.

en el Seminario en los números 128-150 sobre los agentes de la formación. El texto alude a la selección de la comunidad y del párroco que acoge al candidato a las órdenes: deben ser conscientes de la responsabilidad formativa que asumen.

76. Inserción pastoral. Algunas condiciones para la inserción pastoral del candidato a las órdenes en la comunidad durante esta etapa. Aquí aparecen tres condiciones interesantes, pero distintas en su enfoque (la enumeración no es necesariamente completa). En primer lugar, se precisa la figura de dos responsables importantes y con distintos papeles en la definición de la modalidad y el contenido de la etapa: el Ordinario (principal responsable) y el Rector del Seminario de procedencia, que deben decidir de «común acuerdo» la comunidad de destino. Obviamente, asignar una comunidad implica

que se elabore un proyecto formativo y que se acompañe debidamente al candidato. Con esta indicación parecen completarse cuatro responsables de la etapa: el Obispo, el Rector, el párroco (o equivalente para el caso) de la comunidad de destino (RFIS, 75) y el mismo seminarista (RFIS, 82). Sin embargo, el n. 83 habla también de otros sacerdotes que acompañan este proceso.

La segunda condición afecta al Ordinario, el cual debe discernir a qué comunidad envía al seminarista, atendiendo a la «situación del presbiterio y las ofertas formativas». Con esto el artículo 76 da a entender que existe algún tipo de iniciativa y programación previa a esta decisión, elaborada en otro ámbito y momento (los itinerarios del n. 75). La tercera condición señala los intersticios canónicos vigentes que es necesario respetar e incluso se pueden alargar. Queda claro que la duración de la etapa se

77*. *La ordenación diaconal y presbiteral*. Como conclusión del ciclo formativo del Seminario, los formadores deben ayudar al candidato a aceptar con docilidad la decisión que el Obispo tome sobre él¹⁸.

Aquellos que reciben el Sagrado Orden necesitan una conveniente preparación, especialmente de carácter espiritual¹⁹. El espíritu orante, fundado en la relación con la persona de Jesús, y el encuentro con figuras sacerdotales ejemplares, acompañen la meditación asidua de los ritos de la ordenación, que, en las oraciones y en los gestos litúrgicos, sintetizan y expresan el profundo significado del sacramento del Orden en la Iglesia.

18. Cf. Benedicto XVI, Exhortación apostólica post-sinodal *Sacramentum caritatis* (22 de febrero de 2007), n. 25: AAS 99 (2007), 125-126.

19. Cf. CIC, can. 1039.

adapta a la idoneidad del candidato y a las situaciones por las que pasa la diócesis. Por ello no se indica una duración mínima, como se ha hecho al tratar de las etapas precedentes.

77. La ordenación diaconal y presbiteral. En este artículo se indica una doble tarea para los formadores durante la etapa «pastoral».

La primera consiste en ayudar al seminarista o diácono en la dócil aceptación del destino. Esto implica más que una simple obediencia, porque comúnmente surgen dificultades de adaptación al nuevo estilo de vida, sea por la interacción con la comunidad cristiana, y en especial con los colaboradores más cercanos, sea en la integración en un equipo sacerdotal y en la participación en el presbiterio. El Obispo también puede decidir aplazar la ordenación. En este caso será función del acompañante ayudar al candidato a percibir esta circunstancia como una oportunidad de crecimiento y no como un castigo o una desven-

taja respecto a los compañeros. Todos han de caer en la cuenta de que a esta altura del proceso el tratamiento de cada caso es independiente de los demás. Es posible, aunque no frecuente, que ya estando en esta etapa se considere que el candidato no es idóneo y no se le admita a la ordenación. Aunque se crea una situación difícil, hay que hacerlo si persisten dudas importantes sobre la idoneidad del candidato, incluso después de la ordenación diaconal.

La segunda tarea consiste en prepararlo para las órdenes próximas (diaconal o presbiteral), por medio de una nueva forma de contemplación de Cristo Pastor, el encuentro con el ejemplo de santos sacerdotes y la meditación de los gestos y palabras del rito de Ordenación. Conviene que esta preparación sea amplia e incluya armónicamente todas las dimensiones de la formación, en coherencia con el proceso precedente. Durante el tiempo de preparación inmediata a la ordenación hay muchos

78*. La familia del ordenando y la comunidad parroquial deberían vivir también un intenso período de preparación. Conviene, sin embargo, que se distinga claramente el proceso específico de preparación al diaconado de aquél que se ordena al presbiterado, tratándose de dos momentos muy distintos. Por tanto, no habiendo razones graves que induzcan a proveer diversamente, será oportuno no unir en la misma celebración ordenaciones de diáconos (transitorios o permanentes) y de presbíteros, a fin de poder dar a cada momento la debida y peculiar atención y de facilitar la comprensión de los fieles.

79*. *Enlace con la formación permanente.* A partir de la ordenación presbiteral, el proceso formativo prosigue dentro de la familia del presbi-

aspectos que requieren formación y acompañamiento.

Es evidente que no se trata de una propuesta exhaustiva de recursos espirituales, pero los que se mencionan no deberían faltar. Se trata de tareas muy delicadas, para las que es necesario buscar en cada caso los acompañantes idóneos. Se corre el riesgo de que al intervenir diversos sacerdotes, ninguno haga una verdadera función de acompañamiento, por ello es útil designar a uno de ellos para este fin. Esto se puede incluir en el proyecto formativo personalizado. A estos responsables hay que añadir, como es natural, el director espiritual.

78. Familia y parroquia. Se ha querido poner de relieve la función de la familia del candidato y de las comunidades parroquiales de que trató el número anterior, que son para él una referencia en la preparación a las órdenes. Para la familia y las parroquias la ordenación sacerdotal es un acontecimiento importante, que deben vivir con intensidad y asimilar adecuadamente. Aquí se da continuidad a la pastoral de las familias de los semi-

naristas que se ha realizado durante todo el proceso formativo. Este punto se presta a una amplia creatividad.

Se pasa inmediatamente a considerar la separación neta de las celebraciones de la ordenación diaconal y presbiteral para señalar el valor de cada momento y facilitar su comprensión distinta para todos los implicados. Se oficializa una práctica que se ha extendido en la Iglesia. Nada se dice del lugar de la ordenación sacerdotal, que a menudo es la catedral o un santuario importante. Las Conferencias episcopales pueden determinar una disciplina en este punto y cada diócesis va tejiendo unas tradiciones.

79. Enlace con la formación permanente. Acabada la formación inicial, empieza la formación permanente del presbítero. Si durante la formación inicial la comunidad educativa fue la del Seminario, una vez ordenado la «comunidad formativa» es el presbiterio. Aquí es crucial la mediación de la relación fraterna entre los sacerdotes. En este sentido se ha de vivir en una permanente actitud de formación, pues como se dijo al inicio

terio. Es competencia del Obispo, ayudado por sus colaboradores, introducir a los nuevos presbíteros en las dinámicas propias de la formación permanente²⁰.

b) *La formación permanente**

80*. La expresión «formación permanente»²¹ recuerda la idea de que la única experiencia discipular de quienes son llamados al sacerdocio no se interrumpe jamás. El sacerdote, no solo «aprende a conocer a Cristo»,

20. Cf. *Apostolorum successores*, n. 83: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2006), 1764-1766.

21. El concepto de formación permanente, a lo largo del tiempo, fue profundizado tanto en el ámbito de la sociedad como en el de la Iglesia; un momento importante de tal profundización lo constituye la *Carta a los Sacerdotes* (especialmente el n. 10), enviada por Juan Pablo II, el 8 de abril de 1979: *Enseñanzas II* (1979), 857-859: «Todos debemos convertirnos cada día.

del capítulo, la formación del discípulo misionero no se limita al periodo de la formación inicial, sino que abarca la vida entera. El responsable de esta formación permanente es el Obispo, que ayudado por sus colaboradores establece un plan para iniciar a los neopresbíteros en la formación que les acompañará el resto de su vida. Entrar en esta etapa de la formación permanente exige también unas medidas ajustadas al momento, dado que la estructura del Seminario ya no es la propia de este recorrido. Considerando las condiciones de la diócesis y la realidad del presbiterio, parece necesario definir cómo se hace la transición desde la formación en el ámbito «Seminario» a la formación en el ámbito «presbiterio». Aquí es clave un acompañamiento cercano, sobre todo cuando el neopresbítero afronta situaciones que no esperaba encontrar en la comunidad presbital.

80-88. La *Ratio* dedica nueve artículos a la formación permanente y la presenta en paralelo a la forma-

ción inicial. Con ello se comienza a poner en práctica la unicidad de la formación que fue presentada al inicio del capítulo, en los artículos 54 a 66. Indirectamente se está indicando que las diócesis deben cuidar proporcionalmente la formación inicial y la permanente, pues la comunidad diocesana es un cuerpo vivo en el que hay una profunda interacción entre sus miembros. Efectivamente, lo que ocurre en el presbiterio repercute en el Seminario y desde el Seminario se prepara un futuro presbiterio. Todo lo que implique sinergia y colaboración de los presbíteros para la formación inicial, sobre todo su buen ejemplo, es de indudable valor.

El texto hace una consideración realista de la formación permanente distinguiendo tres etapas fundamentales: los sacerdotes jóvenes, los de edad intermedia y los mayores. Afronta directamente las dificultades que pueden surgir a mitad del camino y enumera algunos medios para el proyecto formativo. Hay que tener en cuenta que otros documentos pre-

sino que, bajo la acción del Espíritu Santo, se halla dentro de un proceso de gradual y continua configuración con Él, en su ser y en su hacer, que constituye un reto permanente de crecimiento interior de la persona²².

Conviene alimentar de manera constante la «llama» que da luz y calor al ejercicio del ministerio, recordando que «alma y forma de la formación permanente del sacerdote es la caridad pastoral»²³.

Sabemos que ésta es una exigencia fundamental del Evangelio, dirigida a todos los hombres (cf. Mt 4, 17; Mc 1, 15), y tanto más debemos considerarla como dirigida a nosotros [...] La oración debemos unirla a un trabajo continuo sobre nosotros mismos: es la 'formación permanente' [...] tal formación debe ser tanto interior, o sea que mire a la vida espiritual del sacerdote, como pastoral e intelectual (filosófica y teológica)». Para una visión de conjunto y una síntesis sobre el tema, cf. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, nn. 87-115.

22. Cf. Francisco, *Discurso a la Plenaria de la Congregación para el Clero* (3 de octubre de 2014): *L'Osservatore Romano* 226 (4 de octubre de 2014), 8.

23. *Pastores dabó vobis*, n. 70: AAS 84 (1992), 781.

cedentes sobre los Seminarios solo tenían en cuenta a los sacerdotes jóvenes, aquí se ha querido abrazar explícitamente todo el arco de la vida y ministerio sacerdotal.

80. Concepto de formación permanente. Retomando el contenido de varios artículos anteriores se insiste en la única experiencia discipular que no se interrumpe. Conviene señalar aquí los aspectos de «conocimiento», «configuración» y «reto». La primera nota de la formación permanente que se menciona es el conocimiento de Cristo; tal conocimiento nunca se agota, dado que se adquiere gradualmente a través de distintos medios, no únicamente la formación intelectual o espiritual; el mismo ejercicio del ministerio y el contacto con la comunidad es fuente de conocimiento de Cristo. La gradualidad que se expresa para la «continua configuración» presenta la misma idea en esta etapa: mediante el desempeño en el «ser y hacer» sacerdotal, el presbítero se

apropia de la figura de Cristo, permitiendo que en su vida resplandezca cada vez más la imagen del Buen Pastor. Por otra parte, tal apropiación no ha de entenderse en modo pasivo o de manera automática, sino que implica la dedicación del presbítero para adquirir, verdaderamente, la forma de Cristo; esta configuración se plantea como un «reto» que exige un verdadero crecimiento interior y va más allá de la simple capacitación laboral.

La cita de *Pastores dabó vobis* es significativa: la caridad pastoral es alma y forma de la formación permanente. Efectivamente, el sacerdote, movido por la caridad pastoral se prepara y dispone para servir de la mejor manera posible al pueblo de Dios. La caridad fraterna entre los presbíteros crea el clima adecuado para la formación permanente, de un modo particular mediante el acompañamiento personal y la dirección espiritual. La caridad expresada en la forma de una pastoral presbiteral organizada promueve estructuras estables y medios

81*. La formación permanente procura garantizar la fidelidad al ministerio sacerdotal, en un camino de continua conversión, para reavivar el don recibido con la ordenación²⁴. Tal recorrido constituye la continuación natural del proceso de construcción de la identidad presbiteral, iniciado en el Seminario y realizado sacramentalmente en la ordenación sacerdotal, con vistas a un servicio pastoral que la hace madurar con el tiempo²⁵.

82*. Es importante que los fieles puedan encontrar sacerdotes maduros y bien formados: ya que, a este deber «corresponde un preciso

24. Cf. *ibid.*: AAS 84 (1992), 778-782.

25. Cf. *ibid.*, n. 71: AAS 84 (1992), 782-783.

eficaces para la formación permanente de los sacerdotes, fundamentando la integración de un solo presbiterio, regular y secular, para el bien del pueblo de Dios. Los fieles, laicos y religiosos, participan también a su modo de este espíritu de caridad cuando toman con gran interés el cuidado de sus sacerdotes y los sostienen con su oración perseverante y su ayuda.

81. Conversión y fidelidad. La finalidad de la formación permanente es ser fiel al ministerio recibido. El texto juega con dos conceptos complementarios, el de la eficacia ontológica del sacramento del Orden y el de la necesidad recurrir a medios formativos que secunden este don de la gracia, medios que se han de poner antes y después de la ordenación, a través de la única formación inicial y permanente.

Consecuentemente la formación permanente no puede ser vista simplemente como una forma de adquirir nuevas herramientas, una especie de «capacitación laboral» para ejercer el sacerdocio con más agilidad y destreza; por otra parte, la fidelidad al

ministerio buscará responder siempre con mayor cualificación a la tarea encomendada. El texto se refiere también a la conversión continua del sacerdote, recordando que la conversión es un dinamismo de la vida cristiana, porque el cristiano siempre está necesitado de volver a Dios revisando su vida y tratando de responder al designio divino.

En el camino sacerdotal, la conversión tratará de reavivar el don recibido por la imposición de las manos (2 Tim 1, 6), de modo que la identidad presbiteral, entendida como configuración con Cristo desde la caridad pastoral, preparada durante la formación inicial y realizada en la ordenación, madure a través del ejercicio del ministerio. En la medida en que la conversión sea continua y profunda, el servicio pastoral será más acorde a las necesidades del pueblo de Dios y a la identidad del propio sacerdote.

82. El texto se sitúa ahora en la perspectiva de los fieles que, según indica el Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros, tienen derecho a encontrar pastores aptos. Si

derecho de parte de los fieles, sobre los cuales recaen positivamente los efectos de la buena formación y de la santidad de los sacerdotes»²⁶. La formación permanente debe ser concreta, en cuanto encarnada en la realidad presbiteral, de modo que todos los sacerdotes puedan asumirla efectivamente, considerando el hecho de que el primer y principal responsable de la propia formación permanente es el mismo presbítero²⁷.

El primer ámbito en el que se desarrolla la formación permanente es la fraternidad presbiteral. Es deseable que esta formación se promueva en cada diócesis, por un presbítero o por un grupo de presbíteros, formados de manera específica y oficialmente encargados de favorecer un servicio de formación permanente, teniendo en consideración la edad y las circunstancias particulares de cada hermano²⁸.

26. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 87.

27. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 79: AAS 84 (1992), 796.

28. Cf. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 108.

para los fieles es un derecho el tener presbíteros bien formados, cuidar la propia formación permanente es un deber de los presbíteros, deber que mira no únicamente a la formación intelectual o espiritual, sino a la integralidad de la persona.

Ahora bien, tal formación no es abstracta: se encarna en la realidad presbiteral. Esto exige un discernimiento acerca de las necesidades formativas del presbiterio en su conjunto y de cada sacerdote, que deberán leerse desde la caridad pastoral. El termómetro que indica la coherencia de la formación será el mismo desempeño del ministerio sacerdotal encomendado y la santidad de vida de los presbíteros. Es responsabilidad del propio presbítero procurar su formación permanente, no siendo receptor pasivo de la misma, sino implicándose en la búsqueda de tal crecimiento, de manera que adquiera la «habilidad para responder» al don recibido.

El segundo párrafo introduce una concreción para vivir la formación permanente: el ámbito de la fraternidad presbiteral. Es responsabilidad de la diócesis favorecer una experiencia positiva y constructiva de la íntima fraternidad sacramental, que propicie en el presbiterio un clima acorde a los valores sacerdotales y por ello apto para la formación permanente. En este contexto fraterno conviene que algunos hermanos asuman oficialmente la animación de la formación permanente del presbiterio. Será tarea de las diócesis y de las Conferencias episcopales preparar sacerdotes específicamente para este fin. El texto alude a un equipo sacerdotal encargado de la formación permanente del clero, que además de ofrecer el ámbito fraterno, disponga el contenido de la formación permanente, para que esta responda efectivamente a las necesidades propias del presbítero, considerando los aspectos influyentes de la reali-

83*. La primera etapa de este camino es la de los años que siguen a la ordenación presbiteral. El sacerdote en este período, mientras ejerce el ministerio, adquiere la fidelidad al encuentro personal con el Señor y al propio acompañamiento espiritual y la disponibilidad para consultar sacerdotes con mayor experiencia. Es particularmente significativa la capacidad de establecer relaciones de colaboración y de compartirlas con otros presbíteros de la misma generación. Es deseable que se promueva el acompañamiento ofrecido por hermanos de vida ejemplar y celo pastoral, que ayuden a los jóvenes sacerdotes a vivir una pertenencia cordial y activa al presbiterio diocesano.

dad sacerdotal particular: la edad, las circunstancias concretas, el ejercicio del ministerio, los años de trabajo, las capacidades y aspiraciones, las carencias personales... Todo esto ayuda al diseño de un plan o proyecto de formación permanente. Decir que la fraternidad presbiteral es el ámbito de la formación permanente implica también la corresponsabilidad de cada uno de los sacerdotes en el cuidado de la vocación de los hermanos en el presbiterio.

83-85. La *Ratio* dedica tres artículos de distinta extensión a sendos momentos de la vida sacerdotal. Los de reciente ordenación, los de la edad intermedia y los enfermos o mayores. La desproporción entre los párrafos pone de relieve la gran importancia que tiene afrontar con claridad las dificultades que con frecuencia surgen en la vida sacerdotal, especialmente a mitad del camino.

83. La formación permanente durante los primeros años del ministerio. Los años que siguen a la ordenación presbiteral tienen características peculiares que facilitan la formación per-

manente y deben considerarse al elaborar el programa correspondiente.

El artículo comienza refiriendo los elementos que el sacerdote recién ordenado debe adquirir en la vida cotidiana. Se da la prioridad a la fidelidad al encuentro con el Señor. Podemos pensar en la oración personal silenciosa y prolongada, que durante la etapa inicial se consideró central y en la celebración asidua de los sacramentos, de los cuales es ministro y destinatario, especialmente la Eucaristía y la Reconciliación. Por otro lado, se habla del acompañamiento espiritual, que se extiende a toda la vida sacerdotal. Este acompañamiento, que es continuo, ayudará al sacerdote joven a crecer en las virtudes propias del pastor, a caminar hacia la santidad y a lograr un equilibrio entre las distintas dimensiones de su personalidad en el ejercicio ministerial. También se pide disponibilidad para abrirse con humildad al consejo que los sacerdotes con mayor experiencia pueden ofrecerle, manifestando así un sincero deseo de crecer y una confianza en aquellos hermanos del presbiterio que por su dilatada trayectoria pueden constituir un ejemplo para él.

Es responsabilidad del Obispo «evitar que los nuevos ordenados sean colocados en situaciones excesivamente gravosas o delicadas, así como también se deberían evitar destinos en los cuales lleven a cabo su ministerio lejos de sus hermanos. Es más, sería conveniente, en la medida de las posibilidades, favorecer alguna oportuna forma de vida en común»²⁹. Se procure un acompañamiento personal a los sacerdotes jóvenes, promoviendo y apoyando sus cualidades para que así puedan abrazar con entusiasmo los primeros desafíos pastorales. De esta tarea deberá sentirse responsable el párroco, u otro sacerdote, con el cual el joven presbítero es enviado inicialmente.

29. *Ibid.*, n. 100.

Los sacerdotes jóvenes también han de construir relaciones fraternas con los compañeros que participan de similares circunstancias (edad, tiempo de ordenación, destino...), colaborando en tareas comunes y favoreciendo las relaciones mutuas, conscientes de que los que pertenecen a la misma generación es fácil que tengan necesidades afines. El documento indica la necesidad de disponer de sacerdotes capacitados para el acompañamiento de los recién ordenados; en ellos se destacaría tanto la vida ejemplar, de manera que puedan favorecer la «imitación» de este «modelo», como el celo pastoral, para que su vida pueda ser estimulante en cuanto a la espiritualidad sacerdotal y al ejercicio del ministerio.

El primer destino de los jóvenes sacerdotes hay que elegirlo con especial cuidado. Siguiendo las orientaciones del Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros (n. 100), se anima a que los Obispos tengan en cuenta las circunstancias en que el recién ordenado va a ejercer su ministerio. Por un lado, se pide evitar situaciones gravosas, delicadas o ale-

jadas de los otros sacerdotes. Incluso se sugiere la posibilidad de una forma de vida en común. En algunas diócesis se ha aprovechado esta primera etapa para cultivar experiencias de vida en común, que son significativas dentro del presbiterio y favorecen la renovación de la vida presbital.

Además ha de proveerse el acompañamiento personal. Pueden subrayarse dos aspectos: por un lado, es útil y conveniente animar las cualidades del nuevo sacerdote, de manera que pueda desplegarlas en el comienzo de su actividad apostólica ministerial y encontrar así un estímulo. Por otro lado, se deja entrever que, en el comienzo de su ministerio, el presbítero de reciente ordenación es acompañado por otro sacerdote responsable, bien sea el párroco, bien el encargado de esa realidad pastoral.

Si más arriba se indicó que el principal responsable de la formación permanente era el propio presbítero, se ha ido viendo cómo esta responsabilidad es compartida y no exclusiva, puesto que corresponde al Obispo y a sus colaboradores organizar y promover tal formación.

84*. Después de algunos años de experiencia pastoral, podrían emerger fácilmente nuevos desafíos, concernientes al ministerio y a la vida del presbítero:

a) **La experiencia de la propia debilidad*: la presencia de contradicciones que podrían permanecer en su personalidad y que debe afrontar necesariamente. La experiencia de la propia debilidad podrá inducir al sacerdote a una mayor humildad y confianza en la acción misericordiosa del Señor, cuya «fuerza se muestra plenamente en la debilidad» (cf. 2 Cor 12, 9), y a una comprensión benévola en la relación con los demás. El presbítero no deberá aislarse; necesitará, al contrario, el auxilio y el acompañamiento en el ámbito espiritual y/o psicológico. En cada caso, será útil intensificar la relación con el director espiritual, con el fin de extraer algunas lecciones positivas de las dificultades, aprendiendo a buscar la verdad en la propia vida y a comprenderla mejor a la luz del Evangelio.

b) **El riesgo de sentirse funcionarios de lo sagrado*: el transcurso del tiempo puede generar en el sacerdote la sensación de sentirse como un empleado de la comunidad o un funcionario de lo sagrado³⁰, sin corazón

30. Cf. *Pastores dabó vobis*, n. 72: AAS 84 (1992), 783-787.

84. La formación permanente durante la edad intermedia y sus dificultades. Concluidos los años iniciales, se impone también una formación específica ante los desafíos que se harán presentes. El texto hace un elenco interesante de dificultades que se consideran frecuentes en la vida sacerdotal y se suelen hacer más agudas durante la edad intermedia.

84a. En primer lugar se menciona la experiencia de la propia debilidad. A medida que se afrontan desafíos pastorales y se ejerce el ministerio, el sacerdote toma conciencia de la disimilitud entre el ideal sacerdotal al que aspira y su realidad. Tal diferencia, que se debió haber trabajado desde la formación inicial, justifica la necesidad de la formación permanente. Estas contradicciones, afrontadas

debidamente, no representan solo un problema, sino también una oportunidad para crecer en humildad y confianza en el Señor y en sus mediaciones. Además, la conciencia de la propia debilidad ayuda a desarrollar una actitud misericordiosa hacia los demás. Tal proceso de relectura y orientación de las dificultades ha de vivirse con la ayuda del acompañamiento personal, tanto en el ámbito espiritual como en el terapéutico, cuando este sea necesario. Subyace la convicción de que si las dificultades de la personalidad son afrontadas con claridad, es posible integrarlas en un sentido positivo.

84b. Se aborda aquí una sensación frecuente entre los sacerdotes que puede afectar gravemente a su ministerio. Se trata del sentimiento de ser un mero funcionario. En ocasiones

de pastor. En cuanto se observe esta situación, será importante que el presbítero sienta la cercanía de sus hermanos y se haga accesible a ellos. Como ha recordado el Papa Francisco, de hecho, «no se necesitan [...] sacerdotes funcionarios que, mientras cumplen su función, buscan lejos de Él la propia consolación. Solo el que tiene fija la mirada sobre aquello que es verdaderamente esencial puede renovar su propio sí al don recibido y, en las diversas etapas de la vida, no dejar de donarse; solo quien se deja conformar con el Buen Pastor encuentra unidad, paz y fuerza en la obediencia del servicio...»³¹.

c) **El reto de la cultura contemporánea*: la inserción adecuada del ministerio presbiteral en la cultura actual, con las diversas problemáticas que comporta, exigen apertura y actualización de parte de los sacerdotes³² y, sobre todo, un sólido anclaje de las cuatro dimensiones de la formación: humana, espiritual, intelectual y pastoral.

31. Francisco, *Carta a los participantes en la Asamblea General Extraordinaria de la Conferencia Episcopal Italiana* (8 de noviembre de 2014): *L'Osservatore Romano* 258 (12 de noviembre de 2014), 7; Cf. *Presbyterorum ordinis*, n. 14: AAS 58 (1966), 1013-1014.

32. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 78: AAS 84 (1992), 795-796.

es el sacerdote que se experimenta solo, llevando una carga pastoral. A veces es el vicario o el colaborador de otro sacerdote, que no se siente tenido en cuenta. Puede ser el sacerdote que comienza a tener problemas de salud, y no se siente comprendido. En estas situaciones hay una tendencia a separar vida y ministerio. Pero el ministerio que desempeña el presbítero no es extrínseco a su ser, sino expresión de su configuración total con Cristo. El ministro prolonga el ser y la misión del Señor, haciéndolo presente ante el pueblo encomendado. Considerar que su labor apostólica puede ser independiente de su propia vida sacerdotal lleva necesariamente al presbítero hacia el fracaso ministerial. La importancia del corazón pastoral, es decir, del hombre interior, debe impregnar todo el ministerio como configuración vital.

84c. Una tercera dificultad a la hora de ejercitar el ministerio proviene de la cultura actual, a veces refractaria a los valores evangélicos, y hasta contraria. Siguiendo el Concilio, la *Ratio* insiste en formar con una finalidad pastoral, que evangelice esta cultura. Como no es fácil ejercer el ministerio en estas circunstancias, el presbítero necesitará ayuda para vivirlo con serenidad y gozo, amén de una gran capacidad para aceptar y aprovechar situaciones adversas. Por otro lado, el mundo con sus cambios plantea al sacerdote un permanente reto de actualización. Se precisa, pues, revisar periódicamente las distintas dimensiones de la formación, de modo que se puedan afrontar los continuos desafíos. Quien está en permanente formación integral goza de mayor estabilidad y se capacita para gestionar las diversas situaciones con creatividad

d) **La atracción del poder y de la riqueza*: el apego a una posición, la obsesiva preocupación por crearse espacios exclusivos para sí mismo, la aspiración a «hacer carrera», la aparición de un ansia de poder o de un deseo de riqueza, con la consecuente falta de disponibilidad a la voluntad de Dios, a las necesidades del pueblo confiado y al mandato del Obispo. En tales situaciones será oportuna la corrección fraterna, o la reprensión, u otra vía sugerida por la solicitud pastoral, siempre y cuando tales conductas no configuren un delito que exija la aplicación de penas.

e) **El desafío del celibato*: vivir el celibato por el Reino, en medio de nuevos estímulos, las tensiones de la vida pastoral, en vez de favorecer el crecimiento y la maduración de la persona, pueden provocar una regresión afectiva, que induce, bajo la influencia de una tendencia socialmente difundida, a dar espacio indebido a las propias necesidades y a buscar compensaciones, impidiendo el ejercicio de la paternidad sacerdotal y de la caridad pastoral.

y entrega. Además, tal revisión evidencia que el ministerio no es estático, sino radicalmente dinámico, y que exige la formación permanente.

84d. Cuando se descuida lo verdaderamente central en el ministerio, se corren riesgos como dar el corazón a las riquezas (Sal 61, 11), buscar el poder (Mt 20, 25) o el «carrerismo» denunciado por Benedicto XVI y el Papa Francisco (Discurso al Pontificio Colegio Español de Roma, 1 de abril de 2017). Tales actitudes desvían al sacerdote de su razón de ser y arruinan todo aquello por lo que él ha trabajado. Estas situaciones frecuentes en el ministerio presbiteral se deben prevenir desde la formación inicial y en la formación permanente. El ámbito presbiteral de acompañamiento y cercanía favorecerá la necesaria corrección para retomar el camino abandonado. En algunos casos, que son extremos, corresponderá a la autoridad competente aplicar la pena

prescrita. Con todo, antes de llegar a estos extremos, convendría tener una praxis preventiva de tales actitudes que pudieran detectarse precisamente en el ámbito de la fraternidad presbiteral. En este caso y en otros similares se podrán apreciar también las ventajas y beneficios de la fraternidad vivida entre los sacerdotes.

84e. Se afronta la dificultad para la vivencia del celibato en la sociedad permisiva. El texto pone atención a la regresión afectiva que por diversos motivos puede llevar al presbítero a la búsqueda de compensaciones y a la aceptación de estilos de vida socialmente difundidos. El sacerdote requiere de un constante ejercicio de redescubrimiento del celibato como un don, cuyo valor es tal que Cristo mismo lo eligió para sí. Pero este redescubrimiento ha de hacerse con el acompañamiento necesario, desde la integración de todas las dimensiones del sacerdote, sabiendo que la ma-

f) **La entrega total al propio ministerio*: con el paso del tiempo, el cansancio, el natural decaimiento físico y la aparición de los primeros problemas de salud, los conflictos, las desilusiones respecto a las expectativas pastorales, el peso de la rutina, la dificultad para cambiar y otros condicionamientos socio-culturales, podrían debilitar el celo apostólico y la generosidad en la entrega al ministerio pastoral.

85*. A cualquier edad puede suceder que un sacerdote necesite asistencia a causa de alguna enfermedad. Los sacerdotes ancianos y enfermos ofrecen, a la comunidad cristiana y al presbiterio, su propio testimonio y son un signo eficaz y elocuente de una vida entregada al Señor. Es importante que continúen sintiéndose parte activa en el presbiterio y en la vida diocesana, también a través de las frecuentes visitas de los hermanos y de su solícita cercanía.

duración integral de la persona facilita la recta vivencia del celibato. Se deja claro que una vivencia ambigua del celibato es un impedimento grave para la vida y el ministerio sacerdotal.

84f. Por último, el texto alude al debilitamiento del celo apostólico por el cansancio y las dificultades en la vida y ministerio sacerdotal. El ministerio no puede medirse por los resultados obtenidos, porque estos no siempre corresponden a la entrega personal. No todos los que escucharon la predicación de Jesús se convirtieron luego en seguidores suyos. Desde esta clave es necesario afrontar los aparentes fracasos de la misión pastoral. La formación permanente debe procurar mantener viva la llama que da luz y calor al ejercicio del ministerio (n. 80), de manera tal que ni el decaimiento físico ni las desilusiones frente a las expectativas apostólicas aminoren la entrega total del presbítero. Por esto es necesario acompañar al sacerdote en la aceptación de las dificultades propias del ministerio.

85. Este párrafo se dedica de modo específico a la formación permanente de los sacerdotes enfermos y ancianos. La enfermedad constituye una situación fundamental de la vida humana, a la cual no es ajeno el presbítero. Ante esta realidad, es tarea del presbiterio hacer sentir la cercanía y solidaridad con el hermano que se ve afectado. De igual manera, el propio sacerdote enfermo o mayor, imposibilitado o limitado, se convierte, dentro de la fraternidad presbiteral, en testigo del ser sacerdotal desde su realidad concreta, indicando a los compañeros y a toda la comunidad cristiana que nunca se deja de vivir el sacerdocio, y que este no está ligado a los criterios de eficacia o de resultados evidentes. Los sacerdotes ancianos y enfermos son también un signo vivo de la fidelidad al Señor en la propia vocación para los sacerdotes más jóvenes. La situación de los sacerdotes que viven una enfermedad se transforma también en una valiosa oportunidad para vivir la fraternidad en el dolor.

86*. Las iniciativas de sostenimiento presbiteral que surgen entre sacerdotes que ejercen el ministerio en la misma zona geográfica, en un mismo ámbito pastoral, o en torno al mismo proyecto, ofrecen oportunidades válidas en este sentido.

87*. La fraternidad sacramental constituye una valiosa ayuda para la formación permanente de los sacerdotes. El camino discipular exige un continuo crecimiento en la caridad, síntesis de la «perfección sacerdotal»³³, pero esto no puede realizarse aisladamente, porque los presbíteros forman un único presbiterio, cuya unidad es constituida por «particulares vínculos de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad»³⁴.

33. *Presbyterorum ordinis*, n. 14: AAS 58 (1966), 1013.

34. *Ibid.*, n. 8: AAS 58 (1966), 1004.

86-88. Los últimos tres artículos dedicados a la formación permanente se refieren a la ayuda mutua entre los sacerdotes para vivir la larga etapa de la formación permanente. El texto da una importancia central a la fraternidad presbiteral.

86. Este breve párrafo recoge la experiencia, repetida en tantos contextos, de la ayuda espontánea entre los sacerdotes que comparten la misión, sea por la cercanía geográfica, por la encomienda recibida o por los proyectos pastorales. Los Obispos y las Conferencias episcopales deberán permanecer atentos a estas iniciativas para alentarlas y si se juzga conveniente establecerlas para un grupo de sacerdotes. Un modelo clásico de esta ayuda mutua por motivo de la misión encomendada es el equipo formativo del Seminario diocesano. La sola experiencia de formar parte de un equipo sacerdotal se debe considerar una oportunidad y un privilegio en el ejercicio del propio ministerio. Esta experiencia, que oficial

y establemente ocurre en los Seminarios, puede existir de diversos modos en otros ámbitos pastorales.

87. Fraternidad sacramental de los presbíteros como clave principal de la formación permanente. Al referir una vez más a la caridad pastoral el papel de núcleo dinamizador de la «perfección sacerdotal» y de su dimensión comunitaria, contra los peligros del individualismo y el aislamiento, que siempre acechan al sacerdote; y sin negar el papel de la responsabilidad personal en la propia formación, el texto presenta la fraternidad sacramental de los presbíteros como el principio más sólido de la formación permanente. En PO 8 la expresión «fraternidad sacramental» destaca el arraigo interior y casi ontológico de este principio comunitario y de pertenencia «familiar» de todo sacerdote (cf. RFIS, 79). Se da en virtud de la ordenación, pero también se expresa existencial y operativamente mediante «particulares vínculos de caridad apostólica de ministerio y de fraterni-

Por tanto, la «íntima fraternidad sacramental»³⁵ de los presbíteros es la primera manifestación de la caridad, y también el primer espacio en el cual ésta puede desarrollarse. Todo esto se alcanzará con la ayuda del Espíritu Santo y con un combate espiritual personal, que deberá purificar al sacerdote de toda forma de individualismo.

88*. Entre las modalidades que dan forma concreta a la fraternidad sacramental, algunas merecen ser propuestas de modo particular desde la formación inicial:

a) *Encuentro fraterno: algunos sacerdotes organizan *encuentros fraternos* para orar, acaso leyendo comunitariamente la Palabra de Dios, en alguna forma de *lectio divina*, profundizar algún tema teológico o pasto-

35. *Ibid.*: AAS 58 (1966), 1003.

dad». Se sostiene, pues, que desde dentro de cada sacerdote y por la fidelidad de Dios al don del sacramento, el Espíritu suscita la tendencia a la unidad fraterna del presbiterio; y por fuera se expresa en múltiples iniciativas de caridad práctica que conducirán a diversas formas de asociación y vinculación comunitaria.

88. Modalidades y experiencias. La *Ratio* enumera algunas modalidades y formas comunitarias para la formación permanente de los presbíteros en clave fraterna. Sin pretender ser exhaustivo, este artículo ofrece diversas propuestas, recogidas de la experiencia de los presbiterios, para poner en práctica la formación permanente en el ámbito de la fraternidad sacramental. Comienza señalando que la preparación para estas modalidades comunitarias de la fraternidad debe realizarse ya desde la formación inicial. Este sentido fraterno que sostiene la vocación debería, por tanto, convertirse en una «segunda naturaleza» a lo largo de toda la formación.

Se proponen ejemplos y valoraciones, sin ordenarlas categóricamente ni intentar agotarlas, dejando camino a la creatividad. La *Ratio nationalis* y los proyectos diocesanos de formación permanente deberán plantearse estas u otras formas de organización formativa en referencia a la realidad. Y ponerlas en práctica. Estas acciones pueden implicar a más o menos sacerdotes, pueden darse por tiempos limitados o de forma estable y permanente, pueden desarrollar más un aspecto u otro, etc. Ciertamente hay que comenzar por algo, y favorecerlo todo, haciendo discernimiento continuo de lo que sea más eficaz.

Algunas de las propuestas medianizan la formación permanente con otro sacerdote; otras lo hacen con un grupo de sacerdotes más o menos organizado dentro del presbiterio; e incluso con una comunidad sacerdotal de contornos más regulares, y estructuradas en forma institucional.

88a. El encuentro fraterno. Se subraya el hecho mismo de encontrarse, más allá del motivo o del objetivo

ral, compartir los deberes del ministerio, ayudarse o simplemente pasar el tiempo juntos. En sus diversas formas, estos encuentros constituyen la expresión más simple y difundida de la fraternidad sacerdotal. En todo caso, es muy recomendable promoverlos.

b) *Dirección espiritual y confesión: la fraternidad sacramental se transforma en una valiosa ayuda cuando toma la forma de la *dirección espiritual* y de la *confesión*, que los presbíteros buscan entre sí. La regularidad en este tipo de encuentros facilita que se mantenga viva la «tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiritual de la cual depende, sobre todo, la eficacia de su ministerio»³⁶. Particularmente en los momentos de dificultad, los presbíteros pueden encontrar en el Director espiritual un hermano, que les ayude a hacer el discernimiento sobre las causas de sus problemas y a poner en práctica los medios adecuados para afrontarlos.

36. Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la plenaria de la Congregación para el Clero* (16 de marzo de 2009): *Enseñanzas* V/1 (2009), 392.

de esta reunión. Esta es la sensación que queda después de numerosas experiencias, que vale la pena encontrarse porque los sacerdotes pertenecen a una familia. El contenido, sea espiritual, de estudio o de carácter pastoral, da a este tipo de encuentros cierto orden y sistematicidad, pero lo fundamental es encontrarse. Dentro de esta categoría se puede incluir también el encuentro a través del teléfono o de los medios electrónicos, a veces para una consulta, para compartir un material o con el solo afán de saludarse y saber del otro.

88b. La dirección espiritual y la confesión. Esta es una de las expresiones más nítidas de la ayuda fraterna entre los sacerdotes. El acto de abrir la conciencia a un hermano en el presbiterio tiene un gran valor y requiere mucha discreción y respeto.

Siendo algo que no se puede imponer, sí es posible nombrar algunos confesores y directores espirituales para el presbiterio, dejando siempre un amplio margen a la libertad y a la personalidad de cada sacerdote. Quienes han sido directores espirituales en el Seminario durante períodos largos pueden pasar naturalmente a continuar su servicio carismático en el ámbito del presbiterio. Sí que conviene en todo caso alentar y estimular la ayuda mutua en este plano tan profundo y personal de la dimensión espiritual. Habitualmente los presbíteros van pasando por etapas de mayor o menor intensidad en esta práctica. Es evidente que la ayuda de un director espiritual se hace más urgente y necesaria en momentos de dificultad. Se constata que en muchos casos de abandono del ministerio presbiteral ha faltado esta ayuda fraterna.

c) *Ejercicios espirituales: tienen una importancia fundamental para la vida del sacerdote, ya que conducen al encuentro personal con el Señor en el silencio y el recogimiento, constituyen un tiempo privilegiado de discernimiento personal y apostólico, útil para una revisión progresiva y profunda de la vida; organizados comunitariamente favorecen entre los presbíteros una participación más amplia y refuerzan la comunión fraterna.

d) *Mesa común: compartiendo las comidas, los presbíteros aprenden a conocerse, escucharse y apreciarse entre sí, gozando también de la oportunidad de un provechoso y amistoso intercambio.

88c. Los ejercicios espirituales se pueden implementar en la diócesis, a nivel de la provincia eclesiástica o a nivel nacional de formas diversas. Se debe considerar una gracia contar con sacerdotes dispuestos a guiar una experiencia espiritual y a acompañar a otro hermano, de modo individual, durante la misma. Reconociendo el valor de este servicio ofrecido por la Compañía de Jesús y otras instituciones, en tantos lugares, también es interesante que lo puedan hacer sacerdotes diocesanos, bien situados en la espiritualidad del clero diocesano. Otra modalidad son los ejercicios espirituales anuales, organizados en común a nivel diocesano o por zonas pastorales. También es conveniente contar con la posibilidad de programar tandas de ejercicios espirituales más prolongadas. En este caso surge espontáneo el gesto fraterno e institucional de sustituir a un hermano para que pueda participar. En algunas diócesis se han establecido casas de espiritualidad a las que los sacerdotes pueden acudir en busca de momentos de silencio y de encuentro con el Señor. Pueden ser casas ligadas a comunidades religio-

sas o de vida apostólica, o pertenecientes a la Iglesia particular. En otras diócesis o naciones se ha estructurado un servicio de ejercicios espirituales para momentos especiales de la vida sacerdotal: el 25 aniversario, el momento de un cambio de destino o en referencia a situaciones personales o familiares. Es muy sano que se vaya haciendo la costumbre de buscar espacios de oración en este tipo de dificultades y que en el presbiterio puedan interceder unos por otros. Sobre todo conviene formar sacerdotes diocesanos para la animación de los ejercicios espirituales.

88d. La mesa común es aparentemente un medio muy sencillo, sin embargo se comprueba que es significativo en la vida presbiteral. Esto se puede planificar de muy diversas maneras, dependiendo de la cercanía geográfica, de la modalidad del trabajo de los sacerdotes y del tipo de organización diocesana. Sitios en los que los sacerdotes comparten la mesa común a medio día entre semana, otros en los que se hace los domingos. Existen diócesis en las que se han establecido varias me-

e) *Vida común: sea por iniciativa personal, por necesidad pastoral, por costumbre o por disposiciones a nivel local, algunos presbíteros realizan una vida común³⁷. El hecho de vivir juntos se convierte en verdadera «vida común» mediante la oración comunitaria, la meditación de la Palabra de Dios y otras ocasiones para la formación permanente; además, la vida común facilita un intercambio y una confrontación en torno a los respectivos deberes pastorales. La vida común ayuda también a sostener el equilibrio afectivo y espiritual de quienes participan en ella y promueve la comunión con el Obispo. Será necesario procurar que estas formas permanezcan abiertas al presbiterio en su conjunto y a las necesidades pastorales de la diócesis.

f) *Asociaciones sacerdotales: tienden fundamentalmente a favorecer la unidad de los presbíteros entre sí, con el resto del presbiterio y con el Obispo³⁸. Los miembros de las diversas asociaciones recono-

37. Cf. CIC, can. 280; *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 38.

38. Cf. CIC, can. 278, §§ 1-2.

sas comunes a las que acuden los sacerdotes espontáneamente. Esta suele ser una experiencia positiva y bien valorada por los sacerdotes. La presencia del Obispo y de los vicarios episcopales en la mesa común con los sacerdotes abre posibilidades de cercanía pastoral.

88e. Es frecuente que los sacerdotes diocesanos no se sientan preparados ni dispuestos para hacer una experiencia de vida común. Este déficit, que a veces es mayoritario en los presbiterios, no debe ser obstáculo para que en la diócesis se establezcan comunidades sacerdotales y para que se prepare a los seminaristas específicamente para la vida común. Un ejemplo clásico es la comunidad sacerdotal del equipo formativo del Seminario que en la misma *Ratio* se le describe como una experiencia singular. Otro modelo es el de las unidades

pastorales y los párrocos *in solidum*. O el modelo más simple del párroco y los vicarios que hacen vida común. La presencia de estas comunidades de sacerdotes diocesanos tiene un valor simbólico en relación con la fraternidad sacramental que todos están llamados a vivir. Función del Obispo y de los vicarios del clero es velar para que tales experiencias resulten positivas y se vayan extendiendo gradualmente, de modo particular contando con la disponibilidad de algunos sacerdotes experimentados y de los recién ordenados.

88f. Las asociaciones sacerdotales presentan características muy diversas. Algunas son de carácter diocesano y otras rebasan los límites de las diócesis; algunas persiguen una finalidad espiritual o pastoral y otras se caracterizan por la vida común. Los documentos de la Iglesia valoran es-

cidas por la Iglesia encuentran en ellas un soporte fraterno, que los presbíteros consideran necesario en su camino hacia la santidad y en su misión³⁹. Algunos sacerdotes pertenecen también a los nuevos *movimientos eclesiales*, dentro de los cuales encuentran un clima de comunión y reciben estímulo para una continua renovación misionera; otros viven una consagración personal en los *Institutos Seculares* «que tienen como nota específica la diocesaneidad»⁴⁰, sin estar habitualmente incardinados en ellos.

39. Cf. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 106.

40. *Pastores dabo vobis*, n. 81: AAS 84 (1992), 799.

tas asociaciones expresamente por cuanto tienen un valor simbólico en el ámbito del presbiterio, tal como se ha dicho del equipo del Seminario o de los párrocos *in solidum*. Presentan la imagen de sacerdotes que se ayudan mutuamente en orden a su santificación. Algo similar ocurre con los sacerdotes que están vinculados a movimientos eclesiales o que per-

tenecen a institutos de consagración secular. Desde el gobierno de la diócesis es importante que la presencia de estas instituciones sea aprovechada para fomentar la unidad del presbiterio. Sería lamentable que un grupo sacerdotal de esta naturaleza fuese fuente de división o que mantuviera una actitud proselitista entre el clero diocesano.

V

DIMENSIONES DE LA FORMACIÓN*

a) Integración de las dimensiones formativas*

89*. De acuerdo con lo indicado en la Exhortación apostólica post-sinodal *Pastores dabo vobis*¹, son cuatro las dimensiones que interactúan simultáneamente en el *iter* formativo y en la vida de los ministros ordenados: la dimensión humana, que representa la «*base necesaria y dinámica*» de toda la vida presbiteral; la dimensión espiritual, que contribuye a configurar el ministerio sacerdotal; la dimensión intelectual, que

1. Cf. *ibid.*, nn. 43-59: AAS 84 (1992), 731-762.

Cap. V. El capítulo V de la nueva *Ratio* está dedicado a las dimensiones de la formación. El capítulo ocupa el centro en la estructura del documento. Su estilo, si nos atenemos a lo que se señala en la Introducción (n. 3) es básicamente «orientativo», sin apenas referencias de orden «normativo». El concepto «dimensiones formativas» es un rasgo central de la *Ratio* y su armónico cuidado constituye una consigna para todo el arco de la formación sacerdotal. Esta terminología se incorpora aquí por primera vez, después de haber sido introducida en algunas *Ratio* nacionales (nota: así aparece ya en las españolas de 1986 y 1996; así también en la francesa, de 1998 y en muchas otras), y haber sido utilizada pacíficamente en el Sínodo de 1990 y asumida oficialmente en la *Pastores dabo vobis*.

La elección del término «dimensiones» es altamente significativa. Con ello se subraya además de la integralidad de la formación, el dinamismo de la misma y su orientación

hacia una meta única, determinada, que se definirá como la «formación del pastor». La elección de esta terminología, pues, resalta un dinamismo en lugar de la comprensión estática, propia de los términos «aspectos» o «áreas» y a la vez denota la finalidad propia del capítulo que, como se verá, es la de la «integración y unidad de la formación».

Es de notar que no asume lo que algunas de las *Ratio* nacionales habían incorporado como dimensión, a saber, la «comunitaria» (nota: cf. la española de 1986. nn. 125-148, mantenida en la de 1996, nn. 145-169), si bien, como veremos también, considera el «clima comunitario», «la vida comunitaria del Seminario» como el «ámbito en el que concurren e interactúan las cuatro dimensiones», e incluso como «el hilo conductor que las une y armoniza» (RFIS, 90).

89-92. El capítulo comienza con un apartado sobre la «integración de las dimensiones formativas» (RFIS,

ofrece los instrumentos racionales necesarios para comprender los valores propios del ser pastor, procurar encarnarlos en la vida y transmitir el contenido de la fe de forma adecuada; la dimensión pastoral, que habilita para un servicio eclesial responsable y fructífero.

Cada una de las dimensiones formativas se ordena a la transformación del corazón, a imagen del corazón de Cristo², que enviado por el Padre para realizar su designio de amor, se conmovió ante las necesidades

2. Cf. *Optatam totius*, n. 4: AAS 58 (1966), 716; *Pastores dabo vobis*, n. 57: AAS 84 (1992), 757-759.

89-92). Tiene un carácter introductorio, que revela el sentido y la orientación fundamental de todo el capítulo, poniendo de relieve la «integración» de todas las dimensiones entre sí y a lo largo de todo el proceso o «*iter* formativo» (RFIS, 89). Esta preocupación está presente en toda la *Ratio*, se considera como uno de los «principios básicos» o «notas características de la formación», como se afirma ya en el comienzo (RFIS; Intr. 3: única, integral, comunitaria y misionera); cuando se habla del Seminario menor (RFIS, 19: idoneidad integral), de la personalidad e historia del candidato (RFIS, 28.43.46), e incluso de los estudios (RFIS, 137.140).

89. En este artículo se enumeran y califican sintéticamente las cuatro dimensiones: la *humana*, como base necesaria y dinámica; la *espiritual*, como eje central y configurador del ser ministerial; la *intelectual*, como medio para la comprensión de los valores del ser y vivir el ministerio y para transmitir los contenidos de la fe; la *pastoral*, que subrayando la finalidad de la formación habilita para la acción.

La enumeración se completa con una breve exposición sobre aquello

que da unidad a todas las dimensiones, que es la orientación de todas y cada una a un mismo y único objetivo, la «transformación del corazón» del seminarista «según el corazón de Cristo», donde resuena la fórmula profética elegida como lema de la *Pastores dabo vobis*: «Os daré pastores según mi corazón» (Jer 3, 15), que los convierta en personas dignas y capaces para cumplir su misión esencial de «comunicar la caridad de Cristo, buen Pastor» (con referencia a la misma PDV, 57).

Es notable la complacencia de los autores del texto en la descripción de la figura del pastor según sus rasgos en el Nuevo Testamento, complacencia que apunta hacia la finalidad pastoral de toda la formación, línea fundamental de la doctrina sobre la formación sacerdotal del Concilio Vaticano II.

Aquí no se dice nada más, pero a lo largo del documento se irán señalando otros peligros que ponen en riesgo la «integración». Así el peligro de privilegiar el aspecto doctrinal, como se ha solido hacer y se sigue haciendo en muchos planes formativos, como se refleja en los nombres de las etapas formativas como etapa o

humanas (cf. Mt 9, 35-36), salió a buscar a la oveja perdida (cf. Mt 18, 12-14), hasta el extremo de ofrecer su misma vida por ellas (cf. Jn 10, 11), y no vino para ser servido, sino para servir (cf. Mt 20, 24-28). Como sugiere el Concilio Vaticano II³, todo el proceso educativo de preparación al sacerdocio ministerial, en efecto, tiene como finalidad disponer a los seminaristas «para comunicar la caridad de Cristo, buen Pastor»⁴.

90*. El seminarista será llamado, por medio del sacramento del Orden, a reunir en la unidad y a presidir el Pueblo de Dios, como guía que favorece y promueve la colaboración de todos los fieles. La formación

3. Cf. *Optatam totius* nn. 4 y 19: AAS 58 (1966), 716 y 725-726.

4. *Pastores dabo vobis*, n. 57: AAS 84 (1992), 757-758.

sección de «Filosofía» o «estudios filosóficos», o de Teología o «estudios teológicos», por lo cual aquí se ha optado por cambiar los nombres: etapa discipular, configuradora, de síntesis vocacional (cf. RFIS; Intr. 3; 57-58). La *Ratio* propone una evaluación que tenga en cuenta no solo los estudios ni la edad, sino el progreso en una maduración integral; y advierte expresamente: «el cumplimiento de las obligaciones relativas a los estudios no puede ser el único criterio para determinar la duración del *iter* formativo... desde el momento en que el estudio... representa solo un aspecto... de la formación integral con vistas al presbiterado» (RFIS, 118).

Se consideran también amenazas para la formación integral: la falta de unidad entre los formadores, por lo que se los exhorta a que se consideren y funcionen como «una «verdadera comunidad formativa» (RFIS, Intr. 3; 132.139); la falta de un proyecto de formación integral (RFIS, 10); las nunca totalmente eliminadas luchas o contraposiciones entre formadores y profesores (cf. RFIS, 140-142) y la

situación aún más peligrosa de que el Obispo desacredite las directrices o actuaciones del equipo formativo (RFIS, 128-129).

Se advierte también de otros peligros posibles y frecuentes hoy, como el de los «espiritualismos», privilegiando prácticas, devociones, manifestaciones exhibicionistas (cf. RFIS, 68), o lo que se denomina «pastoralitis», el poner el acento en la multiplicidad y variedad de actividades o experiencias pastorales, en ocasiones inadecuadas a la edad o a la madurez vocacional de los seminaristas, y que, por lo mismo, puedan ir en «detrimento de las otras actividades formativas» (RFIS, 124).

90-91. Entre la enumeración de las diversas dimensiones formativas y la exposición del concepto de «integración» se han insertado dos artículos dedicados, respectivamente, al carácter comunitario y misionero de la formación sacerdotal. Se trata de dos coordenadas importantes, que propiamente no corresponden a las dimensiones porque están pre-

para el sacerdocio, por tanto, debe desarrollarse dentro de un clima comunitario, que favorezca las actitudes propias para la vida y el ministerio presbiteral⁵.

La vida comunitaria en el Seminario constituye el contexto más adecuado para la formación de una verdadera fraternidad presbiteral y representa el ámbito en el cual concurren e interactúan las mencionadas dimensiones, armonizándose e integrándose mutuamente. En cuanto a la formación comunitaria, con vistas a un mejor conocimiento de cada seminarista, se debe poner atención a algunos instrumentos formativos, por ejemplo: la comunicación sincera y abierta, el compartir, la revisión de vida, la corrección fraterna y la programación comunitaria.

El *humus* de la vocación al ministerio presbiteral es la comunidad, en cuanto que el seminarista proviene de ella, para ser, después de la ordenación, enviado a servirla. El seminarista, primero, y el presbítero, después, tienen necesidad de un vínculo vital con la comunidad. Ella se presenta como un hilo conductor que armoniza y une las cuatro dimensiones formativas.

5. *Ibid.*, n. 65: AAS 84 (1992), 770: «la Iglesia como tal es el sujeto comunitario que tiene la gracia y la responsabilidad de acompañar a cuantos el Señor llama a ser sus ministros en el sacerdocio».

sententes en todos los aspectos de la formación. En apretada síntesis, al inicio del artículo 91, se expone la idea que justifica estos dos rasgos fundamentales desde un argumento eclesiológico de cuño conciliar. La comunidad cristiana es reunida (comunidad y clima comunitario de la formación) para ser enviada (misión y sentido misionero de toda la formación). Comunidad y misión son dos fuerzas que se equilibran, dando como resultado la singularidad cristiana. Este modo de entender la Iglesia tiene consecuencias formativas importantes: la intimidad que caracteriza al presbítero y por ende al Seminario (íntima fraternidad presbiteral) es misionera, es decir abierta a los destinatarios de la misión y nunca cerrada en sí

misma; la misión (encomienda pastoral) se realiza siempre en un clima colegiado, es una misión compartida, nunca se puede comprender como una potestad individual.

90. Este artículo se dedica al clima comunitario que la *Ratio* considera el ámbito adecuado para la formación presbiteral. La importancia de realizar la formación en dicho ámbito deriva de la misma misión del pastor, que será enviado a reunir a una comunidad promoviendo la colaboración de todos los fieles, cuya vocación se ha originado en una comunidad y se orienta al cuidado de otra comunidad (tal explicación se ofrece en el capítulo III, sobre los fundamentos de la formación, RFIS, 30-34.40-41.50-52).

91*. La comunidad cristiana es congregada por el Espíritu para ser enviada a la misión; por ello el anhelo misionero y su puesta en práctica concreta pertenecen al ser del entero Pueblo de Dios⁶, que debe ponerse constantemente «en salida»⁷, desde el momento en que «la alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera»⁸. Tal impulso misionero caracteriza, de un modo todavía más especial, a los que son llamados al ministerio presbiteral, como fin y horizonte de toda su formación. La misión se revela como otro hilo conductor (cf. Mc 3, 13-14), que une las dimensiones ya mencionadas, las anima y vivifica, y permite al sacerdote, formado humana, espiritual, intelectual y pastoralmente, vivir el propio ministerio en plenitud, en cuanto que «está llamado a tener espíritu misionero, es

6. Cf. *Evangelii gaudium*, nn. 119-121: AAS 105 (2013), 1069-1071.

7. *Ibid.*, n. 20: AAS 105 (2013), 1028.

8. *Ibid.*, n. 21: AAS 105 (2013), 1028.

De la adecuada conducción de la comunidad del Seminario, caracterizada por la comunicación abierta, la corrección fraterna y la programación comunitaria, se esperan frutos muy importantes: una preparación para la fraternidad presbiteral y el clima adecuado para armonizar las dimensiones formativas. Se da, pues, la mayor importancia a la comunidad, designándola como el «*humus*» de la vocación al ministerio presbiteral. El texto alude indirectamente a los Seminarios que tienen pocas vocaciones, que por ello han perdido la capacidad de constituir una comunidad formativa. Leyendo atentamente este artículo es notorio que no se ha incluido una «dimensión comunitaria» porque la comunidad formativa no es solo una dimensión, sino el clima y el ambiente fundamental de la formación. Evidentemente no basta con el número para que podamos hablar de comunidad educativa; es fundamental que el cli-

ma comunitario sea tal que efectivamente ayude a la formación.

91. Si en el artículo anterior se enfocaba el clima comunitario, ahora se afirma el carácter misionero de toda la formación. El texto hace eco de la enseñanza del Papa Francisco sobre la «Iglesia en salida» y la «alegría misionera». Si la comunidad es el clima en el que se armonizan las dimensiones formativas, la misión es su hilo conductor, «fin y horizonte de toda la formación presbiteral». Un horizonte que coloca a la comunidad formativa, como a toda la Iglesia, «en salida», no encerrada en sí misma, no como «nido» o «seno protector», en el que cada uno solo buscase afecto recíproco, satisfacción y felicidad, o un refugio para mantener sus propias tendencias ideológicas, territoriales o grupales o saboreando acaso sus propios conflictos. Este equilibrio armónico y dinámico entre comunión y

decir, un espíritu verdaderamente ‘católico’, que partiendo de Cristo se dirige a todos para que ‘se salven y lleguen al conocimiento de la verdad’ (1 Tm 2, 4-6)»⁹.

92*. El concepto de formación integral reviste la máxima importancia, en cuanto que es la misma persona en su totalidad, con todo lo que es y con todo lo que posee, quien se pone al servicio del Señor y de la comunidad cristiana. El llamado es un «sujeto integral», o sea, un individuo previamente elegido para alcanzar una solidez interior, sin divisiones ni dicotomías. Para conseguir este objetivo es necesario adoptar un modelo pedagógico integral: un camino que permita a la comunidad educativa colaborar con la acción del Espíritu Santo, garantizando el justo equilibrio entre las diversas dimensiones de la formación.

Conviene, por tanto, vigilar para que no se transmitan en el *iter* formativo visiones reductivas o erróneas del presbiterado. Los formadores permanezcan atentos para discernir si, en aquellos que les han sido confiados, existe una mera adhesión, exterior y formal, a las exigencias educativas a ellos dirigidas. Un comportamiento de este género no contribuiría a su crecimiento integral, al contrario, les acostumbraría, más o menos inconscientemente, a una obediencia puramente «servil e interesada».

9. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 16.

misión será una característica esencial de la formación y del mismo ministerio presbiteral.

92. En este artículo se describe el concepto y el alcance de la «integración». En él se ofrece el fundamento antropológico: el seminarista es un «sujeto integral», destinado todo él al ministerio, «sin divisiones ni dicotomías». Afirmar que se trata de un sujeto integral significa que las dimensiones no son un esquema teórico que se impone desde fuera, sino que obedecen a la misma naturaleza del discípulo y misionero que se prepara para ser pastor. Por esta razón se exige un «modelo pedagógico in-

tegral», que garantice el «equilibrio» entre las dimensiones. Exigir tal equilibrio constituye un bien para la persona porque la forma en su totalidad y, contrariamente, facilitar o consentir los desequilibrios redundaría en un mal para el seminarista y, después, para el sacerdote. Se señalan riesgos peligrosísimos y nada teóricos o infrecuentes, el de «ofrecer o privilegiar visiones reductivas del ministerio presbiteral», el de que la adhesión al ministerio sea tan solo «formal, externa», con una observancia u «obediencia servil e interesada», el de que exista un crecimiento acentuado de unas u otras de las dimensiones en detrimento de las otras.

b) *La dimensión humana**

93*. La llamada divina interpela y compromete al ser humano «concreto». Es necesario que la formación al sacerdocio ofrezca los medios adecuados para facilitar su maduración, con vistas a un auténtico ejercicio del ministerio presbiteral. Para este fin, el seminarista está llamado a desarrollar la propia personalidad, teniendo como modelo y fuente a Cristo, el hombre perfecto.

La amplia reflexión del Nuevo Testamento sobre los criterios de idoneidad de los ministros ordenados¹⁰ muestra con cuanta atención, ya desde los orígenes, se cuidaban los aspectos propios de la dimensión humana. Los Padres de la Iglesia han elaborado y practicado la cura o «terapia» del hombre de fe llamado al servicio apostólico, porque estaban convencidos de la profunda necesidad de maduración que hay en cada

10. Por ejemplo, cf. Mt 28, 20; 1 Pe 5, 1-4; Tit 1, 5-9.

93-99. Se dedican a la formación humana siete artículos densos, los cuales representan una apretada síntesis que integra las motivaciones espirituales con aspectos psicológicos y sociológicos de gran importancia. Conviene señalar que esta sección es una novedad respecto a la *Ratio* de 1970-1985. Algunos de estos contenidos aparecían en el contexto de la vida espiritual. La distribución de la temática del capítulo es coherente con el equilibrio que se ha anunciado en los primeros artículos.

93. El primer postulado pone ante los ojos del lector al ser humano concreto, histórico, que ejercerá el ministerio sacerdotal, haciendo ver que tiene unas características peculiares e irrepetibles. Esta perspectiva pone en el centro la importancia de la maduración de la persona, que compromete la autenticidad del ejercicio ministerial. Son todas ellas afirmaciones contundentes, que evidentemente

te excluyen otro tipo de formación en la que se dan por supuestos los aspectos humanos. La motivación es bien clara: se trata de caminar hacia una perfección humana semejante a la de Cristo.

El segundo párrafo hace un recorrido desde el Nuevo Testamento, pasando por los Padres de la Iglesia y hasta Santo Tomás de Aquino para justificar la importancia de la formación humana. Concluye enumerando una serie de características que hacen evidente que una personalidad madura hace del sacerdote un verdadero evangelizador y también que, por el contrario, una personalidad inmadura se convierte en un grave obstáculo a la misión sacerdotal. Apenas comienza el texto a describir las dimensiones formativas y ya plantea una notable exigencia. Queda absolutamente claro que es necesario un cuidado específico y sistemático de la dimensión humana si se quieren conseguir esos frutos.

hombre¹¹. Una recta y armónica espiritualidad exige una humanidad bien estructurada; como recuerda Santo Tomás de Aquino, «la gracia presupone la naturaleza»¹² y no la sustituye, sino que la perfecciona¹³. Es, por tanto, necesario cultivar la humildad, la valentía, el sentido práctico, la magnanimidad de corazón, la rectitud en el juicio y la discreción, la tolerancia y la transparencia, el amor a la verdad y la honestidad.

94*. La formación humana, fundamento de toda la formación sacerdotal¹⁴, promoviendo el desarrollo integral de la persona, permite forjar la totalidad de las dimensiones. Desde el punto de vista físico, se interesa por aspectos como la salud, la alimentación, la actividad física y el descanso. En el campo psicológico se ocupa de la constitución de una personalidad estable, caracterizada por el equilibrio afectivo, el dominio de sí y una sexualidad bien integrada. En el ámbito moral exige que el individuo adquiera progresivamente una conciencia formada, o sea, que llegue a ser una persona responsable, capaz de tomar decisiones justas, dotada de juicio recto y de una percepción objetiva de las personas y de los acontecimientos. Esta percepción deberá llevar al seminarista a una equilibrada autoestima, que lo conduzca a la toma de conciencia

11. Por ejemplo, se puede recordar Gregorio Nacianceno, *Oratio II*: PG 35, 27.

12. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 2, a. 2 ad. 1.

13. Cf. *ibid.*, I, q. 1, a. 8 ad. 2.

14. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 43: AAS 84 (1992), 731-732.

94. Se vuelve a describir el modo de la integración de la dimensión humana en el conjunto, ahora citando *Pastores dabo vobis*: esta dimensión es fundamento de toda la formación. Relacionando la dimensión humana con las demás dimensiones se afirma la sinergia de la formación integral. A continuación el texto desarrolla algunos contenidos específicos de la formación humana.

El primero es el aspecto físico. Resulta significativo que se dedique un espacio a este tema, signo de la sintonía del documento con la actual sensibilidad por el cuidado y la salvaguarda de la salud. Enuncia brevemente puntos que se convertirán en

objetivos pedagógicos del proyecto formativo del Seminario y también de la formación permanente. Un sacerdote debe atender su salud con una alimentación equilibrada, una actividad física adecuada y un descanso suficiente. El cuidado responsable de la salud exige una nueva interpretación y vivencia de la ascesis. Basta con pensar, por ejemplo, en la disciplina que exige la desconexión de los aparatos electrónicos y la salvaguarda del descanso en la cultura invadida continuamente por internet.

El artículo continúa con los aspectos psicológicos, trazando una meta clara en este punto: construir una personalidad estable. Meta que inclu-

de sus propias cualidades, de modo que aprenda a ponerlas al servicio del Pueblo de Dios. En la formación humana conviene cuidar el ámbito estético, ofreciendo una instrucción que promueva el conocimiento de las diversas manifestaciones artísticas, educando el «sentido de la belleza»; y en el ámbito social, ayudando al sujeto a mejorar su capacidad relacional, de modo que pueda contribuir a la edificación de la comunidad en que vive.

Para que tal acción educativa sea fecunda, es importante que cada seminarista tome conciencia y comunique a sus formadores su propia historia, el modo como ha vivido la propia infancia y adolescencia, la influencia que ejercen sobre él la familia y las figuras parentales, la mayor o menor capacidad de establecer relaciones interpersonales maduras y equilibradas, así como el manejo sano de los momentos de soledad. Estas informaciones son relevantes para escoger los instrumentos pedagógicos oportunos, para la evaluación del camino recorrido y para una mejor comprensión de eventuales momentos de regresión o de dificultad.

95*. Un signo del desarrollo armónico de la personalidad de los seminaristas es la suficiente madurez para relacionarse con hombres y mujeres, de diversa edad y condición social. Es conveniente considerar la relación entre el seminarista y las mujeres, tal como es presentada en los documentos del Magisterio, en los cuales se lee que «afecta al

ye necesariamente tres aspectos: el equilibrio afectivo, el dominio de sí y una sexualidad bien integrada. El texto señala indirectamente algunas de las dificultades frecuentes en la vida sacerdotal, que denotan una carencia formativa bastante generalizada en el área de los afectos.

La atención se desplaza ahora a los aspectos morales. Se trata de formar una conciencia moral equilibrada, que permita al seminarista asumir con responsabilidad su proceso formativo y, en el futuro, el ministerio pastoral. Tal condición implica aspectos tan importantes como la rectitud de juicio y la percepción objetiva de las personas y los acontecimientos.

Después de enumerar estos diversos contenidos de la formación humana el texto introduce el concepto de «autoestima» del sacerdote que le permite dedicarse con verdadera entrega a su ministerio. Por último, hace una llamada de atención sobre la educación del sentido estético, colofón y expresión de la belleza interior de una personalidad siempre en vías de maduración y desarrollo.

95. Como un elemento importante en la formación humana, la *Ratio* reflexiona sobre la relación del sacerdote con la mujer. Así, en el párrafo tercero del documento se recuerda que es «conveniente y esencial para

seminarista no solo en la esfera de su vida personal, sino también en la perspectiva de su futura actividad pastoral»¹⁵.

El primer ámbito en que cada persona aprende a conocer y apreciar el mundo femenino es naturalmente la familia. En ella, la presencia de la mujer acompaña todo el proceso formativo y, desde la infancia, constituye un aporte positivo a su desarrollo integral. También contribuyen mucho para este fin las diversas mujeres que, con su testimonio de vida, ofrecen un ejemplo de oración y de servicio en la pastoral, de espíritu de sacrificio y abnegación, de atención y tierna cercanía al prójimo. Una reflexión análoga se puede hacer respecto a la presencia testimonial de la vida consagrada femenina.

El conocimiento y la familiaridad con la realidad femenina, tan presente en las parroquias y en muchos contextos eclesiales, resulta conveniente y esencial para la formación humana y espiritual del seminarista y se comprende siempre en sentido positivo, como ha recordado Juan Pablo II: «deseo pues [...] que se reflexione con mucha atención sobre el tema del 'genio de la mujer', no sólo para reconocer los caracteres que en el mismo hay de un preciso proyecto de Dios que ha de ser acogido y respetado, sino también para darle un mayor espacio en el conjunto de la vida social así como en la eclesial»¹⁶.

15. *Orientaciones educativas para la formación al celibato sacerdotal*, n. 60.

16. Juan Pablo II, *Carta a las mujeres* (29 de junio de 1995), n. 10: *Enseñanzas* XVIII/1 (1995), 1879; cf. *Orientaciones educativas para la formación al celibato sacerdotal*, n. 59.

la formación humana y espiritual del seminarista el conocimiento y la familiaridad con la realidad femenina». En este sentido, se apunta a la influencia que tiene el «genio de la mujer» en la conformación de la personalidad del ser humano varón, y en el desarrollo de la vida personal del presbítero. Asimismo, se ponen de relieve tres áreas fundamentales que tienen que ver con la pastoral: la futura actividad pastoral con ellas, la madurez para relacionarse tanto con hombres como con mujeres, la realidad de la presencia predominante de las mujeres en la vida eclesial.

Como ámbitos de realización concreta se recuerda la presencia de la mujer en la propia familia del seminarista. Y se apela al testimonio de vida que ofrecen numerosas mujeres, y en concreto las consagradas, en el campo de la oración, el servicio pastoral, el sacrificio, la abnegación, la atención y ternura hacia las personas. Este tratamiento deberá ser profundizado y ampliado por lo que se añade en el capítulo VI, que trata sobre los agentes de la formación, donde se reconoce el «valor de la presencia de la mujer en el proceso de la formación», y precisamente en

96*. El seminarista llega a ser capaz de autodeterminarse y de vivir con responsabilidad incluso a través de la toma de conciencia de la propia debilidad, siempre presente en su personalidad. Los formadores, los confesores, los directores espirituales y los mismos seminaristas deben ser conscientes de que los momentos de crisis, si se comprenden y se atienden adecuadamente, con disponibilidad para aprender de la vida, pueden y deben convertirse en ocasión de conversión y de renovación, induciendo a la persona a interrogarse críticamente sobre el camino recorrido, su condición actual, sus propias opciones y su futuro.

orden «al reconocimiento de la complementariedad entre varón y mujer» (RFIS, 151), aunque haya que advertir que aquí se la incluye «entre los especialistas en la enseñanza, en el apostolado, en la familia o en el servicio a la comunidad». Habría que preguntarse si solo en esos ámbitos y si sería oportuno que en las *Ratio* nacionales se contemplara la posibilidad de que pudieran formar parte del «equipo formador» o al menos de la «comunidad formativa», incluso en el ámbito de la formación espiritual, dado que todo lo que se considera constituyente del «genio de la mujer» tiene mucho que ver con la función «del pastor» tal como se define a lo largo del documento (cf. RFIS, 35.37.39.40.41), y subrayaba ya *Pastores dabó vobis* hablando de la caridad pastoral y su rasgo «esponsal», «con una ternura que incluso asume matices del cariño materno» (PDV, 22). Cabe destacar la importancia de la presencia femenina durante las etapas previas, por ejemplo, en el Seminario menor, y durante las primeras etapas de la formación inicial. En los Seminarios hay experiencias muy positivas al respecto.

96. En este artículo se aborda un punto de capital importancia: el de la gestión de las debilidades y las crisis durante la formación. Se trata de realidades que se deben afrontar con naturalidad, puesto que —subraya el texto— están siempre presentes en la personalidad. El texto menciona particularmente a los directores espirituales y a los formadores que tienen la responsabilidad de atender cuidadosamente a cada seminarista, pues de un buen tratamiento de tales dificultades surge sin duda la oportunidad de un crecimiento y la ocasión para la conversión del corazón. Afir-mar con total claridad la existencia de debilidades y crisis obliga a mirar también hacia la formación permanente. El objetivo final será formar a un presbítero capaz de «interrogarse críticamente sobre el camino recorrido, su condición actual, sus propias opciones y su futuro». El modo de afrontar estas cuestiones en el documento recuerda casi automáticamente la doctrina paulina sobre la debilidad que, abrazada, se transforma en fortaleza. Se trata de aprender a gestionar la propia personalidad en su sentido integral.

97*. La formación humana constituye un elemento necesario para la evangelización, desde el momento en que el anuncio del Evangelio pasa a través de la persona y la mediación de su humanidad. «Seréis mis testigos [...] hasta los confines de la tierra» (Hch 1, 8); la realidad actual nos obliga a reflexionar sobre estas palabras de Jesús de un modo nuevo, porque «los confines de la tierra» se han ampliado, a través de los *mass media* y las redes sociales. Se trata de «una nueva 'ágora', una plaza pública y abierta en la que las personas comparten ideas, informaciones, opiniones, y donde, además, nacen nuevas relaciones y formas de comunidad»¹⁷, una plaza de la que los futuros pastores no pueden permanecer excluidos, ni durante su *iter* formativo, ni en su futuro ministerio.

En este aspecto, la utilización de los medios de comunicación y la aproximación al mundo digital son una parte integrante del desarrollo de la personalidad del seminarista, porque «el sacerdote podrá dar a conocer la vida de la Iglesia mediante estos modernos medios de comunicación, y ayudar a las personas de hoy a descubrir el rostro de Cristo. Para ello, ha de unir el uso oportuno y competente de tales medios –adquirido también en el período de formación– con una sólida preparación teológica y una honda espiritualidad sacerdotal, alimentada por un constante diálogo con el Señor»¹⁸.

17. Benedicto XVI, *Mensaje para la XLVII Jornada de las Comunicaciones Sociales* (12 de mayo de 2013): AAS 105 (2013), 181.

18. Id., *Mensaje para la XLIV Jornada de las Comunicaciones Sociales* (16 de mayo de 2010): AAS 102 (2010), 115-116.

97-99. La *Ratio* no solo incluye como objetivo formativo aprender a hacer un recto uso de los medios de comunicación. Considera asimismo que una introducción positiva y propositiva al uso de los *mass media* y de las redes sociales es una parte necesaria del desarrollo de la personalidad del seminarista en el tiempo presente. Con ello se sitúa en la óptica y en la sensibilidad de las nuevas generaciones que se pretende formar, nacidas ya en una sociedad marcada por la realidad digital. No basta con que candidato al sacerdocio haga un uso recto de estos medios en el senti-

do moral; es necesario que tenga una percepción positiva y llegue a utilizarlos en función de su maduración personal, de la evangelización y como parte del envío misionero hasta los confines de la tierra. Se propone así todo un tratamiento pedagógico del tema que debe ser incluido en el proyecto formativo del Seminario y también en la formación permanente del clero. Consecuentemente, las redes sociales deberán formar parte de la vida cotidiana del Seminario, medios para el diálogo y la comunicación, armónicamente integrados en la comunidad educativa.

98. La Iglesia, en virtud del mandato recibido de Cristo, mira con confianza las posibilidades ofrecidas por la realidad digital para la evangelización¹⁹; se trata de nuevos «lugares», en los cuales tantas personas se mueven cotidianamente, «periferias digitales» en las que no puede faltar la propuesta de una auténtica cultura del encuentro, en el nombre de Jesús, para edificar un solo Pueblo de Dios: «los medios de comunicación pueden ayudar a que nos sintamos más cercanos los unos de los otros, a que percibamos un renovado sentido de unidad de la familia humana que nos impulse a la solidaridad y al compromiso serio por una vida más digna para todos. Comunicar bien nos ayuda a conocernos mejor entre nosotros, a estar más unidos»²⁰.

99. En la mayor parte de los casos, quienes inician el camino en el Seminario están ya naturalmente acostumbrados y, en cierto modo, inmersos en la realidad digital y en sus instrumentos. Es necesario observar la debida prudencia respecto a los inevitables riesgos que la familiaridad con el mundo digital comporta, incluidas diversas formas de dependencia, que podrán ser afrontadas con un adecuado apoyo espiritual y psicológico. Es conveniente que los seminaristas crezcan en este contexto, teniendo en cuenta que el Seminario es una escuela de humanidad y de fe, para hacer madurar la conformación con Cristo, que se hace próximo a todos los hombres, incluso a los más lejanos: «que la imagen del buen samaritano, que venda las heridas del hombre apaleado, vertiendo sobre ellas aceite y vino, nos sirva como guía. Que nuestra comunicación sea aceite perfumado para el dolor y vino bueno para la alegría. Que nuestra luminosidad no provenga de trucos o efectos especiales, sino de acercarnos, con amor y con ternura»²¹.

100. Particularmente, las redes sociales deben formar parte de la vida cotidiana de la comunidad del Seminario, a través de un uso vigilante, sereno y positivo. Es conveniente que estas redes se conciban como lugares de nuevas posibilidades para las relaciones interpersonales, el encuentro con los demás, el diálogo con el prójimo y el testimonio de fe, todo ello en una perspectiva de crecimiento educativo, que considere todos los ámbitos de relación en los cuales la vida se desenvuelve.

19. Francisco, *Mensaje para la XLVIII Jornada de las Comunicaciones Sociales* (1 de junio de 2014): AAS 106 (2014), 115: «Abrir las puertas de las iglesias significa abrirlas asimismo en el mundo digital, tanto para que la gente entre, en cualquier condición de vida en la que se encuentre, como para que el Evangelio pueda cruzar el umbral del templo y salir al encuentro de todos».

20. *Ibid.*: AAS 106 (2014), 113.

21. *Ibid.*: AAS 106 (2014), 116.

c) *La dimensión espiritual**

101*. La formación espiritual se orienta a alimentar y sostener la comunión con Dios y con los hermanos, en la amistad con Jesús Buen Pastor y en una actitud de docilidad al Espíritu²². Esta íntima relación forma el corazón del seminarista hacia el amor generoso y oblativo que representa el inicio de la caridad pastoral.

102*. El centro de la formación espiritual es la unión personal con Cristo, que nace y se alimenta, de modo particular, en la oración silenciosa y prolongada²³. Mediante la oración, la escucha de la Palabra, la participación asidua en los sacramentos, en la liturgia y en la vida co-

22. Cf. *Presbyterorum ordinis*, n. 12: AAS 58 (1966), 1009-1011.

23. Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2709-2719.

101-115. Tras una introducción que define la formación espiritual, los números restantes (102-115) se centran en señalar las manifestaciones, medios o prácticas habituales en los Seminarios, en los que se manifiesta y cultiva la relación de «intimidad y comunión con Cristo en el Espíritu», signos a la vez de la autenticidad de la vocación y que disponen al seminarista a la vida y ejercicio del ministerio presbiteral. Puede ser útil una clarificación más explícita de lo que se entiende como «vida espiritual» (como hace PDV, 45), asumiendo la reflexión teológica y espiritual, y una síntesis de lo que se ha dicho en todo el capítulo III, dedicado a los Fundamentos de la formación, sobre la especificidad de la espiritualidad presbiteral a partir de la identidad del presbítero (RFIS, 30-34) y de la «configuración con Cristo Cabeza, Pastor, Siervo y Esposo» (cf. RFIS, 35-40), con el especial acento en la «caridad pastoral» (como PDV, 23). En todo caso, está claro que el concepto de espiritualidad que subyace no se puede reducir

a prácticas espirituales, sino que remite a un núcleo esencial, que toca lo profundo del hombre interior e implica interpretar y vivir toda la vida desde los criterios evangélicos.

101. La formación espiritual se define, siguiendo el decreto conciliar, como orientada a alimentar y sostener la comunión con Dios y con los hermanos, en la amistad con Jesús, Buen Pastor y en docilidad al Espíritu (PO, 152). Nótese que se incluye desde el principio la dimensión vertical y horizontal de la espiritualidad. Se entiende que así se «forma el corazón del seminarista hacia el amor generoso y oblativo que representa el inicio de la caridad pastoral». Formar espiritualmente es así formar el corazón, el núcleo de la personalidad.

102. Se recogen y señalan los medios fundamentales para cultivar «la unión personal con Cristo», calificada de nuevo como el «centro de la formación espiritual»: la oración personal, la escucha de la Palabra, los sacra-

munitaria, el seminarista fortalece su propio vínculo de unión con Dios, según el ejemplo de Cristo, quien tuvo como programa de vida hacer la voluntad de su Padre (cf. Jn 4, 34). Durante el proceso formativo, el año litúrgico ofrece la pedagogía *mistagógica* de la Iglesia, facilitando el aprendizaje de la espiritualidad, a través de la interiorización de los textos bíblicos y de la oración litúrgica²⁴.

103*. Conviene recordar que «la ignorancia de la Escritura es ignorancia de Cristo»²⁵. Por tanto, en el proceso de maduración espiritual, la relación con la Palabra de Dios tiene un puesto eminente²⁶, la cual antes de transformarse en predicación, debe ser acogida en lo profundo del

24. «Todo el año litúrgico sea, por otra parte, no solamente por la celebración litúrgica, sino por la vivencia misma, un camino espiritual hacia la comunión con el misterio de Cristo»: Sacra Congregación para la Educación Católica, *Instrucción sobre la formación litúrgica en los Seminarios* (3 de junio de 1979), n. 32: *Enchiridion Vaticanum* 6 (2001), 1590.

25. Jerónimo, *Commentarii in Isaiam*, Prologus: CCL 73, 1.

26. Benedicto XVI, Exhortación apostólica post-sinodal *Verbum Domini* (30 de septiembre de 2010), n. 82: AAS 102 (2010), 753: «Los aspirantes al sacerdocio ministerial están llamados a una profunda relación personal con la Palabra de Dios, especialmente en la *lectio divina*, porque de dicha relación se alimenta la propia vocación: con la luz y la fuerza de la Palabra de Dios, la propia vocación puede descubrirse, entenderse, amarse, seguirse, así como cumplir la propia misión, guardando en el corazón el designio de Dios, de modo que la fe, como respuesta a la Palabra, se convierta en el nuevo criterio de juicio y apreciación de los hombres y las cosas, de los acontecimientos y los problemas».

mentos, la liturgia, la vida comunitaria y el año litúrgico, considerado en su valor *mistagógico*. El texto da un lugar preponderante a la «oración silenciosa y prolongada», mediante la cual se propicia la configuración con Cristo. Además, usa el término «interiorizar» para referirse al contenido espiritual de los textos bíblicos y litúrgicos. Con estos dos subrayados da un puesto central a la meditación de la Palabra en la vida sacerdotal.

103. Subraya el «puesto eminente» de la Escritura para la maduración espiritual, para el conocimiento de Cristo, la conformación del corazón del discípulo y del pastor y en orden al ministerio de la Palabra. Se advierte sobre la reciprocidad entre el estu-

dio sistemático de la Biblia en el curso teológico y la oración personal. Como método práctico se sugiere el de la *lectio divina*, sin precisar si individual o comunitaria, ni su periodicidad. Se termina con una nueva insistencia en la «meditación cotidiana y profunda, con fidelidad y diligencia» para el conocimiento integral del Antiguo y del Nuevo Testamento, que apunta hacia la formación permanente.

El texto se refiere a la Sagrada Escritura como referencia fundamental tanto en la vida discipular como en el ministerio presbiteral. Con ello se recomienda que el proyecto formativo de los Seminarios incluya una enseñanza gradual y sistemática del silencio, de los métodos de meditación, de la contemplación del misterio de

corazón²⁷, «principalmente en el contexto de la ‘nueva evangelización’, a la que hoy la Iglesia está llamada»²⁸. La Palabra de Dios es la referencia continua de la vida discipular y de la configuración espiritual con Cristo Buen Pastor. Los seminaristas necesitan ser introducidos gradualmente en el conocimiento de la Palabra de Dios, mediante el método de la *lectio divina*²⁹. Una meditación cotidiana y profunda³⁰, practicada con fidelidad y diligencia, en la cual confluya también una fecunda reciprocidad entre estudio y oración, podrá garantizarles una aproximación integral³¹ al Antiguo y al Nuevo Testamento.

104*. En virtud de la necesaria conformación con Cristo «los candidatos a la ordenación, deben, sobre todo, formarse en una fe muy viva en la Eucaristía»³², en previsión de lo que vivirán después de la ordenación presbiteral. La participación en la celebración eucarística cotidiana, que encuentra su continuidad natural en la adoración eucarística³³, impregna la vida del seminarista, de tal modo que crezca una constante unión con el Señor³⁴.

27. Cf. Orígenes, *Homilia in Lucam*, XXXII, 2: PG 13, 1884.

28. *Pastores dabo vobis*, n. 47: AAS 84 (1992), 741.

29. Cf. *ibid.*, n. 47: AAS 84 (1992), 740-742. *Verbum Domini*, nn.86-87: AAS 102 (2010), 757-760.

30. Cf. Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Divina Revelación *Dei Verbum* (18 de noviembre de 1965), n. 21: AAS 58 (1966), 828.

31. Cf. *Verbum Domini*, n. 82: AAS 102 (2010), 753-754.

32. Juan Pablo II, *Angelus* (1 de julio de 1990), n. 2: *Enseñanzas XIII/2* (1990), 7; cf. C.I.C., can. 246, § 1.

33. Cf. *Sacramentum caritatis*, nn. 66-67: AAS 99 (2007), 155-156; Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 98, 9: CCL 39, 1385.

34. *Pastores dabo vobis*, n. 48: AAS 84 (1992), 743: «han de ser educados para considerar la celebración eucarística como el momento esencial de su jornada, en el que participarán activamente, sin contentarse nunca con una asistencia meramente habitual».

Cristo y del modo de orar propio del presbítero para que efectivamente se pueda conseguir la configuración espiritual con el Señor. Esto implica también una disciplina por medio de la cual se enseñe a los seminaristas a dar un lugar prioritario a la oración silenciosa y a mantenerse fieles a ella a lo largo de la vida sacerdotal.

104. Este artículo se centra en la eucaristía. Señala que el «formarse en una fe muy viva en ella» es algo

fundamental para la conformación con Cristo y la futura presidencia de la misma. Aquí se insiste en la participación diaria, activa y no rutinaria en la celebración, así como «su continuidad natural en la adoración» como factor esencial para el crecimiento en la unión con el Señor. Además de ser una expresión de la fe de los seminaristas, la educación para la participación eucarística debe hacerse siempre con vistas al futuro ministerio.

105*. En la vida de oración de un presbítero no debe faltar la Liturgia de las Horas, que representa una verdadera y propia «escuela de oración», también para los seminaristas³⁵, quienes, acercándose gradualmente a la oración de la Iglesia, mediante el Oficio Divino, aprenden a gustar su riqueza y su belleza³⁶.

106*. La celebración regular y frecuente del sacramento de la Penitencia, preparado a través del cotidiano examen de conciencia, se convierte en ocasión para reconocer, con humildad, las propias fragilidades y pecados y, sobre todo, para comprender y experimentar la alegría de sentirse amado y perdonado por el Señor; además, «de aquí provienen el significado de la ascesis y de la disciplina interior, el espíritu de sacrificio y de renuncia, la aceptación de la fatiga y de la cruz»³⁷.

107*. La dirección espiritual es un instrumento privilegiado para el crecimiento integral de la persona. El Director espiritual ha de ser elegido con plena libertad por los seminaristas de entre los sacerdotes designa-

35. Cf. *Instrucción sobre la formación litúrgica en los Seminarios*, nn. 28-31: *Enchiridion Vaticanum* 6 (2001), 1583-1588; CIC, can. 276, § 2, n. 3.

36. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 26: AAS 84 (1992), 697-700; cf. también *Instrucción sobre la formación litúrgica en los Seminarios*, n. 31: *Enchiridion Vaticanum* 6 (2001), 1587-1588.

37. *Pastores dabo vobis*, n. 48: AAS 84 (1992), 744.

105. Trata de la Liturgia de las Horas. Se presupone su obligatoriedad para los presbíteros y se sugiere un «acercamiento gradual» a ella por parte de los seminaristas, para que aprendan a gustar su riqueza y belleza. Tal gradualidad se refiere sin duda a una incorporación adecuada en y a las distintas etapas formativas, como se señaló al presentar la etapa propédeutica (RFIS, 59). No se ha incluido explícitamente cuando se habla de los Seminarios menores (RFIS, 16-23).

106. Este artículo se ocupa del «sacramento de la penitencia» en la formación. Se presupone su «celebración regular y frecuente», aunque no se precisa la periodicidad. Tampoco se indica si se trata de la individual o de la comunitaria, aunque el

tono parece sugerir la individual. Se resaltan sus valores formativos: reconocer, supuesto el examen de conciencia diario, las propias fragilidades y pecados, experimentar la alegría de saberse amados y perdonados. La denominación de «penitencia», en lugar de la de «reconciliación», como lo designa PDV 48, orienta hacia una consideración de «ascesis, disciplina interior, sacrificio, renuncia, fatiga y cruz» (citando el mismo número 48 de PDV). La alegría de saberse amado y perdonado se había señalado anteriormente en el documento como factor fundamental para la «integración personal» (cf. RFIS, 28).

107. Ahora se trata el tema de la dirección espiritual. Se señala su importancia como «el instrumento privi-

dos por el Obispo³⁸. Esta libertad es auténtica solo cuando el seminarista se abre con sinceridad, confianza y docilidad. El encuentro con el Director espiritual no debe ser ocasional, sino sistemático y regular; la calidad del acompañamiento espiritual, en efecto, es importante para la eficacia de todo el proceso formativo.

Los seminaristas tengan a su disposición confesores ordinarios y también otros confesores, que vayan regularmente al Seminario; más aún, siempre deberán tener la posibilidad de dirigirse libremente a cualquier confesor, sea dentro o fuera del Seminario³⁹. Es deseable que, para una formación integral, el Director espiritual pueda ser también el confesor habitual.

38. Cf. CIC, can. 239, § 2.

39. Cf. *ibid.*, can. 240, § 1.

legiado para el crecimiento integral» y para «la eficacia de todo el proceso formativo». Con ello se sintetiza y acentúa lo que se dice a lo largo del documento, y referido a todas las etapas (RFIS, 65.71.74. 83), incluida la formación permanente, sobre el «acompañamiento personal», obra de todo el equipo formativo pero muy especialmente del director espiritual (cf. RFIS, 44-49.136). Al indicar que la dirección espiritual se orienta al crecimiento integral se está excluyendo una práctica que pretenda aislar los aspectos espirituales. Al contrario, todo acompañamiento, y particularmente la dirección espiritual, debe abrazar todos los aspectos de la personalidad del seminarista.

El resto del número refleja una amplia experiencia formativa que se traduce en normas precisas: la elección del director espiritual debe ser libre para cada seminarista entre los designados por el Obispo (CIC, 239 §2), pero se acota esta libertad exigiendo del seminarista sinceridad, confianza y docilidad (cf. las actitu-

des correspondientes por parte del director en RFIS, 47). Se advierte que el encuentro con el director espiritual no debe ser ocasional, atajando la práctica de dejar la frecuencia y la duración de las entrevistas a la voluntad del seminarista; al contrario, se trata de encuentros sistemáticos y regulares. Este es un criterio importante para organizar la formación. Se pretende ofrecer un acompañamiento de calidad que facilite la eficacia de la formación. En otro lugar se determina la función del «director espiritual oficial» del Seminario, que se define como «coordinador de la dimensión espiritual» de la formación, de la que supone que es responsable integral todo el equipo formador, y de los otros posibles «directores designados por el Obispo» (cf. RFIS, 136).

En el último párrafo se regula también el aspecto de la celebración del sacramento de la penitencia, para el que se usa aquí el término «confesión»: que haya otros confesores ordinarios que se hagan presentes regularmente en el Seminario; que

108*. Los ejercicios espirituales anuales⁴⁰, tiempo de profunda revisión en el encuentro prolongado y orante con el Señor, vividos en un clima de recogimiento y de silencio, deben tener continuidad, durante el curso del año, en los retiros periódicos y en la oración cotidiana. De esta forma, por la acción del Espíritu, se manifestará y se consolidará gradualmente en el corazón del seminarista el deseo de gastar, con generosidad, la propia vida en el ejercicio de la caridad pastoral.

109*. Emprendiendo el seguimiento del Maestro, con fe y libertad de corazón, el seminarista aprende, del ejemplo de Cristo, a donar la «propia voluntad por medio de la obediencia en el servicio a Dios y a los hermanos»⁴¹. La obediencia une a la sabiduría de Dios, que edifica la Iglesia e indica a cada uno un puesto y una misión. Por tanto, corresponde a los formadores educar a los seminaristas en una verdadera y madura obediencia, ejerciendo la autoridad con prudencia y animándolos así a dar asentimiento, también interior, con serenidad y sinceridad.

40. Cf. *ibid.*, can. 246, § 5.

41. *Presbyterorum ordinis*, n. 15: AAS 58 (1966), 1014.

puedan los seminaristas confesarse con quien quieran; que es oportuno y provechoso que el confesor habitual sea el propio director espiritual.

No se indica aquí la conveniencia de que el director espiritual resida en el Seminario, aunque se presupone puesto que al hablar de los agentes se le considera como parte del equipo formador y de este se afirma que debe residir en el Seminario y dedicarse a tiempo completo (cf. RFIS, 49. 132.133.136).

108. Como medios y ayudas que gradualmente manifiesten y consoliden el deseo de gastarse y desgastar la propia vida «en el ejercicio de la caridad pastoral», se enumeran en particular los ejercicios espirituales anuales (no se determina el método, si ignaciano o de otro tipo), los retiros que han de ser periódicos (pero tam-

poco se fija la periodicidad, si mensual, si en consonancia con los tiempos litúrgicos, u otras), y la oración, que se supone referida a la individual, y que aquí se califica expresamente como «cotidiana». Se está dejando la puerta abierta para concretar estos detalles en el proyecto formativo de cada Seminario.

109. Se define la obediencia como un aspecto del seguimiento de Cristo y de sus ejemplos, que en fe y libertad pone su voluntad al servicio de Dios y de los hermanos. El presbítero, a través de la obediencia, se confía a la sabiduría de Dios en su proyecto de edificar la Iglesia mediante la colaboración de todos y cada uno ordenadamente, es decir, según los diferentes dones, funciones y misiones.

El modo de ejercer la autoridad por parte de los formadores es el medio

110*. El consejo evangélico de la castidad desarrolla la madurez de la persona, haciéndola capaz de vivir la realidad del propio cuerpo y de la propia afectividad desde la lógica del don. Esta virtud «determina todas las relaciones humanas y lleva a experimentar y manifestar [...] un amor sincero, humano, fraterno, personal y capaz de sacrificios, siguiendo el ejemplo de Cristo, con todos y con cada uno»⁴².

Como signo de esta entrega total a Dios y al prójimo, la Iglesia Latina considera especialmente conveniente para el sacerdocio la continencia perfecta en el celibato por el Reino de los Cielos⁴³. Arraigados en Cristo Esposo y totalmente consagrados al servicio del Pueblo de Dios en el celibato, los presbíteros «se unen más fácilmente [a Cristo] con un corazón no dividido, [...] se dedican más libremente al servicio de Dios y de los hombres [...] y así se hacen más aptos para aceptar en Cristo una pater-

42. *Pastores dabo vobis*, n. 50: AAS 84 (1992), 746.

43. Cf. *Presbyterorum ordinis*, n. 16: AAS 58 (1966), 1015-1017; CIC, can. 247, § 1.

pedagógico más adecuado para educar en una obediencia verdadera y madura, para una adhesión serena y sincera a sus indicaciones, sugerencias o mandatos, y por lo mismo, a los de la Iglesia en el ejercicio futuro del ministerio presbiteral corresponsable y colegial. Con ello se marca una exigencia al equipo formativo en torno al uso adecuado de la autoridad.

110. Este artículo trata de la castidad y el celibato. Comienza interpretando la castidad desde la clave de los consejos evangélicos, común a todos los creyentes. Después, subraya positivamente el sentido y función de la castidad en la maduración de toda persona: regula la gestión de la vida afectiva y de la sexualidad, representada en el cuerpo, «desde la lógica del don». Finalmente, pone en evidencia que la vivencia de la castidad se traduce en relaciones interpersonales de calidad guiadas por un amor au-

ténticamente humano, fraterno, personal y sacrificado con todos y cada uno. Esta perspectiva antropológica y teológico-espiritual se enriquece y completa en otros lugares de la *Ratio*, que habrá que tener en cuenta para clarificar y centrar el proceso formativo para el celibato sacerdotal que tenga siempre en cuenta la integración positiva y dinámica de la afectividad y la sexualidad y no exclusivamente en el control de los impulsos (cf. RFIS, 21.41.52.62.63.68-69).

El resto del número explica la castidad celibataria, propia del ministerio presbiteral en la Iglesia de rito latino. Se resalta su valor de «signo de entrega total a Dios y al prójimo». Se reafirma la especial conveniencia o sintonía de la continencia perfecta en el celibato por el reino de los cielos» argumentando una larga convergencia de motivos: el arraigo en el Cristo Esposo, del que el ministerio presbiteral es signo sacramental y que tra-

nidad más amplia»⁴⁴. Aquellos que se preparan al sacerdocio reconozcan y acepten el celibato como un especial don de Dios. En una correcta educación de la afectividad, entendida como un camino para la plenitud del amor, «la castidad celibataria no es tanto un tributo que se paga al Señor, cuanto sobre todo un don recibido de su misericordia. La persona que entra en este estado de vida debe ser consciente que no se asume solo una carga, sino que se recibe, sobre todo, una gracia liberadora»⁴⁵.

Para que la opción por el celibato sea verdaderamente libre es necesario que los seminaristas puedan comprender, a la luz de la fe, la fuerza

44. *Presbyterorum ordinis*, n. 16: AAS 58 (1966), 1015-1016.

45. *Orientaciones educativas para la formación al celibato sacerdotal*, n. 16; n. 58: «Los seminaristas sean guiados para descubrir la teología de la castidad, señalando las relaciones que se dan entre la práctica de esta virtud y todas las grandes verdades del cristianismo. Muéstrese la fecundidad apostólica de la virginidad consagrada, haciendo notar que toda experiencia de bien o de mal va a modificar en sentido positivo o negativo nuestro ser, nuestra personalidad y, consiguientemente, también nuestra acción apostólica».

duce de otra forma los términos más habituales del documento como configuración o conformación con el Cristo Cabeza, Siervo y Pastor; la «consagración» plena al servicio del pueblo de Dios; la mayor aptitud para realizar existencialmente una «paternidad más amplia», en la línea del decreto *Presbyterorum Ordinis* (PO, 16).

El documento acentúa el carácter de don o carisma de la castidad en el celibato, entendiéndola como gracia liberadora que se recibe, reconoce y agradece. Además considera positivamente el carisma propio de la vida célibe, corrigiendo así la opinión habitual de que es una imposición de la Iglesia o una condición para recibir el ministerio, y que se asume como una carga. Esta visión errónea fue desautorizada por la *Pastores dabo vobis* (PDV, 29). Se indica a continuación la conveniencia de que la opción por el celibato se complemente pedagógicamente a través de un conocimiento real y profundo de la castidad matri-

monial y la consecuente valoración de las demás formas de vida.

Se advierte de la gravedad de admitir a la ordenación a quienes no hayan madurado una «afectividad serena y libre, fiel en la castidad celibataria», y no fruto de un mero «esfuerzo de la voluntad». El proceso y condiciones de esta maduración se han indicado al hablar de la dimensión humana (RFIS, 94-95) y en el capítulo II al describir la identidad y configuración con Cristo Pastor (cf. RFIS, 30-33.35.39). Un proceso serio orientado a la maduración afectiva debe formar parte del proyecto formativo.

El extenso número concluye con una oportuna referencia a que se tengan en cuenta las «normas y costumbres de las Iglesias orientales» en los casos, cada vez más frecuentes, de seminaristas de esas Iglesias que se forman en Seminarios de la Iglesia latina y que pueden haber optado por el matrimonio antes de la ordenación presbital.

evangélica de este don⁴⁶ y, al mismo tiempo, estimar rectamente los valores del estado matrimonial: «Matrimonio y celibato son dos estados de vida auténticamente cristiana. Ambos son modos relación específica de la vocación cristiana»⁴⁷.

Sería gravemente imprudente admitir al sacramento del Orden a un seminarista que no hubiese madurado una afectividad serena y libre, fiel en la castidad celibataria, a través del ejercicio de las virtudes humanas y sacerdotales, entendida como apertura a la acción de la gracia y no sólo como esfuerzo de la voluntad.

En el caso de la admisión de seminaristas de las Iglesias orientales católicas en los Seminarios latinos, en lo que se refiere a su formación para el celibato o para el matrimonio se observen las normas y costumbres de las respectivas Iglesias orientales⁴⁸.

111*. Los seminaristas cultiven el espíritu de pobreza⁴⁹. Sean formados en la imitación del corazón de Cristo que, «siendo rico, se ha hecho pobre» (2 Cor 8, 9) para enriquecernos. Procuren adquirir la verdadera

46. *Pastores dabo vobis*, n. 29: AAS 84 (1992), 704: «Es particularmente importante que el sacerdote comprenda la motivación teológica de la ley eclesiástica sobre el celibato. En cuanto ley, ella expresa la voluntad de la Iglesia, antes aún que la voluntad que el sujeto manifiesta con su disponibilidad. Pero esta voluntad de la Iglesia encuentra su motivación última en la «relación que el celibato tiene con la ordenación sagrada», que configura al sacerdote con Jesucristo, Cabeza y Esposo de la Iglesia. La Iglesia, como Esposa de Jesucristo, desea ser amada por el sacerdote de modo total y exclusivo como Jesucristo, Cabeza y Esposo, la ha amado. Por eso el celibato sacerdotal es un don de sí mismo en y con Cristo a su Iglesia y expresa el servicio del sacerdote a la Iglesia en y con el Señor».

47. *Orientaciones educativas para la formación al celibato sacerdotal*, n. 6.

48. Cf. CCEO, cán. 343 y 373-375.

49. Cf. *Presbyterorum ordinis*, n. 17: AAS 58 (1966), 1017-1018; cf. también *Evangelii gaudium*, n. 198: AAS 105 (2013), 1103; Francisco, *Discurso a los seminaristas, a los novicios y a las novicias provenientes de varias partes del mundo con ocasión del Año de la Fe* (6 de julio de 2013): *Enseñanzas* I/2 (2013), 9.

111. Este artículo aborda larga y razonadamente el cultivo y la formación en y para el espíritu de pobreza, e incluye una exhortación a practicarla. Se aducen como motivos: la imitación del corazón de Cristo, que se hizo pobre para enriquecer a todos (2 Cor 8, 9); la libertad y docilidad de los hijos de Dios para vivir una «justa relación con los bienes terrenos; asumir el estilo de vida de los apóstoles de no llevar nada para el camino (cf.

Mc 6, 8-9); la solicitud y solidaridad con los pobres y débiles».

Como concreciones, se pide a los seminaristas una generosa y voluntaria renuncia a lo superfluo; una vida sencilla y austera, de modo que puedan convertirse en promotores de verdadera justicia social. Se incluye en esta concreción y en nota que remite a *Pastores dabo vobis*, «la disponibilidad para ser enviados allí donde sean más necesarios».

libertad y docilidad de los hijos de Dios, alcanzando el dominio espiritual que se requiere para conseguir una justa relación con el mundo y con los bienes terrenos⁵⁰; asuman de tal manera el estilo de los Apóstoles, enviados por Cristo a confiar en la Providencia, «sin llevar nada para el viaje» (cf. Mc 6, 8-9). Lleven en el corazón, especialmente a los más pobres y débiles y, una vez habituados a una generosa y voluntaria renuncia a cuanto no es necesario, den testimonio de pobreza, a través de la simplicidad y la austeridad de vida⁵¹, para que lleguen a ser sinceros y creíbles promotores de una verdadera justicia social⁵².

112*. Los seminaristas sean invitados a cultivar una auténtica y filial devoción a la Virgen María⁵³, sea a través de su memoria en la liturgia como en la piedad popular, concretamente con el rezo del Rosario e del *Angelus Domini*, considerando el hecho de que «cada aspecto de la formación sacerdotal puede referirse a María como la persona humana que mejor que nadie, ha correspondido a la vocación de Dios; que se ha hecho sierva y discípula de la Palabra, hasta concebir en su corazón y en su carne al Verbo hecho hombre para darlo a la humanidad»⁵⁴.

50. *Pastores dabo vobis*, n. 30: AAS 84 (1992), 706: «Sólo la pobreza asegura al sacerdote su disponibilidad a ser enviado allí donde su trabajo sea más útil y urgente, aunque comporte sacrificio personal».

51. Cf. Ambrosio, *De officiis ministrorum*, II, 28: PL 16, 139-142.

52. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 30: AAS 84 (1992), 705-707.

53. Cf. CIC, can. 246, § 3.

54. *Pastores dabo vobis*, n. 82: AAS 84 (1992), 802.

112. Como parte de la formación espiritual se contempla también «el cultivo de una auténtica y filial devoción a la Virgen María». Esta devoción se fundamenta en la condición de María de ser el mejor modelo de persona que ha correspondido a la voluntad de Dios y que se ha hecho sierva y discípula de la Palabra, para entregarla a la humanidad. Como medios y manifestaciones se señalan en concreto: la celebración de su memoria en el año litúrgico, la sintonía con la piedad popular, y su expresión en el rezo del Rosario y del *Angelus*, sin concretar su frecuencia.

Se recoge también una advertencia a «no olvidar» la devoción a los santos, y especialmente a San José, por su unión con María y Jesús y el ejemplo de su humilde y maduro modo de servir a María y a la misión salvífica de Jesús.

No debería olvidarse en este contexto en las *Ratio* nacionales el estímulo a conocer y venerar a los sacerdotes de las respectivas diócesis que hayan sido modelos de ministerio pastoral y más en concreto a los mártires de las propias Iglesias diocesanas a las que están llamados a servir los futuros presbíteros.

No se olvide, además, la importancia de una sincera devoción a los Santos, entre los cuales San José, el esposo de María y patrono de la Iglesia Universal, «llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús, mediante el ejercicio de su paternidad»⁵⁵. Se proponga y dé a conocer esta devoción a los seminaristas, para que tengan «siempre presente ante sus ojos su humilde y maduro modo de servir, así como de ‘participar’ en la economía de la salvación»⁵⁶.

113*. Como componente de la dimensión espiritual⁵⁷, deberán incluirse el conocimiento y la meditación de los Padres de la Iglesia, testigos de la vida milenaria del Pueblo de Dios. En los Padres, «el sentido de la novedad de la vida cristiana se unía a la certeza de la fe. De esta unión surgía en las comunidades cristianas de aquel tiempo una ‘vitalidad explosiva’, un fervor misionero, un clima de amor que inspiraba a las almas al heroísmo de la vida cotidiana»⁵⁸.

114*. Se promuevan y encuentren espacio tanto las prácticas devocionales como algunas expresiones ligadas a la religiosidad o piedad popular, sobre todo en las formas aprobadas por el Magisterio⁵⁹; mediante

55. Juan pablo II, Exhortación apostólica *Redemptoris custos* (15 agosto 1989), n. 8: AAS 82 (1990), 14.

56. *Ibid.*, n. 1: AAS 82 (1990), 6.

57. Cf. *Optatam totius*, n. 16: AAS 58 (1966), 723-724; Congregación para la Educación Católica, *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal* (10 de noviembre de 1989), n. 45.

58. *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal*, n. 44.

59. Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio sobre la religiosidad popular y litúrgica. Principios y orientaciones*. (17 de diciembre de 2001), nn. 61-64.

113. El documento señala brevemente la importancia de la veneración de los Padres de la Iglesia y del conocimiento de su doctrina, como fuente de espiritualidad, resaltando su testimonio de la vida milenaria de la Iglesia, su profundización en la vida y en la fe de la Iglesia, y la «vitalidad explosiva» que infundieron en sus tiempos a la misión eclesial y al heroísmo de la vida de los cristianos.

114. El texto hace un llamamiento especial a que las prácticas devocionales de la piedad popular sean

conocidas y practicadas también en el Seminario, «sobre todo en las formas aprobadas por el Magisterio» como fuente también de una legítima y auténtica «espiritualidad popular», que en el futuro tendrán que discernir, orientar y acoger como parte de la labor apostólica. Cada Conferencia Episcopal podría subrayar algunas prácticas espirituales y rasgos de la religiosidad popular propios de la nación y de su cultura religiosa que conviene hacer presentes en los Seminarios. Algo similar corresponde a cada diócesis.

ellas los futuros presbíteros adquieran familiaridad con la «espiritualidad popular», que deberán discernir, orientar y acoger, como expresión de la caridad y para una mayor eficacia pastoral⁶⁰.

115*. Para los que son llamados al sacerdocio y al ministerio pastoral, es importante cuidar el progresivo desarrollo de algunas virtudes específicas⁶¹: «la fidelidad, la coherencia, la sabiduría, la acogida de todos, la afabilidad, la firmeza doctrinal en las cosas esenciales, la libertad sobre los puntos de vista subjetivos, el desprendimiento personal, la paciencia, el gusto por el esfuerzo diario, la confianza en la acción escondida de la gracia, que se manifiesta en los sencillos y en los pobres»⁶²; además, para llegar a ser verdaderamente un Pastor según el Corazón de Jesús, el sacerdote, «consciente de la misericordia inmerecida de Dios en la propia vida y en la vida de sus hermanos, ha de cultivar las virtudes de la humildad y la misericordia para con todo el pueblo de Dios, especialmente respecto de las personas que se sienten extrañas a la Iglesia»⁶³.

d) *La dimensión intelectual**

116*. La formación intelectual busca que los seminaristas obtengan una sólida competencia en los ámbitos filosófico y teológico y una preparación cultural de carácter general, que les permita anunciar el mensaje

60. Cf. Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), n. 48: AAS 68 (1976), 37-38; *Evangelii gaudium*, nn. 122-126: AAS 105 (2013), 1071-1073.

61. Cf. CIC, cán. 244-245, § 1.

62. *Pastores dabo vobis*, n. 26: AAS 84 (1992), 700.

63. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n. 46.

115. En el último número dedicado a la dimensión espiritual, se recoge, como síntesis, una serie de virtudes humanas y espirituales tomadas del Código de Derecho Canónico (c. 244-245) y de *Pastores dabo vobis* (n. 26), «para llegar a ser un pastor según el corazón de Jesús», en la humildad y la misericordia para con todo el pueblo de Dios y en especial para con los extraños a la Iglesia (Directorio, 46).

116-118. La *Ratio* dedica un capítulo a la «organización de los estudios» (RFIS, 153-187). Por tanto, en

estos tres artículos sobre la «dimensión intelectual» no se aborda este aspecto, sino que se subraya, ante todo, la relación orgánica que existe entre esta dimensión de la formación y las demás. Al comienzo del capítulo dedicado a la integración de las dimensiones de la formación se ha dicho que estas interactúan (RFIS, 89). Es esta interacción la que tratan de precisar y comentar estos tres números.

116. En primer lugar, se precisa cuál es la finalidad de la formación intelectual, mencionando dos habilita-

evangélico de modo creíble y comprensible al hombre de hoy, entrar eficazmente en diálogo con el mundo contemporáneo y sostener, con la luz de la razón, la verdad de la fe, mostrando su belleza.

Con dedicación diligente, los candidatos al presbiterado deberán prepararse, a través de la profundización en las ciencias filosóficas y teológicas, con una buena introducción al derecho canónico y a las ciencias sociales e históricas, a «*dar razón de la esperanza*» (cf. 1 Pe 3, 15), para favorecer el conocimiento de la Revelación de Dios y conducir a todas las gentes a la obediencia de la fe (cf. Rm 16, 26).

La razón, abierta al misterio de Dios y orientada hacia Él, permite una acogida sólida de la Revelación, favorece la profundización de sus contenidos y ofrece los instrumentos y el lenguaje para anunciarla al mundo. Como ha afirmado el Concilio Vaticano II, el conocimiento filosófico y teológico ayuda a «auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, los diferentes lenguajes de nuestro tiempo y juzgarlos a la luz de la palabra divina, para que la Verdad revelada pueda ser percibida más completamente, comprendida mejor y expresada más adecuadamente»⁶⁴.

64. *Gaudium et spes*, n. 44: AAS 58 (1966), 1065.

des que deberán adquirir los seminaristas. La finalidad es doble: «anunciar el mensaje evangélico de modo creíble» y «entrar eficazmente en diálogo con el mundo contemporáneo». Para alcanzar estos objetivos, la formación intelectual deberá promover dos habilidades en los seminaristas: por un lado, un conocimiento suficiente de la filosofía y la teología; y, por otro, la conveniente preparación cultural. El segundo párrafo reitera esta finalidad y se centra en la disposición que han de tener los seminaristas: «una dedicación diligente». El tercero, en fin, subraya la primacía de los estudios filosóficos y teológicos, que propician un diálogo entre la fe y la razón.

Los tres párrafos de este número pueden leerse en sentido inverso, colocando en primer lugar el fundamento

de la dimensión intelectual. Este fundamento no es otro que la naturaleza propia de la Revelación, en la cual Dios se nos da a conocer tal como es, abriendo así un camino para que podamos acceder a él (DV, 2). Manifestación de Dios (teología) y búsqueda del hombre (filosofía) son el fundamento del diálogo entre la Revelación y la razón sobre la que se asienta la formación intelectual. Esta formación, sin embargo, no se llevará a cabo si los seminaristas no descubren su importancia y se deciden a dedicarse diligentemente a ella durante el periodo de la formación inicial. Por eso, motivar a los seminaristas para que afronten los estudios eclesiológicos con esta actitud es una tarea clave en el proceso de formación. Un estímulo importante para alimentar este

117*. La formación intelectual es parte de la formación integral del presbítero; está al servicio del ministerio pastoral e incide también en la formación humana y espiritual, en la que encuentra un alimento provechoso. Esto significa que el desarrollo de todas las facultades y dimensiones de la persona, incluida la racional, con el vasto campo de conocimientos adquiridos, contribuye al desarrollo del presbítero, siervo y testigo de la Palabra en la Iglesia y en el mundo. Lejos de ser relegada al ámbito de los conocimientos o de ser entendida solo como instrumento para recibir más informaciones sobre las distintas disciplinas, la dimensión intelectual acompaña a los presbíteros para que se dispongan a una escucha profunda de la Palabra, y también de la comunidad eclesial, para aprender a escrutar los signos de los tiempos.

estudio lo encontrarán en la meta que pretenden alcanzar, la cual no es otra que capacitarlos para la tarea pastoral (anunciar el mensaje) y para la misión (diálogo con el mundo).

117. Establecido el marco en que se sitúa la formación intelectual, la *Ratio* pasa a describir su función dentro del proyecto de formación integral de los candidatos al ministerio. Aunque esta formación contempla cuatro dimensiones, se insiste en que no están desconectadas entre sí, sino que todas deben coordinarse y orientarse al futuro ministerio pastoral. También la formación intelectual debe orientarse a este fin, lo cual no significa rebajar el nivel de dicha formación, ni tampoco considerarla secundaria o de menor importancia. De hecho, durante los años de la formación inicial, los seminaristas dedican la mayor parte de su tiempo a la capacitación intelectual, lo mismo que otros jóvenes de su edad que se preparan para realizar diversos servicios en la sociedad. En un mundo cada vez mejor informado y con crecientes oportuni-

dades de formación, la preparación intelectual de los futuros presbíteros debe realizarse con seriedad y rigor, con dedicación y esfuerzo. Solo así podrán luego ser testigos creíbles de la Palabra de Dios en el mundo.

Las frases finales de este número señalan atinadamente que el estudio de la filosofía y, sobre todo, de la teología no es una pura actividad racional, sino que debe realizarse en un clima de escucha de la Palabra de Dios, dentro de la comunidad eclesial y en atenta escucha a los signos de los tiempos. Estas actitudes requeridas para los estudios eclesiásticos tienen su origen, en gran medida, en el objeto mismo de su conocimiento. Cada realidad pide ser conocida de un modo que sea coherente con su forma de donación. El objeto de la teología es la revelación de Dios en Jesucristo, la cual solo puede ser plenamente conocida en el ámbito de la fe. Por eso, la definición clásica de San Anselmo –*fides quaerens intellectum*– sitúa la fe en el punto de partida, y la comprensión de la Revelación como fin propio de la teología.

118*. El estudio profundo y orgánico de la filosofía y de la teología es el instrumento más apto para la adquisición de aquella *forma mentis* que permite afrontar las preguntas y los retos que se presentan en el ejercicio del ministerio, interpretándolas desde una óptica de fe. Por un lado, es necesario garantizar una sólida y adecuada calidad de la formación intelectual; por otro lado, conviene recordar que el cumplimiento de las obligaciones relativas a los estudios no puede ser el único criterio para determinar la duración del *iter* formativo del candidato al sacerdocio, desde el momento en que el estudio, si bien es importante, representa sólo un aspecto, ciertamente no secundario, de la formación integral, con vistas al presbiterado. Corresponde a cada *Ratio nationalis* ampliar los elementos esenciales de la formación intelectual, expuestos en esta *Ratio Fundamentalis*, teniendo en cuenta las características históricas y culturales de cada país.

118. Este último número se centra en los resultados que debe perseguir la formación intelectual, sobre todo el estudio de la filosofía y de la teología. Esta formación, en efecto, debe permitir al seminarista «afrontar las preguntas y los retos que se presentan en el ejercicio del ministerio, interpretándolas desde una óptica de fe». Para ello, se señala, «es necesario garantizar una sólida y adecuada calidad de la formación intelectual». Estas afirmaciones vienen a corroborar lo que ya se ha dicho en los números precedentes.

Sin embargo, a renglón seguido se introduce una precisión («por otro lado...») que puede inducir a relativizar esta importancia. Se señala, con toda la razón, que «el cumplimiento de las obligaciones relativas a los estudios no puede ser el único criterio para determinar la duración del *iter* formativo», pero luego se añade que

«el estudio, si bien es importante, representa solo un aspecto» de la formación. Conviene entender correctamente esta última afirmación. Resulta evidente que los estudios constituyen tan solo un aspecto de la formación, pero los seminaristas dedican a ello la mayor parte de su tiempo y, en ese sentido, la dimensión intelectual aparece como un terreno apropiado para demostrar que van adquiriendo las cualidades de responsabilidad y de laboriosidad que requerirá de ellos el futuro ministerio pastoral. En este sentido, la buena realización de los estudios, la forma en que se afrontan y también los resultados que se obtienen en ellos constituyen un criterio objetivo de discernimiento. Por esta razón, uno de los requisitos que se señalan para recibir las órdenes es haber completado el *Ordo studiorum* prescrito por la Congregación para el Clero (RFIS, 208).

e) *La dimensión pastoral**

119*. Ya que la finalidad del Seminario es la de preparar a los seminaristas para ser pastores a imagen de Cristo, la formación sacerdotal debe estar impregnada de un espíritu pastoral, que los haga capaces de sentir la misma compasión, generosidad y amor por todos, especialmente por los pobres, y la premura por la causa del Reino, que caracterizaron el ministerio público del Hijo de Dios; actitudes que se pueden sintetizar en la caridad pastoral.

119-124. En sintonía con el espíritu del Vaticano II y con la *Ratio* precedente, la nueva *Ratio* confirma la finalidad de la institución del Seminario: formar pastores (cf. RFIS, 119). Por este motivo, esencial de la naturaleza del Seminario, la *Ratio* insiste en que toda la formación sacerdotal ha de estar orientada a formar en el candidato la identidad de pastor, según el modelo del Buen Pastor, Cristo Jesús.

Debido a esto, al reservar un apartado a lo específico pastoral, en el que toma esta como una dimensión, no pretende ofrecer un recetario de medios pedagógicos que todos los responsables de la formación deben poner en práctica para obtener como resultado un «pastor perfecto». Con este apartado pretende, más bien, ofrecer un tratamiento más específico de algunas cualidades de las que debe dotarse a los candidatos a ser pastores del Pueblo de Dios, así como de algunos principios pastorales, de carácter aclaratorio, que conviene tener en cuenta en el acompañamiento vocacional y en la formación de los candidatos al ministerio.

119. Desde el primer momento la *Ratio* se esfuerza para que todos los responsables de la formación sean

conscientes de que ingresar en el Seminario significa para el candidato iniciarse en un itinerario formativo de conversión, que implica la totalidad de la persona, y tiene como finalidad que el seminarista se deje modelar por el ejemplo del Buen Pastor purificando aquellos elementos presentes en su persona que puedan obstaculizar este proceso de configuración.

De acuerdo con la *Ratio*, este itinerario ha de posibilitarse mediante un movimiento pedagógico unificado que conjunte la formación para el ser y para el quehacer pastoral en un único proceso formativo. Afirma que la formación proporcionada para tal fin ha de ofrecer al seminarista la posibilidad de conjugar de manera consciente, libre y responsable, la formación de su persona con la capacitación para el quehacer pastoral. Solo de este modo el seminarista, con la asistencia y los auxilios de la gracia, puede asumir el itinerario pedagógico ininterrumpido del seguimiento de Cristo Jesús, para comprender y vivir su existencia como servicio al pastoreo del Buen Pastor en sus hermanos, especialmente de aquellos que se encuentran afectados por las pobreza existenciales.

El seminarista ha de comprenderse como extensión del ministerio

Sin embargo, se debe ofrecer una formación de carácter específicamente pastoral⁶⁵, que ayude al seminarista a adquirir la libertad interior necesaria para vivir el apostolado como servicio, capacitándolo para descubrir la acción de Dios en el corazón y en la vida de los hombres. Vivida así, la actividad pastoral se configura en el ministro ordenado como una permanente escuela de evangelización. Durante este tiempo, el seminarista comenzará a ejercer las funciones de guía de un grupo y a estar presente como hombre de comunión, mediante la escucha y el cuidadoso discernimiento de la realidad, cooperando con otros y promoviendo la ministerialidad. De modo particular, los seminaristas deben ser debidamente educados para colaborar con los diáconos permanentes y el laicado, valorando su aporte específico. También es necesario que los candidatos al ministerio presbiteral reciban una conveniente formación sobre la naturaleza evangélica de la vida consagrada en sus múltiples expresiones, sobre su carisma propio y sobre los aspectos canónicos, con vistas a una fructuosa colaboración.

120*. La vocación a ser pastores del Pueblo de Dios exige una formación que haga a los futuros sacerdotes expertos en el arte del discernimiento pastoral, esto es, capaces de una escucha profunda de las

65. *Pastores dabó vobis*, n. 58: AAS 84 (1992), 759-760: «El proyecto educativo del seminario se encarga de una verdadera y propia iniciación en la sensibilidad del pastor, para asumir de manera consciente y madura sus responsabilidades, en el hábito interior de valorar los problemas y establecer las prioridades y los medios de solución, fundados siempre en claras motivaciones de fe y según las exigencias teológicas de la pastoral misma»; cf. CIC, can. 258.

del Buen Pastor, de modo que ha de aprender a evitar los protagonismos que contrariarían y obstaculizan su presencia y ministerio de hombre de comunión. En este sentido, la *Ratio* exhorta a educar a los seminaristas en la capacidad de vivir y trabajar de forma corresponsable; o sea, a trabajar junto a otros, no solo respetando los carismas y ministerios que el Espíritu suscita en la Iglesia, sino coadyuvando en la labor del Espíritu a que todos los miembros de las comunidades eclesiales descubran sus dones y carismas, y su lugar en el servicio a la edificación de la Iglesia.

La *Ratio*, haciéndose eco de los documentos precedentes del Magisterio, afirma que la caridad pastoral sintetiza las motivaciones, afectos y aptitudes que debe poseer un pastor. Además, insiste en la relación y conocimiento del laicado, el diaconado permanente y la vida consagrada, para una justa valoración de su identidad y entidad eclesial, y para poder coordinar el trabajo pastoral conjunto.

120. En este artículo la *Ratio* presenta dos cualidades propias del presbítero íntimamente relacionadas: el discernimiento pastoral y la escu-

situaciones reales y de un buen juicio en las opciones y las decisiones. Para practicar el discernimiento pastoral, conviene poner en el centro el estilo evangélico de la escucha, que libera al pastor de la tentación de la abstracción, el protagonismo, la excesiva seguridad de sí mismo y de esa frialdad, que haría de él «un profesional del Espíritu», en vez de «un buen samaritano»⁶⁶. Quien se pone a la escucha de Dios y de los hermanos sabe que es el Espíritu quien guía a la Iglesia hacia la verdad completa (cf. Jn 16, 13), y que esta, en coherencia con el misterio de la Encarnación, germina lentamente en la vida real del hombre y en los signos de la historia.

Así, el pastor aprende a salir de las propias certezas preconcebidas y no concebirá el propio ministerio como un conjunto de cosas por hacer o de normas por aplicar, sino que hará de la propia vida el «lugar» para una escucha acogedora de Dios y de los hermanos⁶⁷.

En la escucha atenta, respetuosa y libre de prejuicios, el pastor llegará a ser capaz de hacer una lectura profunda de la realidad, sin juzgar la vida de los otros, entrando en el corazón de las personas y en los contextos vitales que las caracterizan, sobre todo en los obstáculos internos y ex-

66. Cf. *Evangelii gaudium*, n. 33: AAS 105 (2013), 1034; Francisco, *Homilía para el Jubileo de los sacerdotes y de los seminaristas* (3 de junio de 2016): *L'Osservatore Romano* 126 (4 de junio de 2016), 8.

67. Id., *Angelus* (17 de julio de 2016): *L'Osservatore Romano* 163 (18-19 de julio de 2016), 1: «Al huésped no se le sirve, nutre y atiende de cualquier manera. Es necesario, sobre todo, que se le escuche [...] Porque al huésped se le acoge como persona, con su historia, su corazón rico de sentimientos y pensamientos, de modo que pueda sentirse verdaderamente en familia».

cha, a la que califica de evangélica. ¿Qué ha querido decir el documento con escucha evangélica o el estilo evangélico de la escucha? El propio documento responde a la pregunta: la escucha evangélica es aquella cualidad de atención deferente a una persona humana en su contexto, que se hace con la totalidad de los sentidos, afecto y voluntad, y libre de prejuicios de todo orden, sin manuales ni recetas abstractos y universales.

Estas cualidades suponen que el pastor es un hombre de Dios, un cristiano y un hijo de la Iglesia y que, por lo tanto, no es un líder espiritual experto

y solitario. Por otra parte, supone en el pastor una vida espiritual fuerte, al estilo del profeta del Reino, Cristo Jesús «el buen samaritano»; y, a la vez, que tenga un amplio conocimiento de las corrientes espirituales y pseudo-espirituales que campean entre la gente, y que proponen soteriologías parciales fundadas en antropologías también parciales. La espiritualidad cristiana está fundada en el Hombre Cristo Jesús, en su experiencia de relación unitiva con el Padre y en su docilidad al Espíritu Santo, de ahí que sea una espiritualidad soteriológica del hombre entero, y que alcanza a este por

ternos, que a veces hacen problemática la existencia. El pastor tendrá la capacidad de interpretar, con sabiduría y comprensión, los condicionamientos de cualquier tipo, en los que las personas se mueven, aprendiendo a proponer opciones espirituales y pastorales alcanzables, atento a la vida de los fieles y al ambiente socio-cultural que les rodea.

La mirada del Buen Pastor, que busca, acompaña y guía a sus ovejas, lo conducirá a una visión prudente y compasiva; el pastor realizará su ministerio en un estilo de acogida serena y de acompañamiento vigilante de todas las situaciones, incluso de las más complejas, mostrando la belleza y las exigencias de la verdad evangélica, sin caer en obsesiones legalistas y rigoristas. De esta manera, sabrá proponer procesos de fe a través de pequeños pasos, que puedan ser más apreciados y mejor acogidos. Él llegará a ser así signo de misericordia y de compasión, dando testimonio del rostro materno de la Iglesia que, sin renunciar a las exigencias de la verdad evangélica, evita transformarlas en cargas excesivas, optando por guiar con compasión e incluir a todos.

121*. Siendo también los no practicantes, los no creyentes y quienes profesan otra religión, destinatarios de la atención pastoral, los seminaristas deben aprender a entrar en diálogo con todos los hombres y a anunciarles el Evangelio de Cristo, comprendiendo sus anhelos más profundos y respetando la libertad de cada uno. Los formadores, por tanto, enseñen a los futuros pastores cómo crear nuevos «espacios» y nuevas oportunidades pastorales, para salir al encuentro de quienes no com-

la Palabra y el Espíritu [sacramento] en su estado histórico concreto.

El documento continúa exponiendo algunas cualidades anejas al discernimiento pastoral y a la escucha evangélica, en las que se percibe el deseo de recobrar para el ministerio pastoral dos rasgos del hombre de Dios: el de mistagogo y el de signo-mediación de la misericordia y la compasión del Padre.

121. Este artículo trata de la capacitación del seminarista para las relaciones de convivencia con los no creyentes y con los que profesan otro credo. En la sociedad actual, caracte-

rizada por la comunicación, la movilidad de las personas y el intercambio cultural y religioso, es fundamental que los futuros pastores del Pueblo de Dios adquieran un conocimiento cada vez más amplio de las distintas religiones y de sus doctrinas. El conocimiento de las otras religiones abre la posibilidad al encuentro y a la colaboración con las personas que las profesan, parte importante de la pastoral de la Iglesia. En este sentido, resulta indispensable que el seminarista evite el riesgo de hacer de la fe de la Iglesia una ideología, que lo conduzca a fanatismos y fundamentalismos.

parten plenamente la fe católica, pero buscan, con buena voluntad, una respuesta consistente y auténtica a sus interrogantes más profundos.

122*. Una sólida formación pastoral exige no solo el ejercicio de actividades de carácter apostólico, sino también el estudio de la teología pastoral, la cual contará, cuando sea necesario, con la valiosa contribución de las ciencias humanas, especialmente de la psicología, la pedagogía y la sociología.

123*. En este esfuerzo por alcanzar la «estatura» y la impronta pastoral para la misión, será de gran ayuda y estímulo el ejemplo de los sacerdotes que han precedido a los candidatos en el ministerio —también los ya ancianos— y de los pastores que guían las Diócesis, además de los Obispos eméritos; se tratará así de dar a conocer y de apreciar la «tradición pastoral» de la Iglesia local en la que serán incardinados o ejercitarán el ministerio, con el fin de facilitar su futura inserción en la vida pastoral.

122. La *Ratio* insiste en que, para la formación pastoral, no basta la adquisición de un conjunto de habilidades mediante la ejecución de unas prácticas pastorales, sino que es preciso, además, que los seminaristas adquieran el conocimiento de la Teología pastoral y de aquellas ciencias humanas que puedan prestarles un auxilio en el cada vez más exigente trabajo pastoral.

El texto reconoce explícitamente el lugar y la importancia de la Teología pastoral, relativamente nueva como disciplina teológica. Esta disciplina no ha logrado adquirir valía, peso específico y propio, en el conjunto del estudio de la Teología. Con frecuencia se la tiene como un recetario de prácticas pastorales a aplicar, y se la estudia como una disciplina de carácter técnico que ha de enseñar a elaborar la programación pastoral. Para confirmar estas afirmaciones que hacemos, basta con revisar los programas de estudios de algunas Facultades de

Teología en las que está ausente. Se la tiene como disciplina reservada a impartir en los Seminarios, donde se forman los «pastores de almas», es decir, aquellos que serán párrocos.

El discernimiento pastoral, el estudio de la teología pastoral y las experiencias apostólicas que son parte de la formación, bien combinados, dan su justo lugar a la preparación específicamente pastoral de los futuros presbíteros.

123. Aparecen en este artículo dos temas distintos. Por una parte, se refiere a la tradición pastoral de la Iglesia particular. Este es un concepto interesante, poco usado en los documentos del Magisterio. Expresa el sentido colegial de la responsabilidad pastoral y a la vez la valoración de la trayectoria pastoral de cada diócesis, con sus características peculiares. Evidentemente el ministerio pastoral no se ejerce de la misma manera en una diócesis que en otra. Esta reali-

Los seminaristas sean animados de un espíritu auténticamente católico, amando sinceramente la propia Diócesis y estén dispuestos, si en un futuro se les pidiese o ellos mismos lo desearan, a ponerse al servicio específico de la Iglesia Universal o de otras Iglesias particulares, con generosidad y entrega⁶⁸.

124*. Según el prudente juicio de los Obispos, se introduzcan algunas experiencias de apostolado, durante todo el tiempo de la formación, en los momentos y modos más oportunos, especialmente durante los días y períodos en que no hay clases. Se trata de experiencias indispensables para la formación integral del sujeto, cuya oportunidad se debe valorar considerando la edad de los seminaristas y las diversas actitudes de cada uno. Cada Seminario, actuando en sintonía y en estrecho contacto con las otras instituciones diocesanas, defina la experiencia de formación pastoral, situándola en el curso del año, de modo que se evite el detrimen-

68. Cf. *Evangelii gaudium*, n. 273: AAS 105 (2013), 1130.

dad peculiar es la que justifica y exige la elaboración de un proyecto formativo en cada Seminario.

Seguidamente, asoma un tema de importancia capital que, además, requiere de una formación exquisita y cuidadosa: la asunción por parte del candidato de la corresponsabilidad pastoral de toda Iglesia católica, en la parte que corresponde al presbiterado. Se trata de lograr que los seminaristas adquieran el sano equilibrio entre la vinculación al presbiterio de una Iglesia particular y la disponibilidad para ponerse al servicio de regiones o de Iglesias particulares pastoralmente menos atendidas, así como de la Iglesia universal. Tal prospectiva, bien enraizada en la realidad y al mismo tiempo abierta a la universalidad, es un rasgo de la madurez requerida para la ordenación sacerdotal.

Se trata de un punto que conviene cuidar especialmente entre aquellas vocaciones «nacidas» en movimien-

tos apostólicos o aquellas pertenecientes a institutos de vida consagrada. La vinculación al movimiento de referencia o a la Institución ha de equilibrarse con el sentido de pertenencia a la Iglesia particular y con la disponibilidad universal. Efectivamente, los carismas de los movimientos e instituciones de vida consagrada tienen su origen en una necesidad de la Iglesia y tienen pleno sentido cuando se ponen a su servicio, particularmente tratándose de clérigos, que pueden estar más dispuestos a auxiliar a las Iglesias particulares que carecen de clero suficiente.

124. Este último artículo dedicado a la formación de la dimensión pastoral se refiere a las experiencias de apostolado que se programan en los Seminarios. Acota esta experiencia desde varios ángulos complementarios con el fin de garantizar el equilibrio en la formación integral. El

to de las otras actividades formativas. Se seleccionarán cuidadosamente los ámbitos en los cuales los seminaristas realizarán su experiencia de formación pastoral; de modo particular, «en la elección de los lugares y servicios adecuados para la experiencia pastoral se debe prestar especial atención a la parroquia, célula vital de dichas experiencias sectoriales y especializadas, en las que los candidatos se encontrarán frente a los problemas inherentes a su futuro ministerio»⁶⁹.

También se debe poner especial cuidado a la preparación de los seminaristas en lo relativo a la modalidad específica del acompañamiento pastoral de los niños, los jóvenes, los enfermos, los ancianos, las personas con diversas capacidades y cuantos viven situaciones de soledad y pobreza⁷⁰, tal vez debido a su condición de emigrantes⁷¹, y

69. *Pastores dabo vobis*, n. 58: AAS 84 (1992), 760.

70. Cf. *Evangelii gaudium*, n. 270: AAS 105 (2013), 1128.

71. Cf. Congregación para la Educación Católica, *La pastoral de la movilidad humana en la formación de los futuros sacerdotes* (25 de enero de 1986).

primer acotamiento es la alusión a «los períodos en que no hay clases», dando a entender que no son solo para vacacionar, sino para programar experiencias pastorales. Luego se refiere a las actividades apostólicas durante el año, advirtiendo que se deben programar en comunión y colaboración con el plan pastoral de la diócesis y que la dedicación de los seminaristas a las mismas no debe ir nunca en detrimento de otras actividades formativas. Así el documento postula un equilibrio entre el aprovechamiento del tiempo de vacaciones y la moderación de las actividades apostólicas durante el curso.

Una nueva acotación mira a la selección de los ámbitos de apostolado. Conviene elegir los lugares y las personas que garanticen una verdadera experiencia formativa, pues para eso son enviados los seminaristas. El tipo de actividades seleccionadas ha de ayudar a comprender el sentido del

apostolado y a ampliar lo más posible la perspectiva de los seminaristas sobre la misión de la Iglesia y el sentido específico de la opción prioritaria por los pobres. Por último, el texto insiste en la importancia de que tales experiencias sean cuidadosamente acompañadas por personas «expertas y prudentes». Es llamativo que en el elenco de esas personas se ha incluido a sacerdotes, personas consagradas y laicos, reclamando una visión de la Iglesia que va más allá del ámbito presbiteral.

Al concluir este artículo dedicado a la formación pastoral, queda un sabor de boca que nos indica que hay mucho por hacer y que existen deficiencias en esta dimensión que se deben corregir. El texto comenzó reconociendo el valor de la actividad pastoral, capaz de ayudar al seminarista a alcanzar la altura de Cristo, pero acota bien esta experiencia para garantizar que en verdad sea formativa.

de los encarcelados; se preste una atención especial al fundamental campo de la pastoral familiar⁷².

Estas experiencias deber ser conducidas por sacerdotes, personas consagradas y laicos expertos y prudentes, que asignen a cada seminarista una responsabilidad, instruyéndolo sobre el modo concreto de actuar, y que estén presentes, en lo posible, durante el desarrollo de las actividades, de modo que puedan aconsejar y animar oportunamente al seminarista y ayudarlo a valorar el servicio realizado.

72. Cf. Id., *Directrices sobre la formación de los seminaristas acerca de los problemas relativos al matrimonio y a la familia* (19 de marzo de 1995).

VI LOS AGENTES DE LA FORMACIÓN

125*. El principal agente de la formación sacerdotal es la Santísima Trinidad, que modela a cada seminarista según el designio del Padre, por medio de la presencia de Cristo en su palabra, en los sacramentos y en los hermanos de la comunidad, a través de la multiforme acción del Espíritu Santo¹. En la formación de aquellos a quienes Cristo llama y en el discernimiento de su vocación, la primacía de la acción del Espíritu Santo exige una recíproca escucha y cooperación entre los miembros de la comunidad eclesial, sacerdotes, diáconos, consagrados y laicos.

1. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 65: AAS 84 (1992), 770-772.

125-127. El contenido de esta sección, sobre la acción de Dios Trinidad y la comunidad eclesial en la formación, constituye una significativa introducción que hay que valorar muy positivamente. Se hace antes de la concreta presentación de los agentes «humanos» de la formación.

125. Dios Trinidad. Cabe afirmar, sin miedo a equivocarse, que Dios Trinidad es el primer y principal –podríamos decir «único»– agente de formación, con el designio del Padre, la Palabra del Hijo y la acción del Espíritu Santo. De ahí que la primacía de la gracia en el proceso de formación del futuro sacerdote se hace presente desde el momento mismo de la llamada. Dios es quien suscita la conversión y después llama, capacita y envía por medio de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia para perpetuar en el tiempo y en la historia el ministerio encomendado a Jesucristo.

La Iglesia no puede llevar adelante por sí misma esta misión, necesita

entrar en la dinámica de la comunión Trinitaria. Está unida indisolublemente a su Señor, recibiendo los dones y carismas necesarios, bajo la acción de la gracia. La acción del Espíritu le garantiza la verdad, la guía y el apoyo para llevar a cabo este ministerio de discernimiento, verificación y configuración de los futuros pastores.

El sacerdocio ministerial, por la acción del Espíritu Santo, halla su razón de ser en la unión existencial y operativa de la Iglesia con la Santísima Trinidad. De esta forma ella continúa realizando, por la acción permanente y santificante del Espíritu Santo, el único Sacerdocio de Cristo en cuanto Cabeza de su Cuerpo. Por este motivo, la Iglesia considera el sacerdocio ministerial como un don a ella otorgado en el ministerio de algunos de sus fieles. De ahí que todo sacerdote es constituido en una relación singular y existencial con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Su identidad emana del amor orante a la Santísima Trinidad y se nutre de él. El presbítero se

126*. En las Iglesias particulares subsiste la Iglesia Católica, una y única². Normalmente, la formación para el presbiterado se realiza en el contexto eclesial propio de una Diócesis, o de las instituciones de pertenencia; sin embargo, el ministerio presbiteral permanece abierto a la universalidad de la Iglesia³ y, por tanto, comporta también la disponibilidad a las necesidades más urgentes de otras Diócesis.

2. CIC, can. 368: «Iglesias particulares, en las cuales y dese las cuales existe la Iglesia católica una y única, son principalmente la diócesis...».

3. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 18: AAS 84 (1992), 684-686.

siente llamado a ser y vivir como testigo de esta comunión de vida y ministerio pues es continuación de la vida y la acción del mismo Cristo.

La identidad, el ministerio y la vida del presbítero están, en relación permanente con la Santísima Trinidad, en virtud del servicio sacerdotal a la Iglesia y a todos los hombres. La gracia y el carácter indeleble que se otorga al sacerdote mediante la unción sacramental del Espíritu Santo manifiestan el vínculo personal con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, puesto que constituyen la fuente de la cual dimana el ser y el ministerio del presbítero.

El texto pone de relieve que también el discernimiento de la vocación es realizado en el Espíritu, exigiendo a la comunidad cristiana la escucha atenta y la cooperación continua.

126. Este artículo sitúa toda la formación sacerdotal en el «contexto imprescindible» de la Iglesia particular, reconociendo sin ambigüedades la eclesiología del Concilio Vaticano II. Es significativo el subrayado sobre el discernimiento de la vocación presbiteral, que también corresponde a la Iglesia particular.

La historia vocacional de cada persona hace referencia a otra gran historia de salvación que parte del don Trinitario que Dios hace a su Iglesia y que continúa en ella como sacramento de salvación para el mundo, para la Iglesia Universal y lógicamente enraizado en la singularidad y concreciones de cada comunidad local. En relación a Cristo, toda llamada es «signo»; en relación a la Iglesia es «ministerio»; en relación al mundo es «misión» y manifestación testimonial del Reino de Dios.

El artículo introduce un adverbio: «Normalmente, la formación al presbiterado se realiza en el contexto eclesial de una diócesis». Así se alude a casos en los que esto no ocurre, como en los Seminarios interdiocesanos y en otro tipo de formación realizada en un ámbito internacional, o en el contexto de una comunidad religiosa o un movimiento eclesial. En estos casos habrá que velar para fortalecer el vínculo, del todo necesario, con la Iglesia particular. Se quiere evitar el fenómeno de una formación ajena a la diócesis o distante de ella.

Por este motivo, en cada Iglesia particular, la llamada, como tal, se debe considerar una donación en, por y

La referencia a la Iglesia local de pertenencia constituye, no obstante, el contexto imprescindible del proceso formativo. La Iglesia local representa, al mismo tiempo, el lugar en donde las reglas del discernimiento vocacional encontrarán aplicación y donde se valoran los progresos realizados por los individuos hacia la madurez humana y cristiana requerida para la ordenación presbiteral.

127*. Los miembros de la comunidad diocesana son corresponsables de la formación presbiteral, en diversos niveles, modos y competencias: el Obispo, como pastor responsable de la comunidad diocesana; el presbiterio, como ámbito de comunión fraterna en el ejercicio del ministerio ordenado; el equipo formador del Seminario, como mediación espiritual y pedagógica; los profesores, ofreciendo el apoyo intelectual que hace po-

para el servicio y bien de la misma. La diócesis, encabezada por el Obispo, tiene la autoridad exclusiva frente a injerencias extrañas a la hora de seleccionar y formar adecuadamente a los candidatos al sacerdocio; es fuente de los oportunos criterios de discernimiento (en una doble vertiente: personal e institucional), pues en ella se manifiestan y articulan los diferentes modelos y motivaciones para consagrar la vida, despertando en el candidato un deseo sincero y generoso que le permita discernir convenientemente sobre la autenticidad de sus motivaciones, capacidades y aptitudes para el ministerio.

127. La vocación, al servicio exclusivo de Cristo en su Iglesia, es don inestimable del Padre y, como todos los dones que vienen de Dios y que es preciso implorar con insistencia, confianza y humildad, se suscita a través de muchas mediaciones humanas: de los padres de familia, de los educadores, de los pastores de la Iglesia particular. Cabría afirmar que, por su función maternal, la comuni-

dad local ayuda a que las vocaciones surjan; es decir, ejerce una función mediadora y educativa-formativa.

El texto coloca como primer agente de la formación a la Iglesia particular en su conjunto, reconociendo la corresponsabilidad de todos sus miembros en la promoción, formación y sostenimiento de nuevos pastores. Recordemos que la Iglesia es convocada por el Señor y de Él recibe la capacidad para ser convocante, por lo cual tiene la grave misión de discernir, verificar y capacitar a los futuros ministros y así alcanzar la certeza moral sobre el proceso llevado a cabo.

En este contexto de la corresponsabilidad de todos, se engarzan de manera armónica las competencias de los diversos agentes: el Obispo, el presbiterio, el equipo formador, el personal administrativo, los profesores y especialistas, los mismos seminaristas, sus familias, la parroquia de origen, las asociaciones, movimientos y otras instituciones eclesiales. La mención de todos ellos establece una regla fundamental: todos han de actuar desde la comunión y desde

sible la formación integral; el personal administrativo, los profesionales y los especialistas, con su testimonio de fe y de vida y su competencia; finalmente, los mismos seminaristas como protagonistas del proceso de maduración integral, junto con la familia, la parroquia de origen y, eventualmente, las asociaciones, movimientos u otras instituciones eclesiales.

a) *El Obispo diocesano*

128*. El Obispo es el primer responsable de la admisión al Seminario y de la formación para el sacerdocio⁴. Tal responsabilidad se expresa en la elección del Rector y de los miembros del equipo formador⁵, en

4. Cf. *ibid.*, n. 65: AAS 84 (1992), 770-772; cf. también *Directrices sobre la preparación de los educadores en los Seminarios*, n. 1: *Enchiridion Vaticanum* 13 (1996), 3151-3152; *Apostolorum successores*, n. 88: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2006), 1774-1776.

5. Cf. CIC, can. 239.

una asidua cooperación que busca el bien de la Iglesia y de la persona del candidato. Esto quiere decir que no son válidas las acciones unilaterales de cualquiera de estos agentes. Este principio se va a repetir en los siguientes artículos al especificar la competencia de cada uno de ellos.

Adyacente a este derecho por parte de la Iglesia, el Concilio Vaticano II añadía que es un deber que ella tiene en beneficio de la persona, quien, a su vez, tiene derecho a ser formada para desempeñar su misión que redundará en bien de toda la comunidad, la cual requiere pastores bien formados y probados. La responsabilidad de la Iglesia en este aspecto ha sido tomada en consideración durante toda la historia. Siempre ha habido conciencia de la excelencia que comporta la vocación sacerdotal y que de la santidad de los ministros depende en gran medida la del pueblo de Dios.

Fruto de esa formación enraizada en la Iglesia particular y a través del contacto oportuno con las diversas

realidades pastorales de la Diócesis, el candidato al ministerio entenderá y valorará la importancia de la vinculación y pertenencia a un presbiterio concreto, que se da siempre en el ámbito de una Iglesia Particular.

128. La figura del Obispo en la formación. Como ya hemos dicho, el sacerdocio, instituido por Cristo para continuar su misión salvadora, fue conferido inicialmente a los Apóstoles y continúa en la Iglesia a través del ministerio del Obispo, sucesor de los Apóstoles, el cual, a su vez, lo transmite en grado subordinado a los presbíteros, en cuanto cooperadores del orden episcopal; por esto, la identidad de estos últimos en la Iglesia nace de la misión de ella, la cual, para el presbítero, se realiza, a su vez, en comunión con el propio Obispo, principio y fundamento de unidad.

128a. De ahí que por su propio ministerio, el Obispo tiene una presencia capital en la vida del Seminario.

la elaboración y aprobación de los estatutos, el proyecto educativo y el reglamento del Seminario⁶.

*Es necesario que el Obispo sepa establecer un diálogo confiado con los seminaristas para facilitar su apertura sincera; efectivamente, «el Obispo diocesano, o los Obispos interesados si se trata de un seminario interdiocesano, visiten personalmente y con frecuencia el seminario, supervisen la formación de sus alumnos y la enseñanza de las materias filosóficas y teológicas y obtengan conocimiento de la vocación, carác-

6. Cf. *ibid.*, cáns. 242-243.

A él corresponde elegir y nombrar al Rector, por cuya significación teológica, jurídica y social de «representación», requiere un concreto y oficial nombramiento. La elección del Rector tiene una particular importancia, pues se entiende que gestionará el Seminario en nombre del Obispo, gozando de su total confianza. Dicho nombramiento y representación exige un continuo diálogo, en el que el Rector tenga la capacidad de expresar con libertad sus puntos de vista y el Obispo se mantenga disponible a la escucha. De la comunión y colaboración entre el Obispo y el Rector depende en gran medida la buena conducción del Seminario.

El Obispo también debe nombrar, con acuerdo del Rector, a los miembros del equipo formativo. Tanto como el nombramiento, tiene importancia el discernimiento para que un sacerdote salga del equipo formador. El Rector debe conocer bien la situación de cada uno de los formadores a través del adecuado acompañamiento, para garantizar que ejerzan su servicio de la mejor manera posible.

Una tercera competencia del Obispo es la elaboración y aprobación del

estatuto del Seminario, así como el proyecto formativo y el reglamento. Ya en el art. 10 de la *Ratio* se afirma que «el Obispo diocesano, ayudado por el equipo de formadores del Seminario, tiene el deber de elaborar un proyecto de formación integral, también llamado itinerario formativo». Esta obligación directa es muy importante, pues condiciona la calidad de la formación. Los tres documentos que guían la vida del Seminario requieren una actualización permanente, de modo que la elaboración y aprobación a la que se refiere el texto se entiende como un trabajo de reflexión sobre la tarea formativa, que no debe ser realizada por inercia o desde rutinas preestablecidas, sino mediante un continuo esfuerzo pedagógico y educativo que responda a las necesidades de las nuevas generaciones y a la realidad de la Iglesia particular.

128b. La relación del Obispo, cercana y familiar, cariñosa y vigilante («episcopal») para con todos los que forman la comunidad educativa del Seminario (seminaristas, formadores, trabajadores, profesores, religiosas, comunidades, Rector...) es

ter, piedad y aprovechamiento de los alumnos, sobre todo con vistas a conferirles las sagradas órdenes»⁷. El Obispo debe prestar diligente atención para no ejercer la propia autoridad desacreditando en la práctica al Rector y a los demás formadores, en lo referente al discernimiento de la vocación de los candidatos y a su preparación; más bien, «con los responsables del seminario, el obispo mantenga frecuentes contactos personales, como signo de confianza, para animarlos en su acción y permitir que entre ellos reine un espíritu de plena armonía, comunión y colaboración»⁸. Por el bien de la Iglesia conviene tener presente que la caridad pastoral, en todos los niveles de responsabilidad, no se ejerce admitiendo a cualquier persona al Seminario, sino ofreciendo una orientación vocacional ponderada y un proceso formativo válido.

7. *Ibid.*, can. 259, § 2.

8. *Apostolorum successores*, n. 89: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2006), 1780.

ejercicio de caridad pastoral, de responsabilidad, de una buena integración del Seminario en la comunidad diocesana.

Ha de potenciar, vigilar y determinar los tiempos y procedimientos que seguir, así como proveer los recursos espirituales, humanos y estructurales-institucionales necesarios (conforme a las normas, criterios eclesiales y canónicos) para la debida formación y el proceso discernidor se oriente lo más posible al ministerio que se va a confiar. Es el primer responsable en todo el proceso, de ahí que haya de obtener la necesaria certeza sobre la idoneidad y autenticidad de las aptitudes y motivaciones vocacionales de los seminaristas.

Si el Obispo es el primer responsable, esto significa que hay otros responsables, particularmente el Rector y los formadores. Por ello el texto acota las intervenciones del Obispo, pidiéndole que preste «diligente atención» a la comunión con los formadores. El Obispo nunca debe desacredi-

tar en la práctica a los formadores. Su función no es formar directamente ni discernir directamente, pues las ocupaciones que conlleva su mismo ministerio episcopal se lo impiden. Estas funciones deberá ejercerlas a través de los formadores y en un continuo diálogo con ellos.

El texto hace una última advertencia: lo que hay que ofrecer es una pastoral vocacional adecuada y una formación sólida y exigente, expresiones coherentes de la caridad pastoral. Conviene afirmar la parte negativa: No es caridad pastoral la admisión de «cualquier persona» al Seminario si no tiene las debidas condiciones. Nuevamente el texto de la *Ratio* está hablando desde la experiencia, pues lamentablemente son frecuentes las dificultades provocadas por un escaso discernimiento de las vocaciones sacerdotales.

¿Cuáles podrían ser las presencias del Obispo en el proceso de formación? Sugerimos unas cuantas posibles, sin limitar otras que a juicio

En el caso de los Seminarios interdiocesanos, o cuando los seminaristas son enviados para su formación a otra Iglesia particular⁹, el diálogo entre los Obispos interesados, el acuerdo entre ellos sobre la metodología formativa elegida y la confianza concedida a los responsables del Seminario, representan los presupuestos necesarios para una buena gestión de la actividad educativa.

Las celebraciones litúrgicas presididas por el Obispo en la catedral manifiestan el misterio de la Iglesia y hacen visible la unidad del pueblo de Dios¹⁰; salvaguardando las tareas formativas del Seminario, será conveniente que los seminaristas participen en los momentos más significativos del año litúrgico y de la vida diocesana.

9. Cf. CIC, can. 237.

10. Cf. Congregación para el Culto Divino, *Caerimoniale Episcoporum*, edición típica, 1984, nn. 11-13, publicado con el decreto *Recognitis ex decreto*, del 14 de septiembre 1984: AAS 76 (1984), 1086-1087.

del Obispo y según las circunstancias pastorales se pudieran dar:

–Tomar la decisión de erigir o mantener el Seminario diocesano (CIC, 237 § 1-2). En este punto es necesario un amplio discernimiento y una consulta suficiente, teniendo también en cuenta la situación tanto de la Provincia eclesiástica como de la nación y los acuerdos y criterios establecidos por la Conferencia episcopal sobre la formación sacerdotal. En caso de que no se juzgue posible y conveniente mantener el Seminario mayor, también se puede considerar la posibilidad de conservar en la diócesis alguna etapa de formación, sabiendo que, aunque se envíe a los seminaristas a otro Seminario, el Obispo y la diócesis continúan siendo responsables de su formación.

–Aprobar los estatutos, reglamento y proyecto formativo del Seminario. Estos documentos implican que el Seminario es una institución formativa estable. Su formulación debe res-

ponder a la realidad del Seminario y por ello es necesario revisarlos y actualizarlos con cierta frecuencia.

–Promover la continua elaboración y revisión del proyecto formativo, tendiendo a establecer una profunda sintonía entre el Obispo y los formadores en todo lo que se refiere a la formación y en particular al estilo sacerdotal que se está promoviendo. Estimar personalmente y en diálogo con el equipo formador, si algunos de los aspectos de la formación ofrecida por el Seminario necesitan una actualización formativa o una pedagogía más adecuada.

–Articular una selección de formadores, directores espirituales, confesores y profesores, escogidos de entre los sacerdotes, religiosos y laicos más aptos de que disponga (CIC, 238-239). En ciertos momentos y según las circunstancias lo aconsejen, podrá acudir a otros ámbitos para buscarlos, pidiéndolos a otra diócesis o a un instituto secular o religioso. En

b) *El presbiterio*

129*. El Clero de la Iglesia particular permanezca en comunión y sintonía profunda con el Obispo diocesano, compartiendo la solicitud por la formación de los candidatos, mediante la oración, el afecto sincero, el apoyo y las visitas al Seminario. Cada presbítero debe ser consciente de la propia responsabilidad formativa en su trato con los seminaristas; de modo particular, los párrocos y, en general, cada sacerdote que acoge a los seminaristas para la práctica pastoral, colaboren generosamente con el equipo formador del Seminario, por medio de un diálogo franco y concreto. Las modalidades prácticas de esta colaboración de los presbíteros con el Seminario podrán variar según las diversas etapas del proceso formativo.

cualquier caso, debe estar atento a la situación de estos sacerdotes, de modo que se pueda evaluar con frecuencia la conveniencia de su continuidad y la oportunidad de que cambien sus responsabilidades dentro de la organización interna del Seminario según vayan adquiriendo experiencia en la formación. En general conviene hacer los cambios de formadores de modo gradual, a fin de garantizar la continuidad del proyecto formativo.

—Determinar, si procede, para favorecer una mejor formación, que algún candidato se atenga a un determinado régimen por sus peculiares circunstancias, las cuales ha de examinar personalmente. Podrá determinar y variar, para un caso concreto, el tiempo de permanencia en el Seminario mayor. Estos casos han de ser del todo excepcionales, evitando que se llegue a considerar la presencia en el Seminario o en alguna de sus etapas como algo opcional.

—Mantener un diálogo cercano y oportuno con los seminaristas, sobre todo los de las últimas etapas, que propicie la apertura sincera, efectiva y

cordial. Ello ayudará al fructífero proceso de formación y discernimiento vocacional de los futuros presbíteros.

129. El Seminario es como «un presbiterio en gestación». Para que ello sea una realidad deberá existir una «participación» —que no intromisión— del clero diocesano en la formación sacerdotal. Tal vínculo es espiritual y práctico y se expresa a través de la oración, el amor, la preocupación, la cercanía, la acogida, la colaboración..., como quien lo siente «propio»; con los formadores, con los seminaristas, con la institución como tal. Esto llevará a poder lograr *de facto* la realidad sacramental del presbiterio, que es una de las urgencias a llevar a cabo en las diócesis desde la doctrina de *Presbyterorum ordinis* y *Pastores dabo vobis*.

Ciertamente, como se indicaba en el punto anterior, la primera responsabilidad en el proceso de discernimiento es del Obispo. Si bien, el presbiterio, futuro ámbito para el ejercicio del ministerio, tiene un papel insustituible en la formación de los futuros

c) *Los seminaristas*

130*. Como se ha dicho, cada seminarista es protagonista de su propia formación y debe hacer un camino de constante crecimiento en el ámbito humano, espiritual, intelectual y pastoral, teniendo en cuenta la propia historia personal y familiar. Los seminaristas son también responsables de la creación y mantenimiento de un clima formativo coherente con los valores evangélicos.

sacerdotes. El seminarista descubre en la relación con el presbiterio diocesano la importancia de ser signo personal, comunitario y sacramental de Cristo. Así podrá formarse e ir configurándose progresivamente en su ser (consagración), prolongando su obrar (misión) y manifestando su estilo de vida (espiritualidad).

El presbiterio es signo visible de la vida evangélica del Buen Pastor, que amó a su grey hasta «dar la vida» (caridad pastoral), dándose él (pobreza), sin pertenecerse (obediencia), como Esposo (virginidad). Así fueron llamados a vivir los Apóstoles y sus sucesores, en seguimiento evangélico radical, comunión fraterna y disponibilidad misionera, para ser un signo del modo en que él amó. Esta realidad de signo es también «relacional», de profunda amistad con Cristo, como de quien vive de su presencia. De tal forma que el presbiterio es manifestación significativa del Maestro y fraternidad que expresa a la Iglesia como comunión discipular y evangelizadora. Por ello, el contacto, cercanía y comunicación oportuna con el presbiterio diocesano aportará, además de lo mencionado, la vivencia de la futura fraternidad exigida por el sacramento del Orden, la valoración y el cuidado de la vida sacerdotal

(«pastoral sacerdotal»), siempre en relación de comunión y disponibilidad respecto al carisma episcopal.

El texto subraya la responsabilidad formativa de los presbíteros que, en el contacto que tengan con los seminaristas, deben ser motivo de edificación y no de escándalo. El buen ejemplo de los sacerdotes es también un cauce vivo y concreto para la configuración con Cristo Pastor. Además señala la modalidad del diálogo de los presbíteros con el equipo formador. Debe ser «franco y concreto», que es lo contrario a la murmuración y la intriga.

130-131. Son los «protagonistas» de su propia formación, personalmente y como «comunidad». Ellos aportan su vida, sus vivencias, la riqueza de su realidad familiar y de las comunidades cristianas de procedencia, sus valores, su experiencia fraterna, de vida cristiana y de llamada en los ambientes de los que proceden..., su vocación.

Parece, por consiguiente, lógico que el protagonismo y relevancia del seminarista en el proceso formativo y discernidor sean puestos de manifiesto, ya que es el sujeto sobre el cual se gesta todo el dinamismo vocacional. Uno de los principios fun-

131. Se espera que los seminaristas, individualmente y en grupo, muestren –no sólo en su comportamiento externo– que han interiorizado un estilo de vida auténticamente sacerdotal, en la humildad y en el servicio a los hermanos, signo de la opción madura de emprender un especial seguimiento de Cristo¹¹.

11. Cf. Benedicto XVI, *Homilía por la ordenación de 15 diáconos de la Diócesis de Roma* (7 de mayo de 2006): *Enseñanzas* II/1 (2006), 550-555.

damentales del discernimiento es el conocimiento que el seminarista tiene de sí mismo y de la llamada, en un clima de sinceridad y fidelidad. Por lo cual, corresponde al mismo candidato un auto-discernimiento real y ponderado, recto, acompañado por la acción del Espíritu Santo y aceptando de buen grado la ayuda de las mediaciones oportunas que la Iglesia le ofrece.

El seminarista, plenamente consciente del ejercicio que ha de llevar a cabo sobre su propia realidad humana y espiritual, descubrirá que esta se basa en unos objetivos esenciales: asumir los dones evangélicos de pobreza, obediencia y castidad; las genuinas cualidades, como material del discernimiento; la recta intención, como elemento formal del mismo; y aceptar la voluntad de Dios sobre su persona como factor clave en el proceso. Un conocimiento certero y equilibrado de su propia historia necesita ser desarrollado desde la luz que le ofrece el mismo Evangelio y la experiencia de la Iglesia, si bien ha de asumir su responsabilidad en este dinamismo, no menos cierto es que requiere de un contraste clarificador y discernimiento con las mediaciones oportunas.

El seminarista, al reconocer la posible llamada que Dios le hace, es de desear que llegue a comprender y manifestar una serie de valoraciones, tanto en la vivencia de los consejos evangélicos como en relación a sus capacidades y propósitos, a la par que en sus predisposiciones, aspiraciones, predilecciones, responsabilidad y disponibilidad; sobre lo cual irá realizando su autoformación. La percepción del ideal vocacional al que aspira el seminarista es al principio parcial y limitada, por ello deberá ir completándose por medio de la formación. El Concilio exhorta: «ha de informarse con realismo a los alumnos de todas las cargas que van a aceptar, sin ocultarles ninguna de las dificultades de la vida sacerdotal» (OT, 9).

Una verdadera madurez en la experiencia del seguimiento y la radicalidad evangélica y, por ende, en su formación, exige armonía entre el dato subjetivo, que hace referencia a elementos personales en la opción primera y la aceptación de responsabilidades que el mismo seminarista comprende como voluntad de Dios. Todo tiene que ser desarrollado lo más auténtica y válidamente posible, con criterios eclesiales y desde la realidad propia del sujeto.

d) *El equipo formador*

132*. El equipo formador se compone de presbíteros elegidos y bien preparados¹², encargados de colaborar en la delicada misión de la formación sacerdotal. Es necesario que los formadores sean destinados exclusivamente a este servicio, para que puedan dedicarse enteramente a él; por tanto, conviene que vivan en el Seminario. El equipo formador se debe encontrar regularmente con el Rector, para orar, proyectar la vida del Seminario y verificar periódicamente el crecimiento de los seminaristas.

12. Cf. *Directrices sobre la preparación de los educadores en los Seminarios*, n. 1: *Enchiridion Vaticanum* 13 (1996), 3151-3152.

132. La bondad y eficacia del plan de formación dependen de las estructuras formativas, pero también de las personas de los formadores. De ahí la importancia de su elección, preparación, dedicación y colaboración. El equipo formativo de la comunidad educativa del Seminario lo constituyen el Rector, el Vicerrector, el Director espiritual y el Ecónomo, además de otros posibles formadores, según exija el número de seminaristas o las dimensiones de la formación.

Los formadores requieren formación previa y espíritu de fraternidad presbiteral para esta delicada misión, porque antes de nada cumplen la tarea de formar a los seminaristas en la «ciencia del amor», que solo se aprende de «corazón a corazón» con Cristo (Benedicto XVI, *Homilía de la inauguración del Año Sacerdotal*, 19 de junio de 2009). Así, bajo la guía del Obispo y los formadores, los seminaristas aprenden a no tener otro deseo que el de entregarse y servir a Cristo, a su Iglesia y al mundo.

A la luz del Magisterio de la Iglesia y de su legislación, el Obispo ha de

nombrar un «grupo de formadores» para el proceso de formación y de discernimiento que se ha de llevar a cabo, contemplando cada una de las dimensiones de la formación integral, y que las personas sean elegidas entre presbíteros que den pruebas de estar cualificados y sean estimados por su preparación y madurez humana, espiritual, cultural y pastoral.

No está de más señalar que los formadores han de ser hombres de oración, con hondo sentido sobrenatural, profunda vida espiritual, conducta ejemplar, experiencia en el ministerio sacerdotal, capacidad para conjugar las exigencias espirituales con aquellas más propiamente humanas. Según las circunstancias de cada diócesis, nada impide elegir para este ministerio a sacerdotes de otros Institutos que, por su carisma, tengan especial sensibilidad para la formación sacerdotal.

Conviene recordar que el Seminario, más que un lugar o espacio físico es un ámbito donde clarificar la propia vocación. Los formadores juegan un papel relevante en este proceso, ya

El grupo de los formadores no responde solamente a una necesidad institucional, sino que es, ante todo, una verdadera y propia comunidad educativa, que ofrece un testimonio coherente y elocuente de los valores propios del ministerio sacerdotal. Edificados y animados por tal testimonio, los seminaristas acogerán con docilidad y convicción las propuestas formativas que se les dirijan.

que ayudan a discernir la llamada y a madurar una respuesta adecuada. Esta grave responsabilidad pastoral exige de ellos, como ya se ha dicho, una constante y sólida preparación.

La *Ratio* defiende aquí la dedicación plena a la formación y residir en el Seminario, siendo parte de un equipo. Esto supone que cada formador esté convencido del sentido pastoral de la misión recibida en el Seminario y cultive las actitudes necesarias. Cuando los formadores no tienen como prioridad su dedicación al Seminario, resulta más difícil realizar la obra de la formación.

Además, se valora y recomienda que el equipo formador se reúna «regularmente». Los encuentros del equipo suelen ser de diverso orden. Sirvan de ejemplo prácticas como: las reuniones de formación permanente de los sacerdotes del equipo, sea para su vida espiritual, para estudiar temas relacionados con la formación, para el descanso o como natural expresión de su relación fraterna; las reuniones cotidianas, por medio de las cuales se mantienen informados de los acontecimientos y decisiones del día a día del Seminario; las reuniones de trabajo, en las que se programa la actividad formativa en general o de áreas específicas, como la dirección espiritual, o de una determinada etapa, etc. Tienen es-

pecial importancia las reuniones en que se preparan los materiales del proyecto formativo porque ayudan a los mismos formadores a profundizar en los fundamentos de su actividad educativa; otro tipo de reuniones, más o menos formales, entre las que figuran los escrutinios, se centran en la revisión del proceso de cada seminarista y en el discernimiento de su vocación. Cada Seminario deberá regularizar estas reuniones, de modo que se atengan a un plan y se realicen en los tiempos previstos y con la mayor eficacia posible.

Por último, hay una notoria insistencia en definir al equipo como «una verdadera y propia comunidad educativa», signo y testimonio de la íntima fraternidad sacramental a la que son llamados los presbíteros. Tiene una gran importancia el testimonio grupal, porque por medio de él la comunidad de los formadores transmite un mensaje con mayor fuerza. Este testimonio es propiamente de vida sacerdotal, lo que implica que los formadores tengan un vivo deseo de santidad sacerdotal y, por otro lado, exige una auténtica vivencia de la integralidad, es decir, un cultivo equilibrado y permanente de todas las dimensiones formativas. Es obvio que el equipo que ofrece este testimonio con suficiente coherencia tiene más fuerza de convicción en la propuesta formativa.

133*. Según el Código de Derecho Canónico¹³, el equipo formador mínimo, para la conducción de cada Seminario, es constituido por un Rector y un Director espiritual. Sin embargo, el número de formadores debe adecuarse en proporción al número de seminaristas, incluyendo, además, otros directores espirituales, un Vicerrector, un Ecónomo y otros formadores, como coordinadores para las diversas dimensiones, cuando las circunstancias lo requieran.

13. Cf. CIC, can. 239.

133. La *Ratio* contempla la muy diversa realidad de los Seminarios. Por ello, de acuerdo con el Derecho (CIC, 239), propone el equipo mínimo de formadores, que son el Rector y el Director espiritual. Según las dimensiones del Seminario, este equipo se deberá ampliar. Resultará útil señalar algunos criterios para tal ampliación.

Una primera estrategia consiste en que el Rector delegue en un ecónomo la parte administrativa y contable de la institución, que en el caso de Seminarios más grandes contará a su vez con una secretaría para la economía. Según la organización de la diócesis, a veces una parte o la totalidad de esta gestión se confía a la economía diocesana. En cualquier caso es importante que el Rector, aunque reciba diversas ayudas, conserve la responsabilidad. En algunas diócesis este ecónomo no es sacerdote. Si lo es, conviene que aparezca como tal ante los seminaristas, y en todo caso, tanto si es laico como si es sacerdote, debe asumir actitudes que trasluzcan la caridad pastoral y hagan de la gestión económica un motivo de evangelización, sabiendo que a través de las mismas está proponiendo el modelo para que en el futuro los seminaristas asuman la administración parroquial.

Otra vertiente para el desarrollo del equipo formador es la de las etapas formativas. En un Seminario grande conviene que exista un pequeño equipo, por ejemplo, Prefecto y Director espiritual, para cada etapa, y que realicen una formación que podríamos llamar «especializada» en esa fase específica de la formación. Esto suele plantearse como una necesidad al instalar la etapa propedéutica en una sede distinta, pero se puede continuar con la etapa discipular y la etapa de configuración. Tendríamos así un equipo de ocho sacerdotes, el Rector, el Ecónomo y dos para cada etapa. Este modelo de comunidad formativa ofrece muchas ventajas, pues cuida mejor la gradualidad; puede implementarse aun con un número medio de seminaristas, dando a los formadores otras responsabilidades diocesanas que no mermen la prioridad de su dedicación al Seminario.

La ampliación del equipo formador se puede considerar también como un desarrollo de las dos funciones fundamentales del Rector y el director espiritual. De modo que el rol del Rector se amplíe con la ayuda del Ecónomo, el Vicerrector y los prefectos o formadores de las etapas, y el rol del director espiritual se amplíe con la

134*. El Rector¹⁴ es un presbítero que se distingue por su prudencia, sabiduría y equilibrio, altamente competente¹⁵, que coordina la actividad educativa en el gobierno del Seminario¹⁶. Con fraterna caridad, él establecerá una profunda y leal colaboración con los demás formadores; es el representante legal del Seminario, para los ámbitos civil y eclesiástico¹⁷. El Rector, en comunión con los formadores designados a cada etapa y con el Director espiritual, se esforzará por ofrecer los medios necesarios para el discernimiento y la maduración vocacional.

14. Cf. *Directrices sobre la preparación de los educadores en los Seminarios*, n. 43: *Enchiridion Vaticanum* 13 (1996), 3224-3226.

15. Cf. *ibid.*, n. 60: *Enchiridion Vaticanum* 13 (1996), 3252-3253.

16. Cf. CIC, can. 260.

17. Cf. *ibid.*, can. 238, § 2.

ayuda de los directores espirituales de las etapas e incluso de directores espirituales externos, cuando sea difícil atender a un número grande de seminaristas o quiera darse mayor libertad de elección del director espiritual.

Por último, la ampliación del equipo formador se puede entender como atención a las dimensiones formativas. Así, tendríamos: el coordinador de la dimensión espiritual, ayudado por los directores espirituales de las etapas, otros directores espirituales auxiliares, los confesores y el equipo de liturgia formado por varios seminaristas; el coordinador de la dimensión humana, que contaría con la ayuda del equipo de médicos, psicólogos y otros auxiliares; el coordinador de la dimensión intelectual, ayudado por una secretaría de estudios, por los profesores y un grupo de seminaristas auxiliares de esta dimensión; el coordinador de la dimensión pastoral, ayudado por los párrocos y responsables del apostolado de los seminaristas y por los encargados de la preparación para las actividades pastorales.

Evidentemente los sacerdotes del equipo podrán asumir varias de estas funciones, dependiendo del punto de vista. Lo decisivo es que el equipo formador se organice dinámicamente, de modo que las necesidades formativas de los seminaristas queden cubiertas. Esta visión múltiple de la organización del equipo formativo abre muchas posibilidades para la colaboración fraterna entre los formadores y para el trabajo efectivo en equipo, que es un elemento que visibiliza ante los seminaristas el sentido colegial del ministerio ordenado.

Esta manera de concebir la formación recomienda que se constituyan comunidades formativas con un número suficiente de seminaristas que permita un desarrollo más amplio y objetivo de la actividad formativa. Desde esta perspectiva se percibe con mayor claridad el empobrecimiento que implica mantener comunidades formativas demasiado pequeñas.

134-139. Esta sección está dedicada a la composición del equipo formador y la distribución de funciones

135*. El Vicerrector debe poseer la necesaria idoneidad en el campo formativo y colaborar con el Rector en su servicio educativo, con la debida discreción y, en caso de ausencia, sustituirlo. En general, el Vicerrector «debe demostrar cualidades pedagógicas sobresalientes, amor gozoso a su servicio y espíritu de colaboración»¹⁸.

136*. El Obispo elegirá cuidadosamente presbíteros competentes y experimentados para la dirección espiritual, que es uno de los medios privilegiados para acompañar a cada seminarista en el discernimiento

18. *Directrices sobre la preparación de los educadores en los Seminarios*, n. 45: *Enchiridion Vaticanum* 13 (1996), 3228.

en él. El punto de partida es el que ya se ha señalado de una comunidad de formadores que expresa los valores de la fraternidad presbiteral y la corresponsabilidad en la misión y además, se organiza de determinada manera. Se piensa siempre en una diversidad de posibilidades.

134. El Rector y, en su ausencia o cuando las circunstancias lo requieran, el Vicerrector, coordina la organización y vida del Seminario, representa legalmente al Seminario y con la colaboración de todos los agentes de la formación, ofrece lo necesario para la maduración vocacional de los seminaristas. Es el responsable inmediato de la vida de la comunidad formativa y de la formación en el Seminario. Depende directamente del Obispo en cuanto que de él recibe los criterios y directrices que ha de desarrollar dentro de esta institución. Tiene cierta autonomía a la hora de aplicar las competencias que se le han delegado, pero siempre en armonía con el prelado y con los demás formadores. Ha de ser el primero en dar testimonio de comunión y corresponsabilidad. También le compete ayudar, acom-

pañar y estimular a cada seminarista, así como hacer el respectivo discernimiento vocacional y emitir los debidos informes, garantizando el orden y actualización del archivo. Así mismo, debe custodiar que toda la vida del Seminario se desarrolle diligentemente y conforme a derecho.

135. El Vicerrector es una figura discreta que, sin embargo, representa en muchos Seminarios un significativo apoyo para el Rector. Habitualmente es un sacerdote con experiencia en la formación. Esta característica lo capacita para ayudar al Rector en la resolución de los problemas que comúnmente se presentan en la comunidad educativa. En muchos casos desempeña esta función el formador de la etapa teológica o de configuración. En muchos lugares el Rector tiene tantas funciones de representación que hace necesaria esta figura de mayor estabilidad y presencia continua en el Seminario.

136. El Director espiritual. La realidad espiritual de la persona es un misterio complejo, hermoso y de gran trascendencia y responsabilidad tan-

de su vocación. El Director, o Padre espiritual, debe ser un verdadero maestro de vida interior y de oración, que ayude al seminarista a acoger la llamada divina y a madurar una respuesta libre y generosa.

A él «incumbe la responsabilidad del camino espiritual de los seminaristas en el fuero interno y la guía y coordinación de los distintos ejercicios de piedad y de la vida litúrgica del seminario»¹⁹. En los Seminarios en que exista más de un Director espiritual, uno de ellos será el «coor-

19. *Ibid.*, n. 44: *Enchiridion Vaticanum* 13 (1996), 3227.

to para el acompañado como para el Director espiritual. De ahí la importancia y necesidad de que en todo Seminario o casa de formación esté presente un Director o Padre espiritual, miembro del equipo formativo, «coordinador de la dimensión espiritual», residente permanente en el Seminario, «guía y maestro» de la vida espiritual de los seminaristas y de la vida litúrgica del Seminario; y la posibilidad de otros directores espirituales y confesores externos, siempre nombrados por el Obispo diocesano.

La *Ratio* ha dado una gran importancia al hecho de que el Director espiritual sea considerado miembro del equipo formador y habite en el Seminario. Este criterio se aplica también a otros directores espirituales, cuando el número de seminaristas o el modo de organización del Seminario así lo exigen. Con esta disposición se da por superada la figura del Director espiritual como ajeno al régimen de la casa de formación y exclusivamente dedicado a cuestiones de conciencia. Esta es una consecuencia de la opción por la educación integral, que exige una interpretación más ajustada y prudente de la distinción entre el fuero interno y el fuero externo.

El Director espiritual, siendo miembro del equipo formador, asume también aspectos disciplinares y organizativos de la comunidad formativa, concretamente los que se refieren a la vida espiritual, como la organización de la liturgia, la disposición de los retiros y ejercicios espirituales, la distribución de los seminaristas entre los directores espirituales y otros aspectos más. También como miembro del equipo formador colabora en la elaboración y aplicación del proyecto formativo y sitúa la dirección espiritual en el contexto de este itinerario de formación. Se trata así de una figura muy distinta de aquella clásica de un sacerdote que intervenía solo en el fuero interno e ignoraba lo referente a la vida del Seminario. Obviamente deberá guardar no solo el sigilo sacramental, sino también el secreto profesional acerca de las confidencias de los seminaristas, y por ello habitualmente no participa en los escrutinios que realiza el equipo formador.

La figura del Director espiritual se debe revisar en el caso de muchas comunidades religiosas, que han tenido tradicionalmente la costumbre de pedir a los formandos cuenta de conciencia con el superior, que a la

dinador de la dimensión espiritual». Él modera la vida litúrgica; coordina la actividad de los demás Directores espirituales y de los eventuales confesores externos²⁰; prepara el programa de los ejercicios espirituales anuales y de los retiros mensuales, así como las celebraciones durante el año litúrgico y, junto con el Rector, favorece la formación permanente de los Directores espirituales.

137*. Donde las circunstancias lo requieran, uno de los formadores será el «coordinador de la dimensión humana». Él promueve la creación de un clima comunitario propicio para el proceso de maduración humana de los seminaristas, en colaboración con otras figuras competentes en los ámbitos psicológico, deportivo, médico, etc.

20. Cf. CIC, can. 240, § 1.

vez es formador, sin tener suficientemente en cuenta la distinción de fueros. Tanto en el seminario diocesano como en las comunidades formativas de la vida religiosa es necesario dibujar con claridad las dos instancias de la formación y precisar el modo de su ejercicio armónico en la línea de un solo proyecto formativo.

137. Los coordinadores de las dimensiones formativas. En virtud de un mayor enriquecimiento y profundización en las diferentes dimensiones que constituyen el proceso de la formación integral, y teniendo en cuenta las características de la comunidad educativa, es oportuno establecer, en base a unos criterios previamente unificados por el equipo de formadores y bajo la tutela del Obispo, una diferenciación de cada una de las dimensiones, al frente de las cuales esté un formador que oriente, puntualice, incentive y coordine actividades específicas que no pueden ser postergadas en el proceso de formación y discernimiento.

Ya al referirse al Director espiritual (RFIS, 136) se le designó como el «coordinador de la dimensión espiritual». Ahora el texto se refiere al coordinador de las dimensiones humana, intelectual y pastoral. El término «coordinador» implica, lógicamente, la colaboración de otras personas, que pueden ser miembros del equipo formador, algunos seminaristas o colaboradores externos que desde un mandato del Obispo, desde su propia experiencia de fe o desde una cualificación profesional prestan un servicio para la mejor formación de los futuros sacerdotes. El texto alude también a las secretarías u oficinas correspondientes a cada dimensión y tienen características diversas según las necesidades y la tradición de los distintos Seminarios.

En la dimensión espiritual no suele existir una oficina, pero sí es interesante la disposición de una serie de locales para las entrevistas con los directores espirituales, que estén situados en un espacio neutro, que no sea la habitación o el lugar de trabajo

Cuando la organización de los estudios está gestionada por el mismo Seminario, uno de los formadores será el «coordinador de la dimensión intelectual». A él corresponde proyectar el plan de estudios, aprobado por la competente autoridad eclesiástica, y acompañar y sostener a los maestros, poniendo especial atención a su preparación académica, a su fidelidad al Magisterio y a su continua actualización. Él coordina, además, la secretaría de estudios y es responsable de la biblioteca.

del Director espiritual. Esto es particularmente necesario cuando ayudan directores espirituales externos. Es distinto que estas actividades se realicen en una sala de visitas o en salas preparadas específicamente para ello, incluso con una decoración alusiva al acompañamiento espiritual y a la misericordia de Dios. Por otro lado, está la preparación y distribución de materiales para la dirección espiritual y para los tiempos litúrgicos.

La secretaría de los estudios suele desarrollarse más en los Seminarios que realizan toda la formación intelectual sin la ayuda de una facultad. Se encarga habitualmente de la organización de las clases, los exámenes y del calendario académico. También de la relación con los profesores, organizando actividades para su formación permanente, sobre todo pedagógica, recabando y verificando particularmente los programas de las diversas asignaturas y el modo de evaluación de las mismas. Concentra las calificaciones de los seminaristas y organiza eventos de carácter intelectual. Coordina además las materias propedéuticas y ministeriales, previstas en la misma *Ratio* (RFIS, 155-157 y 176-184). La secretaría para los estudios se encarga también del cuidado, clasificación y conservación de la biblioteca y del servicio de internet. En

los Seminarios que confían parte de la formación intelectual a una facultad eclesiástica esta secretaría mantiene todas sus demás funciones, añadiendo la relación estable con la facultad. Se trata, pues, de una oficina con considerable carga de trabajo, de la que depende una parte importante de la formación.

En torno a la dimensión humana hay más diversidad. En algunos Seminarios se ha dedicado a un formador exclusivamente para este fin, sobre todo para la atención de aspectos de carácter psicológico. Aquí una actividad importante es la capacitación de los médicos y psicólogos para conseguir una intervención acertada en la formación, sea a nivel de charlas formativas o de acompañamiento personal y grupal. Cada vez se define con mayor nitidez el perfil y el tipo de intervención de estos profesionales, a los que se refiere el texto más adelante (RFIS, 145-147). Por otro lado está la formación complementaria, artística y cultural de los seminaristas, que puede abarcar una amplia gama de actividades y eventos que son significativos porque amplían su horizonte cultural, a veces limitado o pobre.

La dimensión pastoral tiene también una gama interesante de actividades, que se realiza teniendo en cuenta las condiciones de los lugares

Siempre que los seminaristas frecuenten los cursos académicos en una Universidad o Facultad, el «coordinador de la dimensión intelectual» les dará seguimiento, verificando la integración intelectual de las materias estudiadas y preparando un plan formativo complementario, que incluya los aspectos no tratados en la Universidad o Facultad.

Entre los formadores, el «coordinador de la dimensión pastoral» se ocupa de la formación pastoral, teórica y práctica. Él identifica los lugares más idóneos para la práctica pastoral, organiza las experiencias de apostolado, en diálogo con sacerdotes, religiosos y/o fieles laicos.

138*. El Ecónomo²¹, a través de la gestión administrativa, realiza una verdadera labor educativa dentro de la comunidad del Seminario. Sea consciente de la incidencia que pueden tener en los seminaristas los ambientes físicos en que viven y del valor educativo de un uso honesto y evangélico de los bienes materiales, con el fin de formar a los seminaristas en el espíritu de la pobreza sacerdotal.

21. Cf. *Directrices sobre la preparación de los educadores en los Seminarios*, n. 45: *Enchiridion Vaticanum* 13 (1996), 3228.

de apostolado. En algunos Seminarios existe una sala especial para la preparación de la actividad apostólica, con materiales, mobiliario y libros adecuados para este fin. Ganar estos espacios tiene un valor educativo sobre todo porque implica un reconocimiento de la importancia del desempeño responsable del apostolado. Tal como se hace en el ámbito de los estudios, es conveniente que la actividad apostólica sea programada y evaluada convenientemente, también a través de la correspondencia escrita con los responsables. Desde este ámbito se organizan las reuniones de los responsables del apostolado, coordinando con ellos un calendario compatible con otras responsabilidades de los seminaristas y las charlas de formación que los preparan para realizar la actividad apostólica de la mejor manera posible.

La descripción que hemos hecho del posible desarrollo de las comisiones correspondientes a cada dimensión formativa pone en evidencia el amplio trabajo que se necesita hacer en los Seminarios y la importancia de aprovechar lo mejor posible el tiempo y los recursos que estén disponibles para crear una estructura formativa útil, que cubra detalladamente los diversos aspectos de la formación.

138. El Ecónomo. El ejercicio del futuro ministerio pide una educación para la corresponsabilidad en el cuidado y sostenimiento del Seminario y de los recursos necesarios para su funcionamiento. Tal educación ha de contar con una experiencia viva del recto uso de los bienes, pues los seminaristas serán —en nombre de la Iglesia— no solo los administradores de las gracias divinas, sino además

139*. El equipo formador actúa dentro de la más amplia «comunidad educativa» y la tiene en cuenta en el cumplimiento de su misión. Por «comunidad educativa» se entiende el conjunto de los agentes implicados en la formación presbiteral: el Obispo, los formadores, los profesores, el personal administrativo, los trabajadores, las familias, las parroquias, las personas consagradas, el personal especializado y, naturalmente, los mismos seminaristas, ya que sin su plena colaboración no será posible un buen clima formativo²². Todos ellos deben ser conscientes de la función educativa que realizan y de la importancia de su coherencia de vida.

e) *Los profesores**

140*. Los profesores de los Seminarios sean nombrados por el Obispo o, en el caso de los Seminarios interdiocesanos, por los Obispos interesados, después de haber consultado, si lo consideran conveniente,

22. Cf. CIC, can. 233, § 1.

de los bienes materiales que sostengan la labor de la evangelización. Por ello, conviene implicar a los seminaristas en tareas relacionadas con la economía, desde un trabajo responsable, adecuado a su proceso, y ayudados por el testimonio del equipo formativo, con el fin de que valoren la recta administración de los bienes y crezcan en ella, de modo que en el futuro eviten el derroche innecesario, superfluo, antitestimonial.

El texto ofrece cuatro criterios para interpretar el servicio del Ecónomo: a) el valor educativo de la gestión administrativa; b) el valor formativo de los espacios físicos y del mismo edificio del Seminario; c) el aprendizaje del recto uso de los bienes; d) la formación para la pobreza sacerdotal.

139. Se introduce aquí el concepto de comunidad educativa dibujando un círculo más amplio, que incluye al

equipo formador y a los demás agentes que, directa o indirectamente, intervienen en el proceso formativo. El concepto es importante porque apunta a una comunidad que forma a través de la corresponsabilidad de todos y cada uno de sus miembros. A continuación se describen diversos grupos de estos colaboradores. A todos se les pide ser conscientes de la función educativa que se les ha confiado, lo cual implica que perciban lo que no les corresponde, y formen ante todo con su testimonio de vida. Estos dos criterios se aplicarán a los diversos agentes en los siguientes párrafos.

140-144. Se dedican cinco artículos a los profesores, probablemente a causa de la diversidad de situaciones que se dan en los Seminarios. El texto interpreta la presencia de los profesores como una misión formativa, coherente con el principio de la

al Rector y al colegio de los profesores. Este encargo, en razón de la responsabilidad formativa que comporta²³, requiere un verdadero y propio mandato. Los docentes y los seminaristas deben adherirse con plena fidelidad a la Palabra de Dios, consignada en la Escritura, transmitida en la Tradición y auténticamente interpretada por el Magisterio. Aprendan el sentido vivo de la Tradición de las obras de los Santos Padres y de los otros Doctores que en la Iglesia son tenidos en gran estima.

141*. La formación intelectual de los candidatos está bajo la responsabilidad del Rector y del equipo formador. Con la eventual presencia del «coordinador de la dimensión intelectual», los formadores garantizarán la colaboración y los encuentros regulares con los profesores y con otros expertos para tratar cuestiones relativas a la enseñanza, con el fin de favorecer, con mayor eficacia, la formación integral de los seminaristas. Los profesores se ocupen del buen desempeño de los estudios de cada seminarista. La dedicación de los seminaristas al trabajo intelectual personal, en todas las asignaturas, debe ser considerada un criterio de discernimiento vocacional y una condición para el crecimiento gradual en la fidelidad a las responsabilidades ministeriales del futuro.

23. Cf. *Pastores dabó vobis*, n. 67: AAS 84 (1992), 774-775.

formación integral. En consecuencia, los profesores, independientemente de la materia que enseñen o de si son laicos, religiosos o presbíteros, deben conocer la estructura educativa del Seminario y deben apoyar desde sus especialidades el proyecto integral de formación.

140. Siguiendo la norma del Derecho, el texto pide que los profesores sean nombrados a través de un «mandato» del Obispo (CIC, 253), teniendo en cuenta su fidelidad a la fe católica y al Magisterio. El primer y fundamental requisito para los profesores del Seminario es su testimonio de fe. Sin ello harían más daño que bien al proceso formativo.

141. Se deja claro que la gestión de los estudios en el Seminario está a cargo del Rector, ayudado por el coordinador de la dimensión intelectual, como antes se ha explicado. Este criterio vale también para los casos en que se confía a una facultad una parte de la formación intelectual. El texto deja entrever que no basta con que los seminaristas realicen los estudios en un instituto o facultad, sino que hay una labor precisa que hacer en el plano intelectual dentro del mismo Seminario. Es fundamental que se atienda la formación permanente de los profesores, particularmente lo que se refiere a los métodos de enseñanza, pues tan necesaria como el conocimiento de una materia es su

142*. En el cumplimiento de su deber, los profesores se consideren parte de una única comunidad docente²⁴ y verdaderos educadores²⁵; procuren guiar a los seminaristas hacia la unidad del saber, que encuentra su plenitud en Cristo, Camino, Verdad y Vida²⁶.

La síntesis de conocimientos, exigida al seminarista, abraza todos los demás ámbitos que se refieren a la vida sacerdotal, además del científico. Los profesores, compartiendo y secundando el proyecto formativo del Seminario en lo que les compete; estimulen y ayuden a los seminaristas a progresar, tanto en el ámbito del conocimiento y de la investigación científica, como en la vida espiritual.

143*. El número de profesores debe ser suficiente y proporcionado a las exigencias didácticas y al número de seminaristas. Es preferible que la mayoría del cuerpo docente sea constituido por presbíteros, que también puedan garantizar una aproximación pastoral a su materia, refiriéndose directamente a la experiencia personal. Estas indicaciones hallan su motivación en el hecho de que los maestros no solo transmiten nociones, sino que contribuyen a «engendrar» y formar nuevos sacerdotes²⁷.

24. Cf. *ibid.*, n. 67: AAS 84 (1992), 774-775.

25. Cf. *Directrices sobre la preparación de los educadores en los Seminarios*, n. 46: *Enchiridion Vaticanum* 13 (1996), 3229-3232.

26. Cf. *ibid.*

27. Cf. *Optatam totius*, n. 5: AAS 58 (1966), 716-717; *Directrices sobre la preparación de los educadores en los Seminarios*, n. 27: *Enchiridion Vaticanum* 13 (1996), 3196-3197.

preparación para transmitirlo. Por último se reconoce toda la importancia de la dedicación plena y seria al estudio, colocando este criterio como un argumento importante para el discernimiento de la vocación presbiteral.

142. Así como se habló de una comunidad de formadores y una comunidad educativa, el texto pide también a los profesores que se consideren parte de un cuerpo, o sea, constituyendo una «comunidad docente y educativa», parte del proyecto vocacional del Seminario y, por tanto, que no entiendan su función como meros transmisores de conocimientos y asuman una misión educativa para el mi-

nisterio sacerdotal. Cada uno de ellos ha de ser consciente de los vínculos entre la materia de estudio y el proceso formativo, y más específicamente de la inserción pedagógica de estos conocimientos en el itinerario formativo, integrando explícitamente los contenidos en las otras dimensiones de la formación. En efecto, un saber claro de materias relacionadas con cualquier aspecto de la formación, facilita y promueve el crecimiento integral de los seminaristas.

143. En este artículo se describe con más detalle el cuerpo de profesores del Seminario. El primer dato es el número de profesores, que debe

En algunas situaciones podrá considerarse conveniente la contribución educativa de miembros de Institutos de vida consagrada, de Sociedades de Vida Apostólica o de laicos. Más allá de la diversidad de la vocación, cada docente presente a los seminaristas un conocimiento del propio carisma, garantice el sentido de su pertenencia a la Iglesia y ofrezca un coherente testimonio de vida evangélica.

144*. Los profesores deben poseer el título académico pertinente²⁸: para las ciencias sagradas y la filosofía, se requiere al menos una licencia o el título equivalente; para las otras disciplinas, los grados académicos correspondientes. Dotados de experiencia y capacidad en el ámbito pedagógico, los docentes han de tener un conocimiento conveniente de las disciplinas afines a la que enseñan²⁹.

28. Cf. CIC, can. 253, § 1.

29. Cf. *Directrices sobre la preparación de los educadores en los Seminarios*, n. 62: *Enchiridion Vaticanum* 13 (1996), 3256.

adecuarse a la cantidad de seminaristas y a las exigencias didácticas. Se da a entender que se considera superado el régimen precario del cuerpo de profesores de algunos Seminarios en el pasado, donde había un solo profesor de cada especialidad que asumía demasiadas materias. La diócesis se compromete así a preparar profesores, de modo que se imparta la enseñanza desde una diversidad de puntos de vista y con calidad pedagógica.

El texto sugiere que la mayoría de los profesores sean sacerdotes, pues se trata de formar presbíteros. También se puede y se debe invitar a intervenir como profesores a laicos y religiosos, y luego se apuntará al aporte de la mujer también en el ámbito intelectual. Estas presencias deben ser valoradas una por una y debe garantizarse el sentido testimonial y carismático que corresponde a su vocación. El criterio de un tes-

timonio de vida evangélica también se aplica, de una manera particular, a los profesores presbíteros, que deben edificar a los seminaristas con el ejemplo de su vida.

144. Este último artículo se refiere a la cualificación de los profesores. Han de tener la formación y el título académico correspondiente en las materias que enseñan, con la experiencia y con la actitud de servicio de quien es testigo de la verdad y de la vida. Pero también han de contar explícitamente con una preparación pedagógica y didáctica. Esta insistencia que se repite siempre que la *Ratio* habla de los profesores está mostrando un dato importante de la realidad: en algunas ocasiones ha faltado a los profesores la preparación pedagógica, particularmente a los del ámbito filosófico y teológico, obstaculizando este hecho seriamente una adecuada formación intelectual.

f) *Los especialistas**

145*. Varios especialistas pueden ser invitados a ofrecer su contribución, por ejemplo, en el ámbito médico, pedagógico, artístico, ecológico, administrativo y en el uso de los medios de comunicación.

145-147. La *Ratio* dedica tres artículos a los especialistas que pueden intervenir en la formación sacerdotal, considerándolos verdaderos agentes de formación e integrados en la comunidad educativa del Seminario. Así, cambia el concepto desde el especialista que actuaba puntualmente y sólo como profesional cualificado, hacia una nueva perspectiva, desde la que se considera un equipo de profesionales que colabora habitualmente en la tarea formativa. Cada vez es más frecuente que los Seminarios cuenten con este equipo de profesionales, que interpretan su saber desde una antropología cristiana e intervienen como miembros de la comunidad de fe y conscientes de los valores sacerdotales y de la dinámica propia de los procesos formativos. La coordinación de este grupo recae a veces en el Rector o, cuando existe, en el coordinador de la dimensión humana.

145. Conviene señalar dos modos de intervención de los profesionales. El primero, de carácter sistemático y preventivo, que educa a los seminaristas en lo referente a las distintas áreas profesionales. Aquí pueden actuar como profesores de algunas asignaturas, por ejemplo, introducción a la psicología o a la sociología, o impartiendo charlas de formación. El otro modo de intervención es la asesoría personalizada, por ejemplo,

la consulta médica o la terapia psicológica. El texto hace referencia explícita a varias áreas profesionales:

La medicina. El aspecto médico del cuidado de la salud tiene importancia en el Seminario porque orienta el recurso a la medicina para toda la vida sacerdotal en dos sentidos: a) fomentando la prevención, de modo que se eviten situaciones de deterioro de la salud que son frecuentes entre los sacerdotes, y b) el uso adecuado de los fármacos, caracterizado por la moderación y la consulta al médico, y evitando la práctica, también frecuente entre los presbíteros, de auto-rece-tarse. Por otro lado, siempre es útil en una comunidad contar con un médico de confianza, al que puedan acudir los seminaristas para tratarse problemas transitorios de salud.

La pedagogía. La preparación pedagógica y didáctica de los presbíteros suele ser escasa. Esto es grave, porque gran parte de su ministerio se dedica a la enseñanza. Además, es habitual que los profesores de filosofía y teología carezcan de preparación didáctica, con lo cual se tiende a establecer un círculo vicioso, alejando también a los seminaristas de una capacitación pedagógica adecuada. Un ámbito importante de intervención de los pedagogos es la formación didáctica de los profesores del Seminario, en particular de los que son sacerdotes, en varias líneas: el diseño de

146*. En el itinerario formativo para el presbiterado, la presencia y la aportación de los especialistas en determinadas disciplinas es útil por su calidad profesional y por la ayuda que pueden ofrecer, cuando las situaciones particulares lo requieran. En la selección de los especialistas,

programaciones de clase, la distribución del tiempo de clase, los métodos de evaluación, etc. Otro ámbito es la asesoría para elaborar el proyecto formativo del Seminario, sobre todo a la hora de estructurar objetivos y de diseñar los materiales y momentos de encuentro para los seminaristas. Un tercer ámbito es la preparación pedagógica de los seminaristas, que puede abrazar las ocasiones más frecuentes en que instruyen al pueblo de Dios: la homilía, la catequesis, ámbitos específicos como la pastoral juvenil, la pastoral familiar y otros.

Las artes. La formación de los seminaristas ha de dotarlos también de sensibilidad artística y cultural. Se puede pensar en lecciones de historia del arte y de apreciación artística. También en la preparación para la creación y conservación del arte religioso, que habitualmente corresponde a los párrocos. Es deseable suscitar experiencias estéticas para que los seminaristas se abran a nuevas sensibilidades en el mundo del arte, de modo que esta actitud de apertura se mantenga a lo largo de la formación permanente. Merece particular atención la formación musical de los seminaristas, que en el futuro coordinarán el servicio de los coros parroquiales y en ocasiones ejecutarán el canto en la liturgia, ya desde el mismo Seminario, especialmente en el canto de los salmos y en la participación en el canto litúrgico.

La ecología. Representa un punto sensible de la sociedad actual que la formación sacerdotal no ha de descuidar. La intervención de especialistas en esta área puede tocar actividades ordinarias del Seminario, como el cuidado de los jardines, la limpieza de la casa y la gestión de la basura. Además, conviene despertar la sensibilidad ante la obra de la creación y la disposición a guiar al pueblo de Dios hacia la protección de la naturaleza.

La administración. Casi todos los seminaristas serán en el futuro administradores de los bienes eclesiales y deberán presentar reportes contables, tanto en el ámbito eclesial como en el civil. A menudo se ha descuidado este aspecto en la formación. Es deseable que un profesional de esta área inicie a los seminaristas en administración y contabilidad, en gestión de bancos y pago de impuestos. También conviene una formación para la administración sirviéndose de los medios electrónicos.

La comunicación. Los artículos 97-100 de la *Ratio* se han dedicado al uso de los medios de comunicación como parte de la formación sacerdotal. Es necesaria también una formación más amplia para comunicar, arte que continuamente ponen en práctica los presbíteros. Desde una buena teoría de la comunicación hasta el uso de los micrófonos, la elaboración de carteles y otros medios que son utilizados continuamente en

además de sus cualidades humanas y de su competencia específica, se debe tener en cuenta su perfil como creyentes³⁰. Los seminaristas adviertan y consideren su presencia no como una imposición, sino como el ofrecimiento de una ayuda valiosa y cualificada para sus eventuales necesidades. Cada especialista debe limitarse a intervenir en el campo que le es propio, sin pronunciarse sobre la idoneidad de los seminaristas para el sacerdocio.

147*. La aportación de los psicólogos es valiosa, tanto para los formadores como para los seminaristas, principalmente en dos momentos: en la valoración de la personalidad, expresando una opinión sobre el estado de salud psíquica del candidato; y en el acompañamiento terapéutico,

30. Cf. *ibid.*, n. 64: *Enchiridion Vaticanum* 13 (1996), 3258.

la evangelización. Que el sacerdote, que va a coordinar este tipo de acciones, cuente con una teoría consistente de la comunicación y no ignore el fundamento y funcionamiento de los medios con que cuenta.

146. Este artículo aborda los criterios de selección de los especialistas. Con frecuencia y con normalidad, será necesaria la aportación cualificada de especialistas. Por ello debe tenerse como bueno y necesario, y ser muy valorado, el aporte de personas especializadas en aspectos significativos del candidato al sacerdocio y para la misión evangelizadora.

Se mencionan tres condiciones fundamentales: un grado de madurez personal que les permita actuar con autoridad, una adecuada competencia profesional que les haga certeros en sus intervenciones y una identidad cristiana y discipular que les permita comprender los valores sacerdotales. En ocasiones ha sido contraproducente la intervención de algunos profesionales que han carecido de estas

condiciones. Además el texto añade una referencia a la prudencia en lo que se refiere al juicio sobre la idoneidad de los seminaristas, que nunca corresponde a los especialistas.

147. Este artículo se dedica al área psicológica. La dilatada experiencia de la Iglesia en el proceso de discernimiento, verificación y formación de los futuros candidatos al sacramento del Orden, enseña que conviene contar con profesionales (pedagogía, psicología, medicina) capaces de orientar en determinados momentos del proceso discernidor y formativo del seminarista. Los psicólogos y psiquiatras juegan aquí un papel particular. Se señalan dos momentos fundamentales: el de la valoración de la personalidad, que puede hacerse antes de la admisión al Seminario y en otros momentos del proceso, y el del acompañamiento terapéutico.

La valoración de la personalidad. La primera valoración de la personalidad, que suele incluirse en el proceso previo al ingreso al Seminario, se

para iluminar eventuales problemáticas y ayudarlo en el desarrollo de la madurez humana³¹. Algunas normas a tener en cuenta en el uso de esta ciencia serán presentadas en el capítulo VIII.

g) *La familia, la parroquia u otras realidades eclesiales**

148*. Habitualmente la vocación surge dentro de un contexto comunitario, en el cual el seminarista ha vivido una experiencia de fe significativa. Por esta razón, la formación sacerdotal inicial debe tener en

31. Cf. *Orientaciones para la utilización de las competencias de la psicología en la admisión y en la formación de los candidatos al sacerdocio: Enchiridion Vaticanum* 25 (2011), 1239-1289.

considera necesaria. Gracias a esta primera valoración se pueden detectar problemas psíquicos que eventualmente constituyen impedimentos para la admisión. La amplitud de esta valoración depende en alguna medida de la cultura y de los recursos económicos del Seminario. En cualquier caso conviene incluirla como auxiliar del discernimiento vocacional. La primera valoración ofrece también valiosas orientaciones para el proceso de maduración de cada seminarista, que serán útiles tanto para el interesado como para los formadores. Esta valoración puede repetirse en momentos significativos del proceso para verificar la evolución de la personalidad, especialmente en casos en que los formadores lo juzguen oportuno.

El acompañamiento terapéutico. Dentro de este genérico acompañamiento caben distintas opciones: la terapia psicológica o psiquiátrica que dura hasta que se da de alta al paciente, la entrevista puntual de orientación que se limita a un periodo determinado, y la terapia grupal. Este acompañamiento también puede tener carácter preventivo. Es importante señalar

que el Seminario es una comunidad formativa en la que se requiere cierto nivel de salud física y psíquica. Por ello los procesos terapéuticos como tales no deben ser generalizados y siempre han de ir precedidos y envueltos por el acompañamiento de los formadores y del Director espiritual. En el capítulo VIII se abordarán las condiciones jurídicas del manejo de los informes psicológicos.

148-149. Como ya se ha señalado en diferentes apartados de este capítulo VI, todo el devenir formativo será articulado por los diversos responsables, en el marco de la función que a cada uno le compete. En ello, toda la comunidad eclesial: la familia, la parroquia, los educadores y los diversos movimientos eclesiales, constituyen referencias comunitarias de gran valor para la labor formativa del Seminario, ayudando a un mejor discernimiento vocacional.

148. Dentro de este conjunto formativo y discernidor es fundamental la familia, ámbito del nacimiento, desarrollo y decisión vocacional del

consideración dicho interlocutor. Tanto la familia como la parroquia de origen o de referencia y, a veces, otras realidades eclesiales comunitarias³², contribuyen a sostener y nutrir, de modo significativo, la vocación de los llamados al sacerdocio, tanto durante el período de la formación, como a lo largo de la vida del presbítero³³.

Efectivamente, «los vínculos familiares son fundamentales para fortalecer la sana autoestima de los seminaristas. Por ello es importante que las familias acompañen todo el proceso del seminario y del sacerdocio, ya que ayudan a fortalecerlo de un modo realista»³⁴.

Al mismo tiempo, el proceso formativo debe educar, desde su inicio, para una libertad interior que permita la justa autonomía en el ejercicio del ministerio y una sana distancia de eventuales expectativas de parte de la familia, ya que la llamada del Maestro exige «poner la mano en el arado, sin mirar hacia atrás» (cf. Lc 9, 62).

32. Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Iuvenescit Ecclesia* a los Obispos de la Iglesia católica sobre la relación entre los dones jerárquicos y carismáticos para la vida y misión de la Iglesia (15 de mayo de 2016): *L'Osservatore Romano* 135 (15 de junio de 2016), 1, 4-5; *ibid.* 136 (16 de junio 2016), 7.

33. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 68: AAS 84 (1992), 775-778.

34. *Amoris laetitia*, n. 203.

seminarista. Es muy importante que la *Ratio fundamentalis* señale a la familia como agente de formación en el Seminario, que esta realmente lo sea y que el Seminario la considere parte de su misión formativa. De hecho, sin la colaboración de la familia sería difícil que el seminarista asimilara aspectos fundamentales de la propia formación.

El segundo párrafo y el siguiente artículo versan sobre el proceso que cada seminarista necesita hacer en relación con su familia de origen, de modo que, conservando el entrañable vínculo, pueda alcanzar la «justa autonomía» respecto de ella. Para tal fin será necesario reconocer y aceptar la propia realidad familiar y trabajar asiduamente en una nueva interpretación de los lazos familiares, como

hicieron tantos santos a lo largo de la historia de la Iglesia. Todo debe apuntar hacia una postura adecuada de la familia en relación al ministerio sacerdotal de uno de sus miembros.

La parroquia de origen y otras referencias de comunidad cristiana requieren un proceso similar. Los seminaristas han aprendido en sus comunidades de origen algunos valores de la fe y ciertas dinámicas que aplican espontáneamente en la comunidad formativa del Seminario. Sin embargo, también estos lazos entrañables necesitan ser reconocidos e interpretados desde una clave pastoral más amplia, pues en dichas comunidades siempre hay fortalezas y debilidades. Este análisis e interpretación de la comunidad cristiana de origen tiene una especial importancia

149*. El Seminario no solo debe desarrollar una tarea educativa con los seminaristas, sino también debe emprender una verdadera acción pastoral en relación con sus familias. Es necesario que, con realismo y madurez humana y cristiana, los seminaristas sepan reconocer y aceptar la propia realidad familiar, afrontar eventuales problemas y, también cuando sea posible, compartir con ella el propio proyecto vocacional. El trabajo pastoral del Seminario en relación con las familias de los seminaristas contribuye tanto a la maduración cristiana de la misma, como a la aceptación de la llamada al sacerdocio de uno de sus miembros, considerándola como una bendición, valorándola y sosteniéndola durante toda la vida.

en el caso de las vocaciones nacidas de movimientos eclesiales, de modo que la misión del pastor sea valorada por el seminarista en toda su amplitud, y no solo desde la perspectiva limitada de un movimiento eclesial o una parroquia concreta. Reconociendo las aportaciones positivas de la comunidad de origen, debe quedar claro que el seminarista recibirá la ordenación presbiteral para servir a la Iglesia entera, y no a un movimiento concreto. Esto es un fruto del proceso formativo.

149. Este artículo hace referencia a la acción pastoral que el Seminario realiza con las familias de los seminaristas y formadores. La vocación de uno de sus miembros debe ser considerada una gracia para la familia, don de Dios que requiere de un cuidado pastoral. Así la familia que es referente formativo para el seminarista y lo seguirá siendo a lo largo de toda la vida, es al mismo tiempo destinataria de una acción educativa, tanto en sentido humano como cristiano. Hay que poner los medios para que el seminarista pueda compartir

su proyecto sacerdotal con la familia, encontrando en ella un apoyo incondicional y un referente de comprensión y estabilidad. Sin embargo el texto reconoce que esto no siempre es posible.

Teniendo presente lo indicado en los párrafos previos de estos números, es oportuno que los seminaristas conozcan cada una de las realidades que conforman la Iglesia particular, también a través de experiencias pastorales. De igual importancia es que las comunidades eclesiales visiten el Seminario y lo sientan como «el corazón de la Diócesis». Sería de desear que estos espacios de convivencia y de enriquecimiento mutuo estuvieran organizados ponderadamente, dentro del proceso formativo, mediante encuentros entre la comunidad educativa del Seminario y cada una de las realidades pastorales que hay en la Diócesis, que faciliten la formación, la oración, el crecimiento espiritual y la labor pastoral, pues serán los futuros presbíteros de dichas comunidades. Lo que no se conoce, no se puede amar en profundidad y sentir como propio.

h) *Vida consagrada y laicos en la formación*

150*. La presencia de laicos y personas consagradas en el Seminario representa un importante punto de referencia en el itinerario formativo de los candidatos. Los seminaristas son formados en la estima de los diversos carismas presentes en la comunidad diocesana; el presbítero, efectivamente, tiene el deber de animar la diversidad de los carismas dentro de la Iglesia. La vida consagrada representa un signo, elocuente y atrayente, de radicalidad evangélica y de disponibilidad al servicio. A su vez, los fieles laicos cooperan con la misión evangelizadora de Cristo y ofrecen edificantes testimonios de coherencia y de opciones de vida según el Evangelio³⁵.

151*. La presencia de la mujer en el proceso formativo del Seminario, entre los especialistas en el ámbito de la enseñanza, del apostolado, de las familias o del servicio a la comunidad, tiene por sí misma un valor formativo, también en orden al reconocimiento de la complementariedad entre varón y mujer. Las mujeres representan con frecuencia una presencia numéricamente mayoritaria entre los destinatarios y los colaboradores de la acción pastoral del sacerdote, ofreciendo un edificante testimonio de humilde, generoso y desinteresado servicio³⁶.

35. *Ibid.*, n. 162: «Quienes han sido llamados a la virginidad pueden encontrar en algunos matrimonios un signo claro de la generosa e inquebrantable fidelidad de Dios a su Alianza, que estimule sus corazones a una disponibilidad más concreta y oblativa».

36. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 66: AAS 84 (1992), 772-774; Juan Pablo II, Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici* (30 de diciembre de 1988), nn. 49 y 51: AAS 81 (1989), 487-489 y 491-496.

150. Sin duda, para la vida del Seminario resulta beneficiosa la presencia de personas consagradas y laicos, tanto en el ámbito formativo como en el testimonial. Su ser y carisma aportarán luz en el proceso formativo y discernidor de los seminaristas y a su misma identidad presbiteral. Cada Iglesia particular es rica en multitud de carismas y ministerios; es sumamente importante que el seminarista tenga conocimiento y experiencia de los diferentes carismas y ministerios que existen tanto en la Iglesia universal como en la local. Este conocimiento,

junto con la riqueza y experiencia que recibirá, enriquecerá su vida y su futuro ministerio, y será una ayuda para la responsabilidad que tendrá en el discernimiento de los carismas y en su adecuada animación e integración en la comunidad cristiana.

151. Se ha reservado este artículo para poner de relieve la importancia de la intervención de la mujer en el proceso formativo. Se señalan algunos ámbitos, profundamente complementarios entre sí, que ponen en evidencia la riqueza del aporte femenino:

i) *Formación permanente de todos los agentes*

152*. El compromiso de los agentes de la formación puede ser descrito como una disposición interior, arraigada en una intensa experiencia espiritual y orientada por un constante discernimiento, que les permite aprender de la vida y de las diversas circunstancias, y reconocer en ellas la acción providencial de Dios en el propio proceso cristiano o sacerdotal. Desde la profundidad de esta disposición se mide la calidad del servicio ofrecido a los seminaristas y, al mismo tiempo, de ella depende un sereno clima formativo en el Seminario.

como profesoras, según su preparación; como agentes que introducen a los seminaristas al servicio pastoral; como madres, abuelas y hermanas, en el ámbito de la familia; como trabajadoras en la comunidad formativa.

La complementariedad entre varón y mujer suele ser una asignatura pendiente, también en el ambiente eclesial. La relación con mujeres que dan ejemplo de vida cristiana, de prudencia humana y de cualificación profesional, debe ayudar a los seminaristas a resituar su vínculo con la realidad femenina. Esto es crucial para la vivencia del celibato y, después, para el ejercicio del ministerio, en el que estarán tan presentes las mujeres. El seminarista debe aprender de ellas y apreciar el indudable valor de su testimonio de vida.

152. Finaliza este capítulo sobre los agentes de la formación con una invitación al compromiso de enriquecer constantemente la formación de los mismos, para un mejor servicio a la Iglesia, a la pastoral vocacional y a la formación de los seminaristas, creciendo constantemente, con la gracia de Dios y las aportaciones de la ciencia, en la disposición al servi-

cio del acompañamiento y del discernimiento de la vida ministerial. Es interesante que se incluya a todos los agentes, sacerdotes, religiosos y laicos, pues así se reconoce que para cada uno de ellos la colaboración en el Seminario es una ocasión significativa de formación permanente. La etapa de su vida en la que les toca colaborar con la formación se interpreta como un momento especial de gracia, que les ayudará a vivir mejor su propia vocación y a conservar para siempre un talante formativo y un particular interés por la vocación sacerdotal.

Un análisis certero sobre qué se debe renovar en la formación, así como en la adquisición de los necesarios conocimientos, actitudes y métodos apostólicos... les permitirán no solo una actualización, sino estar a la altura del servicio encomendado.

El segundo párrafo se refiere en particular a los sacerdotes del equipo formador. Para ellos la oportunidad de servir en el Seminario debe transformarse, de ordinario, en una notoria sensibilidad y disponibilidad para la pastoral presbiteral. Esta es una consecuencia del vínculo profundo entre pastoral vocacional, formación inicial y formación permanente.

Los formadores, en el ejercicio de su misión, descubren una oportunidad de crecimiento y pueden reconocer el carisma específico del acompañamiento vocacional y de la vida sacerdotal, como llamada que los enriquece personalmente. En este sentido, el Seminario puede llegar a ser una escuela que prepara a los responsables para la formación permanente. Quien ha sido formador en el Seminario adquiere una particular sensibilidad y una rica experiencia para, posteriormente, poder acompañar la formación permanente del Clero³⁷.

37. Cf. *Pastores dabó vobis.*, nn. 70-81: AAS 84 (1992), 778-800.

VII

ORGANIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS*

153*. «La formación intelectual de los candidatos al sacerdocio encuentra su justificación específica en la naturaleza misma del ministerio ordenado y manifiesta su urgencia actual ante el reto de la nueva evangelización, a la que el Señor llama a su Iglesia»¹. Para garantizar a los futuros sacerdotes una adecuada formación intelectual, todas las disciplinas se enseñarán resaltando claramente su íntima conexión, evitando la fragmentación. Se trata de un recorrido unitario, integral², del que todas las materias son «piezas» importantes en la presentación del misterio de Cristo y de la Iglesia, y para hacer madurar una visión auténticamente cristiana del hombre y del mundo.

*«La situación actual, marcada gravemente por la indiferencia religiosa y por una difundida desconfianza en la verdadera capacidad de la razón para alcanzar la verdad objetiva y universal, así como por los

1. *Pastores Dabo Vobis*, n. 51: AAS 84 (1992), 748.

2. Cf. CIC, can. 254, § 1.

153-154. El marco de la organización de los estudios se encuentra en la introducción y en los números 116-118, que tratan sobre la dimensión intelectual. En la introducción se presenta el *Ordo studiorum* con un carácter normativo, teniendo como base al menos seis años de filosofía y teología, «incluyendo el programa de estudios de la etapa propedéutica y las asignaturas relativas al ejercicio del ministerio». Lo más significativo de los artículos referidos a la dimensión intelectual es la afirmación de que la formación intelectual está al servicio del ministerio pastoral; incide en la formación humana y espiritual; dispone a los seminaristas para escuchar con profundidad la Palabra de Dios y también a la comunidad

eclesial, para aprender a escrutar los signos de los tiempos (cf. RFIS, 117).

En el número 153 hallamos los elementos que justifican la formación intelectual, los criterios que pueden ayudar a garantizar una sólida formación y las realidades actuales que influyen en la formación de los seminaristas y a la vez se tornan desafíos para el anuncio de la alegría del Evangelio. El número 154 es más práctico, dando orientaciones para la preparar y adaptar los planes de estudio en la *Ratio nationalis*.

153a. Teniendo como referente la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, la *Ratio fundamentalis* presenta los elementos que justifican la formación intelectual: la naturaleza mis-

problemas y nuevos interrogantes provocados por los descubrimientos científicos y tecnológicos, exige un excelente nivel de formación intelectual que haga a los sacerdotes capaces de anunciar, precisamente en este contexto, el inmutable Evangelio de Cristo y hacerlo creíble frente a las legítimas exigencias de la razón humana. Añádase, además, que el actual fenómeno del pluralismo, acentuado más que nunca en el ámbito no sólo de la sociedad humana, sino también de la misma comunidad

ma del ministerio y los desafíos de la nueva evangelización. El criterio usado para garantizar una buena formación intelectual es la íntima conexión entre las disciplinas que se enseñan. Al subrayar que el camino formativo debe ser unitario e integral, citando el Código de Derecho Canónico hace un llamado a los profesores «para preocuparse por la íntima unidad y armonía de toda la doctrina de la fe» (cf. CIC, 254 § 1), centrándose en la presentación del misterio de Cristo y de la Iglesia. En relación a estos desafíos, algunos especialistas nos recuerdan que la *ars theologica* es una especie de arte combinatoria que consiste en la capacidad de articular un tema con otro. Ya el Concilio Vaticano I afirmó que es necesario el «nexo entre los misterios» (DS, 3016). La finalidad de ese camino inicial es conseguir que el seminarista pueda madurar una visión auténticamente cristiana de Dios, del hombre y del mundo. En el lenguaje de los Santos Padres, la finalidad de la formación intelectual consiste en curar la «enfermedad» que hace considerar los seres independientes de Dios, sin la capacidad de transparentar lo trascendente.

153b. Al presentar la situación actual, el texto cita *Pastores dabo vobis*.

Podemos recoger algunas características de la cultura de la época para evaluar cómo se manifiestan en las realidades locales: a) en relación al ambiente cultural, que se presentan como desafíos de la nueva evangelización, y también b) cómo están presentes en la *forma mentis* de los mismos seminaristas. Los temas que pueden ser descritos en las realidades locales para la elaboración de la *Ratio nationalis* son: 1. indiferencia religiosa; 2. desconfianza relativa a las reales capacidades de la razón para llegar a la verdad; 3. problemas e interrogantes nuevos provocados por los descubrimientos científicos y tecnológicos; 4. pluralismo en la sociedad y en la comunidad eclesial.

Como otra cara de la misma moneda encontramos en la actualidad realidades que condicionan la capacidad y el deseo de buscar la inteligencia de la fe: pentecostalismo, fideísmo y fundamentalismos alienantes (delegación la inteligencia de la fe a otro: profeta / guía) y cerrazón al diálogo. Esas realidades exigen de los profesores y seminaristas un excelente nivel de formación y una aptitud para el discernimiento crítico de la realidad y de la propia experiencia en vistas al anuncio de la alegría del Evangelio (*Evangelii gaudium*).

eclesial, requiere una aptitud especial para el discernimiento crítico: es un motivo ulterior que demuestra la necesidad de una formación intelectual más sólida que nunca»³.

154*. A continuación se proponen las diversas disciplinas que configuran el plan general de los estudios. En la *Ratio nationalis* deberán definirse las materias que corresponden a la formación intelectual en cada etapa formativa, indicando brevemente los objetivos de cada disciplina, su lugar en el conjunto, el programa y su distribución en años y semestres, señalando el número de créditos atribuidos a cada curso.

El estudio de las materias propedéuticas deberá ocupar al menos un año; los estudios de filosofía, al menos un bienio o el número de horas semestrales equivalente, según el sistema escolar vigente en algunos países, los estudios de teología se prolongarán al menos por cuatro años (o el número de horas semestrales proporcional), de modo que, en

3. *Pastores dabо vobis*, n. 51: AAS 84 (1992), 749.

154. Se indican aquí algunos criterios cuantitativos y cualitativos para preparar los planes de estudio en la *Ratio nationalis*. Acerca de los tiempos, como se dijo ya, la base son los seis años de la filosofía y la teología. Antes de ese periodo las materias propedéuticas deben ocupar al menos un año. Según el sistema escolar vigente en cada país, la filosofía debe corresponder al menos a un bienio y la teología a un cuatrienio, o al número de horas semestrales proporcionales. Para la elaboración general del programa de estudios se deben tener en cuenta las diversas realidades que existen en una misma nación, como Seminarios que tienen el centro de estudios dentro de la misma casa; Seminarios que tienen la casa de formación cerca de un centro de estudios común a donde son enviados los seminaristas; regiones donde abundan los profesores y otras donde escasean; centros de estudios que

ejecutan el programa de manera continuada y otros de manera cíclica, etc.

Por dicho motivo, para la adaptación en la *Ratio nationalis* es recomendable que se definan los elementos mínimos: el tiempo (años/semestres), el programa de las disciplinas de cada curso (propedéutico, filosófico, teológico y ministeriales) y de cada disciplina los objetivos y horas/créditos. Incluir más detalles podría ser perjudicial y hasta llevar a la extinción de centros de estudios más modestos. En todo caso, se percibe en el documento la conciencia de una «tensión saludable» entre lo que constituye una estructura esencial (de carácter normativo) propuesta para toda la Iglesia y la necesidad de una «aplicación adaptada» por las Conferencias episcopales, Seminarios y Casas de Formación, con sus tradiciones formativas, posibilidades reales y necesidades pastorales (cf. RFIS, 154c).

su conjunto, los estudios teológicos y filosóficos comprendan al menos un sexenio⁴ (o, según otros programas de estudios, la cantidad de materias que incluye comúnmente un sexenio).

Las materias indicadas a continuación para los estudios propedéuticos, filosóficos y teológicos, junto con las materias «ministeriales», constituyen la estructura esencial de los estudios en los Seminarios y en todas las Casas de formación, podrán ser integradas y adaptadas por las Conferencias Episcopales, considerando su propia tradición formativa y sus específicas necesidades pastorales.

a) *Estudio de las materias propedéuticas**

155*. Aunque se trata de una etapa previa y preparatoria al estudio filosófico y teológico, la propedéutica pone el acento no sólo en el

4. Cf. CIC, can. 250.

155-157. A modo de introducción y con la intención de situar el estudio de las materias propedéuticas en el contexto de dicha etapa, exponemos una síntesis de los números 57 al 60.

La etapa propedéutica es la primera de las cuatro grandes etapas en las que se divide la formación inicial (cf. RFIS, 57). La experiencia enseña que es necesario dedicar un «tiempo introductorio» no inferior a un año (cf. RFIS, 59) en el que los seminaristas se prepararán para iniciar los estudios eclesiales. Los procedentes del Seminario menor también necesitarán un tiempo de propedéutico para centrarse en el objetivo principal: discernir la conveniencia de continuar la formación sacerdotal o emprender otro camino de vida (cf. RFIS, 59).

Este discernimiento se hará sentando las bases para la vida espiritual y favoreciendo un autoconocimiento, con vistas al desarrollo personal. Es crucial en esta etapa: la introducción

a la vida de oración, a la vida litúrgica y sobre todo a la experiencia comunitaria, cultivar el hábito de lectura, de estudio periódico y de debate sobre temas relevantes, estimular la búsqueda permanente de informaciones rigurosa sobre la realidad social, política y eclesial del entorno, llenar lagunas académicas y lingüísticas completando la formación cultural si fuese preciso (cf. RFIS, 59).

En síntesis, durante la etapa propedéutica es fundamental cuidar de tres momentos que ayudarán notablemente en el discernimiento vocacional (cf. RFIS, 60): 1. Sentar las bases para una buena formación humana y cristiana. 2. Cultivar la relación con el Obispo y el presbiterio. 3. Conocer en la medida de lo posible las diferentes realidades de la diócesis.

155. Nótese que el acento se pone en sentar las bases de la formación, teniendo en cuenta sobre todo

aspecto intelectual, «sino también y sobre todo humano y espiritual»⁵; «en particular, es urgente garantizar un justo equilibrio entre el aspecto humano-espiritual y el cultural, con el fin de evitar la multiplicación excesiva de materias de estudio, que vaya en detrimento de la formación propiamente religiosa y sacerdotal»⁶.

156*. Al elegir las materias a tratar durante el período propedéutico, conviene tener presente la situación de la sociedad y de la Iglesia particular en que se desarrolla el proyecto educativo. Deberá garantizarse la solidez de los elementos esenciales de la formación intelectual, que facilitarán todo el proceso formativo.

Se procure garantizar «un conocimiento bastante amplio de la doctrina de la fe»⁷ y de los elementos de comprensión del ministerio presbital y, además, remediar las eventuales deficiencias que tuviesen los candidatos al sacerdocio al término de los estudios secundarios en los ámbitos necesarios para ellos.

157*. A continuación se presenta, a modo de ejemplo, un elenco de algunas materias que pueden incluir los estudios propedéuticos:

5. *El período propedéutico*, III, n. 1.

6. *Ibid.*, III, n. 6.

7. *Pastores dabo vobis*, n. 62: AAS 84 (1992), 767.

los aspectos humano, espiritual y el cultural; para esto es de suma importancia evitar una multiplicación excesiva de materias de estudio. Consecuentemente se impone hacer una selección, priorizando la introducción a diversos objetos de estudio y en armonía con los contenidos del proyecto formativo de la etapa.

156. La elección de las materias en esta etapa deberá tener en cuenta dos polos importantes: el carácter introductorio de la etapa propedéutica y el contexto socio-ecclesial de la diócesis y de los seminaristas. Lo que se debe buscar en esta etapa es un conocimiento general de los principios bíblicos, magisteriales y doctrinales que fundamentan la propia experien-

cia de fe y posibilitan un primer discernimiento de la vocación. También es importante ayudar a sanar las deficiencias académicas e intelectuales que los seminaristas puedan arrastrar desde el período escolar.

157. Se presenta aquí un elenco de posibles materias. Se da a entender que el currículum de la etapa propedéutica es flexible, según las condiciones de la diócesis y las necesidades de los seminaristas. El texto hace una clasificación de las materias por bloques, que conviene comentar brevemente:

En torno a la Sagrada Escritura interesa particularmente garantizar que los seminaristas hagan una aproximación a la lectura creyente de la

a) Iniciación a la lectura de la Sagrada Escritura, que permita un primer conocimiento de la Biblia en todas sus partes.

b) Introducción al misterio de Cristo⁸ y de la Iglesia, a la teología del sacerdocio y a la liturgia, mediante el estudio del *Catecismo de la Iglesia Católica* y de los libros litúrgicos.

c) Introducción a los documentos del Concilio Vaticano II y al Magisterio de la Iglesia, sobre todo el Magisterio Pontificio.

d) Elementos de espiritualidad presbiteral, con especial atención a las principales «escuelas» espirituales y a los santos que han ofrecido el testimonio de una vida sacerdotal ejemplar.

8. Cf. *El período propedéutico*, III, n. 2. En general, el curso de introducción al misterio de Cristo procura situar a los seminaristas en el significado de los estudios eclesiológicos, su estructura y su fin pastoral; al mismo tiempo, junto a la atenta lectura de la Palabra de Dios, también pretende ayudar a los seminaristas para que puedan dar un sólido fundamento a su fe, entender más profundamente y abrazar con mayor madurez la vocación sacerdotal.

Biblia, acogiendo en la medida de lo posible la totalidad del texto bíblico, es decir, al menos una aproximación tanto al Antiguo como al Nuevo Testamento, procurando superar las dificultades de comprensión que los seminaristas puedan experimentar. Esta será la base para la meditación de la Escritura durante la etapa discipular y configuradora y después para el estudio sistemático de la Sagrada Escritura. Es evidente el nexo entre este estudio y los objetivos de la formación. El itinerario formativo puede incluir una ceremonia de entrega de la Biblia que ponga de relieve la importancia de la Palabra de Dios en la vida del creyente y en el proceso formativo. Existen manuales clásicos de historia de la salvación que procuran una visión integral del texto bíblico.

Un segundo elemento es el estudio de la doctrina cristiana que, lógicamente, la mayoría de los seminaristas conocen parcialmente. El texto señala como instrumento fundamen-

tal el catecismo de la Iglesia Católica. Las partes del catecismo pueden ser un referente importante para la confección del itinerario formativo: Palabra de Dios, vida sacramental, catequesis cristológica, moral cristiana. Nuevamente surge el nexo entre el estudio y el plan de formación. Además, se pone un fundamento para el estudio de la teología.

En tercer lugar se insiste en la aproximación a los documentos del Concilio Vaticano II y al Magisterio reciente de la Iglesia. Se trata de situar a los seminaristas en el contexto de la Iglesia actual, tal como hace el Concilio Vaticano II. Tiene una gran importancia que desde el mismo inicio de la formación se afirme la referencia a la Iglesia en la que los seminaristas serán pastores, evitando los anacronismos, sea en el contenido teológico como en las formas externas.

Después se presenta un bloque de doctrina presbiteral, que incluye la comprensión del sacerdocio y la

e) Elementos de historia de la Iglesia universal y de la Iglesia local, especialmente desde el punto de vista misionero.

f) Hagiografía de los santos y beatos propios de la diócesis o de la región.

g) Elementos de cultura humanística, mediante el conocimiento de obras de autores nacionales y de las religiones no cristianas del país y de la región.

h) Elementos de psicología, que puedan ayudar a los seminaristas en el conocimiento de sí mismos.

b) *Estudios filosóficos**

158*. El estudio de la filosofía «lleva a un conocimiento y a una interpretación más profundos de la persona, de su libertad, de sus relaciones con el mundo y con Dios. Ello es muy urgente, no sólo por la relación que

aproximación al ejemplo y a los textos de algunos sacerdotes santos. Se quiere fundamentar, también desde el estudio, la importancia de mantener siempre el deseo de la santidad sacerdotal, dejando claro que el camino que han elegido exige este deseo y continua búsqueda. En el mismo sentido se pide que estudien algunos elementos de historia de la Iglesia, que se profundizarán posteriormente, y de la hagiografía local.

Tiene también su lugar la cultura humanística, que a menudo falta en los programas oficiales de la educación media y es necesaria para el estudio de la filosofía y la teología. Por último, se incluye la introducción a la psicología y se explica la razón: para ayudar a los seminaristas en el conocimiento de sí mismos, que se profundizará durante la etapa discipular.

Se trata así de un conjunto amplio de asignaturas que es necesario seleccionar bien, buscando siempre su integración en el proyecto formati-

vo. En los Seminarios que confían la parte académica a una facultad eclesiástica, toparán con la dificultad de que estas materias no se incluyen en el programa de la facultad. El mero hecho de implementar la etapa propedéutica con todas las clases en el mismo Seminario es una ocasión para que desde el inicio el equipo formador asuma la responsabilidad de la dimensión intelectual, según el espíritu de la *Ratio*, y ofrezca a los seminaristas clases de carácter complementario, pastoral y ministerial.

158-164. Esta sección de los estudios filosóficos tiene como referencias fundamentales el número 52 de *Pastores dabó vobis*, la *Ratio fundamentalis* de 1985, y el Decreto de reforma de los estudios eclesiásticos de filosofía, publicado en 2011 por la Congregación para la Educación Católica. Estos números subrayan el carácter sapiencial de la filosofía, su estudio sistemático, su conexión con todo el

existe entre los argumentos filosóficos y los misterios de la salvación estudiados en teología a la luz superior de la fe, sino también frente a una situación cultural muy difundida, que exalta el subjetivismo como criterio y medida de verdad [...]. Ni tampoco hay que infravalorar la importancia de la filosofía para garantizar aquella 'certeza de verdad', la única que puede estar en la base de la entrega personal total a Jesús y a la Iglesia»⁹.

159*. En cuanto a las materias a estudiar en el ámbito filosófico, se reconozca una particular importancia a la filosofía sistemática, que conduce a un sólido y coherente conocimiento del hombre, del mundo y de

9. *Pastores dabo vobis*, n. 52: AAS 84 (1992), 750.

proceso de formación y su orientación pastoral. En definitiva, estos números buscan recuperar la filosofía en su vocación originaria: la «búsqueda de lo verdadero y su dimensión sapiencial y metafísica».

158. Este primer artículo sobre los estudios filosóficos cita textualmente el número 52 de *Pastores dabo vobis* y considera esta etapa como fundamental para una «entrega personal y total a Jesús y a la Iglesia».

La primera meta del estudio de la filosofía es el conocimiento e interpretación de «la persona, de su libertad y de sus relaciones con el mundo y con Dios». Llama la atención que no es un estudio dirigido solo a aumentar el nivel cultural y humano de los candidatos o que se limite a crear un sólido conocimiento de la cultura antigua y actual, sino a desarrollar un conocimiento profundo de sí mismo y de la realidad que le permita ser capaz de interpretar el tiempo que está viviendo. Queda así patente la utilidad de los estudios filosóficos.

Los objetos de estudio son «el hombre, el mundo y Dios», temas ya clásicos en la filosofía antigua y en la

patrística; se incluye también como relevante el tema de la libertad humana que ha sido constante en las filosofías modernas, las cuales han subrayado la importancia de la acción humana en el mundo.

Otro enfoque interesante es que la filosofía no se considera un mero prelude que permite comprender los misterios que se estudiarán en la teología, sino que ayuda a distinguir con rigor los elementos culturales actuales marcados por «el subjetivismo como criterio y medida de la verdad». Así, esta etapa fortalece en el seminarista la capacidad de llegar a la certeza de la verdad con rigor y empeño.

159a. En lo concerniente a los contenidos, la filosofía sistemática continúa siendo la parte central de los estudios filosóficos dirigida a lograr una «síntesis amplia de pensamiento y perspectivas». Los objetos de conocimiento sólido y coherente son, como siempre, el hombre, el mundo y Dios. Hay que tomar en cuenta que en la enseñanza actual, en la mayor parte de los países, falta esta visión de conjunto y esta interpretación de la realidad.

Dios, garantizando una síntesis amplia de pensamiento y de perspectivas. Esta formación debe basarse en el patrimonio filosófico perennemente válido, del que son testigos*. Se deben tener en cuenta las investigaciones filosóficas de nuestro tiempo, sobre todo las que ejercen un mayor influjo en el país, y el progreso de las ciencias modernas, de modo que los seminaristas, conscientes de los rasgos característicos de la sociedad, sean preparados adecuadamente para el diálogo con los hombres. Para facilitar el estudio de las materias filosóficas, los seminaristas deberán aprender una «metodología filosófica» específica.

Además de remitir el patrimonio filosófico universal y también específicamente cristiano, la *Ratio* considera importante estudiar las filosofías contemporáneas que ejercen mayor influencia a nivel universal y en el país correspondiente. Esto indica el deseo de encarnación que debe suscitar el estudio en los seminaristas, de modo que sepan entrar en sintonía con los problemas propios del tiempo y lugar en que están viviendo.

Considera también una aproximación a los progresos de las ciencias modernas o ciencias del hombre, porque ellas permiten una mayor conciencia de las características de la sociedad actual y posibilitan un diálogo adecuado con los hombres de hoy.

Es novedoso e interesante que en este número se recomiende el aprendizaje de una «metodología filosófica específica». Este dato indica que la filosofía además de proporcionar conocimientos y datos de interpretación, debe ayudar a los seminaristas a adquirir una actitud constante de reflexión que se aplique al estudio de la teología y se prolongue a lo largo de su vida. En definitiva se quiere conseguir una actitud reflexiva permanente.

159b. En cuanto a los contenidos, la filosofía sistemática sigue siendo la parte central de los estudios filosóficos dirigida a lograr una «síntesis amplia de pensamiento y perspectivas». Los objetos de conocimiento sólido y coherente son, como siempre, el hombre, el mundo y Dios. Hay que tener en cuenta que en la enseñanza actual, en la mayor parte de los países, falta esta visión de conjunto y esta interpretación de la realidad.

Además de remitir al patrimonio filosófico universal y al específicamente cristiano, la *Ratio* considera importante estudiar las filosofías actuales que más influyen a nivel universal y en el país correspondiente. Esto indica el deseo de encarnación que debe suscitar el estudio en los seminaristas, de modo que sepan entrar en sintonía con los problemas propios del tiempo y lugar en que están viviendo.

Considera también una aproximación a los progresos de las ciencias modernas o ciencias del hombre, porque ellas permiten una mayor conciencia de las características de la sociedad actual y posibilitan un diálogo adecuado con los hombres de hoy.

Es novedoso e interesante que en este número se recomiende el apren-

160*. En este momento de la formación, se reservará un espacio adecuado a la metafísica, ya que «el carácter sapiencial de la filosofía implica su ‘alcance auténticamente metafísico, capaz de trascender los datos empíricos para llegar, en su búsqueda de la verdad, a algo absoluto, último y fundamental’, si bien conocido progresivamente a lo largo de la historia»¹⁰, según «la ‘vocación originaria’ de la filosofía: la búsqueda de lo verdadero y su dimensión sapiencial y metafísica»¹¹. Será también necesario dedicar atención a la teodicea y a la cosmología, que introducen a una visión cristiana de la realidad.

161*. La historia de la filosofía debe enseñarse con diligencia, a fin de clarificar la génesis y el desarrollo de los temas más importantes. El estudio de la historia de la filosofía tiene como finalidad presentar la con-

10. Congregación para la Educación Católica, *Decreto de reforma de los estudios eclesiológicos de filosofía* (28 de enero de 2011), n. 4: AAS 104 (2012), 219; cf. También Sagrada Congregación para la Educación Católica, Carta circular *La enseñanza de la filosofía en los seminarios* (20 de enero de 1972); *Enchiridion Vaticanum* 4 (1971-1973), nn. 1516-1556.

11. *Decreto de reforma de los estudios eclesiológicos de filosofía*, n. 3: AAS 104 (2012), 219.

dizaje de una «metodología filosófica específica». Este dato indica que la filosofía, además de proporcionar conocimientos y datos de interpretación, debe ayudar a los seminaristas a adquirir una actitud constante de reflexión que se aplique al estudio de la teología y se prolongue toda su vida. En definitiva se quiere conseguir una actitud reflexiva permanente.

160. En este número aparece una novedad con respecto a la *Ratio* anterior. Integrando un dato del decreto de reforma de los estudios eclesiológicos de filosofía de 2011, se aconseja un espacio adecuado al estudio de la metafísica como base del carácter sapiencial de toda la filosofía. Este estudio específico ayuda a superar la tendencia positivista actual de colocar solo los datos empíricos como base del conocimiento de la verdad, y propone una búsqueda de la verdad que

lleve al conocimiento de lo «absoluto, último y fundamental». Sin negar la importancia del saber que ofrecen la filosofía y las ciencias modernas y contemporáneas, es necesario recuperar el horizonte sapiencial y metafísico para superar la crisis de algunos sectores del pensamiento actual y orientar el comportamiento práctico en el ambiente social.

Finalizando este número, y en la misma línea sapiencial, se considera importante el estudio de la teodicea y de la cosmología como base de una visión cristiana de la realidad. Esta recomendación ayuda a conocer el pensamiento filosófico cristiano patrístico y medieval, fuertemente marcado por una concepción de Dios creador y bueno.

161. El estudio de la historia de la filosofía aparece nuevamente como el conocimiento que posibilita una vi-

tinuidad de la reflexión y del pensamiento humano acerca del Absoluto, sobre la verdad y la posibilidad de conocerla. Los estudios filosóficos constituyen también un terreno fértil de diálogo y de confrontación con los no creyentes.

162*. Otras materias, en las que conviene poner atención durante esta fase de los estudios, son la antropología filosófica, la lógica, la estética, la epistemología, la ética, la filosofía política y la filosofía de la religión.

163*. Se preste la debida atención a las ciencias humanas, como la sociología, la pedagogía y la psicología, en los aspectos relacionados con el proceso formativo, con vistas al ministerio sacerdotal, a fin de desarrollar la capacidad de los seminaristas para conocer la interioridad del ser humano, con sus riquezas y fragilidades, para facilitar un juicio sereno y equilibrado sobre las personas y las situaciones.

sión global de los temas más importantes, su génesis y su desarrollo a lo largo del tiempo.

Este artículo subraya la finalidad de presentar el pensamiento humano desde una perspectiva de continuidad sobre el conocimiento del Absoluto, y garantizar la posibilidad de conocer la verdad con suficiente certeza delante de la tendencia fuertemente relativista de la cultura actual. Este conocimiento histórico ha sido en ocasiones entendido como medio para identificar y discernir las teorías erróneas, pero este número lo coloca en una perspectiva positiva como base para el diálogo y confrontación con los no creyentes de hoy.

162. Este número recomienda explícitamente el estudio de otras materias filosóficas no mencionadas en la *Ratio* anterior: «antropología filosófica, lógica, estética, epistemología, ética, filosofía política y filosofía de la religión». La intención de esta indicación corresponde al deseo de suscitar en los seminaristas un conocimiento

específico de los problemas actuales del mundo, y tener herramientas para responder adecuadamente a la pregunta por el sentido de la existencia. Si bien algunas de estas disciplinas pertenecen al patrimonio histórico de la filosofía, todas ellas han tenido un gran progreso a partir las filosofías modernas y contemporáneas, interesadas en la libertad humana, la capacidad de acción del hombre sobre el mundo y la influencia del lenguaje en la cultura moderna.

163. En la *Ratio* de 1985 se recomendaba el estudio de las «ciencias afines» entre las cuales se consideraban las ciencias naturales y la matemática en lo relacionado con la filosofía. La actual *Ratio* no menciona las «ciencias afines» ni en su título ni en su contenido, pero en este número recomienda específicamente el estudio de las «ciencias humanas»: sociología, pedagogía y psicología. El objetivo es que el candidato conozca «la interioridad del ser humano, con sus riquezas y fragilidades», y la utilidad

164*. A través de este proceso de estudios, será posible estimular en los seminaristas «el amor a la verdad que debe buscarse, respetarse y demostrarse con todo rigor, reconociendo al mismo tiempo honestamente los límites del conocimiento humano», y desde una óptica pastoral, prestando «una atención especial a las relaciones entre la filosofía y los verdaderos problemas de la vida»¹².

c) *Estudios teológicos**

165*. La formación teológica «debe llevar al candidato al sacerdocio a poseer una visión completa y unitaria de las verdades reveladas por Dios en Jesucristo y de la experiencia de fe de la Iglesia; de ahí la doble

12. *Optatam totius*, n. 15: AAS 58 (1966), 722.

de este conocimiento es que facilite «un juicio sereno y equilibrado sobre las personas y las situaciones».

El conocimiento adquirido de este estudio tiene una perspectiva verdaderamente pastoral y ayuda al candidato a conocer a las personas que debe pastorear, pero también a tener elementos de autoconocimiento dentro de su proceso formativo.

164. Al cerrar el bloque de los estudios filosóficos se subraya de nuevo su carácter secuencial y sapiencial «de amor a la verdad». Como proceso implica un tiempo suficiente ya especificado en el número 154. Por su carácter sapiencial, el estudio filosófico no solo busca la mejor preparación humana y formación de la inteligencia crítica del seminarista, sino que promueve «el amor a la verdad que debe buscarse, respetarse y demostrarse con rigor» en todo momento.

Este número indica también que la filosofía ayudará a reconocer los límites del conocimiento humano, lo que hoy es patente en el fracaso de al-

gunas corrientes filosóficas contemporáneas en su pretensión de exaltar la inteligencia y la libertad humanas. Finalmente se recuerda la «óptica pastoral» así como la «atención a las relaciones entre la filosofía y los verdaderos problemas de la vida».

Ante el conjunto de los estudios filosóficos y considerando la importancia del objetivo discipular y misionero de la etapa, resulta obvio que la duración de «al menos dos años» podría no ser suficiente. De hecho, en muchos Seminarios diocesanos la etapa dura tres años. En el caso de los que envían a los seminaristas a una facultad en la que están separadas la filosofía y la teología, suele ocurrir lo mismo, e incluso se puede pensar en que algunos seminaristas obtengan el grado en filosofía y no solo el bachillerato, ampliando el tiempo de los estudios. Todo ello se debe establecer en los estatutos de cada Seminario.

165-175. La presentación de los estudios teológicos en la *Ratio* sigue el orden de la de 1985 con algunos

exigencia de conocer ‘todas’ las verdades cristianas y conocerlas de manera orgánica, sin hacer selecciones arbitrarias»¹³. Se trata, así, de una fase cualificante y fundamental del proceso de formación intelectual, porque «a través del estudio, sobre todo de la teología, el futuro sacerdote se adhiere a la palabra de Dios, crece en su vida espiritual y se dispone a realizar su ministerio pastoral»¹⁴.

166*. El estudio de la Sagrada Escritura es el alma de la teología¹⁵; ella debe inspirar todas las disciplinas teológicas. Se le dé, por tanto, la debida importancia a la formación bíblica, en todos los niveles, desde

13. *Pastores dabo vobis*, n. 54: AAS 84 (1992), 753.

14. *Ibid.*, n. 51: AAS 84 (1992), 749.

15. Cf. *Dei Verbum*, n. 24: AAS 58 (1966), 828-829.

agregados y omisiones que serán notadas en su momento. Las principales fuentes del actual documento son el Concilio Vaticano II, *Pastores dabo vobis* y los más recientes documentos y discursos del papa Francisco.

La preocupación fundamental es la adhesión de fe a los misterios contemplados, el crecimiento espiritual de los seminaristas y el nuevo impulso misionero. En el comentario intentamos explicar esos elementos y los posibles caminos para desarrollarlos en las realidades vividas por los seminaristas. Además de esas preocupaciones encontramos una exigencia de conseguir, por medio de la formación teológica, una adecuada capacitación para el discernimiento de las diversas realidades a la luz de los principios de la fe como medio para llegar a la madurez teológica del futuro pastor.

165. Este artículo introduce los estudios teológicos ofreciendo algunos principios fundamentales a partir de la *Pastores dabo vobis*. En primer lugar, la *Ratio* llama la atención sobre la necesidad de una visión «completa, uni-

taria y orgánica» de las verdades reveladas. Para ello, el seminarista, con la ayuda adecuada, debe ir haciendo una síntesis, buscando sin cesar el nexo entre los misterios estudiados, así como la relación de estos con el ser humano, interlocutor de la verdad revelada por Dios. En segundo lugar, nos recuerda los frutos esperados que orientan el modo de enseñar y estudiar: adhesión a la Palabra de Dios, crecimiento espiritual y renovada disposición para la misión pastoral.

166. En coherencia con la afirmación de que «el estudio de la Sagrada Escritura es el alma de la teología», es recomendable que la carga horaria de la teología bíblica sea, como mínimo, igual al de la teología dogmática. En esas disciplinas deben presentarse las introducciones convenientes, iniciar en los métodos de la exégesis, aprender nociones de las lenguas bíblicas, entender los principales problemas hermenéuticos y adquirir una visión de conjunto de la Biblia.

Podemos encontrar los principios fundamentales para el estudio de la

la *lectio divina* hasta la exégesis¹⁶. Tras una introducción conveniente, los seminaristas se inicien cuidadosamente en los métodos de la exégesis, también con la ayuda de las disciplinas auxiliares y de cursos especiales. Los profesores presenten la naturaleza y la solución de los principales problemas hermenéuticos, ayuden eficazmente a los seminaristas a adquirir una visión de conjunto de toda la Sagrada Escritura y a comprender con profundidad los puntos relevantes de la historia de la salvación y las características de los diferentes libros bíblicos. Los profesores ofrezcan a los seminaristas una síntesis teológica de la divina Revelación, conforme al Magisterio, para garantizar los sólidos fundamentos de su vida espiritual y su futura predicación.

Se dé a los seminaristas la oportunidad de aprender algunas nociones de hebreo y griego bíblico, para que puedan acercarse a los textos originales. Además, se preste atención al conocimiento de la cultura y del contexto bíblico, en particular de la historia hebrea, para mejorar la comprensión de la Sagrada Escritura y alcanzar una correcta actitud interior hacia los hermanos de la Antigua Alianza.

16. Benedicto XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, n. 35: AAS 102 (2010), 714-715: «La consecuencia de la ausencia del segundo nivel metodológico es la creación de una profunda brecha entre exégesis científica y *lectio divina*. Precisamente de aquí surge a veces cierta perplejidad también en la preparación de las homilías'. Hay que señalar, además, que este dualismo produce a veces incertidumbre y poca solidez en el camino de formación intelectual de algunos candidatos a los ministerios eclesiales. En definitiva, 'cuando la exégesis no es teología, la Escritura no puede ser el alma de la teología y, viceversa, cuando la teología no es esencialmente interpretación de la Escritura en la Iglesia, esta teología ya no tiene fundamento'. Por tanto, es necesario volver decididamente a considerar con más atención las indicaciones emanadas por la Constitución dogmática *Dei Verbum* a este propósito».

Sagrada Escritura en las siguientes reglas hermenéuticas: 1. Disposición sincera y orante para escuchar la Palabra, destacando la *lectio divina*. Isaac el Sirio decía: «No te aproximes a los misterios de las Escrituras sin la oración». San Efrén, por su lado recomendaba: «Antes de la lectura, ora y suplica a Dios para que él se revele a ti». 2. Situar el texto en el contexto histórico y cultural. Carlos Mesters acostumbra decir que se debe leer «el texto en el contexto para no ser un pretexto». Estas indicaciones nos ayudan a evitar la tentación de mani-

pular los textos bíblicos para justificar nuestras posturas y opciones. 3. Buscar el sentido textual y actual del texto para fundamentar y garantizar «los sólidos fundamentos de su futura predicación» y misión evangelizadora. 4. Leer la Sagrada Escritura considerando el conjunto del canon de la Escritura, en comunión con la Tradición y el Magisterio de la Iglesia. 5. Finalizar la lectura y el estudio con la caridad, dejando que sea fundamento de la vida espiritual y de la misión profética del futuro pastor (testimonio, anuncio, catequesis y teología).

167*. La sagrada liturgia debe considerarse una disciplina fundamental; presentando sus aspectos teológicos, espirituales, canónicos y pastorales, en conexión con las otras disciplinas, para que los seminaristas adquieran conciencia de que los misterios de la salvación permanecen presentes y operantes en las acciones litúrgicas. Además, la sagrada liturgia deberá considerarse expresión de la fe y de la vida espiritual de la Iglesia, tanto en los textos y ritos del Oriente como del Occidente. Los seminaristas distinguan el núcleo sustancial e inmutable de la liturgia de lo que pertenece a sedimentaciones históricas particulares susceptibles de actualización, observando diligentemente la legislación litúrgica y canónica¹⁷.

168*. La teología dogmática, incluida la sacramental, se enseñe sistemática y ordenadamente, de modo que, en primer lugar, se expongan los textos bíblicos; después, los aportes de los Padres de la Iglesia, de Oriente y Occidente, resaltando la transmisión y el desarrollo de la

17. Cf. CIC, can. 838.

167. En tiempos en que la liturgia es hecha «rehén» de los más diversos segmentos eclesiales que la usan como «pretexto» y «bandera» de sus ideologías, la *Ratio* invita a estudiarla en sus «aspectos teológicos, espirituales, canónicos y pastorales». Esta aproximación integral puede ayudar a redescubrir «los motivos de las decisiones realizadas con la reforma litúrgica, (...) conocer mejor las razones subyacentes como también (...) interiorizar los principios inspiradores y observar la disciplina que la rige» (Francisco, *Discurso a los participantes en la 68 semana litúrgica nacional italiana*, 24 de agosto de 2017).

Esto ayudará a los seminaristas a distinguir el núcleo sustancial e inmutable de la liturgia de lo que es susceptible de actualizaciones, teniendo en cuenta lo que compete a la Sede Apostólica, a las Conferencias episcopales y al obispo diocesano, según

la legislación vigente (cf. CIC, 838). Considerando las diversas responsabilidades en la formación del futuro presbítero, resultará de gran ayuda trabajar con los seminaristas los aspectos espirituales de la liturgia en retiros y jornadas que los introduzcan en el misterio celebrado, como también presentar las etapas formativas en la liturgia cotidiana a la luz del ritual de la iniciación cristiana, inspirados en el proceso catecumenal.

168a. En la primera parte de este artículo la *Ratio* nos muestra cómo deben ser enseñadas la teología dogmática y sacramental. A partir de la necesidad de presentar las materias de manera sistemática y ordenada, describe los rasgos fundamentales del método teológico que contiene fundamentalmente dos partes: *auditus fidei* (escucha de la fe) e *intellectus fidei* (especulación de la fe). La

comprensión de las verdades reveladas; se ilustre el progreso histórico de los dogmas; y finalmente, mediante la indagación especulativa, los seminaristas aprendan a penetrar más plenamente los misterios de la salvación y a percibir las conexiones que existen entre ellos. Aprendan, además, a interpretar y afrontar las situaciones de la vida a la luz de la Revelación, percibiendo las verdades eternas en las condiciones cambiantes de la realidad humana y a comunicarlas convenientemente al pueblo de Dios.

*La doctrina acerca de las fuentes teológicas y la teología fundamental sea presentada, desde el inicio de la formación teológica, de la forma más adecuada, sin omitir, en el espíritu ecuménico y de forma adaptada a las actuales circunstancias, todo lo que se refiere a la introducción a la fe, con sus fundamentos racionales y existenciales, teniendo en cuenta los elementos de orden histórico y sociológico, que ejercen un particular influjo sobre la vida cristiana.

escucha de la fe abarca la Sagrada Escritura, la Tradición, junto con el aporte de los Padres de la Iglesia, y el progreso histórico de los dogmas. En ese recorrido puede ayudar, al igual que en la liturgia, distinguir lo que es substancial e inmutable (contenido) de lo que es susceptible de actualizaciones (concreciones del contenido y nuevas formulaciones). La especulación de la fe es un momento constructivo que busca la inteligencia del misterio anunciado y confesado. Este momento tiene tres movimientos que se alimentan mutuamente: penetrar en los misterios por los procedimientos racionales disponibles, la conexión de los misterios y el discernimiento de las situaciones de la vida y de la historia a la luz de la Revelación. Algunos autores prefieren destacar este último aspecto agregando al método un tercer momento llamado *applicatio fidei* (actualización y aplicación de la fe en la vida), a partir de la misión evangelizadora.

168b. En este segundo párrafo el texto se refiere a la teología fundamental, que pone las bases del conocimiento teológico y es el sector más próximo al diálogo con las ciencias y todas las manifestaciones de fe. Es de gran ayuda al iniciar un camino de estudios teológicos que se tengan en cuenta y se reflexione de manera crítica sobre los elementos culturales que condicionan a los seminaristas en su capacidad de buscar la inteligencia de la fe: desconfianza relativa a las reales capacidades de la razón para llegar a la verdad, el pentecostalismo, el fideísmo y ciertos fundamentalismos. La *Ratio* pide un especial cuidado para que se guarde el espíritu ecuménico y se tengan en cuenta las circunstancias actuales a la hora de tocar los diferentes temas estudiados. Se necesita prestar atención a la experiencia de fe con sus fundamentos racionales y existenciales, contemplando los elementos históricos y sociológicos.

169*. La teología moral, con todas sus ramas, deberá anclarse en la Sagrada Escritura, mostrando su intrínseca pertenencia al único misterio salvífico. Ilustrará el actuar cristiano de los fieles, fundado en la fe, la esperanza y la caridad, como respuesta a la llamada divina, exponiendo sistemáticamente la vocación a la santidad y a la libertad. Se ocupará de despertar el valor de la virtud y el sentido del pecado, sin dejar de lado, para conseguirlo, las adquisiciones más recientes de la antropología y proponiéndose como un camino, a veces exigente, pero siempre orientado al gozo de la vida cristiana.

*La doctrina moral, entendida como «ley de libertad» y «vida según el Espíritu», tiene su complemento en la *teología espiritual*, que debe incluir el estudio de la teología y espiritualidad sacerdotal, de la vida consagrada mediante la práctica de los consejos evangélicos, y de la vida laical. La ética cristiana debe formar a los discípulos en la vía de la santidad, cada uno de acuerdo con los rasgos de la propia vocación. En este contexto, será necesario prever en el *currículum* de los estudios un curso de *Teología de la vida consagrada*, para que los futuros pastores puedan comprender los datos esenciales y los contenidos teológicos que identifican a la vida consagrada, la cual pertenece a la vida y santidad de la Iglesia misma.

169a. La teología moral anclada en la Sagrada Escritura tiene la misión de iluminar el actuar cristiano, fundado en las virtudes teologales, como respuesta a la llamada divina a la santidad y a la libertad. En tiempos donde la formación cristiana básica está ausente en la mayoría de los cristianos, el documento insiste en que la teología moral «se ocupará de despertar el valor de la virtud y el sentido del pecado», dejándose auxiliar por las «adquisiciones más recientes de la antropología». El estudio de la teología moral tiene una gran importancia también para definir la moralidad propia del pastor. He aquí una conexión significativa con el itinerario formativo.

169b. La doctrina moral encuentra su complemento en la teología espiritual, que inserta las cuestiones morales en el proceso de crecimiento en la fe de la persona, según las llamadas de manera clásica etapas de la vida espiritual: purgativa, iluminativa e unitiva. La *Ratio* hace hincapié en la necesidad de prever el estudio de la teología y la espiritualidad de las vocaciones específicas (ministros ordenados, personas consagradas, y hombres y mujeres laicos) donde cada vocación entra en la vía de la santidad de acuerdo con sus rasgos y carismas propios. Como se puede observar, se necesita la conexión y el sustento dogmático de la eclesiología y de la gracia.

170*. La teología pastoral «es una reflexión científica sobre la Iglesia en su vida diaria, con la fuerza del Espíritu, a través de la historia; [...] La pastoral no es solamente un arte ni un conjunto de exhortaciones, experiencias y métodos, posee una categoría teológica plena, porque recibe de la fe los principios y criterios de la acción pastoral de la Iglesia en la historia, de una Iglesia que 'engendra' cada día a la Iglesia misma. [...] Entre estos principios y criterios se encuentra aquel especialmente importante del discernimiento evangélico sobre la situación socio-cultural y eclesial en cuyo ámbito se desarrolla la acción pastoral»¹⁸.

171*. En un contexto de creciente movilidad humana, que ha hecho del mundo entero una «aldea global», no puede faltar en el programa de estudios la misionología, una genuina formación sobre la universalidad de la Iglesia y promoción de su anhelo evangelizador, no solo como *missio ad gentes*, sino también como *nueva evangelización*.

18. *Pastores dabo vobis*, n. 57: AAS 84 (1992), 758-759.

170. La *Ratio* siguiendo la *Pastores dabo vobis* define la teología pastoral como la reflexión sobre la acción pastoral de la Iglesia en su vida diaria a la luz de los principios y criterios que nacen de la fe. El documento destaca un tema que necesita ser trabajado y cultivado por los seminaristas y fue puesto de relieve a partir de *Evangelii gaudium* y *Amoris laetitia*: el discernimiento evangélico sobre la situación cultural y eclesial. Es importante destacar que la teología pastoral recibe categoría teológica plena, delante de ciertos «preconceptos» que tienden a reducirla a acciones concretas o métodos de trabajo pastoral. Para ser coherente con esa afirmación es necesario que se concrete en la cantidad de disciplinas y créditos. También es importante destacar que en la teología pastoral confluyen las otras disciplinas, sean bíblicas, morales o dogmáticas, haciendo síntesis en la vida del teólogo y del futuro pastor.

171. El estudio de la misionología, novedoso respecto a la anterior *Ratio*, se justifica por el contexto actual de movilidad humana que ha hecho del mundo una «aldea global». Esa realidad creó la necesidad de una percepción más clara de la universalidad de la Iglesia y de su naturaleza evangelizadora, sea esta *missio ad gentes* o nueva evangelización. En esta línea se destacan en algunas naciones las experiencias pastorales de fin de semana, las experiencias misioneras de vacaciones, sobre todo en regiones alejadas de las diócesis o del país, como también encuentros formativos y la constitución de las comisiones misioneras en los Seminarios. Estas motivan la reflexión teológica y pastoral. Por medio de una metodología adecuada, tanto la teología pastoral como la misionología ayudan a superar la dicotomía entre acción y reflexión que acaba desfigurando y disminuyendo ambas realidades.

172*. Al menos un número determinado y suficiente de lecciones se debe reservar a la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia, considerando que el anuncio y el testimonio del Evangelio, al que es llamado el presbítero, tiene un importante radio de acción en la sociedad humana y mira, entre otras cosas, a la construcción del Reino de Dios. Esto implica una mayor conciencia de la realidad y una lectura evangélica de las relaciones humanas, sociales y políticas que determinan la existencia de los individuos y de los pueblos. En este horizonte, se incluyen importantes temas inherentes a la vida del pueblo de Dios, ampliamente tratados por el Magisterio de la Iglesia¹⁹, entre los cuales sobresalen la búsqueda del bien común, los valores de la solidaridad entre los pueblos y de la subsidiaridad, la educación de los jóvenes, los deberes y derechos relacionados con el trabajo, el significado de la autoridad política, los valores de la justicia y de la paz, la estructuras sociales de apoyo y acompañamiento a los más necesitados.

Desde hace tiempo la atención de expertos y estudiosos, activos en diversos ámbitos de investigación, se concentra sobre una emergente crisis planetaria, que encuentra una resonancia importante en el actual Magisterio y se refiere al «problema ecológico». La salvaguarda de la creación y el cuidado de nuestra casa común —la Tierra— forman parte de

19. Por ejemplo, cf. León XIII, Carta Encíclica *Rerum novarum* (15 de mayo de 1891): AAS 23 (1890-1891) 641-670; Juan XXIII, Carta Encíclica *Mater et Magistra* (15 de mayo de 1961): AAS 53 (1961), 401-464; Pablo VI, Carta Encíclica *Populorum progressio* (26 de marzo de 1967): AAS 59 (1967), 257-299; Juan Pablo II, Carta Encíclica *Centesimus annus* (1 de mayo de 1991): AAS 83 (1991), 793-867; Benedicto XVI, Carta Encíclica *Caritas in veritate* (29 de junio de 2009): AAS 101 (2009), 641-709.

172. La Doctrina Social de la Iglesia debe tener su lugar en el *currículum* y ayudar a los seminaristas a madurar en su capacidad para discernir evangélicamente las relaciones humanas, sociales y políticas. Los futuros presbíteros son llamados a anunciar y testimoniar el Evangelio actuando en medio de la sociedad humana donde serán consultados, cuestionados e invitados a colaborar en diversos proyectos sociales. El estudio de los temas descritos en el documento, tratados en el Magisterio de la Iglesia, los auxiliarán para que pue-

dan poner en alto la luz del Evangelio y asegurar la presencia de la Iglesia en el ambiente social. Una novedad en relación a la *Ratio* del año 1985 es el mayor espacio que se dedica a la Doctrina Social y la lista de algunos temas entre los que destaca el «problema ecológico» tratado recientemente en el Magisterio. La asimilación de los principios de la Doctrina Social de la Iglesia será un instrumento para el discernimiento de las tan variadas y nuevas cuestiones sociales que se presentan diariamente en el ejercicio del futuro ministerio.

la visión cristiana del hombre y de la realidad, representan en cierto modo el fundamento de una sana ecología de las relaciones humanas y, por ello, exigen, sobre todo hoy, una «conversión ecológica, que comporta permitir que emerjan todas las consecuencias del encuentro con Jesús en las relaciones con el mundo circundante. Vivir la vocación de custodiar la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no es algo opcional y mucho menos un aspecto secundario de la experiencia cristiana»²⁰. Por eso es necesario que los futuros presbíteros sean fuertemente sensibilizados en esta materia, mediante las orientaciones magisteriales y teológicas necesarias, que les ayuden «a reconocer la grandeza, la urgencia y la belleza del desafío que se nos presenta»²¹, y a traducirla en su futuro ministerio pastoral, convirtiéndose en promotores de una adecuada atención de todo lo relacionado con el cuidado de la creación.

173*. La Historia eclesiástica debe ilustrar el origen y el desarrollo de la Iglesia como pueblo de Dios que se extiende en el tiempo y el espacio, examinando científicamente las fuentes históricas. Al exponerla, es necesario que se tenga en cuenta el progreso de las doctrinas teológicas, la concreta situación social, económica y política, así como las opiniones y formas de pensamiento que han influido mayormente, indagando su recíproca interdependencia y su desarrollo. Se deberá resaltar el admirable encuentro entre la acción divina y la acción humana, favoreciendo el sentido auténtico de la Iglesia y de la Tradición. También es necesario que se preste la debida atención a la historia de la Iglesia del propio país.

20. Francisco, Carta Encíclica *Laudato sii* (24 de mayo de 2015), n. 217: *L'Osservatore Romano* 137 (19 de junio de 2015), 6.

21. *Ibid.*, n. 15: *L'Osservatore Romano* 137 (19 de junio de 2015), 4.

173. Para el estudio de la Historia de la Iglesia la *Ratio* ofrece algunos principios importantes, con vistas a ayudar a discernir y a comprender la historia delante de la creciente tendencia a miradas cristalizadas y anacrónicas, apologéticas o difamadoras. Esta disciplina debe ilustrar «el origen y desarrollo de la Iglesia como Pueblo de Dios que se extiende en el tiempo y el espacio».

Recordando que la acción de la Iglesia es una acción divina y huma-

na en el tiempo y en el espacio, es necesario que, a la hora de interpretar un acontecimiento, se tengan en cuenta las doctrinas teológicas, filosóficas y otros pensamientos de la época, como también la situación social, económica y política. Es recomendable que las Iglesias particulares inviertan en la especialización de profesores en esta área y se promuevan encuentros y publicaciones sobre la historia de la Iglesia tanto del propio país como de la región.

174*. El Derecho Canónico se enseñe partiendo de una sólida visión del misterio de la Iglesia, a la luz del Concilio Vaticano II²². Al exponer los principios y normas, se deberá mostrar cómo todo el ordenamiento canónico y la disciplina eclesiástica deben responder a la voluntad salvífica de Dios, teniendo como *suprema lex* la salvación de las almas. Así, retomando las palabras utilizadas en la promulgación del Código de 1983, se puede afirmar que el Derecho de la Iglesia en su conjunto «podría concebirse como el gran esfuerzo por traducir en lenguaje canonístico [...] la eclesiología conciliar. Y aunque es imposible verter perfectamente en la lengua «canonística» la imagen de la Iglesia [...] sin embargo el Código ha de ser referido siempre a esa misma imagen como al modelo principal, cuyas líneas debe expresar él en sí mismo, en lo posible, según su propia naturaleza»²³. Así el Derecho Canónico se pone al servicio de la acción del Espíritu en la Iglesia y, desde un recto discernimiento de las situaciones eclesiales, favorece un ejercicio pastoral eficaz.

*En este sentido, es oportuno que durante la formación inicial se promueva la cultura y el estudio del Derecho Canónico, de modo que los sacerdotes puedan ser conscientes de que, especialmente en el ámbito de la pastoral familiar, tantas problemáticas o «heridas» pueden encontrar una medicina en los instrumentos ofrecidos por el Derecho de la Iglesia, favoreciendo «continuamente, según los dones y la misión de cada uno, el bien de los fieles»²⁴.

22. Cf. *Optatam totius*, n. 16: AAS 58 (1966), 723-724.

23. Juan Pablo II, Constitución apostólica *Sacrae disciplinae leges* (25 de enero de 1983): AAS 75 (1983), Pars II, p. XI.

24. Francisco, Carta apostólica en forma de motu proprio *Mitis iudex Dominus Iesus* (15 de agosto de 2015): *L'Osservatore Romano* 204 (9 de septiembre de 2015), 3.

174a. Este artículo de la *Ratio* sitúa el Derecho Canónico en el conjunto de la enseñanza de la Iglesia a la luz del Vaticano II. El acento, como se hizo en las otras disciplinas, se pone en el discernimiento de las situaciones eclesiales para favorecer el ejercicio pastoral a la luz de dos principios: a) el ordenamiento canónico y la disciplina eclesiástica deben responder a la voluntad salvífica de Dios (*suprema lex*); b) el Código debe referirse siempre a la eclesiología conciliar

como modelo principal, conscientes de que la lengua «canónica» no siempre la expresa perfectamente.

174b. En este segundo párrafo se destacan los desafíos que se afrontan en la pastoral familiar, siendo estas situaciones problemáticas como «heridas» que causan profundo dolor a los fieles exigiendo un serio y ponderado discernimiento. El seminarista debe recibir los recursos para usar la medicina presente en los instrumentos

175*. De modo similar, serán consideradas como partes integrantes del plan de estudios teológicos otras disciplinas, como el ecumenismo y la historia de las religiones, especialmente las más difundidas en cada país. Siendo conscientes de que «evangelizamos también cuando tratamos de afrontar los diversos desafíos que puedan presentarse»²⁵, se deberá prestar mucha atención a los destinatarios del anuncio de la fe y, por ello, a las preguntas y desafíos que emergen de la cultura secular: la economía de la exclusión, la idolatría del dinero, la iniquidad que genera violencia, el primado del aparentar sobre el ser, el individualismo postmoderno y globalizado, y la realidad del relativismo ético y de la indiferencia religiosa²⁶.

d) *Materias «ministeriales»**

176*. El conocimiento de la materia de estas disciplinas resulta fundamental, sobre todo a causa de las exigencias específicas del futuro ministerio pastoral²⁷, que se ejercerá en un contexto concreto y en una época precisa. Según los tiempos y las modalidades que cada *Ratio na-*

25. *Evangelii gaudium*, n. 61: AAS 105 (2013), 1045.

26. Cf. *ibid.*, nn. 52-75: AAS 105 (2013), 1041-1051.

27. Cf. CIC, can. 256, § 1.

ofrecidos por el Derecho de la Iglesia. Puede ser de mucho provecho el contacto y colaboración entre la pastoral familiar y los tribunales eclesiásticos. En el ámbito humano-espiritual estas realidades reflexionadas pueden ayudar a asimilar las situaciones problemáticas y heridas de las propias familias de los seminaristas.

175. Aquí la *Ratio* añade al plan de estudios otras disciplinas que considera importantes, como el Ecumenismo y la Historia de las religiones, principalmente las más difundidas en el país y la región. La realidad de las diferentes iglesias y religiones está cada vez más presente en la sociedad creando confusión y dividiendo incluso algunas de las familias de los

seminaristas. Los encuentros de oración ecuménica y mesas redondas con personas de diferentes credos son frecuentes en el ejercicio del ministerio para lo cual los seminaristas deben estar preparados. A la vez, citando *Evangelii gaudium*, se invita a tener en cuenta en todo momento los destinatarios del anuncio de la fe, las preguntas y desafíos que emergen de la cultura actual. Esto último nos ofrece pistas para introducir en cada disciplina los elementos de la cultura que más favorecen o dificultan la vivencia del misterio contemplado.

176-184. En la enseñanza de las materias ministeriales puede ser de gran utilidad asumir un método que ayude a los futuros presbíteros a rea-

tionalis establecerá, será responsabilidad de cada Seminario garantizar que la enseñanza de estas disciplinas sea impartida a los seminaristas durante el proceso formativo. La propuesta y la profundización de tales materias constituirán un aporte útil e imprescindible para la vida y el crecimiento humano y espiritual de los futuros sacerdotes así como para su ministerio.

lizar una síntesis personal donde se integren los principios estudiados anteriormente, la experiencia personal y los desafíos pastorales.

Para esta finalidad, pueden servir de ayuda cuatro verbos tomados de la obra de B. Lonergan *Método en Teología*, que revelan diferentes niveles de conciencia y de reflexión: inquirir, entender, reflexionar y juzgar. Por el «inquirir» llegamos al nivel empírico en el cual tenemos sensaciones, percibimos, imaginamos, llegamos a captar los elementos en armonía y los contrastantes. Por el «entender» llegamos al nivel intelectual en el cual indagamos, intentamos comprender, expresamos el propio pensamiento, elaboramos una hipótesis. Por el «reflexionar» llegamos al nivel racional en el cual reflexionamos, ordenamos nuestras evidencias, hacemos juicio de veracidad o falsedad de nuestra afirmación, ya sea sobre su certeza o sobre las probabilidades. Por el «juzgar» llegamos al nivel de la responsabilidad en la cual nos interesamos por nosotros mismos, por nuestras operaciones y deliberamos sobre las posibles vías de acción, tomamos decisiones.

Cuando nos adentramos por este camino se manifiestan algunos frutos: nuestra conciencia se amplía (crece y madura) hacia una nueva

dimensión; descubrimos el gusto por buscar la verdad, hasta el punto de poder dar sentido a la vida de una persona; nace la necesidad de la deliberación sobre lo que debemos hacer delante de los acontecimientos. Como se puede apreciar, el método, y no tanto los contenidos, es el camino que puede abrir en el futuro presbítero el deseo de la formación permanente.

176. Además de las materias pastorales necesarias para todos los teólogos, sean éstos ministros ordenados, consagrados o laicos, la *Ratio* incluye las materias específicas para el ejercicio del futuro ministerio en un contexto concreto y en una época precisa. Este último dato es importante para favorecer el discernimiento de cada Conferencia Episcopal e Iglesia particular. Se destacan entre estas las materias que tienen que ver con el arte de celebrar (177), la iniciación al ministerio de la confesión (178), la religiosidad popular (179), la administración de los bienes (180), el arte sacro (181), las comunicaciones sociales (182) y las lenguas (183). Puede ser de gran ayuda para profesores y seminaristas el incentivo, la publicación y divulgación de artículos y libros sobre estas temáticas en niveles locales y regionales.

177*. De modo particular, conviene profundizar en el *ars celebrandi*, para enseñar a los seminaristas cómo se participa fructuosamente en los santos misterios y cómo se celebra la liturgia, siempre con respeto y fidelidad a los libros litúrgicos.

*La homilía exige una especial atención²⁸, ya que «es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo»²⁹. Tal preparación será especialmente útil en otros ámbitos del ministerio, como la predicación litúrgica y la catequesis, que son deberes permanentes de los presbíteros para favorecer el crecimiento de las comunidades a ellos confiados. La preparación del anuncio del mensaje cristiano no es solamente «técnica», desde el momento en que «un predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo. [...] Se trata de conectar el mensaje del texto bíblico con una situación humana, con algo que ellos viven, con una experiencia que necesite la luz de la Palabra»³⁰.

28. Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Directorio homilético* (29 de junio de 2014); cf. *Evangelii gaudium*, nn. 135-144: AAS 105 (2013), 1076-1080. Francisco, Carta apostólica *Misericordia et misera* (20 de noviembre de 2016), n. 6: *L'Osservatore Romano*, 268 (21-22 de noviembre de 2016), 8-9.

29. *Evangelii gaudium*, n. 135: AAS 105 (2013), 1076.

30. *Ibid.*, n. 154: AAS 105 (2013), 1084-1085.

177a. En relación al *ars celebrandi* la *Ratio* insiste en enseñar a los seminaristas a participar fructuosamente en los santos misterios, para que después los puedan presidir de manera consciente y digna. Es el desafío de introducir al joven seminarista en una vía mística y mistagógica, teniendo en cuenta el fiel equilibrio entre la mesa de la Palabra y la mesa Eucarística.

177b. El documento, al pensar el arte de celebrar, cuida con especial atención el tema de la homilía, «piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo» en palabras del papa Francisco. En un determinado momento la *Ratio* relaciona la predicación con los ámbitos litúrgicos

y catequéticos, por ser lugares especiales para el crecimiento de las comunidades cristianas. Finalmente se refiere al anuncio del Evangelio, que exige el uso de la técnica y la contemplación de la Palabra y del Pueblo de Dios. Por otro lado no podemos olvidar, como nos recuerdan los especialistas, que el predicador solo puede anunciar a los otros la Palabra que antes habló para su vida. Para sintetizar los conceptos podemos decir que se debe preparar y entrenar a los seminaristas para dejar que el «corazón» de la Palabra (EG, 35-36) toque sus «corazones» (EG, 149) y sepan discernir cuál es la parte del «corazón» del pueblo (EG, 154) que esta puede y quiere iluminar. Puede ser de utilidad la formación de grupos de

178*. Tiene gran importancia el curso específico de *iniciación al ministerio de la confesión*, para disponer y preparar a los seminaristas para la administración del sacramento de la Reconciliación, ayudándoles a aplicar los principios de la teología moral a los casos concretos y a afrontar las problemáticas que emergen en este delicado ministerio, con espíritu de misericordia³¹. En este ámbito, de cara al cuidado pastoral de los fieles, conviene tener en cuenta también la formación para el discernimiento de espíritus y para la dirección espiritual, como parte integrante del ministerio presbital.

179*. La religiosidad popular debe ser conocida y apreciada en sus valores y significados más genuinos por los futuros presbíteros, dado que la fe del pueblo de Dios se expresa frecuentemente a través de

31. Cf. por ejemplo, Congregación para el Clero, *El sacerdote ministro de la misericordia divina. Subsidio para confesores y directores espirituales* (9 de marzo de 2011).

lectura orante para meditar las lecturas del domingo siguiente, que de una manera u otra deberán anunciar.

178. Cuando la *Ratio* considera la iniciación al ministerio de la confesión se refiere al desafío de aplicar los principios de la teología moral a los casos concretos y afrontar las diversas problemáticas con espíritu de misericordia. Como en los otros temas tratados, son de vital importancia la propia vivencia del sacramento de la reconciliación y el encuentro personal con la misericordia divina. Esa experiencia, sumada a la reflexión, ofrece al seminarista el «antídoto» al mal de la intransigencia y el relativismo. Además de tener una materia propia para eso, es importante que durante el estudio de la teología moral se tengan en cuenta los principios aplicados.

Seguidamente, y de no menor importancia, se trata la necesidad de la formación para el discernimiento de espíritus y para la dirección espiritual.

En tiempos donde la dirección espiritual está siendo revalorizada y la búsqueda por parte de los fieles crece, es necesario acrecentar la preparación y predisposición de los presbíteros para este ministerio. La experiencia de prácticas de acompañamiento puede ser muy útil para descubrir la belleza y la necesidad de este ministerio, como también una aproximación a las realidades que se manifiestan en el sacramento de la reconciliación. Por otro lado, no podemos dejar de decir que la experiencia de ser dirigido espiritualmente es una de las principales fuentes de preparación. Quien no se dejó acompañar y no se abrió a la dirección espiritual difícilmente podrá realizar este ministerio.

179. Asumiendo la reflexión de *Evangelii gaudium*, la religiosidad popular es presentada como lugar teológico y expresión de la fe del pueblo que busca saciar su sed de Dios. Es importante, desde el inicio de la for-

ella, que «refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer»³² y representa «un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización»³³. Así, los seminaristas aprenderán a discernir lo que pertenece a la inculturación del Evangelio y constituye un verdadero tesoro de la Iglesia, y el «aferrarse a modos imperfectos o equivocados de devoción, que alejan de la genuina revelación bíblica»³⁴. Conviene presentar a los seminaristas la hagiografía sobre la vida de los santos más venerados, como natural complemento de este tema.

180*. Los seminaristas, para corresponder mejor a las exigencias del ministerio presbiteral, deberán recibir una cuidadosa formación sobre la administración de los bienes, que se deben gestionar de acuerdo con las normas canónicas, con sobriedad, desapego, transparencia moral³⁵

32. *Evangelii nuntiandi*, n. 48: AAS 68 (1976), 37-38.

33. *Evangelii gaudium*, n. 126: AAS 105 (2013), 1073.

34. *Directorio sobre piedad popular y liturgia*, n. 1.

35. Cf. Francisco, *Diálogo con los estudiantes de los Colegios Pontificios y Residencias sacerdotales de Roma* (12 de mayo de 2014): *I.c.* 5; CIC, can. 282.

mación, poner los medios para que los estudios no sean ocasión para que se pierda la propia experiencia de piedad popular ni se vea con menos respeto la fe del pueblo. El estudio de la teología debería ser el lugar donde los futuros pastores aprenden a discernir lo que pertenece a la inculturación del evangelio (tesoro de la Iglesia) y lo que es una devoción imperfecta y necesitada de purificación.

Es de suma importancia que los seminaristas conozcan y valoren las expresiones locales de religiosidad popular en relación con la revelación bíblica y la hagiografía crítica de los santos donde se reconozcan los itinerarios hechos por ellos para la santidad. La presencia de la comunidad del Seminario en los lugares de peregrinación participando o ayudando puede ser una fuente significativa de espiritualidad y reflexión teológica.

180. Este artículo se refiere a la formación para la administración de los bienes y ofrece algunos criterios que deben inspirar esta tarea. Los criterios son fundamentalmente legales, asumiendo las normas canónicas y la legislación civil; éticos, desde la transparencia moral y competencia; evangélicos, con sobriedad y desapego; de responsabilidad, con la atención en la figura de los párrocos y la necesidad de recurrir a laicos competentes; y pastorales, para facilitar una acción pastoral más eficaz.

En tiempos de arraigada corrupción en los gobiernos de los diferentes países, la ética en la administración de los bienes eclesiales es de vital importancia y constituye un signo de claro testimonio evangélico. El conocimiento y la capacidad para delegar aspectos administrativos y contables resultan fundamentales

y competencia. Esto permitirá un claro testimonio evangélico –al que el pueblo cristiano es especialmente sensible–, facilitando así una acción pastoral más eficaz. Esta formación deberá incluir los elementos esenciales de las leyes civiles correspondientes, con especial atención a las obligaciones que corresponden a los párrocos y a la necesidad de recurrir a laicos competentes.

181*. Los seminaristas deben sensibilizarse respecto al arte sacro, considerando las circunstancias concretas del lugar donde se forman. La cuidadosa atención a este campo dará a los futuros presbíteros instrumentos para la catequesis, además de hacerles más conscientes de la historia y de los «tesoros» que se deben preservar, como patrimonio de las Iglesias particulares. Conviene recordar que una correcta valoración del arte y de la belleza es en sí misma un bien que, además, tiene una notable incidencia pastoral. El conocimiento de la música sacra³⁶ contribuirá a la formación integral de los seminaristas y les ofrecerá instrumentos para la evangelización y la pastoral.

36. Cf. S. Congregación de Ritos, Instrucción *Musicam sacram*, para la música en la Sagrada Liturgia (5 de marzo de 1967): AAS 59 (1967), 300-320.

para que el sacerdote permanezca más disponible para la misión evangelizadora y para cumplir sus obligaciones. Los programas de administración son un instrumento necesario para esta área delicada y desafiante, que en muchas ocasiones no es vista con «buenos ojos». En los lugares donde sea posible, puede ayudar que algunos aspectos de la administración del Seminario sean realizados por los mismos seminaristas.

181. Con relación al arte sacro, la *Ratio* pide considerar las circunstancias del lugar donde se forman los seminaristas y ejercerán el futuro ministerio. Al igual que en lo administrativo deben conocer las orientaciones eclesiales y las leyes civiles en casos donde las Iglesias, obras y objetos son patrimonio histórico. El documen-

to también se refiere al arte sacro, incluyendo la música, como instrumento para la catequesis y un bien en sí mismo con notables incidencias en la evangelización y la pastoral. Es importante valorar el arte sacro nacional (espacio sagrado, arquitectura, música, pintura, etc.) y la formación teológica, espiritual y técnica de los artistas. Con su arte deben transparentar la belleza de Dios y el pensar, sentir y vivir de la Iglesia. En los Seminarios y casas de formación debería privilegiarse el cuidado afectivo y efectivo de la capilla, ámbito de expresión del espacio sagrado, la música y la liturgia. La convivencia y el contacto con la belleza del espacio sagrado forma e influye, junto a lo estudiado, en la manera de proceder a la hora de construir, reparar y cuidar los templos y lugares comunitarios.

182*. Considerando la abundante atención dedicada por el Magisterio al tema de las comunicaciones sociales³⁷ y el fecundo ámbito de evangelización que constituyen los «nuevos lugares» de la red mediática, no podrá faltar en los seminarios una sensibilización específica al respecto. Para ello será necesario, además de enseñar las nociones técnicas y el uso de instrumentos, habituar a los seminaristas a un uso equilibrado y maduro, libre de apegos excesivos y dependencias.

183*. El aprendizaje de las lenguas es un tema de permanente actualidad en los Seminarios. Se recomienda el conocimiento de, al menos, una lengua moderna, teniendo en cuenta las que se hablan en las regiones en que los seminaristas realizarán el ministerio presbiteral. Los puntos relacionados con la migración y el turismo no pueden ser ignorados en la formación sacerdotal y exigen alcanzar una adecuada competencia lingüística.

Desde el inicio del proceso formativo los seminaristas estudiarán la lengua latina, que da acceso a las fuentes del Magisterio y de la historia de la Iglesia, además del hebreo y el griego bíblico.

37. Cf. Concilio Ecu­mé­ni­co Va­ti­ca­no II, De­cre­to so­bre los me­dios de co­mu­ni­ca­ción so­cial *Inter mirifica* (4 de di­ciembre de 1963): AAS 56 (1964), 97-138, así co­mo los men­sa­jes de los Pa­pas pa­ra la Jor­na­da Mun­di­al de las Co­mu­ni­ca­cio­nes So­cia­les.

182. Las comunicaciones y redes sociales entraron en la escena formativa por la misma realidad de los jóvenes seminaristas que se criaron en ese *ethos* y por considerarse un medio fecundo para evangelizar. La formación en esta área debe incluir aspectos como: el técnico, por el conocimiento y manejo de los instrumentos, siempre con nuevas posibilidades; el humano, por el uso equilibrado y maduro; espiritual, libre de apegos y dependencias; el pastoral, priorizando el fin evangelizador. La educación y la responsabilidad en este ámbito son claves para que las comunicaciones y las redes sociales sean efectivamente un aliado y una oportunidad, y no una amenaza para la vida y ministerio de los presbíteros.

De acuerdo con la realidad de la Iglesia particular se hace necesario priorizar el conocimiento y el dominio de algunas técnicas de comunicación.

183. Se recomienda el aprendizaje de las lenguas para acceder a las fuentes, el latín y las lenguas bíblicas, hebreo y griego; y para el diálogo con el mundo actual, al menos una lengua moderna. También es preciso conocer la lengua que se habla en la región donde los seminaristas ejercerán el ministerio y lenguas relacionadas con la migración y el turismo.

Estos desafíos suelen permitir a todos tomar conciencia de la escasa formación con que llegan los candidatos al Seminario, en particular respecto a la lengua materna. Por eso es

184*. Las «materias ministeriales» mencionadas, y otras consideradas útiles o necesarias para el ministerio presbiteral, considerando la relevancia que cada una puede tener en el proceso formativo, deberán ser estudiadas por los seminaristas durante el tiempo de la formación, en los tiempos y modos indicados por cada *Ratio nationalis*.

e) *Estudios de especialización*

185*. Además de los estudios básicos, necesarios para la formación de todo sacerdote, el apostolado puede exigir la preparación específica de algunos de ellos. Prescindiendo de la posibilidad de promover cualquier especialización con vistas a la actividad pastoral, es importante la formación de sacerdotes destinados a los deberes y oficios que exigen una preparación más profunda en cursos o institutos apropiados.

*Al respecto, además del conocimiento de las ciencias sagradas, entre los estudios especializados son posibles otras iniciativas, promovidas por las Iglesias particulares, concernientes a una formación específica

preciso cuidar desde la etapa propédeutica, y si es posible antes, la enseñanza y perfeccionamiento de la propia lengua. Para la asimilación de una lengua moderna, puede ayudar su uso en las materias ordinarias, según lo establecido por el centro educativo.

184. Con este artículo concluye el apartado de las «materias ministeriales» y simplemente hace referencia a que estas deben estudiarse durante el tiempo de formación, según los tiempos y modos indicados por cada *Ratio nationalis*. A la hora de reglamentar su estudio, en general y en particular, en las regiones carentes de recursos humanos y financieros, es recomendable una confiada colaboración con los centros de estudio. La necesidad y las urgencias pastorales en muchas ocasiones llevan a descuidar estas materias dándolas por supuestas o restándoles impor-

tancia. Queda muy claro que la enseñanza de las materias ministeriales es una responsabilidad del Seminario como institución formativa, independientemente de los programas de las facultades eclesásticas.

185a. En esta temática la *Ratio* llama la atención sobre la posibilidad de que el apostolado exija la preparación específica de algunos presbíteros. Para ello es importante discernir el tipo de especialización, exigida por determinados oficios. También conviene elegir con cuidado los cursos e institutos apropiados, donde lo económico no debe ser el único criterio, sino la calidad de la preparación y la comunión con la Iglesia.

185b. Además de las especializaciones, es posible y necesario promover otras iniciativas para ofrecer formación específica para ejercer de-

en ámbitos considerados importantes para la realidad pastoral y para la adquisición de instrumentos y contenidos que sostengan determinadas actividades ministeriales. Por ejemplo, la formación del personal de los Tribunales eclesiásticos, los formadores de los Seminarios, los que trabajarán en el campo de los medios de comunicación, de la administración de los bienes eclesiásticos o de la catequesis.

*Después de haber recogido la oportuna información y de haber valorado las necesidades de la Iglesia particular en la responsabilidad que les corresponde, los Obispos podrán escoger personas idóneas por su personalidad, virtud y talento, que puedan conseguir esta finalidad.

f) *Objetivos y métodos de enseñanza*

186*. Teniendo en cuenta la diversidad de los métodos, la enseñanza en el Seminario deberá garantizar la consecución de algunos objetivos:

a) *Ayudar al seminarista, que recibe una gran cantidad de información, a hacer emerger las cuestiones esenciales y a despertar la sana inquietud del corazón, que abre el espíritu a la búsqueda de Dios.

terminados ministerios, como los tribunales eclesiásticos, los formadores de Seminario, los responsables de los medios de comunicación, de la administración de los bienes eclesiásticos o de la catequesis.

En algunos Seminarios, en los últimos años de formación, la actividad pastoral se realiza en un área específica donde el seminarista, además de participar en las actividades, estudia sobre el tema y asiste a cursos de nivel diocesano o nacional. El objetivo es que el futuro presbítero salga motivado y dispuesto, si es preciso, para estudiar una futura especialización.

185c. Los estudios de especialización, como cualquier preparación, ministerio y servicio en la Iglesia, surgen de la lógica vocacional, donde tienen un lugar privilegiado las necesidades y exigencias de la Iglesia particular y el discernimiento de los últimos res-

ponsables. El Obispo y su consejo, deben discernir a partir de criterios ofrecidos por el evangelio: idoneidad, virtud y talento; aptitudes e inclinaciones de las personas para determinadas áreas; y disponibilidad para servir a la Iglesia. Es necesario evitar que predominen otros intereses y criterios en la elección de los enviados para estudios de especialización.

186. Ante las diversas realidades y métodos que pueden generar dispersión, la *Ratio* desea garantizar algunos objetivos que, conscientes de la realidad educativa de cada nación y de las posibilidades de los centros de estudios, pueden orientar los pasos que se deben seguir.

186a-b. Estas dos primeras indicaciones tienen que ver con la *forma mentis* del seminarista. En tiempos donde la información está disponible

b) Realizar la síntesis de la formación intelectual, a través de la armonía entre el estudio bíblico, teológico y filosófico; en particular, conviene ayudar a los seminaristas a ordenar y coordinar los conocimientos, superando el riesgo de que, tomados de manera fragmentaria, formen un mosaico desorganizado y confuso³⁸.

c) *Garantizar una enseñanza clara y sólida, ordenada a conocer mejor el misterio de Dios y de su Iglesia, las verdades de la fe y su jerarquía³⁹, el hombre y el mundo contemporáneos.

d) *Promover el diálogo y el compartir entre los seminaristas, y entre éstos y los docentes, a través de argumentaciones lógicas y racionales.

e) Ofrecer a los seminaristas una perspectiva histórica, para que perciban el vínculo entre la fe y el desarrollo histórico, aprendiendo a expresar, con un lenguaje adecuado, el contenido de la formación filosófica y teológica.

38. Cf. *Pastores dabó vobis*, n. 54: AAS 84 (1992), 767-768.

39. Cf. CIC cán. 750; 752-754.

casi de inmediato es fácil que también los seminaristas permanezcan como «anestesiados» y confusos intelectualmente, sin capacidad para discernir lo esencial e importante. Ante este riesgo se busca ayudarles a «hacer emerger las cuestiones esenciales» con una síntesis ordenada y coordinada de los conocimientos. El objetivo final, que tiene que ver con la formación permanente, es «despertar la sana inquietud del corazón, que abre el espíritu a la búsqueda de Dios».

186c. Estas dos primeras indicaciones tienen que ver con la *forma mentis* del seminarista. En tiempos donde la información está disponible casi inmediatamente es fácil que también los seminaristas permanezcan como «anestesiados» y confusos intelectualmente, sin capacidad para discernir lo que es esencial e importante. Ante este riesgo se bus-

ca ayudarles a «hacer emerger las cuestiones esenciales» con una síntesis ordenada y coordinada de los conocimientos. El objetivo final, que tiene que ver con la formación permanente, es «despertar la sana inquietud del corazón, que abre el espíritu a la búsqueda de Dios».

186d-e. En estos apartados la *Ratio* fomenta el diálogo, «a través de argumentaciones lógicas y racionales», e invita a expresar, con un lenguaje adecuado y adaptado a los tiempos (desarrollo histórico), los contenidos filosóficos y teológicos. Para quien no tiene convivencia con las nuevas generaciones estas indicaciones podrán parecer algo superfluo y obvio. En realidad son de extrema importancia y van al encuentro de la tendencia a encerrarse en sí mismo y de la crisis de alteridad que no permite dialogar y confrontarse con lo diferente.

187*. *Indicaciones prácticas*. En lo que se refiere a los métodos didácticos, se tenga en cuenta lo siguiente:

a) *En los cursos básicos, los docentes expongan los contenidos esenciales de las materias, orientando a los seminaristas sobre el estudio personal y la bibliografía.

b) *Los docentes tengan cuidado de enseñar la doctrina católica, con especial referencia a la riqueza del Magisterio de la Iglesia, privilegiando el de los Pontífices y Concilios ecuménicos, para responder a los desafíos de la nueva evangelización y de la realidad actual.

c) *Se organicen seminarios interdisciplinarios, para aprovechar mejor el estudio en común y promover creativamente la colaboración entre docentes y seminaristas, en el ámbito científico e intelectual.

d) *Se favorezca el estudio personal guiado por «tutores», de modo que los seminaristas aprendan una metodología para el trabajo científico y, debidamente apoyados y alentados, asimilen adecuadamente la enseñanza recibida.

187. Este artículo, que concluye el capítulo sobre la organización de los estudios, ofrece indicaciones prácticas para los métodos didácticos. Estas indicaciones representan medios concretos para llegar a los objetivos antes señalados.

187a. Para aprender a discernir lo esencial e importante, «los docentes expongan los contenidos esenciales de las materias» y motiven al estudio personal. Por estos caminos el seminarista podrá ir asimilando los contenidos y haciendo su propia síntesis. Como parte del método de enseñanza, tiene una gran importancia que los seminaristas se habitúen a expresar su propio pensamiento, tanto de manera oral como escrita.

187b. Para conocer la jerarquía de las verdades estudiadas y el tipo de adhesión que exige del creyente «los docentes tengan cuidado de enseñar

la doctrina católica, con especial referencia a la riqueza del Magisterio de la Iglesia». La *Ratio* señala también que este modo de estudiar la doctrina católica ayudará al seminarista a responder a los desafíos de la nueva evangelización que nacen de una realidad cada vez más compleja.

187c. Para favorecer el diálogo y la adecuada expresión de las posiciones y las argumentaciones, «se organicen seminarios interdisciplinarios» y se promueva la colaboración entre docentes y seminaristas. Asimismo, pueden ser útiles la organización de «mesas de debates» y la presencia en actividades de otros centros de estudio donde los seminaristas entren en contacto con la diversidad de pensamiento existente en la sociedad.

187d-e. Para discernir lo que es importante, con una clara visión de la jerarquía de las verdades, en res-

e) Se introduzca a los seminaristas en el estudio de los diversos problemas pastorales, con método científico, para que puedan descubrir mejor el vínculo íntimo entre la vida, la devoción y la ciencia obtenida en las lecciones⁴⁰.

f) *Donde la Conferencia Episcopal lo considere oportuno, se podrá prever un periodo de formación fuera del Seminario, acaso también en otros países, para aprender lenguas y conocer la vida eclesial enraizada en una cultura diversa.

Para que el estudio sea verdaderamente fructuoso, no podrá faltar una organización básica, de la que forme parte un suficiente número

40. Cf. *Ibid.*, can. 254, § 2.

puesta a las exigencias de la misión, citando la parte de la formación de los clérigos del Código de Derecho Canónico (n. 254), la *Ratio* busca que se favorezca el estudio personal de los diversos problemas pastorales con método científico guiado por «tutores». Para esta finalidad puede ayudar el fomento de la elaboración de artículos y pequeñas publicaciones como también el uso de los mismos para la evaluación de las diversas materias. Contando con el tiempo suficiente y el hábito de pensar teológicamente las diversas realidades, el seminarista asimilará los contenidos y descubrirá mejor «el vínculo íntimo entre la vida, la devoción y la ciencia obtenida en las lecciones».

187f. Para alcanzar esos objetivos descritos, la *Ratio* sugiere que las Conferencias episcopales y las diócesis ponderen la posibilidad de «prever un periodo de formación fuera del Seminario, acaso también en otros países, para aprender lenguas y conocer la vida eclesial enraizada en una cultura diversa». Por estos

medios los seminaristas podrán percibir la universalidad de la Iglesia y también dispondrán de datos existenciales para discernir los componentes de sus culturas que favorecen la vida y el evangelio y aquellos elementos que la desvalorizan o la niegan.

Los párrafos finales hacen referencia a la organización de los centros de estudios, así como a la exigencia para los seminaristas de demostrar su aprovechamiento. Con respecto a la organización de los estudios, las Conferencias episcopales deben discernir aquello que es fundamental y lo que puede dispensarse particularmente a algunos centros de estudios con carencia de recursos humanos y financieros. La *Ratio* exige «un suficiente número de profesores bien preparados», que para el Código de Derecho Canónico serían doctores y licenciados (n. 253); una biblioteca ordenada y cuidada por personal competente y el acceso a Internet. En relación a las pruebas de aprovechamiento de los seminaristas habla de «exámenes, orales o escritos, y con exposiciones».

de profesores bien preparados⁴¹, una biblioteca ordenada y cuidada por personal competente y el acceso a Internet como un medio de investigación y de comunicación.

Los seminaristas den prueba del aprovechamiento conseguido en los estudios con exámenes, orales o escritos, y con exposiciones, según las normas de las Conferencias Episcopales.

41. Cf. *ibid.*, can. 253, §§ 1-2.

VIII

CRITERIOS Y NORMAS*

a) *Diversos tipos de Seminario*

188*. El Seminario, antes que un edificio, es una comunidad formativa, en cualquier lugar en que se encuentre. Por tanto, los Obispos que consideren posible erigir o mantener un Seminario diocesano¹, habiendo valorado cuidadosamente las circunstancias del contexto eclesial, tengan también en consideración que exista un número suficiente de

1. Cf. *ibid.*, can. 237, § 1.

188-210. Este capítulo de criterios y normas sobre aspectos decisivos para la formación de los futuros pastores, pone fin a la *Ratio*. El objetivo es ayudar al seminarista para que pueda responder al proyecto de Dios para su vida. El ministerio ordenado —como se insiste una y otra vez— es don de Dios y no solo una función. La vocación nace de la voluntad del que llama. Nadie tiene derecho al ministerio sacerdotal ni puede reivindicarlo.

En todo proceso vocacional se dan unas acciones divinas, unas mediaciones eclesiales y unas acciones por parte del llamado. La Iglesia, comunidad de llamados, llama a su vez. Ella, en su función mediadora, es seno de nuevas vocaciones. Mediante un cuidadoso discernimiento, se orienta a formar pastores según el corazón de Cristo Buen Pastor. Al margen de juicios morales (buenos o malos), y de diagnósticos psicológicos, debe verificar la presencia o ausencia de contraindicaciones para la decisión tomada; determinar si la persona posee suficientemente las actitudes y disposiciones requeridas;

reconocer si hay motivaciones auténticas y adecuadas; verificar la rectitud de intención y, en definitiva, en el conjunto de la vida del sujeto, comprobar que sigue la voluntad de Dios.

Este último capítulo ofrece orientaciones para perfilar mejor el Seminario como institución formativa y facilitar a los formadores elegir y proponer para el ministerio a personas que realmente puedan ser transparencia e icono de Cristo Buen Pastor.

188. El Seminario es mucho más que una mera institución; es, sobre todo, una comunidad eclesial. Su característica es el ideal de la formación para el sacerdocio, verdadero servicio a la Iglesia y al mundo. En la línea de *Pastores dabo vobis*, se trata de «una comunidad educativa en camino: la comunidad promovida por el Obispo para ofrecer, a quien es llamado por el Señor para el servicio apostólico, la posibilidad de revivir la experiencia formativa que el Señor dedicó a los Doce» (PDV, 60). Ello exige un clima favorable, una verdadera acción educativa junto a los seminaristas por

vocaciones y de formadores para garantizar una comunidad formativa² y un cuerpo docente capaz de ofrecer una propuesta intelectual de calidad y que sea económicamente sustentable.

Cuando las circunstancias no lo permitan, en diálogo con los otros Obispos de la Provincia Eclesiástica o de la Conferencia Episcopal, conviene buscar una solución adecuada, enviando los seminaristas al Seminario de otra Iglesia particular o erigiendo Seminarios interdiocesanos, obtenida la aprobación de la Congregación para el Clero, tanto para su erección como para sus estatutos³.

Merece una atención especial el caso de los seminaristas que son enviados a realizar los estudios en una institución distinta al propio Seminario. Es responsabilidad del Obispo diocesano garantizar su inserción en una verdadera comunidad formativa, evitando que un seminarista o un reducido grupo de candidatos, habite establemente en una

2. Cf. *ibid.*, can. 239, § 1-2.

3. Cf. *ibid.*, can. 237, § 2.

parte de los formadores, un programa de vida en común, relaciones fraternas y un estilo de vida evangélico.

Para garantizar ese tipo de experiencia de vida comunitaria formativa, según el modelo de los Doce apóstoles reunidos en torno a Jesús, el texto señala, entre otras cosas: un número mínimo de seminaristas, formadores que acompañen, docentes preparados y medios económicos suficientes. No precisa otros detalles referentes a instalaciones o «edificio conveniente», ni a la biblioteca, mencionada en la *Ratio* de 1985, 21.

La importancia de la comunidad formativa se subraya de tal modo que, en el caso de que la propia diócesis no pueda ofrecerla, los seminaristas deberán ser enviados y acogidos por otra diócesis hermana, o se fundarán Seminarios interdiocesanos, en diálogo con las diócesis de la Provincia eclesiástica, la Conferencia episcopal

y con conocimiento de la Congregación para el Clero. Siempre que un seminarista sea enviado a estudiar en una institución distinta al Seminario, el Obispo diocesano garantizará «su inserción en una verdadera comunidad educativa», para que su vocación madure en un clima de apertura y de relación dialogal con otras personas que participen del mismo ideal.

Con todo, como prevé el Derecho, puede darse el caso de que algún seminarista tenga que ser formado bajo la tutela de un sacerdote, sin la posibilidad de asistir a un centro de formación específico. Estos casos deben ser absolutamente excepcionales.

Este artículo introductorio sobre los requisitos para el buen funcionamiento de un Seminario, alude a dos situaciones relativamente frecuentes en la Iglesia actual: a) la del Seminario con larga tradición que no cuenta con suficientes vocaciones; b) la del

residencia privada, donde sería imposible cultivar debidamente la vida espiritual y comunitaria.

Cuando un candidato habita legítimamente fuera del Seminario, el propio Obispo diocesano lo encargará a un sacerdote idóneo, que se responsabilice diligentemente de su formación espiritual y disciplinar⁴.

*b) Admisión, expulsión y abandono del Seminario**

189*. «La Iglesia tiene el derecho de verificar, también con el recurso a la ciencia médica y psicológica, la idoneidad de los futuros presbíteros»⁵. El Obispo es responsable de la admisión en el Seminario. Con la ayuda del equipo formador, valorará las dotes humanas y morales, espirituales e intelectuales, la salud física y psíquica así como la rectitud de

4. Cf. *ibid.*, can. 235, § 2.

5. *Orientaciones para el uso de las competencias de la psicología en la admisión y en la formación de los candidatos al sacerdocio*, n. 11: *Enchiridion Vaticanum* 25 (2011), 1271-1272; cf. CIC, can. 241, § 1.

Seminario, quizá con menor trayectoria histórica, que tiene un número suficiente de seminaristas pero carece de recursos, sobre todo humanos, para dar una formación de calidad.

Corresponde al Obispo diocesano discernir sobre la posibilidad y conveniencia de erigir o mantener el Seminario mayor (CIC, 237). Sin embargo, el texto remite al Obispo al diálogo con los Obispos de su Provincia eclesiástica o de su nación. Con ello se afirma la necesidad de que los Obispos colaboren, principalmente para atender situaciones de particular precariedad. Se sigue el principio de la comunión, que en el caso de la formación sacerdotal tiene una gran importancia.

189-198. El texto parte del derecho que tiene la Iglesia de constatar la idoneidad de los candidatos. La experiencia tristemente repetida de haber admitido candidatos sin un serio

discernimiento y los amargos frutos que ha producido nos lleva a exigir la comprobación de la idoneidad, que antes que un derecho es una obligación de la Iglesia.

189. El Obispo es el responsable de admitir a los candidatos al Seminario. Para determinar y verificar su idoneidad, cuenta con la ayuda de distintas personas: los especialistas en psicología, el promotor vocacional o acompañante en el proceso de discernimiento del joven, así como de otras personas que conocen al candidato o han convivido con él (el párroco y/o sacerdotes que le conocen, los miembros del grupo apostólico en el que ha participado, los educadores de las instituciones donde ha realizado sus estudios, etc.) y que pueden aportar datos de observación sobre las conductas y las motivaciones que avalen la admisión en el Seminario.

intención de los candidatos⁶. En este sentido, conviene tener en cuenta las orientaciones relativas a: el recurso a expertos en psicología⁷, la procedencia de candidatos de otros Seminarios o casas de formación⁸, y la eventual presencia de tendencias homosexuales⁹. En general, «la

6. Cf. CIC, can. 241, § 1.

7. Cf. *Orientaciones para el uso de las competencias de la psicología en la admisión y en la formación de los candidatos al sacerdocio*: *Enchiridion Vaticanum* 25 (2011), 1239-1289.

8. Cf. Congregación para la Educación Católica, *Instrucciones a las Conferencias Episcopales acerca de la admisión en el Seminario de los candidatos provenientes de otros Seminarios o familias religiosas* (9 de octubre de 1986 y 8 de marzo de 1996); Sagrada Congregación para la Educación Católica, Carta circular, *Nos permitimos*, a los Representantes Pontificios acerca de la admisión de ex seminaristas en otro seminario (9 de octubre de 1986): *Enchiridion Vaticanum* 10 (1989), 694-696.

9. Cf. *Id.*, *Instrucción sobre los criterios de discernimiento vocacional en relación con las personas con tendencias homosexuales antes de su admisión al seminario y a las órdenes sagradas* (4 de noviembre de 2005), n. 2: AAS 97 (2005), 1009-1010.

También cuenta con diferentes recursos documentales, como los informes de los formadores de jóvenes procedentes de otros Seminarios o casas de formación y las orientaciones del Magisterio en temas específicos (competencias de la psicología, homosexualidad, expediente e informe al final del discernimiento).

Presta una ayuda inestimable la buena disciplina de información de los procesos de acompañamiento que se han realizado, porque pone por escrito, de un modo objetivo, los datos que es preciso considerar. Esta es una tarea que recae sobre cada uno de los que intervienen en el proceso como responsables inmediatos.

Por tanto, aunque el Obispo es el primer responsable de la admisión en el Seminario, no toma la decisión él solo. Aparece aquí, pues, la eclesialidad de una comunidad que se responsabiliza de la formación de sus futuros pastores. Y tampoco se reduce la admisión en el Seminario a un acuerdo entre el Rector, que permiti-

ría el ingreso, y el candidato, que presentaría la solicitud de admisión. En la selección de candidatos se deben tomar en cuenta todas las dimensiones de la formación y la integralidad de la persona, de modo que no se privilegien unas en detrimento de otras. En cualquier fase del proceso, la falta notoria de equilibrio entre las dimensiones formativas es un motivo para retrasar la admisión.

Concluye este artículo recomendando seleccionar con cuidado a los candidatos y, cuando los seminaristas escasean, evitar la tentación de admitir sin acompañamiento ni discernimiento, sin procesos completos, sin verificar la rectitud de intención. Más aún, se rechaza la idea de que, una vez admitido en el Seminario, el candidato simplemente ha de recorrer un proceso académico hasta la ordenación, dado que lo más «complicado» (el ingreso) lo ha conseguido ya. El Papa Francisco ha insistido en esto, dirigiéndose sobre todo a religiosos: «Algunas congregaciones reci-

primera selección de los candidatos para su ingreso en el Seminario debe ser atenta, ya que no es infrecuente que los seminaristas, prosigan el itinerario hacia el sacerdocio considerando cada etapa como una consecuencia y prolongación de este primer paso»¹⁰.

b.1. La salud física

190*. En el momento del ingreso, el seminarista deberá demostrar que goza de un estado de salud compatible con el futuro ejercicio del ministerio, según las normas emanadas por las Conferencias Episcopales, que

10. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Carta circular *Entre las más delicadas* a los Obispos diocesanos y demás Ordinarios canónicamente facultados para llamar a las sagradas órdenes, sobre los escrutinios acerca de la idoneidad de los candidatos (10 de noviembre de 1997), n. 7: *Notitiae* 33 (1997), p. 497.

ben diciendo: 'Sí, ven, ven'. Y luego hay problemas ahí dentro. Se debe recibir con seriedad. Se debe discernir bien si esta es una verdadera vocación y ayudarla a crecer» (*Jubileo de la Vida Consagrada*, 1-2-2016).

190. Este apartado bien podríamos entenderlo como un elemento fundamental en la dimensión humana de la formación. O sea, estamos ante la base humana sobre la que se va a desarrollar toda la formación sacerdotal. De ahí que, como señalaba el punto anterior, el Obispo diocesano sea el responsable de verificar la salud física y el equilibrio psíquico de quien va a ser admitido al Seminario (cf. CIC, 241 § 1).

Sin embargo, se supone en el joven que aspira a ser admitido en el Seminario la transparencia y disposición para realizar dicha comprobación. Es razonable que la forma como el candidato demuestre la compatibilidad de su estado de salud con el ministerio que en un futuro desea ejercer sea a través de un examen médico general,

del cual se derivarían consecuencias prácticas, como la pronta atención a alguna enfermedad o incluso la no admisión, al menos de manera temporal, al joven que ha descuidado algún aspecto de su salud física.

Respecto al conocimiento del informe médico, el texto lo limita al Obispo y al Rector del Seminario; aun así, se entiende que el acompañante vocacional haya solicitado su elaboración con anticipación y en un diálogo abierto con el acompañado hubiese intercambiado opiniones al respecto, siempre respetando su intimidad. Con razón el texto advierte lo referente a las legislaciones correspondientes a esta materia en cada país.

El texto cita las normas de la Congregación para la Doctrina de la Fe (Cartas circulares de 1995 y 2003) acerca de impedimentos físicos en la admisión al presbiterado, en particular sobre los celíacos y los alcohólicos, dada la centralidad de la celebración de la Eucaristía en el ministerio. Hoy día los impedimentos físicos son más llevaderos, incluso han desapa-

deben constar en las *Ratio nationalis*. Para garantizar una «sana y robusta constitución», deberá presentar los resultados de un examen médico general y la documentación relativa tanto a enfermedades padecidas en el pasado, como a intervenciones médicas o terapias a las que haya sido sometido. El contenido de esta documentación podrá ser conocido sólo por el Obispo y el Rector del Seminario diocesano, y su divulgación estará regulada por las leyes civiles y eclesíásticas vigentes en cada país.

En este ámbito se deberá tener en cuenta, desde un primer momento, lo prescrito por la Congregación para la Doctrina de la Fe acerca de la valoración, prudente y personalizada, de quienes están afectados por la celiaquía, o padecen el alcoholismo o enfermedades análogas¹¹. En

11. Congregación para la doctrina de la Fe, Cartas Circulares del 19 de junio de 1995 y del 24 de julio de 2003.

recido los más rígidlos que señalaba el Código antiguo, como las deformidades físicas (cf. CIC-1917, 984 §2). El Código de Derecho Canónico vigente incluye de modo genérico las cualidades físicas como requisito y signos de idoneidad en los cc. 1029 y 1051 § 1, dejando así amplia discrecionalidad al Obispo para valorar las cualidades físicas o la salud del candidato.

La valoración del estado de salud física del candidato ha de ser verificada tanto antes del ingreso al Seminario como durante la formación y, sobre todo, cumpliendo los requisitos previos a la recepción de órdenes. Si esto se realiza de forma adecuada antes de la admisión en el Seminario, se evitarán dificultades que en el proceso formativo aparentemente serían sorpresivas, y más aún en el proceso de solicitud de la ordenación.

En muchas ocasiones, la actitud de cuidar la propia salud es más importante que el estado objetivo de salud. En el desarrollo de dicha acti-

tud es fácil comprobar el crecimiento del seminarista a lo largo del proceso formativo, y tal actitud será una clave importante para la formación permanente. Así, un seminarista afectado por una enfermedad, si acepta su condición y se cuida, podrá ejercer adecuadamente el ministerio; sin embargo, otro que sin padecer una enfermedad descuide su salud, probablemente tendrá más dificultades. Es fundamental que los candidatos al sacerdocio sepan entrar en diálogo con la sensibilidad actual hacia el tema de la salud, evitando tanto el cuidado excesivo como la negligencia, y adquiriendo criterios razonables sobre el uso moderado de los medicamentos.

Además, el texto se refiere a una «sana y robusta constitución». Con estos dos adjetivos se deja claro que la vida sacerdotal y el proceso formativo que conduce a ella no son para personas enfermizas, y que no es suficiente con la ausencia de enfermedades graves.

relación con lo dispuesto por este Dicasterio sobre otras situaciones de salud que podrían impedir el ejercicio del ministerio, se confía a las Conferencias Episcopales la elaboración de normas pertinentes.

Las adecuadas condiciones de salud deberán permanecer y podrán ser verificadas durante todo el tiempo de la formación.

b.2. La salud psíquica*

191*. Por norma, se debe impedir la admisión al Seminario de aquellos que padecen cualquier patología, manifiesta o latente (por ejemplo,

191-196. «El hombre lleva dentro de sí el germen de la vida eterna y la vocación a hacer suyos los valores trascendentes; pero sigue siendo vulnerable interiormente y expuesto dramáticamente al riesgo de fallar su vocación, a causa de resistencias y dificultades que halla en su camino existencial» (Juan Pablo II, *Alocución a la Rota Romana*, 25-1-1988). La salud psíquica del candidato es necesaria para realizar un proceso formativo gozoso, atento a la exigencia de su vocación y dispuesto a la conversión, para finalmente ejercer de forma adecuada dicho ministerio. La ayuda técnica es una herramienta valiosa a lo largo del proceso. El recurso a la psicología debe integrarse en el cuadro de la formación global e integral del seminarista, de modo que se equilibre con el acompañamiento formativo y la dirección espiritual.

191. En primer lugar el documento señala que «por norma se debe impedir la admisión al Seminario de aquellos que padecen cualquier patología manifiesta o latente». A esta regla deben atenerse el equipo formador y los responsables de la admisión de candidatos. Este primer discernimiento

ha de hacerse con responsabilidad y rigor, sin dejarse influir por el número de quienes han de ingresar ni por la necesidad de sacerdotes en la diócesis. Tampoco es aceptable el criterio de invitar a esta vocación como estímulo o ayuda a candidatos con ciertas problemáticas (cf. *Monitum* del Santo Oficio, 15 de julio de 1961, 2).

El diagnóstico psicológico resulta, pues, decisivo a la hora de discernir la vocación sacerdotal. Si en el plano físico se pide una constitución robusta, algo similar sucede con la salud psíquica. Una notable fragilidad psíquica y afectiva que persista en el tiempo representa un impedimento grave.

Desde el principio, el documento alude a dinamismos de la personalidad que son incompatibles con el ministerio. Se refiere expresamente a una patología. Admitir personas con estas características sería un mal para ellas y para la comunidad.

La actitud de la Iglesia respecto a la psicología ha cambiado en las últimas décadas, como evidencian los documentos recientes. El recurso a los expertos es aceptado en el *Monitum*, del 15 de julio de 1961. El decreto *Optatam Totius* (28 de octubre de 1965) exhorta a una educación en

esquizofrenia, paranoia, trastorno bipolar, parafilia, etc.), que pueda minar la capacidad de juicio de la persona y, en consecuencia, le impida asumir las exigencias de la vocación y del ministerio.

la madurez humana basada en los avances recientes de la psicología y la pedagogía (OT, 11), y pide que se enseñe a los seminaristas a aprovechar las ayudas que ofrecen estas disciplinas (OT, 20). La encíclica *Sacerdotalis coelibatus* (1967) pide una personalidad madura para poder vivir el celibato (SacC, 56) e insiste en la ayuda de la psicología y la pedagogía (SacC, 61). La colaboración del psicólogo no debe ser excepcional, sino ordinaria (SacC, 63).

Las Orientaciones educativas para la formación en el celibato (1974) dan gran importancia a la psicología que ayuda a integrar la personalidad (n. 19) y a afrontar serena y responsablemente los propios problemas, y a elaborar las soluciones adecuadas (n. 20). El Código de Derecho Canónico admite la colaboración, en caso necesario, de peritos (CIC, 642); en el apartado sobre las irregularidades e impedimentos señala que no son aptos para ordenarse quienes padecen una enfermedad psíquica, y esta solo pueden diagnosticarla los psicólogos (CIC, 1041).

La Exhortación apostólica *Pastores dabó vobis* (1992) reitera la necesidad de la ayuda de las ciencias humanas, entre ellas la psicología, como aporte para la dimensión humana (PDV, 43); para vivir la castidad con fidelidad y alegría (PDV, 44); han de confluir espiritualidad y ciencias humanas en la formación humana

del candidato (PDV, 45); en la etapa filosófica se da importancia a las ciencias del hombre, entre ellas la psicología (PDV, 52); a los formadores les exige preparación intelectual en las ciencias humanas (PDV, 66); en el apartado sobre la formación permanente insiste en el trabajo sobre la madurez humana y su problemática (PDV, 70-82).

El documento más amplio al respecto, publicado por la Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones para el uso de las competencias de la psicología en la admisión y en la formación de los candidatos al sacerdocio* (2008). El equipo formador puede ayudarse de la psicología como herramienta valiosa, sobre todo en lo referente a la valoración más segura de la situación psíquica del candidato, de sus aptitudes humanas para responder a la llamada divina, y para una ulterior ayuda en su crecimiento humano (n. 5-6). Discernir a tiempo las patologías en el proceso de formación es tarea del formador, por ello, se exige que cada formador tenga la sensibilización y la preparación psicológica adecuada (n. 4). Con todo ello, la Iglesia es consciente del papel que desempeñan la psicología y las ciencias humanas en los procesos formativos: admite su aporte en diálogo con la teología y lo propone tanto para la admisión como para todo el proceso formativo (n. 7).

192*. El tema del recurso a expertos en psicología en el campo de la formación al ministerio ordenado ha sido, en el pasado, objeto de atención por parte de la Iglesia y de la Santa Sede¹². El aporte de la psicología representa una valiosa ayuda para los formadores, a quienes compete el discernimiento vocacional. Esta contribución científica permite conocer mejor la índole y la personalidad de los candidatos y ofrecer un servicio formativo más adecuado a la condición de los sujetos: «Es útil que el Rector y los demás formadores puedan contar con la colaboración de psicólogos, que, en todo caso, no pueden formar parte del equipo formador»¹³. Dada la delicadeza de esta tarea y la especificidad de la formación al ministerio presbiteral, la selección de estos expertos debe ser cuidadosa y prudente: «se tenga presente que ellos, además de distinguirse por su sólida madurez humana y espiritual, deben inspirarse en una antropología que comparta abiertamente la concepción cristiana sobre la persona

12. Cf. *Monitum* del Santo Oficio (15 de julio de 1961): AAS 53 (1961), 571.

13. *Orientaciones para el uso de las competencias de la psicología en la admisión y en la formación de los candidatos al sacerdocio*, n. 6: *Enchiridion Vaticanum* 25 (2011), 1258-1260.

192. Este número deja claro que el discernimiento vocacional y la última palabra sobre la idoneidad del candidato competen al equipo formador. Los psicólogos colaboran en la formación, pero no son parte del equipo formador ni deciden quién continúa o no. Su cometido es ayudar al equipo de formadores a valorar con objetividad al candidato proponiendo instrumentos de conocimiento, crecimiento y evaluación, analizando las diversas áreas de la formación de los seminaristas, etc., que posibiliten un proceso formativo a la altura de las exigencias actuales. Es deseable que, con los diversos medios formativos, sea el mismo seminarista quien, en libertad y gracias a un conocimiento cabal de sí, y con la ayuda del equipo formador, tome también decisiones. Así pues, la vocación al sacerdocio en cuanto don de Dios y su discernimiento escapan a la estricta competencia de la psico-

logía (cf. Educación Católica, *Orientaciones*, n. 5). Es responsabilidad del Ordinario y de los Superiores mayores competentes la regulación de este recurso en la formación (cf. n. 7).

La selección de los expertos ha de ser cuidadosa. No basta, pues, con que el perito posea conocimientos técnicos, sino que, como dice el documento, han de contar también con «sólida madurez humana y espiritual», que le permita comprender los ideales a los que son llamados los candidatos al sacerdocio y hacerles propuestas que les hagan progresar en esa dirección trascendente. Su visión del hombre ha de coincidir con la visión cristiana. Por tanto, requiere de una antropología que abarque toda la verdad sobre el hombre, que lo comprenda desde la Revelación (cf. n. 6). Como los demás agentes de la formación, los especialistas deben dar un testimonio de fe.

humana, la sexualidad, la vocación al sacerdocio y al celibato, de tal modo que su intervencin tenga en cuenta el misterio del hombre en su dilogo personal con Dios, segun la visin de la Iglesia»¹⁴.

193*. En el clima de recproca confianza y apertura de corazn, que debe caracterizar el momento de la solicitud de admisin al Seminario, el aspirante deber dar a conocer al Obispo y al Rector del Seminario eventuales problemáticas psicológicas anteriores, así como las medidas tomadas durante los períodos de terapia, como un elemento de valoracin, junto con otras cualidades requeridas. En todo caso, ser conveniente que se lleve a cabo una valoracin psicológica, tanto al momento de la admisin al Seminario, como durante el tiempo sucesivo, cuando parezca útil a los formadores.

14. *Ibid.*

193. Se apela a la confianza y la transparencia que deben caracterizar el proceso de acompaamiento, con vistas a que el candidato informe de eventuales problemáticas psicológicas anteriores. La pastoral vocacional ha de asegurar procesos personalizados en los que ello sea posible. Ser necesario que el psicólogo ayude al equipo formador a realizar una historia clínica con los datos necesarios para un discernimiento de calidad.

Los responsables de la formacin han de esforzarse en detectar condiciones atípicas o problemáticas. Para este fin, han de ofrecer procesos de acompaamiento serios: entrevistas bien realizadas que contribuyan a que el candidato madure y con las que se recabe informacin útil de cara a asegurar, en lo posible, un auténtico proceso de configuracin con Cristo. Sería deseable elaborar una historia clínica de cada candidato, contando con diagnósticos formales. Una visin auténtica de Dios también facilitar el proceso de asumir la verdad sobre sí mismo. Si el candidato oculta sus pro-

blemáticas para ingresar al Seminario o para pasar a una etapa superior, manifiesta una falta de rectitud nada acorde con el espíritu de verdad, coherencia y disponibilidad que debe caracterizar la personalidad de quien abraza tan exigente vocacin.

En el caso de que haya existido un proceso previo de terapia psicológica o psiquiátrica, ha de comunicarse qué enfoque se adoptó, qué medidas se tomaron, si hubo que complementar con medicacin, cuánto duró, etc. Si ya concluyó, cuál fue el resultado; si es permanente, sería necesario saber qué cuidados requiere hoy el candidato, si su voluntad ha quedado afectada, etc. Estas medidas constituyen referencias objetivas para evaluar el ingreso al Seminario o el paso a otra etapa formativa.

El documento sugiere la valoracin psicológica en el momento de la admisin al Seminario y en ulteriores etapas de formacin, cuando los formadores la consideren oportuna. Se ha de prever, pues, la ayuda de psicólogos para el ingreso al Semina-

194*. Conviene tener presente que, para poder recurrir a un psicólogo, es necesario que la persona interesada¹⁵, estando bien informada y con toda libertad, manifieste previamente y por escrito su consentimiento¹⁶. Por otra parte, «el candidato al presbiterado no puede imponer sus condiciones personales, sino que debe aceptar con humildad y agradecimiento las normas y las condiciones que la Iglesia misma, en cumplimiento de su parte de responsabilidad, establece»¹⁷. Para salvaguardar la propia intimidad, «el candidato podrá dirigirse libremente, ya sea a un psicólogo elegido entre aquellos indicados por los formadores, o bien a uno elegido por él mismo y aceptado por ellos. Según las posibilidades, debería quedar siempre garantizada a los candidatos una libre elección entre varios psicólogos que posean los requisitos indicados»¹⁸.

15. *Ibid.*, n. 12: «En el caso que el candidato, ante una petición formulada por parte de los formadores, rechazase acceder a una consulta psicológica, ellos no forzarán de ningún modo su voluntad y procederán prudentemente en la obra de discernimiento con los conocimientos que dispongan»: *Enchiridion Vaticanum* 25 (2011), 1277.

16. Cf. *ibid.*, nn. 12 y 15: *Enchiridion Vaticanum* 25 (2011), 1276-1277 y 1282-1283.

17. *Ibid.*, n. 11: *Enchiridion Vaticanum* 25 (2011), 1272.

18. *Ibid.*, n. 12: *Enchiridion Vaticanum* 25 (2011), 1276.

rio, de modo que aseguren los exámenes psicológicos en los momentos señalados y puedan acompañar los procesos en los casos que se juzgue necesario (Educación Católica, *Orientaciones*, n. 7). El equipo formador ha de estar atento a los resultados para ofrecer los medios clínicos, pedagógicos o espirituales adecuados. Todo esto en estrecha colaboración con los psicólogos. Con todo ello se quiere asegurar un proceso completo de discernimiento, que contemple la integralidad del ser humano, que ayude al candidato a iniciar el proceso formativo o a pasar de etapa. Estos elementos facilitarán el trabajo del equipo formador y le darán seguridad. Un proceso bien realizado también dará luz al candidato para discernir si el Señor lo llama a esta vocación o ha de tomar otro camino.

194. El documento señala que para la ayuda del psicólogo es necesario el previo, explícito, informado y libre consentimiento del candidato por escrito (Educación Católica, *Orientaciones*, 12). Asimismo, debe manifestar por escrito su autorización a que el psicólogo informe al equipo formador de los resultados de la ayuda (cf. n. 15); sobre todo con el fin de poder determinar los medios oportunos para la maduración personal de cara al proceso formativo, y no solo para el juicio sobre la idoneidad del candidato. Este consentimiento se extiende además a los medios que el psicólogo utilizará: entrevistas, *tests*, etc. (cf. n. 5).

El equipo formador puede sugerir el nombre de un psicólogo, ya que tiene el deber de recabar la información necesaria para un juicio objetivo sobre la idoneidad del candidato.

195*. Después de haber redactado el informe, respetando las leyes civiles vigentes, el perito deberá comunicar los resultados de su investigación al interesado y únicamente a algunas personas autorizadas para conocer estos datos en razón de su oficio: «Efectuada la investigación, teniendo en cuenta también las indicaciones ofrecidas por los formadores, el psicólogo, sólo con el previo consentimiento escrito del candidato, les dará su aportación para comprender el tipo de personalidad y la problemática que el candidato está afrontando o deberá afrontar. Indicará también, según su valoración y sus competencias, las previsibles

El Derecho Canónico prevé que en el escrutinio se indague, entre otros puntos, en la salud física y psíquica del aspirante (CIC, 1051, 1).

El seminarista goza del derecho de aceptar o no la ayuda psicológica, o de aceptar o no al psicólogo que el equipo formador sugiera, pero no del de imponer sus criterios e intereses en el proceso formativo. Más bien, un signo de madurez del candidato es su aceptación cordial de tales sugerencias. Es oportuno señalar que toca a los responsables de la formación crear un clima de confianza para que el candidato descubra los beneficios de la ayuda psicológica y se abra a ella con valentía y sinceridad. Asimismo, los formadores evitarán dar la impresión de que esta sugerencia es el preludio de la expulsión (n. 12). Presentar de manera positiva y realista esta ayuda evitará que el seminarista la rechace. También facilitará que acepte la responsabilidad de la Iglesia a la hora de verificar que quienes son admitidos al ministerio sagrado reúnen las cualidades necesarias (n. 11).

Una vez aceptada la ayuda psicológica, el seminarista goza de libertad para dirigirse al psicólogo. Este puede ser elegido o por el equipo formador,

o incluso por el candidato, siempre que los formadores lo aprueben. Esta norma pretende asegurar la seriedad del acompañamiento y que el psicólogo cumpla los requisitos señalados por la Iglesia (cf. n. 6).

195. El psicólogo ha de presentar por escrito los resultados. El estudio psicológico se realiza para observar y valorar el funcionamiento global de la persona y sus formas características de respuesta a diversas situaciones. El informe psicológico refleja la resolución de un proceso metodológico. Los resultados se deben interpretar dentro de un rango y no se pueden aceptar como verdad absoluta. La ciencia habla siempre en términos de probabilidad, particularmente cuando estudia a la persona. La presentación de estos informes ha de acatar las leyes establecidas. En algunos países hay reglas muy precisas sobre el derecho a la privacidad del contenido de los informes, que deben respetarse con responsabilidad. Esto evita el mal uso de los informes y protege el buen nombre de los seminaristas.

Los resultados han de tener en cuenta las indicaciones ofrecidas por los formadores. Algunos elementos

posibilidades de crecimiento de la personalidad del candidato. Sugerirá, si fuera necesario, formas o itinerarios de sostenimiento psicológico»¹⁹. Teniendo en cuenta lo anterior, las personas autorizadas para conocer la información dada por el perito son: el Obispo (el de la Diócesis del interesado y el responsable del Seminario, si fuera otro), el Rector (el del Seminario donde se realiza la formación y del diocesano, si fuera diverso), y el Director espiritual.

19. *Ibid.*, n. 15: *Enchiridion Vaticanum* 25 (2011), 1283.

pueden ser: la estabilidad emocional, la madurez psicológica, las motivaciones profundas, la capacidad de relaciones afectivas interpersonales, la inteligencia, el buen juicio, la integridad física y la buena salud, etc. Es importante que el psicólogo incluya las recomendaciones pertinentes sobre las áreas de crecimiento y las áreas de oportunidad del seminarista.

Los informes deben respetar la confidencialidad a la que el seminarista tiene derecho. Él tiene que dar su consentimiento por escrito para que el informe sea presentado al equipo formador (n. 15). Al proceder así se salvaguarda la integridad del candidato. El psicólogo y el formador están al servicio de la persona y su crecimiento. El objetivo de ambos es ayudar al candidato a responder al proyecto de Dios para su vida, no se trata de invadirlo o conocerlo a la fuerza. El equipo formador tiene la responsabilidad de usar la evaluación psicológica sabia y prudentemente, con sentido común. Y siempre con vistas a ayudar al candidato. El equipo formador debe dejar claro todo esto al seminarista.

La evaluación psicológica es un medio o ayuda para los formadores, nunca un juicio absoluto sobre la per-

sona. El formador ha de preguntarse si el informe dado por el psicólogo coincide con el conocimiento que él, como formador, tiene del candidato, si aclara las dudas sobre su idoneidad al sacerdocio, o si ayuda o no a la decisión de aceptarlo en el proceso formativo, si incluye recomendaciones a seguir sobre las áreas de fortaleza o las áreas de oportunidad.

El documento señala quiénes están autorizados conocer los resultados, por ser los primeros responsables en la formación: el Obispo, el Rector y el Director espiritual. El Obispo y el Rector conocerán estos informes con el fin de discernir más objetivamente la idoneidad del candidato. Pero también para ofrecer los medios pertinentes en el proceso formativo que ayuden a la persona a alcanzar la madurez humana (que se traduce en estabilidad de espíritu, capacidad para tomar decisiones prudentes, rectitud al juzgar los acontecimientos y a las personas, dominio del carácter, sano autocontrol), a desarrollar su personalidad y a lograr las disposiciones de ánimo que ayudan a que la actividad de la Iglesia sea ordenada y fructuosa (OT, 11). Esto último vale también para el Director espiritual (cf. Educación Católica, *Orientaciones*, 14).

196*. Corresponde a cada Conferencia Episcopal dar normas en la *Ratio nationalis* que establezcan la forma de realizar las pruebas psicológicas y determinar por cuanto tiempo se deben conservar los documentos sobre la salud física y psíquica de los seminaristas, respetando las leyes civiles vigentes en los diversos países, y considerando las posibles consecuencias, incluso penales, ligadas a la difusión y al conocimiento involuntario, de los datos contenidos en ellos.

b.3. Expulsión

197*. Si el equipo formador considera necesario expulsar a un seminarista en cualquier momento del camino formativo, después de haber consultado al Obispo, se refiera el hecho en un documento escrito y bien conservado, que exponga con prudencia, al menos sumariamente, pero con indicaciones claras²⁰, tanto las circunstancias que han motivado la expulsión, como una síntesis del discernimiento realizado.

20. Cf. CIC, can. 51.

196. Es responsabilidad de cada Conferencia Episcopal regular la intervención de la psicología en los procesos formativos, ya que se trata de una buena ayuda para el desarrollo de la persona. Esto ha de quedar claro en la *Ratio nationalis*. Para evitar abusos o desequilibrios, no debe dejarse a la improvisación. El documento recuerda que deben tenerse en cuenta las leyes civiles que regulan el uso de estos medios, de modo que aparezca con claridad cómo se ha de proceder y han de usarse las conclusiones del psicólogo, y que los formadores han de actuar con libertad y responsabilidad, con seguridad y caridad.

197. La Congregación para la Educación Católica, en sus normas para la admisión al Seminario de candidatos provenientes de otros Seminarios o de familias religiosas (1996), advierte que las irregularidades en el

cumplimiento del canon 241 §3, que prescribe «un informe del superior respectivo, sobre todo acerca de la causa de su expulsión o de su salida», derivan en graves daños para la vida del Seminario, el bien espiritual de la diócesis e incluso del propio sujeto. El equipo formador debe, pues, elaborar con claridad, aunque sea de manera concisa, este documento cuando un seminarista sale, y archivarlo en el expediente por si es requerido. La *Ratio* (n. 189) detalla los puntos que valorar, de acuerdo al canon 241 §1, añadiendo una síntesis del discernimiento realizado. El documento de Educación Católica señala ciertos aspectos delicados que podrían figurar en esa síntesis, aspectos que a menudo suscitan desacuerdos y dudas; por ejemplo, presencia de taras hereditarias, problemas de madurez humana y afectiva, anomalías psíquicas y sexuales, tratamientos psi-

b.4. Seminaristas provenientes de otros Seminarios o casas de formación

198*. Cuando alguien, después de una expulsión o abandono, pide ser admitido a un nuevo Seminario, o casa de formación, deberá presentar una solicitud por escrito al Obispo, exponiendo su propio proceso personal y las motivaciones que condujeron a la expulsión o abandono

cológicos, divergencias ideológicas y doctrinales, etc. El Obispo, que escucha y orienta al equipo formador y que trata personalmente con los seminaristas más cercanos a las sagradas órdenes, deberá confiar plenamente en los formadores cuando planteen expulsar a un seminarista en cualquier etapa de la formación.

Conviene evitar lo más posible llegar a una situación en que resulte necesaria la expulsión, que sería la vía extraordinaria. En la mayoría de los casos, la salida del seminario debería decidirla el mismo seminarista, como fruto del discernimiento realizado y del acompañamiento tanto de los formadores como del Director espiritual. Siempre que no haya graves problemas disciplinarios, también es positiva la tendencia a vincular la toma de la decisión de dejar el proceso formativo al final de las etapas, sobre todo de la propedéutica y la discipular, ya que los contenidos formativos son muy útiles para cualquier forma de vida cristiana que elija el seminarista que abandona el proceso. Así se evita lo más posible que la expulsión sea presentada como una amenaza que, obviamente, va en contra del clima de confianza que debe reinar en el Seminario.

Sería loable que se siguiera acompañando a quien ha abandonado el Seminario durante un tiempo pruden-

te, a fin de ayudarlo a situarse en la realidad que le toca afrontar, dando la natural continuidad a su formación integral. Cuando los formadores prestan este servicio con generosidad, ponen de manifiesto ante toda la comunidad educativa que lo que realmente interesa es el bien de las personas.

198. No es infrecuente que un seminarista que ha abandonado un proceso formativo busque ser admitido en otra diócesis o institución. En estos casos deben extremarse el discernimiento y la prudencia. De ahí que la *Ratio* pida que el interesado entregue al Obispo una solicitud por escrito exponiendo su proceso vocacional y las motivaciones de la salida del Seminario. Además, el Rector del Seminario donde el candidato pide ser admitido está obligado a recabar la documentación y el informe que pide el canon 241 § 2 y 3 sobre las causas de expulsión o salida, y un informe de tipo psicológico actualizado. Los anteriores formadores están también obligados a aportar información exacta.

No hacerlo así, no solo va en contra de las normas de la Iglesia, sino que además se expone a graves riesgos tanto al candidato como a la diócesis que lo recibe. Es, pues, una grave obligación y deber de conciencia, por parte del Obispo y del Rector

de otro instituto de formación. El Rector del Seminario donde la persona desea ser admitida, no se puede eximir de solicitar la documentación, también de tipo psicológico, relativa al tiempo transcurrido en otro instituto de formación²¹, según las disposiciones de la Conferencia Episcopal²². En general, se trata de situaciones tan delicadas, que exigen a los formadores un mayor y cuidadoso discernimiento y la máxima prudencia, antes de la eventual admisión.

c) *Personas con tendencias homosexuales**

199*. En relación a las personas con tendencias homosexuales que se acercan a los Seminarios, o que descubren durante la formación esta situación, en coherencia con el Magisterio²³, «la Iglesia, respetando pro-

21. *Orientaciones para el uso de las competencias de la psicología en la admisión y la formación de los candidatos al sacerdocio*, n. 16: «Es contrario a las normas de la Iglesia admitir en el Seminario o en una Casa de formación personas ya salidas o, con mayor razón, despedidas de otros Seminarios o Casas de formación, sin recabar antes las debidas informaciones de sus respectivos Obispos o Superiores Mayores, sobre todo, acerca de las causas de la expulsión o de la salida. Es un deber primordial de los anteriores formadores aportar informaciones exactas a los nuevos formadores»: *Enchiridion Vaticanum* 25 (2011), 1284; cf. CIC, can. 241, § 3.

22. Cf. *Instrucciones a las Conferencias episcopales acerca de la admisión en el Seminario de candidatos provenientes de otros Seminarios o familias religiosas*.

23. Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 2357-2358.

del Seminario, obtener esa información y discernir con cuidado. El documento de Educación Católica (1996) ha señalado que no todas las *Ratio nationalis* contienen precisiones al respecto y que se siguen dando incumplimientos del canon 241 § 3, con los consecuentes daños al estado sacerdotal y a los fieles. Además, dicho documento advierte que una «aceptación demasiado fácil de ex seminaristas y ex religiosos, hecha sin una precisa indagación preliminar, es causa frecuente de desagradables sorpresas y desilusiones para los Obispos benévolos y, al mismo tiempo, motivo de malestar para aquellos Ordinarios del lugar que son justamente rigurosos en la selección de los alumnos».

199-201. Se dedican tres artículos al tema de la admisión de personas con tendencias homosexuales. El texto está tejido con citas del Catecismo de la Iglesia Católica y del documento de la Congregación para la Educación Católica sobre el tema. El texto va más allá del caso de la homosexualidad, ofreciendo criterios válidos para juzgar la madurez de todos los candidatos al sacerdocio y «la madurez debe ser alcanzada en todos sus aspectos, comprendido naturalmente y sobre todo el afectivo» (*La educación en el celibato sacerdotal*, 1974, 20), dado que el papel importante de la afectividad viene considerado como elemento fundamental en la formación de la personalidad, al contribuir de forma especial a su integración.

fundamente a las personas en cuestión, no puede admitir al Seminario y a las órdenes sagradas a quienes practican la homosexualidad, presentan tendencias homosexuales profundamente arraigadas o sostienen la así llamada cultura gay. Dichas personas se encuentran, efectivamente, en una situación que obstaculiza gravemente una correcta relación con hombres y mujeres. De ningún modo pueden ignorarse las consecuencias negativas que se pueden derivar de la Ordenación de personas con tendencias homosexuales profundamente arraigadas»²⁴.

24. *Instrucción sobre los criterios de discernimiento vocacional en relación con las personas con tendencias homosexuales antes de su admisión al seminario y a las órdenes sagradas*, n. 2: AAS 97 (2005), 1010.

Ahora bien, respecto a la afectividad, «adquiere singular relieve la dimensión sexual... no se puede negar el estrecho vínculo entre la afectividad y la sexualidad, y su interdependencia en la integración de la personalidad» (*ibid.*, 21). Tal integración es necesaria para cualquier persona, y en particular para quien se prepara al ministerio. Se trata de imitar a Cristo, el hombre perfecto, y de emprender un camino discipular y de configuración con él que obviamente exige madurez personal.

Pero para todos es decisivo aceptar la propia orientación sexual a fin de formar una personalidad sana e integrada. Se trata del camino de la castidad, tan necesario en el matrimonio como en el celibato. En la medida en que falte la adecuada integración de la sexualidad en la personalidad y en la vida psíquica (que nunca se consigue del todo) se manifestará este conflicto interior en formas destructivas hacia uno mismo y hacia otros. La castidad nunca es una posesión, sino un camino, un dinamismo personal, que ha de ser siempre objeto de atención, formación y crecimiento.

199-200. ¿Puede ingresar al Seminario un joven con tendencias homosexuales y ser luego admitido a las órdenes? El documento «Sobre los criterios de discernimiento vocacional en relación con las personas de tendencias homosexuales antes de su admisión al Seminario y a las órdenes sagradas» (2005), distingue dos aspectos: los actos homosexuales y las tendencias homosexuales. Por los primeros entiende el ejercicio activo de la homosexualidad, y por lo segundo el mero impulso. Sobre las «tendencias homosexuales» el documento diferencia entre las profundamente arraigadas y las que son «expresión de un problema transitorio».

Asimismo, esta distinción debe hacerse en los heterosexuales. El hecho de mantener relaciones heterosexuales o de vivir una situación de inmadurez afectiva también constituye un grave impedimento para las órdenes, máxime si se produce durante la formación inicial en el Seminario.

Tras estas puntualizaciones, el documento establece: «la Iglesia, respetando profundamente a las personas en cuestión, no puede admitir al Se-

200*. «Si se tratase, en cambio, de tendencias homosexuales que fuesen sólo la expresión de un problema transitorio, como, por ejemplo, el de una adolescencia todavía no terminada, éstas deberán ser claramente superadas al menos tres años antes de la Ordenación diaconal»²⁵.

Por otra parte, conviene recordar que, en una relación de diálogo sincero y confianza recíproca, el seminarista debe manifestar a los formadores, al Obispo, al Rector, al Director espiritual y a los demás educadores, sus eventuales dudas o dificultades en esta materia.

En este contexto, «si un candidato practica la homosexualidad o presenta tendencias homosexuales profundamente arraigadas, su director

25. *Ibid.*

minario y a las órdenes sagradas a quienes practican la homosexualidad, presentan tendencias homosexuales profundamente arraigadas o sostienen la así llamada cultura gay».

Se entiende así, por un lado, que la persona con una tendencia homosexual transitoria, pudiendo ser admitida en el Seminario, deberá superarlas «al menos tres años antes de la Ordenación diaconal»; y, por otro, establece que tampoco pueden ingresar al Seminario ni recibir la ordenación quienes sostienen la «cultura gay», con independencia de su orientación sexual. En todo caso, la formación de la afectividad y la sexualidad es muy importante en el Seminario.

El significado de las expresiones «tendencias profundamente arraigadas» y «transitorias». En una entrevista sobre la *Ratio*, el prefecto de Educación Católica comentó: «No existe un instrumento científico para medir el nivel de arraigo de una tendencia. No obstante, nuestro documento ayuda a discernir si se trata de una tendencia profundamente arraigada, es decir, permanente y generada por una necesidad interior, o si se trata de

una tendencia transitoria causada por condiciones exteriores».

De todos modos, para verificar que se trata de una tendencia transitoria, la prudencia recomienda dejar pasar un tiempo —el documento establece tres años— que atestigüe una vivencia serena de la propia afectividad y sexualidad antes de proceder a la ordenación diaconal.

200. Sobre el candidato con tendencias homosexuales arraigadas, el texto de Educación Católica es claro: «Sería gravemente deshonesto que ocultara su homosexualidad para acceder... a la Ordenación. Disposición tan falta de rectitud no corresponde al espíritu de verdad, de lealtad y de disponibilidad que debe caracterizar la personalidad de quien cree que ha sido llamado a servir a Cristo y a su Iglesia en el ministerio sacerdotal».

Cuando el padre espiritual, el confesor o los formadores perciban tendencias homosexuales arraigadas en un seminarista, deben tratar de persuadirlo a dejar el camino sacerdotal. Mediante un acompañamiento cercano y respetuoso le ayudarán a to-

espiritual, así como su confesor, tienen el deber de disuadirlo, en conciencia de seguir adelante hacia la Ordenación». En todo caso, «sería gravemente deshonesto que el candidato ocultara la propia homosexualidad para acceder, a pesar de todo, a la Ordenación. Disposición tan falta de rectitud no corresponde al espíritu de verdad, de lealtad y de disponibilidad que debe caracterizar la personalidad de quien cree que ha sido llamado a servir a Cristo y a su Iglesia en el ministerio sacerdotal»²⁶.

201*. En síntesis, conviene recordar y, al mismo tiempo, no ocultar a los seminaristas que «el solo deseo de llegar a ser sacerdote no es suficiente y no existe un derecho a recibir la Sagrada Ordenación. Compete a la Iglesia [...] discernir la idoneidad de quien desea entrar en el Seminario, acompañándolo durante los años de la formación y llamarlo a las órdenes sagradas, si lo juzga dotado de las cualidades requeridas»²⁷.

26. *Ibid.*, n. 3: AAS 97 (2005), 1012.

27. *Ibid.*, n. 3: AAS 97 (2005), 1010.

mar las decisiones que convenga con libertad y buscando la voluntad de Dios. Este tipo de decisiones representan un fruto de la formación para el discernimiento espiritual.

¿Y qué sucede con el sacerdote que es homosexual? Naturalmente, su ordenación es válida. Aun cuando un hombre descubra su homosexualidad después de la ordenación, debe ejercer su sacerdocio, vivir en castidad, ser fiel a su compromiso y a la doctrina de la Iglesia, como cualquier otro sacerdote y como todo cristiano. Sin duda necesitará una ayuda espiritual específica. Incluso en el supuesto de que la homosexualidad no fuera impedimento para el Orden, los que acceden al sacerdocio se comprometen a vivir el celibato, que supone la renuncia al ejercicio de la sexualidad. Por simple coherencia ante un compromiso asumido libremente, sería de esperar que viviesen lo que prometieron. Y esto vale tanto para homosexuales como para heterosexuales.

201. El contenido de este artículo desborda el tema de la homosexualidad. Recuerda que la Iglesia considera el orden sacerdotal un llamado, no un derecho: «El solo deseo de llegar a ser sacerdote no es suficiente y no existe un derecho a recibir la Sagrada Ordenación», ni siquiera en el caso de quienes ya han recibido el diaconado transitorio. La vocación siempre permanece abierta a un discernimiento cuyo principal actor no es el interesado, sino la comunidad cristiana y sus responsables.

Dado que es ella quien verifica la autenticidad del llamado, también es ella quien pone los requisitos. Entre los elementos de verificación están: que el candidato sea varón, bautizado y capaz de vivir en castidad. Todo ello por tres sencillas razones: 1) el sacerdote representa a Cristo, que es cabalmente hombre; 2) el sacerdote es esposo de la Iglesia; y 3) el sacerdote está llamado a ser padre.

d) *Protección de menores y acompañamiento a las víctimas*

202*. Se deberá prestar la máxima atención al tema de la tutela de los menores y de los adultos vulnerables²⁸, vigilando cuidadosamente que quienes solicitan la admisión a un Seminario o a una casa de formación, o quienes presentan la solicitud para recibir las órdenes, no incurran de alguna manera en delitos o situaciones problemáticas en este ámbito.

Los formadores deben garantizar un especial y pertinente acompañamiento personal a quienes hayan sufrido experiencias dolorosas en este ámbito.

En el programa, tanto de la formación inicial como de la formación permanente, se deben insertar lecciones específicas, seminarios o cursos sobre la protección de los menores. Debe impartirse de manera adecuada una información oportuna, dando relevancia a los puntos de posible abuso o violencia, como, por ejemplo, la trata o el trabajo de los menores y los abusos sexuales a menores o a adultos vulnerables.

28. Cf. Francisco, *Carta al Prefecto de la Congregación para el Clero* (9 de junio de 2016).

202. El abuso de personas vulnerables por parte de un sacerdote es un delito, y además una gravísima infidelidad a la misión encomendada. El Papa Francisco, en carta dirigida a los Presidentes de las Conferencias episcopales y a los Superiores de los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica acerca de la tutela de menores, insta a hacer todo lo posible «para erradicar de la Iglesia el flagelo del abuso sexual de menores y abrir un camino de reconciliación y curación para quien ha sufrido abusos» (2 de febrero de 2015).

Ambos aspectos, la prevención y la atención a las víctimas, son materia de formación en el Seminario. Para fomentar una cultura refractaria a estos abusos, es clave la adecuada selección y formación afectivo-sexual de los seminaristas, además de un adecuado acompañamiento personal

en esta área. No en vano, la *Ratio* señala claramente que la base de toda la formación es la formación humana (n. 94; cf. PDV, 43).

Especialmente en este campo, la formación se juega en la relación de acompañamiento formativo. La primera fase de este acompañamiento es la educativa, la del descubrimiento por el seminarista de su propia verdad, o sea, de los rasgos de madurez e inmadurez que le caracterizan. Ha de llegar a ser capaz de dar nombre a sus inconsistencias, reconocer sus causas y consecuencias e integrarlas adecuadamente en torno al ideal sacerdotal que ha abrazado. Este acompañamiento solo es posible si el formador ha personalizado en su camino un método que le permita integrar sus inconsistencias para no ser esclavo de ellas. El clima humano y espiritual del Seminario debe formar

Para ello, será conveniente y provechoso que la Conferencia Episcopal o el Obispo responsable del Seminario establezcan un diálogo con la Pontificia Comisión para la protección de menores²⁹, cuya tarea específica es «proponer [al Santo Padre] las iniciativas más adecuadas para la protección de los menores y adultos vulnerables, así como realizar todo lo posible para asegurar que delitos como los sucedidos ya no se repitan en la Iglesia. La Comisión promoverá, conjuntamente con la Congregación para la doctrina de la fe, la responsabilidad de las Iglesias particulares para la protección de todos los menores y adultos vulnerables»³⁰.

29. Instituida por el Papa Francisco, con el quirógrafo *Minorum tutela actiosa* (22 de marzo de 2014); la promulgación del Estatuto es del 21 de abril de 2015.

30. Francisco, *Minorum tutela actiosa* (22 de marzo de 2014). Tras la Plenaria de octubre de 2015, la Comisión redactó una Nota especificando sus fines y competencias. Se lee allí: «Particular areas of focus of these working groups include research into the assessment and ongoing formation of candidates to the priesthood and religious life... The Commission does not address individual cases, it does not exercise oversight, and is not a decision-making body», Press Release from the Commission for the Protection of Minors (12 de octubre de 2015).

por sí mismo particularmente en el respeto a las personas y a la madurez afectiva y sexual.

También, como pide el documento, deberá ofrecerse una capacitación y educación sobre la naturaleza y las causas del abuso sexual de menores y personas vulnerables, el impacto que tiene en la persona que lo sufre, los rasgos de los posibles abusadores, prevención, etc., así como el protocolo a seguir en caso de denuncia. Obviamente, no se trata solo del abuso sexual; en la vida y en el ministerio sacerdotal no cabe ningún tipo de abuso, tampoco el laboral, el económico, el social.

Por último, este número pide que los formadores garanticen «acompañamiento personal a quienes hayan sufrido experiencias dolorosas en este ámbito», también cuando las víctimas son seminaristas. Han de estar dispuestos escuchar a quienes han padecido la terrible experiencia del abuso con los oídos y el corazón, con

delicadeza, sin culpar ni juzgar. Esta podría ser la descripción de los formadores del Seminario.

Además, es necesario dar la oportunidad a las víctimas de compartir sus historias y hablar abiertamente de sus sufrimientos. Sin duda, este es el primer paso para ir creando espacios de sanación. Sin olvidar que los abusadores son también seres humanos que necesitan acompañamiento y ayuda especializada.

Crear una cultura de prevención, con todo lo que conlleva, ha de ser hoy una de las prioridades de la formación sacerdotal. Debe hacerse con un enfoque multidisciplinar, en el que converjan las distintas acciones educativas en la formación de los futuros presbíteros. Así, el Seminario se hace corresponsable de mantener un ambiente seguro en toda la institución eclesial, transformando mentalidades y actitudes y haciendo de la seguridad de los menores y vulnerables una parte importante de la formación.

e) *Los escrutinios*

203*. Para un examen cuidadoso y atento, el Obispo «con prudente anticipación, asegúrese mediante escrutinios de que cada uno de los candidatos sea idóneo para las sagradas órdenes y esté plenamente decidido a vivir las exigencias del sacerdocio católico. No actúe jamás con precipitación en una materia tan delicada y, en los casos de duda, más bien difiera su aprobación hasta que no se haya disipado toda sombra de falta de idoneidad»³¹.

31. *Apostolorum successores*, n. 89: *Enchiridion Vaticanum* 22 (2006), 1778.

203. Se aborda aquí el tema de los escrutinios citando el documento *Apostolorum sucesores* de la Congregación para los Obispos (2004). Destaca la «prudente anticipación» con que deben hacerse los escrutinios, realizándolos de tal modo que la proximidad de la ordenación no condicione en absoluto su resultado. Hay que evitar que el Seminario o la familia del candidato hagan preparativos para la ordenación antes de la admisión formal a la misma, procurando que todo el proceso se viva con serenidad. El fin de los escrutinios es garantizar la idoneidad; por tanto, los informes, además de reportar las vicisitudes del proceso formativo, deben dejar claro si quien firma considera idóneo al candidato o no. El texto insta a los Obispos a aplazar la decisión hasta que haya una certeza que disipe «toda sombra de falta de idoneidad».

Habitualmente los informes se hacen con rigor y resulta poco frecuente que un formador o un párroco den a la ligera un voto negativo. Por esta razón, el mero hecho de que en los escrutinios existan votos negativos constituye un motivo para aplazar la

ordenación, más aún cuando se consideran significativos o son más de uno. Se reafirma así la absoluta necesidad de «poseer la certeza moral, fundada en los argumentos positivos, acerca de la idoneidad del candidato» (CIC, 1052).

Los informes y escrutinios, realizados con todo el rigor por el equipo formador, pueden ser presentados a la comunidad educativa del Seminario con un sentido muy positivo, como culmen de un proceso cuidadosamente realizado. Cuando en el Seminario se ofrece una formación de calidad y un acompañamiento sistemático y profundo, será muy raro que los escrutinios den un resultado negativo, pues se habrá realizado el discernimiento de la vocación en los momentos oportunos, cuidadosamente señalados por la *Ratio* al referirse a las etapas de la formación: el criterio general de realizar continuas evaluaciones (n. 58), al finalizar la etapa propedéutica (n. 59), la discipular (n. 67), la configuradora (n. 72) e incluso la etapa pastoral (n. 74) prepara gradualmente el momento de los escrutinios, evitando que haya sorpresas.

204*. Se denomina «escrutinio» al acto de discernimiento de la idoneidad de un candidato, que debe realizarse en cinco momentos, a lo largo del itinerario de la formación sacerdotal: admisión entre los candidatos a las órdenes, ministerios (de lector y de acólito), diaconado³² y presbiterado³³. Estos escrutinios no constituyen actos burocráticos y meramente formales, en los que se emplean fórmulas protocolarias y

32. Cf. CIC, can. 1051.

33. Cf. *Entre las más delicadas*, n. 4: *l.c.*, 496.

204. El documento señala cinco momentos en los que deben realizarse los escrutinios: admisión entre los candidatos a las órdenes, recepción de los ministerios de lector y de acólito, diaconado y presbiterado. Es importante notar que, aunque hay una continuidad en los informes, por el hecho de tratarse de la misma persona, cambia la materia de los mismos. Conviene identificar la peculiaridad de cada uno de estos momentos.

A todos debe quedar claro que el sentido del rito de admisión a las órdenes es que el seminarista se compromete públicamente a tomarse en serio su formación. De ninguna manera se está prometiendo que estos candidatos serán ordenados. Por tanto, el informe hará un balance del proceso realizado juzgando si existe la madurez y disposición requeridas para dar este paso. Conviene considerar que el juicio de idoneidad es muy similar al que se hace para el paso a la etapa teológica o de configuración.

Para la recepción del lectorado se examina el tiempo transcurrido entre la admisión de los candidatos y la solicitud del lectorado. Así, se evalúa la seriedad con que el seminarista se implica en su proceso formativo. Algunos criterios que tener en cuenta son:

si asume su formación integral, cultivando de forma equilibrada y constante las cuatro dimensiones de la formación; si se deja acompañar por los formadores de modo sistemático y transparente; si ha iniciado de hecho el proceso espiritual de configurarse con Cristo Pastor; si su comportamiento es edificante en la comunidad del Seminario, en particular ante los seminaristas más jóvenes; si cultiva los consejos evangélicos aplicados al ministerio presbiteral: pobreza sacerdotal, celibato sacerdotal y obediencia al Obispo.

Para la recepción del acolitado, además de una valoración global del proceso, se pondrá especial atención a la vinculación personal del seminarista-lector con la Palabra de Dios a través de la fidelidad a la meditación cotidiana, que debe ser ya un hábito estable; el respeto a la Sagrada Escritura, tanto en su vida espiritual como en el estudio de la misma; el cuidado con que proclama la Palabra de Dios en la asamblea litúrgica; la calidad con que prepara la catequesis o las actividades de apostolado.

Los escrutinios para el diaconado marcan un parteaguas en el proceso, pues a través de la ordenación diaconal el seminarista-acólito pasará a for-

genéricas; más bien implican el reconocimiento oficial de la vocación de una persona concreta y de su desarrollo, por parte de quienes son designados para ello, por encargo y a nombre de la Iglesia. Los escrutinios tienen como finalidad verificar las cualidades y condiciones personales de un candidato en cada uno de los momentos referidos del itinerario formativo. Por tanto, deben ser redactados por escrito y contener una evaluación bien argumentada, positiva o negativa, respecto al camino recorrido hasta ese momento.

mar parte del presbiterio, incardinándose en la Iglesia particular o en otra Institución, y haciendo la solemne promesa de guardar el celibato por el Reino de Dios. Lógicamente, hay que valorar el ejercicio del acolitado, esto es: si participa activa y fructuosamente en la liturgia de la Iglesia; si cultiva actitudes de servicio al Señor en el altar y en relación con los pobres y pequeños; si manifiesta con signos concretos una espiritualidad eucarística, propia del sacerdote diocesano. Por otro lado, hay que valorar su vivencia del celibato y la madurez afectiva y sexual que la sustenta; la calidad de sus relaciones humanas, particularmente las relaciones fraternas en el Seminario, que son expresión de la entrega indivisa del corazón al Señor; el sentido esponsal de su espiritualidad, que le une peculiarmente al Señor en el servicio a la Iglesia particular. Además, la recepción del diaconado transitorio se hace en vistas al presbiterado, por tanto, hay que evaluar su determinación espiritual de consagrarse al Señor para toda la vida en el ministerio presbiteral.

Los escrutinios para el presbiterado evalúan el ejercicio del diaconado en un contexto distinto del Seminario, habitualmente una comunidad cristiana. Aparecen algunos puntos peculia-

res de valoración: la integración en la comunidad cristiana con un auténtico sentido de servicio evangélico; la colaboración con el párroco y otros agentes evangelizadores; el adecuado uso de los bienes materiales, particularmente la administración de bienes eclesiásticos; el uso del tiempo libre; la disponibilidad ante las necesidades comunitarias; el correcto lugar de la familia en su ejercicio diaconal; la fidelidad a la oración con la Liturgia de las horas; la detallada preparación de la liturgia y el cuidado de los objetos relacionados con el altar; la devoción eucarística; el sentido social de su fe y del ministerio presbiteral.

Contemplando estos cinco pasos, se aprecia con suficiente claridad que los informes deben hacerse de modo específico, evitando la repetición de los mismos tópicos y eliminando el mal hábito de copiar el esquema y los contenidos del informe anterior. Para facilitar la correcta elaboración de los informes conviene que el equipo formador o la curia diocesana elaboren protocolos, con cuestionarios específicos que se enviarían a las personas que deben informar en cada caso. También es útil pedir información a personas nuevas en cada ocasión, de acuerdo al lugar y al tiempo del período que se evalúa.

205*. Mientras la verificación de algunos elementos será realizada solo en determinados momentos específicos, para cada escrutinio el equipo formador deberá presentar al Obispo del seminarista:

a) La solicitud manuscrita del candidato;

b) Un informe detallado del Rector (el del Seminario donde el candidato se forma y, en el caso de Seminarios interdiocesanos, también del Rector del Seminario diocesano, o del responsable de las vocaciones), que incluya una valoración de los resultados del momento precedente, y toda la información que considere oportuna para un mejor conocimiento de la situación y para la valoración del equipo formador, teniendo en cuenta lo requerido por el can. 240, § 2;

c) Un informe del párroco de origen, o donde el candidato tiene su domicilio;

d) Un informe de aquellos con quienes el candidato ha realizado el servicio pastoral; podría ser útil también el aporte de algunas mujeres que conozcan al candidato, integrando en la evaluación la «mirada» y el criterio femenino.

206*. Para la recepción de la Sagrada Ordenación, conviene verificar que se haya cumplido el tiempo de formación prescrito, la presencia de las debidas cualidades, humanas y espirituales, la ausencia de impedi-

205. Resulta, pues, evidente que, con vistas a la ordenación de los candidatos, la autoridad competente no debe proceder siguiendo sus convicciones particulares, intereses o intuiciones, sino que debe consultar al equipo de formación y a personas cercanas al candidato. Además, no debe discrepar de ellos, sino por fundadas razones (cf. CIC, 127, § 2), de ahí que los informes que se presentarán al Obispo para que escrute a los candidatos se funden en una visión objetiva y especifiquen un juicio sobre la idoneidad del candidato.

Tras recabar la información que pide este número, durante los escrutinios es importante la presencia del Obispo y el equipo formador (además de algún formador de otros equipos de las diócesis presentes en el Semi-

nario interdiocesano). En la reunión plenaria, tras un diálogo fraterno, colegiado, objetivo, veraz y consensuado, se pondrán por escrito las conclusiones, que certificará el Obispo o el canciller de la diócesis.

Por último, hay que cuidar el modo de informar al candidato del resultado de los escrutinios, salvaguardando su bien, su buena fama y el clima de serena confianza en el Seminario.

206. Se abordan aquí los criterios y los requisitos canónicos para los escrutinios previos a la ordenación diaconal o presbiteral. Se insiste en realizar un discernimiento positivo que vaya más allá de la mera constatación de ausencia de impedimentos. Es clave en el discernimiento que se constaten comportamientos positiva-

mentos o irregularidades³⁴, la recepción de los sacramentos, haber participado en los ejercicios espirituales prescritos para la ordenación³⁵. En general, es necesario tener en cuenta lo expuesto en el can. 1052, § 1, que establece que la idoneidad deberá ser manifestada de modo claro y argumentado, o, en otras palabras, «sobre la base de poseer certeza moral fundada en argumentos positivos»³⁶, y no simplemente comprobando la ausencia de situaciones problemáticas.

El Obispo tiene la responsabilidad canónica última y definitiva sobre la llamada a las sagradas órdenes; sin embargo, tiene el deber moral de considerar, con la máxima atención, la evaluación final del equipo

34. Cf. CIC, cáns. 1041-1042. Dos cartas circulares de la Congregación para la Educación Católica han insistido sobre el deber de los Obispos y de otros organismos de la Iglesia de informar a los candidatos lo más pronto posible en torno a la disciplina canónica sobre los impedimentos y las irregularidades; cf. Carta circular del 27 de julio de 1992 (Prot. n. 1560/90/18) y Carta circular del 2 de febrero de 1999 (Prot. n. 1560/90/33).

35. A la Sagrada Ordenación, diaconal y presbiteral, deben preceder los siguientes actos: solicitud manuscrita del candidato al Obispo, en el que manifiesta la conciencia y la libertad para recibir el Orden y para asumir las obligaciones (sea tanto para el diaconado, como para el presbiterado); ejercicios espirituales, al menos de 5 días (cf. can. 1039); proclamación de la profesión de fe y del juramento de fidelidad, preferiblemente en forma pública, delante del Ordinario del lugar o de su Delegado, y firma del acto.

36. *Entre las más delicadas*, n. 2: *I.c.*, 495.

mente verificados que avalen al candidato. Recuérdele a este respecto el criterio del Nuevo Testamento: «Si un hombre no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo podrá cuidar de la iglesia de Dios?» (1 Tim 3, 5). Además de la ausencia de impedimentos (canónicos), es recomendable que exista una valoración más integral y positiva.

Este artículo previene seriamente sobre el «deber moral» del Obispo de escuchar el juicio de idoneidad emitido por el equipo formador. El argumento es doble: 1) Los formadores conocen mejor que el Obispo el comportamiento y las motivaciones del candidato tras convivir con él y acompañarlo. 2) La responsabilidad de los formadores al emitir un juicio negativo, buscando siempre el bien de la Iglesia y del candidato. Este criterio

vale también para la admisión de seminaristas expulsados de otro Seminario. Nunca puede presuponerse un juicio superficial de los formadores, máxime si es negativo, se pone por escrito y lo respaldan varios votos.

Por último, se plantea el caso de la ordenación diaconal antes de concluir los estudios (último año de la etapa configuradora o teológica). Normalmente será mejor esperar. La *Ratio*, al proponer la etapa pastoral o de síntesis vocacional, insiste en la conveniencia de que tanto la ordenación diaconal como presbiteral se realicen cuando el candidato ya trabaja en una comunidad cristiana distinta del Seminario. Conferencias episcopales y diócesis deberán crear las estructuras formativas para esta etapa con vistas a preparar las órdenes.

formador, expresada por el Rector, que recoge los frutos de la experiencia vivida durante los años de formación. La experiencia indica que, la desatención por parte del Ordinario de un juicio negativo del equipo formador, después se transforma, en no pocos casos, en una fuente de gran sufrimiento tanto para los interesados como para las Iglesias locales. El Obispo se abstenga de publicar la fecha de la ordenación diaconal y de permitir preparativos para la celebración del diaconado, antes de que hayan sido concluidos con regularidad los estudios prescritos, o sea, que el candidato haya aprobado efectivamente todos los exámenes exigidos por el *curriculum* de los estudios filosófico-teológicos, incluidos los del quinto año³⁷.

207*. Además, debe considerarse de modo particular:

- a) El resultado de las proclamas canónicas en el lugar del domicilio estable del candidato;
- b) El respeto a la edad prevista para la recepción del sacramento del Orden (can. 1031, § 1);
- c) El respeto a los intersticios previstos entre un ministerio y otro, entre el acolitado y el diaconado, teniendo en cuenta el can. 1035 y las determinaciones ulteriores de las Conferencias Episcopales;
- d) La constatación de la ausencia de impedimentos (cf. can. 1042: estar casado, ejercer de una actividad prohibida a los clérigos, la condición

37. Cf. CIC, can. 1032, § 1.

207. Así, para tener certeza sobre los candidatos es indispensable un tiempo suficiente de formación y también un acompañamiento de calidad, en especial si se respetan los periodos de formación de los seminaristas y se registra su valoración en informes, además de ir realizando los escrutinios en los cinco momentos del itinerario formativo de cara a la llamada a las órdenes sagradas.

Es importante respetar y no relativizar la recolección de información en fuentes complementarias a la visión de los formadores, a fin de ganar objetividad en el discernimiento; es útil confeccionar cuestionarios para recabar datos que puedan despejar dudas

sobre la idoneidad de los candidatos y la ausencia de impedimentos.

En este sentido el Rector tiene la responsabilidad personal de: vigilar los contenidos de las encuestas para los escrutinios, entregar dichas encuestas a personas apropiadas y resguardar sus respuestas, así como de sintetizar la información para presentarla en las reuniones de escrutinios.

Igualmente, el Rector debe vigilar o al menos tener conocimiento del ejercicio del ministerio de los diáconos, ha de acompañarlos con su cercanía y escucha, plantearles la mediación de un proyecto de vida, un plan pastoral, la exigencia de la oración y el acompañamiento espiritual, de manera que

de neófito, o de haber vuelto al camino de la fe o a la práctica religiosa después de muchos años de ausencia, según la valoración del Obispo) y las irregularidades (cf. can. 1041, 2.º-6.º: delito de apostasía, herejía o cisma; tentativa de matrimonio, aun civil; homicidio voluntario o aborto procurado; automutilación o tentativa de suicidio; simulación de actos vinculados a la potestad de orden);

e) Para la recepción del presbiterado, el ejercicio efectivo del ministerio diaconal.

208*. Requisitos para recibir la ordenación diaconal y presbiteral que pueden ser dispensados:

a) Respecto a la edad: hasta un año puede dispensar el Obispo; para más de un año es necesario el recurso a la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos³⁸;

b) En referencia al proceso formativo: la concesión de la dispensa relativa al tiempo mínimo de formación que debe transcurrir en el Seminario Mayor³⁹ y a las materias que componen el *Ordo studiorum* corresponde a la Congregación para el Clero⁴⁰.

38. Cf. Ibid., can. 1031, § 4 y Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Notificación *es sabido* (24 de Julio de 1997): *Notitiae* 35 (1997), 281-282.

39. Cf. CIC, can. 235, § 1.

40. Cf. *Ministorum institutio*, art. 6: AAS 105 (2013), 134.

los diáconos tiendan un puente entre la formación inicial y la formación permanente en el presbiterio. Además, se sugiere que se elija un párroco y una parroquia adecuada para dar inicio a la formación permanente, que no se reduce al inicio del ministerio de diaconado, sino que puede extenderse hasta los primeros cinco años del presbiterado.

Las constantes de este texto son el respeto a la normativa, la serenidad para evaluar el proceso formativo y la importancia del discernimiento de las vocaciones sacerdotales.

208. La posible dispensa de los requisitos para la ordenación diaconal y presbiteral es restringida al máximo, reservándola a la Santa Sede.

Se entiende que únicamente se aplicaría en casos extraordinarios. El impedimento de edad es cada vez menos frecuente, dado que la edad de ingreso al Seminario ha aumentado de manera considerable. El impedimento relativo al tiempo de formación tampoco debe ser frecuente, puesto que la tendencia es a alargar, no a acortar los procesos.

En todos los casos es conveniente recordar que nunca hay que tener prisa para la ordenación sacerdotal; al contrario, un tiempo que puede parecer de espera, bien aprovechado, se puede convertir en una espléndida ocasión para la maduración vocacional del candidato y por ello para un mejor discernimiento.

209*. El juicio sobre la idoneidad de un candidato que va a recibir el diaconado transitorio, con vistas al presbiterado, deberá incluir también lo referente al ministerio presbiteral, considerando el can. 1030. Es fundamental recordar que la evaluación para la recepción del diaconado transitorio implica potencialmente un juicio sobre la idoneidad para el presbiterado; no se admita a nadie al diaconado *ad experimentum*. Después de la ordenación diaconal, la idoneidad para el presbiterado se presume, sin embargo el Obispo podrá demostrar lo contrario, con argumentos claros, tanto por hechos ocurridos antes, que no fueron considerados en el momento de la admisión al diaconado, como por comportamientos ocurridos posteriormente, según el can. 1030.

210*. El Obispo admitirá o no al candidato a la ordenación, siguiendo su prudente juicio y considerando la evaluación de los formadores; es conveniente que el Obispo manifieste su voluntad en forma de decreto, exponiendo, al menos en general, las motivaciones de su decisión⁴¹.

41. Cf. *Entre las más delicadas*, Anexo III, n. 10: l.c., 498.

209. Teniendo claro lo anteriormente dicho en el presente apartado sobre el proceso gradual de los escrutinios, el texto concede una particular importancia al discernimiento para el diaconado, considerando que junto a la ordenación diaconal se da la incardinación y, en principio, se presume la idoneidad para el presbiterado. El texto afirma categóricamente que no hay diaconado *ad experimentum*, es decir, que no se debe admitir a un candidato al diaconado si no consta claramente su idoneidad, de manera que jamás debe ser considerado como un tiempo de prueba ni por el candidato ni por parte de la autoridad competente.

Sin embargo, siempre existe la posibilidad de que un diácono no sea admitido a la ordenación presbiteral. Por este motivo, los escrutinios deben tener lugar antes de la admisión al diaconado y antes de la admisión al

presbiterado, evaluando de modo específico y concreto el ejercicio ministerial precedente.

210. A sabiendas de que el Obispo es el último juez y garante sobre su diócesis y por tanto el que tiene la última palabra para ordenar nuevos sacerdotes, es necesario que el equipo formativo, desde una postura de humilde colaboración, le ofrezca informes bien preparados, con datos objetivos que faciliten el discernimiento, para tomar las mejores decisiones. El texto de la *Ratio* subraya en varias ocasiones este diálogo entre el Obispo y los formadores, particularmente con el Rector, también en el momento de la ordenación presbiteral. La consigna de esta decisión por escrito a través de un decreto diocesano, deja constancia del discernimiento realizado y de los principales motivos de la decisión.

CONCLUSIÓN

El Concilio Vaticano II ha propuesto a los sacerdotes que encuentren en María el modelo perfecto de su propia existencia, invocándola como «Madre del sumo y eterno Sacerdote, Reina de los Apóstoles, Auxilio de los presbíteros en su ministerio», invitando a los presbíteros «a venerarla y amarla con devoción y culto filial» (*Presbyterorum ordinis*, 18).

Bajo el manto de la Madre de la Misericordia y Madre de los Sacerdotes están la vida y la formación de los presbíteros, a cuyo servicio se dedica esta nueva *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*.

El Sumo Pontífice Francisco ha aprobado el presente Decreto General ejecutivo y ha dispuesto su publicación.

Roma, en la Sede de la Congregación para el Clero, 8 de diciembre de 2016, Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María.

Beniamino Card. Stella
Prefecto

+ Joël Mercier

✠ Joël Mercier
Arzobispo tit. de Rota,
Secretario

+ Jorge Carlos Patrón Wong

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo-Obispo em. de Papantla
Secretario para los Seminarios

Mons. Antonio Neri
Sub-Secretario